

INSTITUCIÓ  
DEL TEATRE



BIBLIOTECA

N.º 9284



*Dolores Ferrer.*

LAS GLORIAS

DE LA

**PINTURA.**

TOMO PRIMERO.





# LAS GLORIAS

DE LA

# PINTURA.

COLECCION

DE LOS MAS PRECIOSOS CUADROS DE LAS GALERIAS DE MUNICH, DRESDE, BERLIN Y OTRAS.

OBRA DE LOS GRANDES MAESTROS DEL ARTE

Rafael, Ticiano, Miguel-Angel, Murillo, Rubens, Carlos-Dolce, Mieris, Poussin, Adam, Guido-Reni, Salvator-Rosa, Teniers  
Gerardo-Dow, Rembrant, Van-Dick, etc., etc.

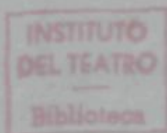
ENRIQUECIDA

con magnificos articulos sobre religion, moral, filosofia, costumbres, escenas de la  
naturaleza, poesia, novela y creaciones de todo género,

POR

Una Sociedad de Literatos.

75 glo



BARCELONA.

LIBRERIA DE JOSÉ RIBET, EDITOR,  
calle de la Fusteria, número 10.

1861.



R. 1.001.591.

Es propiedad.

D. Iushkut, del Teatre  
per a garats



## INTRODUCCION.

---

El generalizar en nuestro país el conocimiento de las obras maestras de pintura de que abundan las ricas galerías de algunas capitales de Alemania es el objeto de la presente obra, primera en su clase que se ha publicado en España. Largos viajes y cuantiosos dispendios eran necesarios para ver y examinar aquellas brillantes producciones del genio, cuadros magníficos y sorprendentes que trasladados fielmente en preciosas láminas pueden á poca costa purificar el gusto y escitar la admiracion de los artistas, de los inteligentes, de los aficionados, de cuantos prestan delicioso culto á una de las artes mas encantadoras de imitacion.

Circunscritos á las galerías de España y de los otros pueblos colindantes con quienes estamos mas en relaciones, si bien figuran en todas ellas las escuelas alemanas, con todo no podian presentarse las producciones inmortales de aquellos artistas con la misma abundancia y profusion con que se ostentan en las galerías de Munich y de Berlin. La pensadora Alemania que se ha dicho con razon marchaba al frente de todos los adelantos de la inteligencia, y que tanta influencia va adquiriendo entre nosotros, quedaba para la mayor parte ignorada por lo que respecta á las creaciones del genio en este ramo interesante. Su filosofía empezaba ya á difundir hasta nosotros sus luminosos rayos; no era estraña para nuestros amadores su literatura; á nuestros oidos llegan hace tiempo los acentos de su música profundamente filosófica, pero no tan fácilmente podíamos percibir el sabor de su pintura. ¿Qué mas oportuno medio que poner á nuestra vista representadas en bellas láminas sus opulentas y variadas galerías?



Aun hay mas: con este fácil y ameno estudio podemos asimismo apreciar hasta qué punto han influido en el norte las escuelas del mediodía, y la estimación en que tienen estas las producciones de nuestros mas ilustres genios. Al lado de los cuadros de Gerardo Dow y de Van-Rooz figuran los de Rubens, de Rafael y de Murillo; y el espíritu de observación que tan delicadamente se ejercita y se desenvuelve en las obras del arte puede hacer el parangon entre unas y otras escuelas, investigando y profundizando las causas de sus armonías ó discrepancias ya en las influencias locales, ya en la diversidad del carácter y de las costumbres.

Se ha dicho muy bien que la pintura con respecto al hombre no era mas que la transformación de su escritura, cuyo tipo encontraba en la naturaleza misma en donde se leen escritas las ideas del Criador. Esta escritura natural pues y la nuestra artificial difieren en dos cosas. Nosotros escribimos las palabras: nuestros caracteres gráficos no son la representación de las cosas, mientras que cada maravilla de la naturaleza representa por sí misma un pensamiento divino que tiene en ella su forma sensible y su expresión viviente. En segundo lugar nuestra escritura es sucesiva, va fluyendo de palabra en palabra, de frase en frase, sin poder expresar simultáneamente ni muchas ideas ni muchas relaciones de unas ideas con otras; mientras que cada ser, por la complicación de su esencia, de sus propiedades y de sus facultades nos ofrecería, si interpretarle supiéramos, una multiplicada intuición en mil diversos sentidos. Con la pintura pues (comprendiendo bajo esta palabra genérica todas las artes que tienen su base en el diseño) procura el hombre asimilar su escritura con aquella escritura divina que le es dado leer en la naturaleza. La pintura, bien sea descriptiva, bien histórica ó simbólica, representa simultáneamente muchos objetos y les esprime, no por signos convencionales, sino bajo sus formas naturales y llenas de vida. Es pues una escritura intuitiva, y fué el ensayo de la escritura mas antigua, cuyos restos son los jeroglíficos. Se ha abandonado para los usos ordinarios, porque exigía demasiado tiempo, espacio y materia, porque era complicada excesivamente; es decir, porque el hombre es demasiado débil en cuerpo y en espíritu para poder sostener y manejar con facilidad aquellas letras magníficas. Su empleo habitual no guarda relación con nuestras facultades; pero no por esto dejan de ser aquellas letras caracteres intrínsecamente superiores en expresión y energía, porque hablan á los ojos. Y si posible fuese escribir en cuadros toda la historia ¿qué narraciones no aparecerían pálidas al lado de anales tan espléndidos? Precisos pues á renunciar á su uso para las exigencias de la vida práctica, hemos guardado esta escritura maravillosa y la hemos adoptado únicamente para las necesidades de nuestra vida ideal; y merced á la pintura, imitamos la escritura de la creación.

Bajo otro punto de vista la pintura es, como las demás bellas artes, una de



las formas de la poesía. Y si bien se considera la relacion entre esta arte reproductora y sus íntimas relaciones con nuestro espíritu, la pintura es la poesía de la naturaleza, porque la presenta en su bella realidad bajo mil formas, valiéndose de sus tipos elementales como de base para sus caprichosas transformaciones: es la poesía de la historia, porque dominándola en toda su estension la ofrece dentro el círculo inmenso de lo verosímil en todos sus hechos y en todas sus fases: es la poesía del alma, porque espiándola en sus mas recónditos movimientos, la retrata y la descubre ya en sus personajes reales ó ficticios, ya en sus escenas, en sus contrastes, en sus armonías: es la poesía de todos los mundos fantásticos, porque lanzándose fuera de los confines del tiempo y del espacio conocidos, así en lo pasado como en lo futuro, simboliza en seres puramente ideales los misterios, tales como los concibe, del orden sobrenatural y divino. Y como la poesía religiosa es necesariamente la poesía mas elevada, sino la única, síguese que la pintura religiosa ocupa por necesidad el primer escalon en el desenvolvimiento de la pintura.

El estudio, pues, de la pintura en los grandes modelos y en las obras maestras del arte es lo que constituye su historia, é inspira al artista y le estimula para producir á su vez obras nuevas é inmortales como las de sus predecesores en el arte. La vista de estas preciosas galerías que por lo comun no le han sido familiares, engrandeciéndolo á sus ojos el vastísimo círculo de las creaciones del genio, escitará en su espíritu el doble sentimiento de la emulacion y de la imitacion.

Mas la simple esposicion de las láminas que representan los cuadros escogidos de las galerías alemanas no dejaria tal vez satisfechos á los que gustan de que la idea del artista vaya acompañada de la idea del escritor. El editor se ha propuesto que el pincel inspirase al filósofo, al historiador, ó al poeta las concepciones sublimes representadas en el lienzo; ha querido que el admirador del cuadro se saborease al propio tiempo con la esplanacion del pensamiento, y que á cada lámina acompañase un culto y esmerado texto que diese abundante y sabroso pasto á la observacion, á la reflexion ó al sentimiento: se ha propuesto ofrecer al lado de las pinturas trozos escogidos de produccion literaria, para que esta coleccion artística fuese al mismo tiempo una variada revista y una obra de instruccion sólida é interesante. A este fin ha invitado á escritores acreditados ya por sus obras y por su saber en la república de las letras, para que cada cual segun su genio y segun el género de materias á que mas se ha dedicado, desempeñase en esta obra escogida de gusto la parte que prefiriese, resultando de este conjunto una grata é interesante variedad de artículos, ya de religion, ya de historia, ya de costumbres. Al lado de las perspectivas magníficas de la naturaleza figuran las mas caprichosas fantasías poéticas, y junto al severo análisis de un carácter ó de un personaje, resaltan las deliciosas escenas del hogar ó de la

vida campestre. Muchos de los cuadros han dado pié para amenizar el conjunto con anécdotas curiosas é interesantes , y las meditaciones de la filosofía forman contraste con los juegos mas festivos de la imaginacion. Cada escritor deja marcado su genio en estas fugaces inspiraciones donde puede imprimir sus trazas con toda espontaneidad , con total independencia de lo que le precede y de lo que le sigue , pero con la responsabilidad moral y literaria que le impone la suscripcion de su firma.

No sin algun temor se aventura por primera vez una obra que no puede dejar de ofrecer el atractivo de la novedad así por la naturaleza de sus cuadros como por la parte espositiva de sus asuntos que forma su complemento. El editor ha apelado á la conciencia misma de los escritores cuyos nombres , á lo menos en su mayor parte , son una garantía del acierto en la eleccion ; y confia que el público conocedor acogerá benévolo esta muestra doblemente interesante , así por los preciosos monumentos del arte en el extranjero , de que se compone , como por las producciones literarias que la acompañan , fruto todas de los ingenios del país.

**El editor.**

---



6<sup>o</sup> DE MUNICH. P. 1



P.P. Rubens pinxit

A.H. Payne sc.

*De Trinitate. Dreieinigkeit!*

# LAS GLORIAS

DE LA

# PINTURA.

## LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

( CUADRO DE RUBENS. )

Como el objeto de esta coleccion ó revista artística no se limita á la simple exposicion de la parte técnica del arte, sino que se estiende á ilustrar y hasta desenvolver el fondo de la idea que sirve de fundamento á la pintura ó cuadro, preciso es el recorrer con alguna amplitud aquellos asuntos cuya inspiracion envuelve en sí un gran pensamiento. ¿ Y qué mas grande puede ofrecerse que la representacion de la Divinidad en su expresion mas elevada? El artista ha debido lanzarse á las regiones de lo infinito para dar una forma á su idea : mas allá de los lindes del mundo sensible ha debido buscar un tipo divino y sublime para hacer en cierto modo perceptible lo que apenas basta á concebir en confuso la mas perspicaz inteligencia. La creacion entera con todos sus encantos no es mas que un reflejo pálido de aquella substancia creatriz, substancia á la cual compete únicamente el ser por excelencia, origen único y supremo de donde deriva todo ser, toda bondad y toda belleza. Todas las lenguas de este planeta que habitamos, y que no es sino un átomo en la inmensidad de los espacios, le llaman *Dios* cada cual en su dialecto. ¿ Quién sabe como le llama la voz para nosotros incomprendible de tantos millones de mundos resplandecientes como ruedan por el espacio? El mismo llena su obra : el universo rebosa en las maravillas de su poder : la rapidez de nuestro pensa-



miento no basta para atravesar sus dominios inmensurables, y á pesar de la elevacion de su trono inaccesible á nuestras miradas, sentimos su presencia dentro de nuestro corazon.

Como la antigüedad pagana no tuvo una verdadera idea de la personalidad de Dios, filosóficamente hablando no pudo reducirle á formas sensibles ni aun por la via de los geroglíficos. La ciencia humana divagaba entre el caos de los sistemas que buscaban ciegamente á Dios, ó la causa primera en las regiones oscuras de una idea de materia ó de movimiento, en la atraccion de los átomos ó en el poder creador de los elementos. Si el sentimiento humano, mas racional muchas veces que los sistemas filosóficos, buscaba una idea sensible de poder ó de grandeza suprema, se dirigia á un simulacro de hombre á quien cargaba de sus propias miserias. Y cuando la filosofía platónica llegó á reconocer como primer motor una substancia inteligente, el alma de Ciceron, que puede llamarse el brillante crepúsculo del Cristianismo, llegó á formarse la idea de un ser puramente espiritual y eterno. *Nec vero Deus ipse qui intelligitur a nobis alia modo intellegi potest, nisi mens soluta quædam et libera, segregata ab omni concretione mortali, omnia sentiens et movens ipsaque preedita motu sempiterno.*

Parece que, dado este importante paso, poco le faltaba á la inteligencia humana para remontarse á lo menos muy aproximadamente á la verdadera idea de Dios. Sin embargo, parece que Dios se reservaba el revelar por sí mismo el conocimiento positivo de sus atributos divinos, al que no podia alcanzar por mas que forcejase la sola razon del hombre; y desde que Platon, el fundador de la primera Academia, llamado el *divino*, se elevó hasta el conocimiento de una inteligencia, no dió un paso mas la investigacion de los filósofos. Toda la impiedad pues que se observa en las obras de los antiguos dimana de que no tenian por objeto el verdadero Dios, sino la idea quimérica que en su lugar substituian.

¿Qué me dice pues la palabra revelada por Dios y reveladora de su Esencia suprema? Que solo Dios es, en el sentido eminente de esta palabra. Todos los demás seres participan en algun modo de ser, es decir, hay un momento en que no existian, otro en que existen, y otro en que pueden no existir. Todos los demás seres no son sino una sucesion de sustancias, de formas, de movimientos, de sentimientos, de ideas. El universo entero se compone de esta sucesion, y no es otra cosa que un grande hecho, un gran acontecimiento.

Aclaremos mas la sublimidad magnífica de esta idea, única que explica la grandeza de Dios y sus relaciones con los hombres. Dios es el Ser por excelencia, y siendo el Criador, se llama á sí mismo oculto, *Deus absconditus*, pero que es y existe en todas partes: oculto en el mundo intelectual, donde *es*, y se hace conocer con el nombre de *Verdad*: en el mundo físico, donde *es* y se dá á conocer con el nombre de *Causa*: en el mundo moral ó social, donde *es* y se hace conocer con el nombre de *Autoridad*: en el fondo mismo de nuestros corazones



donde es y se hace sentir por la inmensidad de nuestros deseos y la insaciabilidad de nuestras esperanzas. S. Pablo confirma y explica con su acostumbrada profundidad la exactitud de esta idea cuando dice: *in ipso vivimus, movemur et sumus*. En él vivimos, porque es fuente del Ser y Padre de la vida: en él nos movemos porque es el único motor, ó primer autor del movimiento: en él somos y estamos, porque es la fuente de la existencia, y nada existe sino lo que él produce y conserva.

Hecha esta sencilla exposicion del dogma católico por lo que toca á la existencia de la Divinidad, y á sus relaciones con lo criado, pasemos ahora á la dificultad de representar esta grande idea bajo formas sensibles. Veamos como el arte se encargó de materializar, digámoslo así, lo mas abstracto y sublime á que alcanzar puede toda inteligencia, y reducir dentro el círculo estrecho de una imagen lo que es por su esencia infinito é inmensurable. Y sin embargo, convenia que el arte se apoderase de esta grande idea, y que el pincel, aunque temblando de respeto, se atreviese á presentar á los ojos del hombre la augusta personalidad de Dios. Convenia en el orden moral que las representaciones sensibles de la Divinidad, á pesar de toda su imperfeccion, fijasen á los ojos groseros de los pueblos la idea cardinal de la personalidad divina, para establecer, para vulgarizar, si se quiere, el dogma fundamental de la distincion entre el Criador y la criatura, contra las funestas tendencias del panteísmo que aspiraba á confundirlo, de ese panteísmo que ha ocupado todas las regiones no ilustradas por la revelacion, ya antes, ya despues del Cristianismo, bajo la forma mística é idealista en todo el Oriente, bajo la forma filosófica y mitológica en todo el Occidente del mundo antiguo, y despues del Cristianismo bajo la forma dogmática en todas las herejías que se han sucedido.

Probado está que el arte cristiano estaba fundado sobre el realismo y la historia, y no obstante todos los monumentos conservados de la Iglesia primitiva están cubiertos de representaciones simbólicas. Y es la razon porque la Iglesia de aquel tiempo no está aun en su complemento, y se halla todavía impregnada del carácter de iniciacion de los cultos antiguos. Ocúltase allí la doctrina bajo mil velos; parece que Jehová continúa en sustraer su faz por temor de que su pueblo no muera, y realmente la faz de Jehová no podia ser representada bajo ninguna forma sensible, solo se podia oir su voz al través del estampido formidable del trueno. Esta época representa en cierto modo al Padre misterioso de los siglos, retirado é inaccesible en su santuario eterno, dejando, como se vé en las pinturas de entonces, salir del seno de una espesa nube su mano omnipotente para presentar á los hombres el rollo de la nueva ley, mientras que el Cordero sin mancha yace tendido debajo de la Cruz, rodeado de ovejas que representan las Iglesias.

Mas donde quiera el amor y la esperanza han reemplazado al temor; la in-



molacion quieta y espontánea de sí mismo resalta en todos los geroglíficos consagrados á pintar el triunfo de los mártires. Y muy diversos estos caracteres de los oscuros y vacilantes de la antigüedad, permanecen fijos en una idea vasta y luminosa: son una escritura que habla sin embozo al pensamiento ó al corazón: Los geroglíficos cristianos penetran ya poderosamente, á lo menos por el deseo del artista, en el idealismo de lo bello. Animados por una espresion apasionada no son ya un simple lenguaje, una misteriosa profecía. Difieren además de los símbolos antiguos en que descansan sobre sucesos históricamente cumplidos, no ya sobre mitos, ó bien recuerdan parábolas exclusivamente morales; pues la parábola ó alegoría es la idea ya desarrollada, el símbolo pasado de la inercia al estado de animacion.

Pueden distinguirse en aquella edad dos especies de alegorías: las unas puras y absolutas, las otras históricas, tomadas ora de los dos Testamentos del pueblo escogido, ora de la gentilidad y de las tradiciones generales de la sabiduría de los pueblos. Sobre estas alegorías, puros emblemas las unas, las otras puras historias, Severano ha hecho investigaciones profundas que llenan los dos libros por él añadidos á *la Roma subterránea* de Aringhi, Boldetti y Ciampini que han ilustrado nuevamente estas cuestiones, así como Buonarotti, Bartoli, d'Agincourt, Marangoni, el P. Kirker etc., y, en fin, un obispo danés Munter ha reasumido en su libro todos estos trabajos.

El demostrar por medio de los monumentos del diseño que la primitiva Iglesia se expresó al principio por geroglíficos, modo análogo al del antiguo Egipto, es un hecho asaz curioso por sí mismo para dejar de llamar la atención del observador. Esto prueba que la humanidad, dadas las mismas condiciones, obra siempre de una misma manera, pero dirigiendo cada vez el vuelo mas elevado; de suerte que el arte moderno sigue absolutamente los mismos períodos que el antiguo, y que su doble historia podria tratarse paralelamente. Mas considerados dogmáticamente estos geroglíficos y como medios para probar por las lápidas mismas la inmutabilidad de nuestras creencias y la integridad de nuestras tradiciones desde los siglos apostólicos, obtienen un nuevo grado de importancia, y bajo este respeto interesan á la misma Iglesia.

Y dejando el análisis de los innumerables que se ofrecen, fijémonos únicamente en el del cuadro que nos ocupa. Desde luego se echa de ver que la representacion de la Divinidad tal cual la concibe y enseña el Cristianismo, no podia apoyarse en ninguno de los hechos históricos que sin apartarse de la realidad abren al artista el campo indefinido de lo verosímil. El Dios escondido, el Dios invisible, el Dios Espíritu no podia ni debia quedar circunscrito á formas de capricho; y la Unidad suprema, encerrando una Trinidad adorable debia encontrar en lo ideal sublime un digno emblema de su majestad augusta. Todo el mundo conoce la trinidad indiana, Brama, Vishnou y Siva, la del filósofo chino Lao-tsen, la

de Platon, el oscuro myto de los helenos sobre Júpiter, Neptuno y Pluton, la triada druídica y la de los Escandivanos. Mas como todos estos mytos no son sino aberraciones desfiguradas de las verdades primitivas, era preciso representar á la Divinidad una en su triple personalidad, sin el menor resabio de los dos grandes errores que se opusieron á la verdad de aquel augusto dogma. Menester era fijar, aun que fuese bajo formas sensibles ó representativas, la idea ortodoxa de la Trinidad, en contraposicion al *Trimourti* de los Índios y á la Triada de Platon, del cual dista tanto la Trinidad cristiana como la luz de las tinieblas. Menester era no separarse de lo que el mismo Dios inspiró en los Sagrados Libros. El Antiguo Testamento presenta los tres ángeles que aparecieron á Abrahan, y que son generalmente mirados como una revelacion de la Triada divina. Una multitud de copas extraidas de las catacumbas con pinturas sobre esmalte representando tres hombres sentados á un banquete, ¿no harian alusion al convite dado por el padre del judaísmo á los tres celestes enviados? Sea de esto lo que fuere, este símbolo abandonado poco á poco con la Iglesia de occidente, conservó en la Iglesia oriental toda su importancia primitiva; y puede aun añadirse que en Rusia esta es la manera mas ordinaria de figurar la Trinidad. Las iglesias de Moscou presentan una multitud de pinturas antiguas y modernas en que tres jóvenes ángeles exactamente iguales están sentados en una mesa redonda bajo la tienda de Abrahan, mientras que de uno y otro lado el patriarca y su mujer llevan platos á los huéspedes misteriosos.

Sobre los sarcófagos mas antiguos del cristianismo la Trinidad se halla á veces expresada simplemente por un triángulo equilátero, pero siempre grabado muy pequeño, y fuera de esto se encuentra muy raramente. Conociase sin embargo que este vago geroglífico no expresaba lo bastante el objeto, y por esto el obispo de Nola Paulino canta en tono de triunfo:

*Pleno coruscat Trinitas mysterio:  
Stat Christus agnus, vox Patris cælo tonat,  
Et per columbam Spiritus Sanctus fluit.*

Y en otra parte añade:

*Cruce sub sanguineâ niveo stat Christus in agno,  
Alite quem placidâ sanctus perfundit hiantem  
Spiritus, et rutilâ Genitor de nube coronat.*

Así el Padre se manifestó ante todo por una mano de donde descende la corona, ó por un rayo que sale de una nube pacífica en lugar de los diseños del rayo y de relámpagos que anunciaban al Júpiter helénico. Vese al Verbo en la figura de un cordero blanco como la nieve yaciendo debajo la cruz de un color



de sangre, y el soplo con que el espíritu de amor *fluyó por la paloma*. Tal se presentó en su origen la eternal Triada.

Mas cuando los bárbaros hubieron traído consigo la anarquía social, y las sectas gnóstica y maniquea de Alejandría y de la Grecia hubieron arrojado al Occidente el veneno de sus doctrinas, viéronse aparecer representaciones monstruosas dignas de las pagodas de la India. El P. Interian de Ayala en su *Pictor christianus eruditus* menciona pinturas, que pretendiendo referirse á las mas sanas tradiciones figuraban la Trinidad con una cabeza de tres caras, y Belarmino cita otros artistas que osaron imaginarse y diseñar la Trinidad por un hombre con dos cabezas teniendo entre ellas una paloma, lo cual, añade, sirvió de pretexto á los ministros húngaros, para declamar contra tan augusto misterio, suponiéndole emanado de los Geriones y de los Janos trifrontes y de otros monstruos ó ídolos detestables del antiguo politeísmo. A tal fatal extremo conduce la degradacion y la adulteracion del arte! Así una fantasía ridícula y destemplada llegó á viciar hasta con profanacion impía el eternal tipo de toda belleza y majestad!

Juan Gerson en uno de sus discursos declama igualmente contra una Virgen que se veneraba en su tiempo en París, y que llevaba la Trinidad en su seno, como si hubiese dada á luz las tres Personas á semejanza de aquella diosa Natura madre de todos los dioses en el panteísmo oriental.

Cuando los padres de la Iglesia latina hubieron condenado con su anatema aquellas caprichosas imágenes, el genio simbólico hizo un postrer esfuerzo, y figuró por algun tiempo al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo como tres hombres con la cabeza, el talle y el cuerpo exactamente iguales. Pero este símbolo, aunque no adolece de lo absurdo de los primeros, y representa la igualdad y coeternidad de las tres divinas Personas, no marca ni el carácter ni el distintivo de cada una. Así es que desapareció tambien este símbolo, y la edad media vino entónces á idealizar la Trinidad bajo un nuevo aspecto, representando al Padre como pontífice eterno, el cual, teniendo en su seno la paloma sostiene en sus brazos la cruz en que está clavado el Hijo. Y esta representacion, llena de una filosofía profunda, ha quedado la mas popular. Algunas veces el Padre sostiene con ambas manos el cuerpo adorable y exánime del Hijo, y sobre los dos figura la misteriosa y radiante paloma. Y como algunos piadosos críticos hayan indicado la presentacion del Cuerpo muerto de Jesucristo en la representacion de la Trinidad viviente, el arte parece haber puesto el sello á la perfeccion del cuadro divino tal como se nos ofrece en esta coleccion, copia del que trazó el inmortal Rubens. El Padre, como el *Anciano de dias*, como aquel de quien dijo el estático profeta *Vi al Señor sentado en un sólio sublime y elevado*, mostrando en su frente toda la majestad de los años eternos, ocupa el trono y empuña el cetro, los dos emblemas mas altos de la autoridad y del poder de que tenemos idea acá en la



tierra. Los pliegues de su ropaje ondean en el espacio, y apoya su planta sobre ese globo tan ingrato como querido, átomo privilegiado en la inmensidad de sus dominios. Su faz radiante de gloria es digna de un Dios. A su diestra su Unigénito revestido con el manto de la humanidad, despues de haberse hecho víctima voluntaria por ella respira un aire mas dulce y no menos majestuoso, y sosteniendo, con su derecha el instrumento en que consumó su sacrificio como á Hombre Dios, y mostrando las cinco llagas resplandecientes, fija sus tiernas miradas en el Padre como clamando: misericordia! Sus piés se apoyan tambien sobre la tierra redimida y suspendida en los espacios entre celajes de nubes y resplandores de gloria, y rodeada de espíritus puros y fieles que son ministros del Altísimo esparcidos por la creacion. Sobre el Padre y el Hijo y en el foco de un círculo de luz purísima aparece la paloma que se dejó ver en el cielo abierto sobre el Jordan y descendió viva llama sobre el cenáculo, fuego y candor, inocencia y amor á un tiempo mismo. En este cuadro sublime brillan los principales atributos de Dios, el poder y la misericordia, la inmensidad y el amor. Su trono es una llama de fuego, y sus ruedas fuego encendido, y millares de millares le servian y millones de millones le asistian. Esta triple figura de la Unidad divina encierra todos los encumbrados misterios de nuestra fe, en la eternidad y en el tiempo, las grandezas de Dios, la creacion del mundo inocente y la del mundo regenerado, los triunfos del Verbo sobre el pecado y la muerte, los prodigios del Espíritu Dios, y hasta se trasluce la última venida del Hijo para juzgar el mundo lleno de gloria y majestad.

Mágico en el efecto del colorido es este grupo sorprendente, y los vestidos al paso que lijeros y abundantes presentan en su corte y en sus contornos una perfecta ejecucion. El tono luminoso del cuadro trazado por mano maestra respira un cierto aire de sencillez magnífica que impone y encanta á la vez, y la gloria celeste de que está rodeada la paloma deslumbra en algun modo la vista del espectador. Por sobre la tierra volatean en una especie de penumbra tres ángeles, los mas graciosos quizás que hayan salido del pincel de Rubens, y sobre de ellos el Cristo con la cruz y el Padre con su cetro. En concepto de algunos, si bien la expresion del cuadro es noble y digna, con todo la idea religiosa y la inspiracion divina dejan algo que desear en aquellas formas por demasiado macizas, ó como de un carácter particular á los pintores flamencos, carácter muy distinto por cierto del de la escuela italiana. Es muy difícil el conciliar la majestad del diseño con aquella esbelteza de formas que en las creaciones puramente ideales tanto contribuye á la gracia y á la hermosura del conjunto.

Tal es el cuadro que ha dado pié á nuestras sucintas observaciones. Pero el artista que con el cincel ó el buril en la mano ha de acometer una empresa cuya ejecucion raya casi con lo imposible, cuando se le ha confiado el reducir á formas sensibles y circunscritas la representacion de lo que no tiene límites en el tiempo ni en el espacio, ¿que es lo que preguntará á su genio? ¿qué le pedirá á



su fantasía? Entonces es cuando ha de buscar las inspiraciones en lo mas profundo de su corazon; entonces es cuando la conviccion mas íntima, la mas inflexible creencia hará brotar en el fondo de su alma la idea luminosa, la imágen inspirada. Entonces la Divinidad misma se revelará hasta cierto punto al genio que le invoca, y le hará encontrar en el mundo sensible algun tipo que corresponda al mundo espiritual. Vamos á reducir á breves rasgos lo que mas nos ha impresionado en este gran misterio que vela á nuestras débiles miradas la Esencia divina, el Sol de las inteligencias, porque sin la secreta iniciacion en la fé es imposible á la mas sutil facundia el reducir á imágenes aunque sean de pura alusion los arcanos de los séres invisibles.

Al hombre le queda la razon para rendirla y sujetarla á la Divinidad como un tributo digno de una criatura inteligente. El velo que oculta á sus ojos el mas insondable de los arcanos es inaccesible. Dios reserva para premio de los que creen el revelarse á sí mismo, y la intuicion de la Suprema Esencia será la corona mas bella de la sumision del pensamiento á las verdades ocultas de la fé. El que cree sin ver, verá despues de haber creido.

Sin embargo, por poco que reflexione la razon sobre sí misma, verá en ella y en todo el órden moral del universo las huellas de la esencia de Dios en todo lo que es obra de sus manos y traslucirá tras el ópaco velo del misterio las muestras brillantes de lo revelado. Aunque el pensamiento del hombre se haya remontado como un águila hasta el trono de la Divinidad, pero deslumbrado con sus rayos eternos, no haya podido penetrar en el augusto celaje que oculta la faz de Dios á los ojos de los mortales, ha observado no obstante, que Dios *uno* dijo al principio de los tiempos: *Hágase la luz, y la luz fué hecha*, y que Dios *trino* dijo antes de criar al hombre: *Hagámosle á nuestra imagen y semejanza*. Y arrojando este mismo hombre una mirada sobre sí mismo, ha visto la accion de su propio espíritu triplicada, por decirlo así, en tres potencias principales y distintas que abrazan la unidad de su ser: la libertad ó el poder que ejerce sobre sí propio, la inteligencia que tiene para conocer, y ese amor que le arrastra irresistiblemente hácia el bien y que procede de la combinacion de su libertad y de su inteligencia. Ha notado que el mundo moral descansa en cierto modo sobre un triángulo de fuerzas ó de elementos que obran como emanacion de la fuerza suprema, ó impelidas por el soberano Motor de todo lo criado: el poder, fuente de toda existencia, la sabiduría que procede en el órden providencial, y el amor que comunica alma y vida á todo lo existente.

Estas no son mas que imágenes imperfectas de la Divina Esencia, pero nos revelan la posibilidad de lo incomprehensible, la verdad de lo revelado, y nos descubren la insensatez de negar sin comprender. Desde que Dios Hijo, revestido de nuestra carne, consumó el sacrificio de sí mismo para conciliarnos con Dios Padre, y descendió el Dios Espíritu Santo para abrasar la tierra en su amor, no pode-



mos ya dudar de la unidad en la Esencia y trinidad en las Personas. En nombre de las tres divinas Personas entramos en el mundo espiritual y regenerado, se nos aplican los méritos de la sangre de Jesucristo, y llueven sobre nosotros las bendiciones del Cielo. «Dios, decía Tertuliano á los perseguidores de Jesucristo, ha creado al mundo por su palabra, su razon y su poder. Vuestros mismos filósofos convienen en que *logos* que es el *verbo* es la *razon*, esto es, el Criador del Universo. Los cristianos solo añaden que la propia sustancia del *verbo* y la *razon*, esto es, la sustancia por lo que Dios lo ha producido todo, es *espíritu*; que este *verbo* ó esta palabra ha debido ser pronunciada por Dios; que Dios habiéndola pronunciado, la engendró, y que de consiguiente él es *Hijo* de Dios, y Dios á causa de la unidad de su sustancia. Aunque el sol prolongue un rayo, no se separa su sustancia sino que se extiende. De ese modo el *Verbo* es *espíritu* de un *espíritu* y *Dios* de Dios, como una luz encendida con otra. Así lo que procede de Dios es *Dios* y los dos con su espíritu no componen mas que uno; se diferencia en propiedad, no en número; se distingue en orden, no en naturaleza, el hijo ha salido de su principio sin dejarle. Este rayo de Dios bajó al seno de una vírgen, se revistió de carne, se hizo hombre sin dejar de ser Dios. Esta carne sostenida por el espíritu, se alimenta, crece, habla, enseña y obra, *Este es Cristo.*» Hasta aquí el sublime Tertuliano.

El *Espíritu Dios* descendió despues para completar la obra del *Hijo* vuelto al seno del *Padre*: y los siglos que salieron como un torrente de gloria del seno del *poder*, y los mundos que cantan las alabanzas del Excelso, armonizados por la *sabiduría* y la inteligencia que suspiran atraídas hácia el divino centro por la fuerza inefable del *amor* forman este triángulo admirable, tiempo, espácio, ó inteligencia, que salido de Dios tres veces santo, volverá á confundirse en los abismos insondables de la eternidad.

Aun mas ¿quereis mirar al sol de hito en hito, y sondear con vuestro débil ojo el foco inmenso de su luz? Observadle mas bien en los otros cuerpos en que reflejan sus rayos: de otro modo vuestra vista quedará obscurecida en el abismo de su resplandor. La Divinidad es el grande sol de todo el universo criado, y las inteligencias limitadas solo pueden observarle en sus reflejos y mirarle temblando por entre el velo de la fé. Dios no seria Dios si no fuese incomprendible. Negar pues su incomprendibilidad es negar su misma esencia. La luz oprimiria al pensamiento temerario que osase fijarse en ella. Dios es infinito con su simplicidad y en su fecundidad principio que se conoce á sí mismo y se ama, única sustancia divina, y á un tiempo, principio, ó paternidad, filiacion y procedencia. El conocimiento no es el principio: el amor no es el conocimiento: principio, conocimiento y amor son tres personas y una sola sustancia. El principio es el Padre, el conocimiento, que existe substancial y eternamente del Padre, es el Hijo: el amor, que existe



substantial y eternamente en el Padre y en el Hijo, es el Espíritu Santo. Ved ahí en Dios, unidad y trinidad sin contradicción alguna.

Si apartando los ojos con respeto de la faz fulgurante de la Divinidad, la buscamos reflejada en todo el universo físico y moral, y aun la contemplamos reflejada en nosotros mismos, como hemos indicado, la hallaremos dulcemente obrando con su acción omnipotente y benéfica y la percibiremos simbolizada por todas partes con la triple fuerza de su poder, de su sabiduría y de su amor.

Ella, esa Divinidad que vivía en sí misma desde la eternidad, quiso estender su omnipotencia en el tiempo, fecundando la nada con su palabra, y produciendo la inmensidad de los espacios que llena con su propia inmensidad: ella formó en diversos períodos ese globo que habitamos, armonizando los elementos, cuando el Espíritu del Señor se cernía sobre las aguas, Ella formó al hombre á su imágen, imágen maravillosa que refleja al poder divino en su libertad, la sabiduría en su pensamiento y el amor en su voluntad. Ese Dios es el que hizo adorar á su Verbo por las puras y sublimes inteligencias, el que prometió su Verbo al hombre caído para repararle; y ese Verbo-Hombre consubstancial al Padre, es el que promete y envía su Espíritu para abrasar la tierra en amorosa y divina llama.

Así es como la Iglesia en su economía sublime del mundo espiritual, después de haber celebrado los altos y adorables misterios de la redención humana, en la que Dios Hijo reconcilia con Dios Padre el mundo culpable, y envía á Dios Espíritu Santo para fecundar la tierra en la gracia y en la verdad, adora poco después á Dios en sus tres divinas Personas, en un misterio insondable y augusto ante el cual la razón se confunde abismada como un átomo en su nada, y el corazón se place con la esperanza de una intuición más clara de esa Triada encerrada en la Unidad esencial de Dios. Arrojando entretanto una mirada por los ámbitos creados, se goza en reconocer donde quiera la marca augusta de esta velada y viviente Divinidad, ya en esa omnipotencia que arrojó millones de mundos en el espacio como polvo resplandeciente, ya en esta inteligencia suprema que ordena y armoniza los átomos con los soles en el ámbito inmensurable de lo criado, ya en ese amoroso concierto con que la creación alza á su autor el himno mudo de su sumisión y de su reconocimiento. La inteligencia se eleva en alas de la fe hasta la región de lo infinito, en cuyo fondo resplandece la Unidad de Dios en su Trinidad inapeable. La misma magnitud el misterio nos presta ocasión para un homenaje sublime, y nuestra voz forma coro con la de los puros espíritus que al son de sus harpas inmortales repiten sin cesar sus himnos al tres veces Santo.

Y fijándonos ahora en cada una de las Tres Personas divinas conforme nos lo propone el dogma católico, podemos aplicar á Dios Padre como á principio todos los atributos que se atribuyen á Dios como Unidad Suprema y que son aplicables en igual grado á las Tres Personas. Mas como el Hijo ha tenido más contacto con nuestra naturaleza porque se revistió de ella; puede decirse que la razón humana,



sin por esto comprenderle, contempla mas de cerca sus atributos como Dios-Hombre, y por razon de su Encarnacion adorable, le es lícito mirarle mas de cerca.

Qué es el Verbo? Toda la filosofía, toda la religion están en él. El Verbo es la sabiduría de Dios, y es fácil el probarlo por dos grandes consideraciones: la primera, porque Dios todo lo ha criado, todo lo ha ordenado en este mundo por el Verbo; la segunda, porque el Verbo ha sido el medio que Dios mismo ha escogido para reconciliarse con el mundo. Por él todo lo ha criado, y por él todo lo ha reparado.

El Verbo estaba en el mundo, pero el mundo no le comprendia, bien que su nombre se habia conservado entre los hombres. Tertuliano dice formalmente á los paganos, que sus filósofos llamaban al Criador del mundo el Verbo, la palabra, la razon. En efecto, Platon, hablando de la creacion del mundo, reconoció un Verbo, una idea, un modelo de lo que Dios queria hacer, modelo realizado en la creacion.

Tales son los vestigios de aquella gran verdad consignada en los libros de los judíos, y revelada mas tarde al universo por el discípulo amado de Jesus. El rey profeta habia oido de la boca de Dios aquellas palabras misteriosas: «Tu eres mi hijo, yo te engendré antes de la aurora.» «¿Quién es el que brilla en lo mas elevado de los cielos por su poder y descende de allí incesantemente? habia dicho Salomon, hijo de David, ¿cuál es su nombre y cuál es el nombre de su hijo, si le sabeis?» Este hijo es el Verbo, es la razon, es la sabiduría.

Para los hebreos el Verbo no era solamente una idea, un concepto del pensamiento, sino un ser subsistente, eterno, animado, lo que los cristianos han llamado una apóteosis, la imágen, la idea original sobre la cual fueron formados todos los seres.

El Verbo, dice S. Pablo, es el esplendor de la gloria de Dios y el carácter de su substancia, y todo lo sostiene por el poder de su palabra. Y S. Juan, á quien el Espíritu Santo nos representa bajo la forma de un águila misteriosa, S. Juan en su Evangelio, que puede llamarse el Evangelio del Verbo, nos declara que hay en Dios un Verbo, que este Verbo es de toda eternidad; que es de Dios; que todas las criaturas le deben la vida, y la luz de todo hombre que viene al mundo.

San Ignacio dice de Jesucristo que es el Verbo eterno del Padre. S. Clemente le llama, como S. Pablo, el esplendor de la majestad divina. Ante todas cosas, dice Tertuliano, Dios en su soledad bastábase á sí mismo, Dios era su mundo, su lugar y su todo, pues nada habia fuera de él. Bien que él no era solo, pues habia en él lo que era en él, su razon, su palabra, su Verbo. Desde el ángel hasta el gusano, exclama S. Agustin, todo ha sido hecho por el Verbo de Dios. El símbolo de los cristianos llama al Verbo, Dios de Dios y luz de luz.

Todo pues nos declara que el Verbo procede de toda eternidad de su Padre como el rayo procede del sol sin separarse de él. Todo lo que tiene mi Padre es mio, ha dicho el mismo Verbo encarnado: mi Padre y yo somos una misma cosa. Cuando una mano enemiga vino á desfigurar el mundo criado por el Verbo, ¿quién



reparará esta gran ruina? Será también el Verbo, pero el Verbo encarnado. La naturaleza humana se ennoblecerá por su unión con la naturaleza divina, y en el misterio de la Encarnación que encierra la mayor intimidad con la mayor separación posible entre la criatura y el Criador volvemos á encontrar entera la razón de Dios, el plan de la creación, la reparación, la aclaración de la obscuridad que ha cerrado á la luz los ojos de los hombres corrompidos. Y como todo se ha hecho por el Verbo, y nada se hizo sin él, el Verbo en su Encarnación ha de explicar todos los designios de Dios; y este divino misterio ha de llenar todo el intervalo entre Dios y el hombre.

Para explicar el secreto de la espectáculo de los ángeles, dice el Crisóstomo, que después de la creación de los espíritus celestes, les propuso Dios el gran misterio de la Encarnación del Verbo, y que pronunció estas palabras repetidas por San Pablo: Adórenle todos los ángeles! Los fieles como Miguel se sometieron, los rebeldes dominados por el orgullo fueron sepultados en los abismos eternos. Déjase conocer que Dios, habiendo criado el espíritu y la materia, quiso que un ser, materia y espíritu á la vez, fuese como el pontífice de toda la creación, y que para enlazar con su propia esencia todo el universo, quiso unirse á un ser á la vez espíritu y materia, á fin de que las naturalezas material, espiritual y divina quedasen, por decirlo así, consumadas en la unidad y en la gloria. Pero para reparar la ruina causada en el género humano por la envidia de Satán fueron menester prodigios mayores que los de la creación. Y explicando el profundo Pablo la Encarnación, dice que este se verificó á fin de regenerar todas las cosas en los cielos y en la tierra. Así el Amor divino no ha solamente regenerado nuestra tierra por la Encarnación, sino que ha divinado, por decirlo así, el universo material, y todas las criaturas que no tenían ya mas pontífice ni mediador entre ellas y Dios.

Dios no era conocido al principio sino por su Verbo, su razón, su sabiduría. El temor no estaba en parte alguna, y no se oía en toda la creación sino un himno de reconocimiento y de amor. Satán caído y el hombre arrastrado por él abrieron abismos de justicia y de dolor; el cielo y la tierra temblaron; la cólera pareció que reemplazaba al amor en la inmensidad de los cielos. Reinó, dice el Apocalipsis, un grande silencio en el cielo. Consideremos el vacío inmenso que se hallaba en la obra de Dios cuando los ángeles salieron del cielo y el arcángel preguntó: ¿Quién como Dios? Este vacío debía llenarle el hombre, y el hombre cayó á su vez. Después de la expulsión del paraíso y perdidas para siempre la inmortalidad y las delicias, ni los mismos ángeles eran bastante puros delante de Dios. Ved el espanto de la naturaleza humana delante de la naturaleza divina, aquellas crueles expiaciones, aquellos sacrificios que aterrorizaron la tierra, aquella sangre que está clamando que una ofensa terrible separa el hombre de Dios. Las fábulas mas absurdas, los cultos mas infames degradan la razón humana



abandonada á todos los errores, á todas las depravaciones del espíritu y de los sentidos. La ignorancia, la barbarie, la esclavitud cubren la tierra. Así decían los filósofos platónicos que la naturaleza divina no era accesible á los hombres, y que nuestras súplicas no penetraban hasta ella. Lucrecio escribía que el temor habia formado los dioses, y que el hombre habia sido echado al acaso y desnudo sobre la tierra tambien desnuda, miserable juguete de los dioses, que al criarle no habian hecho sino dar una alma al dolor. ¿Cómo borrar aquel terror causado por el Querubin armado de una espada de fuego, y por los rayos del Sinaï? ¿Cómo destruir esta objeccion que se presenta al pensamiento del hombre, cuando se le dice que el hombre quiere adorar á Dios? ¿Qué quereis que sea yo á los ojos de Dios inmenso, infinito? No piensa conmigo, ¿qué necesidad tiene de mi adoracion? Dios no ha hablado al hombre, dice el incrédulo. La palabra de Dios se hizo carne, responde el cristiano, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria como á Unigénito del Padre lleno de gracia y de verdad. El Verbo pues vino al mundo, y Dios escribió su ley en su mismo Verbo, y la naturaleza divina se halla restablecida en el hombre desde que el Verbo, la razon de Dios nació infante en un pesebre.

Ved ahí pues las grandes y esenciales verdades que han de estar en la mente del artista al trazar la representacion del augusto misterio. El lector nos disimulará el que en una obra de recreo le hayamos hecho recorrer algun tanto las regiones encumbradas de la ciencia, bien que hayamos procurado ser mas filósofos que teólogos, pero este era un tributo indispensable que debíamos pagar á la materia que se nos habia confiado.

Detengámonos un momento acerca el símbolo con que suele representarse la tercera Persona de la Augusta Trinidad. No se ha desdeñado la Divinidad misma de ser simbolizada bajo la figura de ciertos animales que, ó por la nobleza de su condicion ó por la dulzura y mansedumbre de su carácter, se distinguen en esta escala inferior de la creacion animada. Así que vemos en el Testamento Antiguo comparado el Jehová de los hebreos, el Dios terrible del Sinaï al leon rugente de Judá, cuando el rostro del Señor de los ejércitos lanzaba aun rayos de indignacion antes de haberse reconciliado el cielo con la tierra. Y en el Testamento Nuevo, ley de amor y de misericordia, leemos en el estático de Patmos llamar Cordero al Verbo mismo en estado de víctima, porque la mansedumbre del Cordero, al cual habia comparado ya el Hombre-Dios en sus tormentos el profeta Isaías, es el tipo mas apropiado entre todos los seres vivientes para representar la mansedumbre del Verbo humanado en el estado de sacrificio.

Así, pues, cuando el historiador sagrado nos describe la escena magnífica que apareció sobre el Jordan, cuando el Padre y el Espíritu Santo dieron testimonio sensible de la Divinidad del Hijo humanado, dejó consignadas estas palabras: «Y bajó el Espíritu Santo sobre él en figura corporal como de paloma» Y aunque cuando descendió al cenáculo no espresa el sacro texto que apareciese en figura



de paloma, con todo, apoyado el arte en la aparición del Jordán, no ha dudado en simbolizarle del mismo modo, haciéndole despedir las lenguas de fuego con que se comunicó visiblemente á los que allí se hallaban escogidos para transformar el mundo. La paloma, pues, es el símbolo de la dulzura, de la simplicidad, de la pureza y del tierno gemido, la cual vino á posar sobre la cabeza misma de Jesucristo, y entonces fué cuando se oyó la voz del Padre en que le llamó Hijo amado y objeto de sus complacencias. ¡Qué testimonio tan brillante dado á la divinidad del Verbo encarnado por las otras dos personas de la Trinidad adorable!

No siempre se representa al Santo Espíritu en figura de paloma; y aunque esta es la mas comun representacion de la Tercera Persona, alguna vez la hemos visto en figura humana, como las otras dos, y no vemos motivo para condenar semejante representacion, supuesto que el Padre tambien así se representa. Advirtamos sin embargo que en el símbolo mas generalmente admitido de la paloma, el artista no tiene que formular en su fantasía el carácter y la expresion que corresponde al personaje divino que completa el Trino inefable, y todo queda reducido á la sencilla pintura de aquel emblema animado de mansedumbre y de candor. Pero si le reviste de formas humanas, tiene que buscar en el alto alcázar de la ciencia la expresion mas adecuada á la persona que quiere representar. Hasta el ropaje, el gesto, los atributos que le corresponden todo ha de ser creacion del genio circunscrito á los sublimes documentos de la mas encumbrada teología. La pintura de que nos ocupamos nos exime de entrar en mas detalles sobre el particular, pues el inmortal Rubens no se separó de la idea evangélica pintando la paloma.

El poeta, lo mismo que el pintor, ha de dar cuerpo, por decirlo así, á cada una de las tres divinas Personas cuando traza sus figuras con los rasgos sublimes de su imaginacion. El secreto del arte consiste en saber ser libre é indefinido en estos rasgos, sin traspasar empero la línea trazada por la fé. Así es como otro Rubens del pensamiento apostrofa así á la Divinidad en su Tercera Persona: «Tú no duermes, soplo de vida, pues que el universo siempre vive! tu santo aliento vivifica los dias primeros y los últimos! Tú eres el que respondiste al Verbo que te nombra. Cuando el mudo caos palpitó estremecido como aquel á quien despierta y sobresalta una voz poderosa, tu entónces, agitándote sobre la inerta materia, repetiste en los cielos la palabra primera y desplegaste la luz como un tapiz azulado bajo las plantas del Altísimo! Con tu virtud hiciste comprender y amar el designio de la palabra divina. Hiciste subir y bajar al Verbo que se extendió por la inmensidad de los espacios. Tu condensaste los aires, tu equilibraste las nubes, tu sondeaste las sendas desconocidas de los soles, tu hiciste girar al cielo sobre el eje inmortal. Como una guia avanzada en una senda de tinieblas, diste forma y vida á todo ser creado, y al trazar Dios su camino á la ciega naturaleza, tu marchabas delante de él! Mas tu no guardas siempre las mismas formas á sus divinos ojos. Todas las tomas, ó sabiduría increada, á fin de darle ma-

yor gloria. Tan presto brisa apacible y ráfaga suave de luz , tan presto tempestad y rayo , sonido ya terrible ya lastimero en las harpas de los profetas, columna que Israel vé marchar á su delantera , palabra penetrante , sacrificio cruento , sudor de los olivos en la vigilia del sacrificio , gracia y virtud derramándose del cáliz divino. ¡ Tú eres ! ¡ Siempre eres tú ! ¡ El pensamiento es tu fuego ! ¡ la palabra tu espada ! ¡ Soplo increado ! Cuando se van amortiguando las luces del antiguo dia , cuando mas fiero arrecia la tempestad , cuando se agita la tierra y los cielos se cubren de palidez , entonces exclamó : ¡ No estás léjos ! ¡ Y tu presencia muda la faz de la tierra !

Para amenizar un tanto la indispensable severidad de estilo que ha debido reinar en este artículo , concluiremos dirigiendo á la Tercera persona de la Trinidad divina un himno que años atrás arrancó á nuestra ardiente fantasía el entusiasmo religioso. Nada es comparable al fuego de la edad juvenil , cuyos recuerdos se conservan al través de los años como las áridas pavezcas que cubren la boca de un volcan ya extinguido. Al leer aquellos conceptos ya casi olvidados , nos parece que el corazon palpita aun con aquellas latidos , y el espíritu se place y se contrista á un tiempo al fijar su mirada sobre su propia historia. El himno dice así :

## AL ESPÍRITU SANTO.

A tu region levántame  
O espíritu divino  
Y en raptó repentino  
Me lleva, ó Dios de amor!

La eternidad presides,  
Y la inmensidad mides,  
Y llenas los espacios  
Cual soplo creador.

Al Padre, al Unigénito  
Igual en ser y gloria,  
¿ Osará tu victoria  
Cantar lengua mortal,

Cuando de llama ardiente  
Velado y refulgente  
Descendiste al Cenáculo  
De tu sóllo eternal ?

Al arcanoso estrépito  
Retiembla el sacro coro,  
Se inunda en rayos de oro  
El asilo de paz,

Y en la frente encendida  
De la turba escogida  
Brilla tu Deidad fúlgida  
Cual centella voráz.

En puro amor transfórmanse  
Los pechos agitados,  
Por su rayo inflamados  
Sienten un nuevo ser.

Su espíritu levantas :  
Ven al mundo á sus plantas  
¿ Podrá fuerza ú obstáculo  
Su celo detener ?

La cruz del Capitolio  
A la tierra avasalla ;  
En sus cabernas calla  
La voz del impostor.

Jesus! aclama solo  
Del uno al otro polo,  
Cambian al orbe atónito  
Prodigios de tu amor.



## LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

Salve! por tí profética  
 Virtud se nos derrama:  
 Arde la sacra llama  
 Y es solo amor tu ley:  
 Del trono soberano  
 Desciendes al humano,  
 Y entregas á sus súplicas  
 Trono y corona al rey.  
 Los levitas y vírgenes  
 Escoges para el ara;  
 Ansía tu luz clara  
 Muriendo el viador:  
 De tus consuelos digno  
 A tu sagrado signo  
 Revive, y vence intrépido  
 Al monstruo seductor.  
 La linfa con el álito  
 Tu fecundas de vida,  
 Y el alma dolorida  
 Bajas á consolar:  
 El lazo misterioso  
 Bendices amoroso  
 Que dos pechos uniéndose  
 Consagran en tu altar.  
 Al tenebroso espíritu  
 Desaparecer mandas,  
 De sus garras nefandas  
 Destruyes la señal:

Consolador agosto!  
 Gloria, placer del justo!  
 Desciende y todo inflámalo  
 En tu ardor divinal.  
 A la codicia sórdida  
 Y al lúbrico desvío,  
 Y al vil orgullo impío,  
 Y al culpable placer  
 Vence, ahuyenta, aniquila,  
 Y la tierra tranquila  
 Bajo tus alas cándidas  
 Se vea renacer.  
 Afirma el paso trémulo  
 Del débil é indigente,  
 Sé freno al prepotente  
 Y en el dolor solaz.  
 Deshace con tu aliento  
 El maquinario sangriento  
 Del altanero cínico  
 Del descreído audaz.  
 Sopla cual blando céfiro  
 Sobre el árido suelo,  
 Rasga, gran Dios, el velo  
 Al ominoso error,  
 É inflamado en tu fuego,  
 Sin tregua, sin sosiego,  
 Do quier sean mis cánticos  
 Amor! Divino Amor!

Joaquín Roca y Cornet.

GF DE MUNICH P. 58



*La Chanteuse*  
*Lady singing. Die Sängerin*  
*Spivoknya*

Published for the Proprietors by A.H. Payne, Dresden & Leipzig



# LA CANTATRIZ;

(CUADRO DE FRANCISCO MIERIS.)

CONTEMPLAD el cuadro que se os ofrece ante los ojos.

Es el retrato de una bellísima jóven; y en verdad que por las joyas que adornan sus orejas y su cabello bien pudiera llamársela *la dama de las perlas*.

Francisco Mieris es el autor de este retrato.

¿Sabeis quien fué Francisco Mieris?

Un gran artista, pero un artista á quien su genio, sus pasiones y su actividad atañearon de tal manera, que lo hicieron víctima arrastrándole á un abismo en que pereció miserablemente.

Luego os hablaré del pintor; volvamos ahora al cuadro.

Bello retrato ¿no es verdad? Hermosa jóven, ¿no es cierto?

Contempladle bien. ¡Qué dulzura y qué espresion en los ojos! ¡Qué suavidad de contornos! ¡Qué dulzura en los rasgos! ¡Qué abandono y naturalidad en la postura! ¡Qué originalidad en los adornos! ¡Qué hermosa perla esa que brilla en mitad de la frente, perla sin embargo menos hermosa y de menos precio que los dulcísimos ojos del retrato!

Los coleccionadores de la galería han puesto al pié de este cuadro *La cantatriz*. Mejor hubiera sido poner *Oalitha*, que este era el nombre de la belleza que intentó trasladar al lienzo la mano febril y trémula de emocion de Francisco Mieris.

Este cuadro, miradlo bien, tiene toda una historia, una historia de amor, de delirio, de sangre.

Es un terrible, pero interesante episodio, que voy á contaros, ya que la providencia en forma de editor ha puesto esta lámina en mis manos pidiéndome que la acompañase con un artículo.

Al contároslo os diré quien era Oalitha y os diré tambien quien era Francisco Mieris, ya que el cuadro que teneis á la vista va enlazado á una de las épocas mas tristes y mas felices á un mismo tiempo de la vida del pintor.

Oye con atencion la historia, hermosa señora la que lees estas líneas, y si despiertan algun interés en tu corazon las desventuras de Oalitha ó los apasionados sentimientos de Mieris, consagra una lágrima á sus dolores y á su triste fin, sin olvidar por esto de dedicar un recuerdo al autor que estas líneas escribe, hermosa señora, por tí y para tí tan solo.

## I.

### Un poquito de historia á grandes rasgos.

EL reinado de Felipe II fué, no solamente para España, sino tambien para otros países, un acontecimiento fatal seguido de todos los abusos que arrastran consigo el despotismo de uno solo. Sin embargo, los actos de Felipe III, el hijo de aquel monarca, fueron casi tan dignos de anatéma como los de su padre.

Es preciso confesar sin embargo que subió al trono en medio de circunstancias las mas desfavorables. La monarquía española, que brillaba entre todas las demás al principio del siglo y las hacia temblar con sus poderosos recursos en hombres y en dinero, marchaba entonces tan rapidamente hácia su decadencia que ya apenas se notaban las huellas de su antiguo esplendor. La España despoblada, sin comercio, sin industria, sin agricultura, no hubiera podido salvarse de una ruina inminente sino por el brazo enérgico y la direccion sábia de un prudente soberano. Un príncipe debil, de un espíritu limitado, era incapaz de poner remedio al mal: todo lo mas que podia hacer era disimularlo un poco. Esto es lo que hizo el jóven Felipe, y sus cortesanos, sus favoritos, sus aduladores le sirvieron á mas y mejor en esta obra y por este camino.

Uno de los actos mas deplorables de este monarca fué la expulsion de los moriscos que habitaban en España. Si se considera que nuestro país estaba falto de brazos para su comercio, su industria y su agricultura, se convendrá en que debiera haberse recurrido á cualquier otro medio antes que privar al estado de mas de un millon de súbditos, con los cuales emigraron al mismo tiempo la industria y la fortuna. El alto clero y magistrados fanáticos persuadieron á Felipe III, y el decreto de expulsion fué promulgado.

Un número muy reducido de moros pudieron solamente quedarse en España. A los otros se les permitió llevarse lo que pudieron cargar á cuestras, y se prepararon buques para llevarles á Africa. Fácil es imaginarse la desesperacion de esos proscritos, puesto que no solo se les privaba de sus posesiones, de sus rebaños y



de su industria, sino que se les desterraba de un país en que la mayoría de ellos habian visto la luz del dia.

Así es que trataron de hacerse fuertes y se reunieron en las montañas armándose para la defensa comun.

Fué inutil. Tuvieron que acabar por entregarse faltos de recursos, y así fué como Felipe III, secundado por las circunstancias, consiguió ejecutar su decreto de destierro.

Muchos de aquellos infelices proscritos previeron la triste suerte que les esperaba en el suelo africano donde acaso los árabes iban á perseguirlos como cristianos lo mismo que los españoles les perseguian como mahometanos: así es, que á muchos debieron arrastrarles á la fuerza hasta los buques, mientras que otros pudieron, gracias á sus disfraces, pasar á Francia en donde la industria que ejercian sirvió de sobra para mantenerles.

Un gran número de estos infelices pudo llegar hasta los Países Bajos. Fueron bien acogidos allí, pues que encontraron una poblacion que simpatizaba con ellos en odio al yugo español.

Esta emigracion mora se mantuvo en cierto modo intacta y sin mezcla en medio de las razas europeas tan distintas de ella en los Países Bajos. Estas familias fueron por espacio de muchos años el objeto de la curiosidad popular y los pintores escojian de buen grado entre ellas sus modelos.

Una tez morena, pero bella; una mirada viva, ardiente, y al mismo tiempo dulce; cabellos negros y rizados naturalmente; contornos llenos y graciosos; tal era el tipo característico de las mujeres y de los jóvenes moros.

Eran por lo general prudentes y callados, pero sin rudeza ni maneras bruscas. Los moros ocupados en profesiones manuales eran activos é inteligentes; los que vivian en el estado de domesticidad eran fieles y adictos á sus amos. Tal era generalmente el carácter de esas familias que se encontraban á cada paso en Francia y en los Países Bajos á consecuencia de su expulsion de España.

Convenia explicar esto, aunque fuese rápidamente.

Transportémonos ahora á una época, posterior de treinta años á la expulsion de los moriscos.

Nos encontramos en Leyda y en el período de mas alto esplendor de la pintura holandesa.

## II.

### La taberna de la botella llena.

FRANCISCO MIERIS vivia entonces en Leyda despues de haber abandonado hacia ya mucho tiempo el taller de su maestro, el célebre Gerardo Dow. Ya se habia dado á conocer bastante sin haber llegado empero á la celebridad; porque los

hombres de talento no son por lo comun apreciados mas que con el tiempo, único árbitro y dispensador de la nombradía.

Entre los protectores del artista descollaba en primera línea el conde de Gruyderland, que era un hombre valiente, caballeresco, de un exterior aventajado, y muy caprichoso y raro en todas sus cosas.

Su palacio encerraba un mundo de curiosidades y maravillas, pero la curiosidad mejor de su palacio y la mejor maravilla era sin contradiccion una jóven y bella morisca que él se habia tomado el trabajo de educar y de instruir como si hubiese sido su hija.

La celaba con la vigilancia de un Argos de cien ojos, y este cuidado y la estima en que tenia á su protegida, dimanaban sin duda de las estrañas y singulares circunstancias que le habian puesto en posesion de su pupila.

Porque es de saber que la historia era original bajo todos conceptos, y si tu la quieres saber, hermosa lectora, es preciso que no te desdeñes de acompañarme á la taberna de *la botella llena* en donde vamos á penetrar, y en donde la oiremos contar minuciosamente y con todos sus detalles.

La taberna de *la botella llena* era en Leyda el punto de reunion de todos los artistas y de los mejores bebedores que en aquella época encerraba la ciudad.

Casi á todas horas se estaba seguro de encontrar allí á Francisco Mieris, que comenzaba á estar entónces en la pendiente de su vida desordenada.

Allí estaba precisamente el dia á que nos referimos, sentado junto á una mesa y ante un par de botellas de vino de Chipre, en compañía de Pedro Flint, su inseparable camarada de mesa y de orgía.

La hora era ya adelantada, la mayor parte de los parroquianos de la taberna se habian retirado, y nuestros dos amigos, que acostumbraban á pasar muchas veces la noche enterita bebiendo y charlando, proseguian aun una conversacion rato hacía comenzada.

— Ya tu sabes, decia Pedro Flint á su camarada, que yo soy un lince en esto de descubrir los misterios mas ocultos. Así, pues, es preciso que sepas que la encantadora Oalitha, cuyos ojos son tan brillantes como las estrellas de media noche, llegó á poder del conde de la manera mas rara que figurarte puedas en un apartado rincon de Francia.

— Cuéntame la historia, dijo Mieris, y llena los vasos. ¿Por qué diablos has de ser tu siempre tan avaro de tus secretos y de tus aventuras? Cuéntame lo que sepas en este asunto porque me interesa muy particularmente y hasta un punto indecible. Ardo en deseos de retratar á esa bella morisca de ojos brillantes. Sus facciones, sin ser verdaderamente bellas, están impregnadas de una dulce y suave armonía que las hace seductoras. Cada vez que voy á casa del conde, mis ojos buscan á la hermosa desconocida, pero por desgracia muy raras veces he tenido la dicha de encontrarla, añadió suspirando.



— ¡Ya! ¡ya! replicó Flint. Te conozco, amigo mio. Tu eres un pecador endurecido. No pretendo averiguar en este momento si es el amor del arte ú otro cualquier amor el que te hace desear tan ardientemente como dices el ver á la morisca... Respeto los secretos de la amistad, y voy á contarte la historia de la que adoras.

Flint, diciendo esto, llenó los vasos, se bebió de un sorbo el contenido del suyo, y comenzó así su narracion:

### HISTORIA DE OALITHA.

El conde de Gruylantd, aun cuando pasa ya de los cuarenta, es un hombre alegre y gallardo. Hace algunos años regresaba á Leyda de una escursion que hiciera á Ruan. Viajaba á caballo y acompañado solo de un servidor. Se hallaba todavía en terreno de Francia cuando fué sorprendido por una tempestad á tres leguas del pueblo en que pensaba pasar la noche. Era en otoño, el aire era frio, arreciaba la lluvia y se acercaba la noche. El conde se dió por muy contento de encontrar un asílo al cabo de media hora de camino, en medio de la lluvia que continuaba cayendo en abundancia.

El asilo que encontró era solo una mala posada de un camino poco concurrido, pero que sin embargo le prometia una pasable comodidad. Aprovechóse, pues, á entrar en ella. El interior de la posada correspondia á su exterior. Un posadero amable y obsequioso, y una habitacion regular permitieron al conde que se recuperase de las fatigas del viaje.

El conde en sus largos viajes habia contraido la costumbre de entretenerse con toda clase de gente, era afable con todo el mundo, escuchaba con atencion al que le hablaba y hablaba siempre de manera que pudiese estar al alcance del que le escuchaba. Habia pocos hombres á quienes su compañía no fuese agradable, y sus modales cortesanos se atraian siempre la simpatía de las mujeres.

El viajero se entretuvo mas de una hora en la sala comun de la posada. Habló largo rato con el posadero, antiguo militar, y mas aun con la posadera, que se hallaba á la sazón en estado interesante. El conde se ofreció á ser el padrino de la criatura que habia de nacer asegurándole que seria madre de un robusto y rollizo niño; en una palabra, se permitió todas esas vulgaridades que las mujeres escuchan siempre con gusto de un hombre galan y de buena figura.

Mientras que todo esto tenia lugar, una criada jóven y lista habia entrado y salido varias veces de la sala. Acaso el conde no reparó nunca en su presencia, tanto mas cuanto que se hallaba en el fondo, y la sala estaba poco alumbrada; pero la jóven criada se habia fijado en el conde. El aspecto arrogante de este, su alegría, su modo de hablar, su rico uniforme, todo habia contribuido á lla-

marle la atencion. De buena gana hubiera pasado horas enteras oyéndole hablar y de mejor gana aun le hubiera dicho algunas palabras al oido ; porque ella sabia una cosa que le tocaba muy de cerca y de la que era preciso instruirle cuanto antes , pues de lo contrario el mal no tendria remedio.

La pobre muchacha se exponia á un gran peligro dando á conocer al conde cierto secreto , pero le miraba y todos sus temores desaparecian.

— Es un arrogante mozo , es un hombre muy amable , pensaba , y sería lástima !

En una palabra , la compasion ó cualquier otro sentimiento hizo cesar toda duda en su corazon , y una vez , al salir de la sala , hizo al conde una seña para indicarle que le siguiera en silencio. El buen señor tenia entonces el alma un poco débil por lo tocante al bello sexo. Salióse pues de la sala bajo pretexto de que tenia necesidad de tomar un poco el aire , y se reunió con la muchacha que le esperaba á pocos pasos de la puerta de la posada.

Entónces fué cuando la jóven le dijo en voz baja y con ansiedad que era preciso que estuviere muy sobre sí , pues tenia que habérselas con gentes que eran cosa muy distinta de lo que él pudiera pensar y de lo que hacian creer. — Se sabe , noble señor , le dijo ella , que llevais dinero con vos y tratan de robároslo esta noche con la vida , cuando estaréis dormido. Los cómplices del crimen que se prepara están ya advertidos. Permaneced pues alerta , y sobre todo no dejes traslucir que yo os he enterado , pues la menor palabra vuestra me perdería.

Grande fué la sorpresa del conde á esta inesperada revelacion. Comprendió al momento que no era cosa de huir en medio de la noche y á través de un país que le era desconocido. Bastóle un momento de reflexion para decidirse.

— Una palabra sola , dijo á la muchacha tomándole una mano , que ella procuraba retirar. ¿ Vuestro amo tiene cariño á su mujer ?

— La ama apasionadamente , respondió ella.

— Bueno , dijo el conde. Si logro salvarme , vuestra fortuna está hecha ; y si sucumbo , vuestro secreto morirá conmigo. De todos modos , en ningun caso os venderé , pero sed prudente y no le digais nada á mi criado.

— La muchacha se alejó y el conde volvió á entrar en la sala. Ningun gesto , ninguna palabra vendieron su preocupacion ; supo conservar toda su serenidad de un momento ántes. Hízose servir la cena en la sala comun , pero á condicion de que los posaderos le acompañaran á la mesa.

El conde estuvo alegre y campechano durante la cena , y concluída , pidió una luz para retirarse á su aposento. El posadero le dijo que le alumbraría al propio tiempo que le sirviese de guia.

— ¡ Bueno ! exclamó el conde sonriendo ; entónces , ya que viene conmigo el marido , suplico á la esposa que me acompañe tambien. Al fin y al cabo formamos ya una familia. ¿ No me he ofrecido á ser el padrino de vuestro hijo ?



La posadera se escusó , pero el conde insistió en ello con mucha gracia , y acabó en medio de la broma por tomarla del brazo y por echar á andar , precedidos del posadero que llevaba la luz en la mano.

En esta disposicion , llegaron al aposento que se habia destinado al conde y en el cual éste , al llegar á la posada , habia dejado su escopeta de dos cañones , con doble carga cada uno. Al entrar , se guardó bien de dirigir la mirada hácia aquel punto , pero en el momento en que el posadero dejaba la luz sobre la mesa y la posadera se disponia á retirarse deseándole una buena noche , el conde por un movimiento rápido arrancó la escopeta de la pared en donde la habia colgado y lanzándose entre el marido y la mujer , exclamó dirigiéndose á esta última y amenazándola con el arma que tenia en sus manos :

— Nó , buena señora ; no nos separaremos hoy tan pronto. Si no teneis en ello inconveniente , vais á sentaros en esta silla á mi lado , para hacerme compañía durante esta noche , que vos y yo pasaremos en vela. Os juro que nada habeis de temer de mi parte , pero al menor ruido que se perciba en la puerta , á la menor resistencia sea de vuestra parte sea de otro cualquiera , os dejo muerta en el acto. Lo cumpliré como lo digo.

El tono con que el conde dijo estas palabras no daba lugar á réplica.

Marido y mujer , los dos estaban consternados de sorpresa. La mujer con las manos juntas suplicó al conde que la dejara partir , pero fué en vano : fingió entónces que se desmayaba , que se moria , pero él estuvo inexorable. El posadero parecia no comprender como aquel señor , tan bromista pocos momentos ántes , habia cambiado precipitadamente , y le declaró , acompañando esta declaracion de muchos juramentos , que estaba perfectamente seguro en su casa. Finalmente , viendo que todas sus protestas quedaban sin efecto , amenazó con que iba á llamar á sus gentes.

— Estoy perfectamente convencido , dijo el conde , que teneis vuestras gentes á vuestra disposicion , pero por muy cerca que estén siempre estarán léjos para impedirme que mate á vuestra mujer antes que lleguen al umbral de esta puerta. A mas , debo advertiros que despues de haber matado á vuestra mujer , y os respondo que no erraré el tiro , me queda el otro cañon de mi escopeta para vos y un par de pistolas para los que lleguen. Podrán apoderarse de mi persona , no lo niego , pero es preciso que cuatro á lo menos bajen á la tumba ántes que yo , y vuestra mujer la primera. Es mi manera de obrar en los lugares donde duermo por la primera vez. Si mi modo de vivir no os conviene , tened dispuestos mis caballos mañana al amanecer y me iré. Por el momento , lo mejor que podeis hacer es retiraros sin replicar.

Estas palabras fueron pronunciadas en el tono mas resuelto que pueda tener un hombre decidido á todo , y sabido es que los malhechores acostumbran á desconcertarse cuando tropiezan con una resolucion tenáz que se les opone como obstáculo.

La mujer se sentó y el marido se fué.

El conde y la posadera pasaron la noche de la manera mas singular , ella llorando y gimiendo , él leyendo ó escribiendo , con la escopeta entre las rodillas , pronto á todo , atento al menor ruido.

Afortunadamente , la noche transcurrió sin incidente alguno.

Cuando asomó el dia compareció el criado del conde , á quien su amo habia dado permiso para retirarse á dormir á primera hora de la noche , y que estaba ignorante de todo lo sucedido.

El conde le envió al posadero para que preparase su desayuno y le diese la cuenta.

Al poco rato volvió el criado llevando el desayuno y la cuenta. El posadero creyó prudente no aparecer.

El conde , con su galantería de costumbre , presentó una taza de café á la posadera , y saboreó tranquilamente la suya.

Cuando vino á avisar el criado que todo estaba pronto para la marcha , dió el conde las gracias á la posadera por haberle hecho compañía durante la noche , y dándole el brazo , bajó con ella hasta el zaguan , acompañándola con la cortesanía misma que hubiera usado para una gran dama. Llegados que fueron á la puerta de la posada , preguntó por la jóven criada que habia visto la noche anterior. La pobre muchacha llegó temblando porque las sospechas de su amo habian recaído en ella y le habia prometido , segun ella misma dijo despues , pagarle su salario en cuanto el conde se hubiese marchado.

Así que el conde tuvo ocasion de ver á la luz del dia la mujer á la cual debia la vida , encontró que era notablemente bella y con sorpresa pudo convencerse de que pertenecía á la raza morisca perseguida en España.

Montó el conde á caballo y arrojó una bolsa llena de oro á la morisca.

— Guardadla para vos , le dijo al mismo tiempo , y si temeis permanecer aquí , montad en grupa conmigo é iréis donde yo vaya.

La jóven no se lo hizo repetir dos veces y se lanzó con toda la ligereza de una corza fugitiva , apoyándose en el pié y aceptando la mano que el conde le ofrecia para montar á caballo.

En seguida partieron al galope.

El criado del conde , que se habia quedado á dormir en una silla junto al hogar , contó mas tarde á su amo que á cosa de media noche tres hombres de muy mala facha habian entrado en el meson , pero que se retiraron despues de conversar algun tiempo con el posadero. La jóven morisca por su parte le dijo que en el mes que llevaba de servicio en el meson , los viajeros habian desaparecido sin que nadie supiese como ni por donde.

Llegado á la ciudad mas inmediata , el conde dió aviso á la autoridad : en seguida se dió orden para prender á cuanta gente se encontrase en el meson , pero



al llegar allí los soldados, el posadero y la posadera habian desaparecido , burlando las pesquisas de la justicia.

En dicha ciudad el conde mandó cambiar de traje á su protegida , que le acompañó luego en todos sus viajes, y cuando él, abandonando la carrera diplomática, se vino á fijar aquí , su ciudad natal, con él vino tambien , querido Mieris , la bella Oalitha , su amiga , su inseparable compañera.

### III

#### El amor es la muerte.

FRANCISCO MIERIS habia escuchado atentamente la historia. Cuando su amigo hubo terminado , exclamó :

— *Todo esto me fortalece mas en mi idea. Ahora me interesa mas que nunca, y poco he de poder ó he de acabar por hacer su retrato.*

— Lo que tú quieres, exclamó Flint , bien lo sé yo.

— ¿ Y qué es lo que yo quiero ?

— Hacerla el amor. Confiesa que estás enamorado de Oalitha.

— ¿ Y aunque así fuese ?....

Un rayo pasó por la mirada de Flint. Mieris, demasiado embargado con sus pensamientos , no lo reparó.

— Es que en este caso.... balbuceó Flint.

— ¿ En este caso ?... preguntó Mieris clavando la vista en su amigo.

Flint tuvo tiempo para reponerse, y dijo echándose á reir para disfrazar la última sombra de su emocion :

— Nada. He querido hacer una prueba, y ahora estoy convencido. Tu amas á la morisca.

Mieris no contestó. Llenó otra vez su vaso, apuróle en seguida y permaneció por largo rato ceñudo y cabizbajo.

Nuestro pintor tenia el vino triste , como suele decirse.

Su amigo no pudo arrancarle una sola palabra mas.

Mieris continuó bebiendo hasta embriagarse completamente. Era su costumbre, debiendo advertir que, al revés de muchos, cuanto mas bebia, mas taciturno y serio se iba quedando.

Flint al rayar el dia abandonó al artista que se quedó aun en la taberna, y que ni siquiera reparó en que su compañero se marchaba.

Entretanto Flint, forzoso es decirlo, se marchó con el corazon torturado.

La verdad del caso es que Flint habia fracasado en sus tentativas para ver y hablar á la morisca, de la cual se habia prendado á su vez, y como los obstáculos irritan á las naturalezas ardientes, el amigo de Mieris, en completo desaso-

siego, hubiera dado parte de su vida por poseer á aquella mujer que se le escapaba. La idea que le ocurrió en la taberna de que Mieris podia ser mas afortunado que él, le cegó por un momento, y el aguijon de los mas horribles celos se empezó á clavar en su corazon.

— Volvamos á nuestro héroe.

Era ya muy adelantado el dia, cuando despertó del sueño letárgico en que sus continuas libaciones le habian sumido. Fuese á su casa, se colocó delante del caballete y se puso á pintar.

Al cuarto de hora sin embargo, arrojó con rabia el pincel.

La imágen de la bella Oalitha ocupaba por completo su imaginacion y no le permitia ocuparse en otra cosa.

Hundióse en un sitial y dejó caer la abrasada frente entre sus manos.

El amor, exclamó hablando consigo mismo, el amor es el único iman de la vida. Yo he gozado, he amado, he cruzado la vida en brazos de mujeres encantadoras, y sin embargo, el sueño de mi alma se desvanecia cuando creia tenerle ya. No, yo no he conocido nunca el verdadero amor, porque el amor verdadero no debe dejar ningun remordimiento, ningun malhestar y sí solo un recuerdo agradable y dulce. Quiero amar ahora, pero amar con la fé del alma y la pureza de un corazon entusiasta. Para mí han acabado ya las bacanales y las orgías.

Mieris se hallaba entónces en una época decisiva de su vida, en esta época crítica en que el ángel bueno y el ángel malo parecen disputarse la posesion del hombre. Todavía sus buenos instintos eran bastante fuertes para dominar un poco sus pasiones. Se hallaba en esta disposicion de espíritu que experimentan las naturalezas nobles hasta en el seno de los goces desenfrenados. No se sentia feliz entregándose por completo á las orgías, á la vida licenciosa, á las torpes bacanales, porque los placeres, lejos de llenar el corazon del hombre, abren en él un vacío por el contrario. Resulta de esto para el alma el deseo de alcanzar una dicha duradera en lugar de esos goces fugitivos y pasajeros, y esta dicha no puede encontrarse mas que en el matrimonio, con la union íntima de dos corazones. Por esto vemos á los hombres mas licenciosos aspirar finalmente á la dicha que solo se encuentra en el hogar doméstico, advirtiéndole que cuando estas aspiraciones germinan profundamente en su alma, aman con mas pasion y con mas ardor del que hubieran podido tener en los primeros y mas entusiastas tiempos de su juventud.

Mieris se lanzó fuera de su casa, y pasando á la del conde de Gruymland, le propuso hacer su retrato.

El conde, que se habia declarado protector del artista, le acogió benignamente y aceptó su proposicion.

— Consiento en que me retrateis, le dijo, y aun mas, os daré cuanto me pidais por el retrato, pero no quiero que suceda lo que otras veces.



Mieris dijo entonces que ignoraba á lo que se refería el conde.

— Quiero decir, continuó este, que no ha de suceder lo que otras veces cuando os he encargado un cuadro. Habeis estado meses enteros para acabarlo, interrumpiéndole á cada paso y dejándolo por empezar otras obras, quizá menos productivas. Haréis mi retrato, conforme; pero no lo dejaréis de la mano hasta que se halle terminado. ¿Me dais vuestra palabra?

— Os la doy.

— Pues entonces, empezad por trasladaros aquí.

— Aquí! exclamó Mieris como si viera visiones.

— Aquí. Quiero que no salgais de mi palacio interin el retrato esté sin terminar. Viviremos en familia, dispondréis de mis habitaciones, pasearéis por mis jardines... ¿Qué mas queréis? ¿Os acomoda esta condicion? Es la única que exigo por mi parte. Cuando hayais terminado la obra, volveréis á ser libre, pediréis el precio que os acomode, yo os prometo satisfacéroslo sin replicar, y ambos á dos habrémos hecho nuestro negocio.

El artista vió abierto el cielo á sus piés. Le parecia estar soñando. ¿Qué mas hubiera podido pedir, él que habia ido á la casa del conde guiado solo por la esperanza de ver alguna que otra vez á Oalitha á las horas del trabajo?

¡ Vivir en aquella casa, que era la de su amor! ¡ Respirar el mismo aire que ella! ¡ Habitar bajo el mismo techo!

Mieris creyó volverse loco, y ni siquiera se preguntó que razon podia tener el conde, puesto que aquella que le daba podia ser un pretexto.

Y era así. Era un pretexto.

Lo que Mieris, loco de alegría, no se preguntó, el que escribe estas líneas debe decirlo.

El conde de Gruytland se habia declarado protector del artista, le habia cobrado cariño, y con dolor le contemplaba caminar á pasos de gigante hácia un abismo, víctima de sus locas pasiones. Le propuso pues vivir en su palacio durante los dias que pudiere tardar en hacer su retrato, creyendo fundadamente que estos dias de tranquilidad y bienestar doméstico le apartarian, si aun era tiempo, del camino que ciego seguía.

El trato quedó cerrado y convinieron en que el artista pondría en el acto manos á la obra.

El conde ocupó un asiento: Mieris se colocó delante del caballete, entendiéndose con el conde sobre la posicion en que le representaría. Se convino en que el retrato sería de cuerpo entero, vistiendo Gruytland su uniforme, en el acto de recibir un pliego que le presentaria un paje.

En los trabajos preliminares, Mieris ocupó dos horas, pasadas las cuales, el conde dijo que bastaba ya de trabajo pues se iba acercando la hora de comer.

El corazon del artista latía con fuerza.

Protector y protegido dieron un paseo por el jardín , y cuando un criado fué á participarles que la comida estaba dispuesta , pasaron al comedor.

Al entrar en él , Mieris vió una mesa con tres cubiertos.

A los pocos instantes llego Oalitha , Oalitha vestida graciosamente , deslumbrante de belleza. El entusiasta artista creyó ver como una aureola en torno de aquella mujer encantadora.

La comida pasó sin incidente notable , pero cada vez que Oalitha dirigia la palabra al pobre artista , este creia morir de gozo y de placer.

Contra su costumbre , el conde permitia que un extraño viese y hablase á la mujer adorada , á la que recataba y guardaba en el interior de su palacio como una joya inapreciable.

Es que al conde no se le ocurrió nunca que Mieris , un pintor , un hombre consagrado al arte , un hombre de vida desordenada , pudiese llegar á enamorarse de Oalitha.

En todos tiempos ha habido hombres que no han creido que los artistas tuviesen mas corazon que para el arte. Pues qué , ¿ no es por ventura el amor la religion del arte ?

La velada que se siguió á aquella comida fué deliciosa.

Mieris paseó á la luz de la luna por los jardines con el conde y con la morisca en grata y dulce conversacion. Cuando Oalitha se cansó , pasaron á uno de los salones , y Gruytland entónces le dijo al pintor :

— Voy á daros un rato delicioso , si Oalitha quiere complacerme cantando una balada española del modo como solo ella sabe y como solo ella canta.

La morisca principió por escusarse y acabó por ceder.

Mieris creia que continuaba soñando.

Oalitha tomó en sus manos el árabe instrumento , y su voz limpia y argentina rasgó los aires.

### EL CANTO DE OALITHA.

«Oid una triste historia. D. Alfonso era galan y gentíl, en sus ojos brillaba el rayo , en su frente resplandecía el sello de la inteligencia. D. Fernando tenia ya la barba cana y su rostro se mostraba siempre ceñudo , su mirada era sombría. Oid una triste historia.

»El odio es una yerba corrompida en el corazon. D. Alfonso y D. Fernando eran los jefes de dos familias rivales y largo tiempo hacia enemigas. Los dos caballeros nutrian en su alma un odio hereditario y se aborrecian, pero se aborrecian de muerte. ¡ Ay ! El odio es una yerba corrompida en el corazon.

» ¡ Qué bella era la hermana de D. Fernando ! Se llamaba Clara , era hermosa como el sol cuando aparece entre la púrpura matinal , pura como la primera



sonrisa del alba , graciosa como el lirio blanco que las brisas balancean sobre su flexible tallo. ¡ Qué bella era la hermana de D. Fernando !

» Los corazones han nacido para amarse. Un dia D. Alfonso vió á la hermosa Clara y se prendó de ella. La dijo que la amaba, murmuró á sus oidos palabras dulces y ardientes que se deslizaron hasta el corazon de Clara abrasándola en un fuego para ella desconocido hasta entónces. Clara tembló , vaciló y acabó por amar á D. Alfonso. Los corazones han nacido para amarse.

» ¡ Paz y dicha á los amantes ! Se veian todas las noches en el jardin del palacio de D. Fernando. La luna alumbraba melancólica sus castas entrevistas y las flores y las ramas se balanceaban rumorosas cuando les veian , murmurando á su paso un himno de amores. ¡ Paz y dicha á los amantes !

» El odio velaba entretanto. D. Alfonso propuso á su amada partir á estrañas tierras para que pudiesen vivir felices , sin quebrantos , temores ni pesares, envueltos en una atmósfera de amor y de misterio. Clara aceptó. Combinóse el plan de la fuga y quedó fijado el dia del rapto. El amor se regocijaba, pero ¡ ay ! que el odio velaba entretanto !

» La noche era muy triste. La nube se escondia entre nubes , el viento silvaba de un modo lúgubre , empezaban á caer gruesas gotas presagiando una próxima tempestad. D. Alfonso vistió su mas bello traje , montó su mejor corcel y se dirigió al palacio en que, palpitante de emocion , le esperaba su amada. La noche era muy triste.

» ¡ Llorad la desgracia de los dos amantes ! D. Fernando supo el proyecto de fuga , corrió al jardin pocos momentos ántes que el raptor llegara , y viendo á Clara que sentada bajo un árbol esperaba á su amante , la atravesó sin piedad con su acero. La pobre jóven cayó bañada en sangre , exhalando un grito supremo de amor y de dolor. ¡ Llorad la desgracia de los dos amantes !

» ¿ Verdad que es una triste historia ? Cuando llegó D. Alfonso solo encontró un cadáver. El vestido blanco de Clara y su cabellera extendida le formaban un sudario. A su lado , inmóvil , fiero como la estatua de la venganza , se hallaba D. Fernando. D. Alfonso rugió de dolor y de gozo D. Fernando. Decidme ahora: ¿ no es verdad que es una triste historia ? »

Cuando Oalitha cesó de cantar , hubo un rato de silencio. Mieris la estaba escuchando todavía.

El conde fué el primero en hablar.

— Buen canto , dijo , y bella historia ! Ese D. Fernando me interesa y encuentro justa la venganza. Si D. Alfonso en lugar de ocultarse entre las sombras de la noche , se hubiese presentado lealmente como un pretendiente á la mano de su hermana , D. Fernando hubiera podido transigir con su odio. Pero no es

así, hace consentir á Clara en un rapto, y el hermano entónces se venga cruelmente, pero con justicia. Clara, consintiendo en manchar el honor de su familia, es la primera víctima que D. Fernando inmola á su justo enojo. Yo hubiera hecho lo mismo.

— No participo yo de vuestra opinion, señor conde, dijo en esto el artista; semejantes crueldades no me gustan. Yo podré no entender nada en achaques de caballería, pero, para mí, D. Fernando es un bárbaro y un asesino que sacrifica á su insaciable sed de venganza un ser hermoso creado para amar y para ser amado. Os aseguro que no sé ver que deshonor puede existir en un amor correspondido y recíproco. ¡Cómo si un verdadero amor pudiese jamás encerrar ni la mas mínima sombra de deshonor!

Oalitha escuchó con interés lo que Mieris decia, y al terminar pareció recompensarle con una brillante y ardiente mirada. Mieris habia hablado siguiendo la inspiracion súbita de su alma: desde aquel momento quedó establecida cierta simpatía entre aquellos dos corazones.

El conde no replicó.

La velada se deslizó placentera y rica en emociones para el artista, que al dia siguiente volvió á su retrato.

Así transcurrieron algunos dias.

Una mañana, el conde llamó á Oalitha para que viese los progresos de su retrato y juzgase de su parecido.

La jóven morisca hizo muchos elogios al pintor y manifestó quedar sumamente prendada del cuadro.

— Escuchad, Mieris, dijo el conde que no sospechaba el volcan que existia en aquellas dos almas, ¿quereis hacer el retrato de Oalitha?

El efecto de un rayo no causa mayor asombro que el que causó en el artista semejante proposicion.

Supo afortunadamente dominarse á tiempo, y aceptó.

La proposicion del conde por otra parte pareció colmar de alegría á la bella morisca, alegría que naturalmente interpretó el conde por el placer que le causaba la idea de verse retratada.

A los pocos dias, Mieris comenzó el retrato de Oalitha en la postura que le pareció mejor para el efecto, la misma que guarda la copia que acompaña á este artículo.

El conde, en la mente del cual no germinaba la menor sospecha, dejó solos á entrambos amantes durante horas enteras, así que el artista hubo comenzado el retrato de Oalitha.

Mieris miraba estas horas como las mas bellas de su vida; su amor, que tantas veces habia naufragado, parecia por fin llegar á puerto. Las tempestades que agitaran su vida pasada, resonaban aun á sus oidos, pero ya lejanos, y veia



resplandecer sobre su frente un cielo puro y sereno. La palabra amor no fué jamás pronunciada entre ellos , pero estaba en sus labios y vivía en sus almas.

Mieris , al verse frente á frente de un amor verdadero , pareció haber perdido su osadía de otras veces. Oalitha por otra parte experimentaba una inclinacion real por el artista y hasta se complacia en ella , pero hubiera mirado como una ingratitud hácia su bienhechor el dejar estallar sus sentimientos. Al principio se creyó que podria no solamente respetar al conde , sino llegar á amarle , pero luego conoció que esto último no era posible.

Al contrario de la del conde , la manera de sentir y de pensar del artista habia penetrado en su corazon. En cada gesto , en cada movimiento , en cada mirada de Mieris veia su amor ardiente hácia ella , pero tenia demasiada delicadeza para dejar adivinar que lo habia comprendido ; y Mieris por su parte no se atrevia á decir nada , por temor de dar una explicacion necesaria que hubiera podido conducir á un fatal resultado.

Ya se comprenderá que el pintor prolongaba todo lo mas posible el tiempo que debia tardar en hacer el retrato. Este no se concluía nunca.

Los dos amantes continuaban encontrándose solos. Cuanto mas silenciosos se hallaban , mas la pasion , el amor , bullia en sus corazones. Estaba próximo el momento en que el amor iba á estallar , á despecho de las contrariedades que la razon de entrambos le oponia.

Una tarde , el conde acababa de entrar en su palacio y se habia dirigido directamente á la biblioteca , cuando el paje le dió una carta que para él se acababa de recibir.

El señor de Gruytland la leyó y se puso pálido.

Era una carta del indigno camarada de Mieris , de su amigo Flint. Furioso este al saber que el pintor vivia en el palacio del conde y estaba haciendo el retrato de Oalitha , cegado por la cólera , por los celos y por el placer de la venganza , escribió á Gruytland una esquela en que le revelaba el amor de Mieris , dando por sentado en esta carta lo que él no hacia sino presumir.

Aquella tarde precisamente Mieris estaba mas triste que de costumbre y arrojaba lánguidas y melancólicas miradas á Oalitha. El retrato tocaba ya á su término , y el artista comprendia que no podia prolongarlo por mas tiempo sin hacerse sospechoso.

Así pues , aquella tarde estaba muy triste , y en cambio todo respiraba alegría y contento en torno suyo. El sol brillaba con espléndidos rayos , las aguas del rio que corrian bajo las ventanas del palacio murmuraban sonoras y cadenciosas , los árboles y las plantas despedian sus aromas que penetraban en la habitacion inundándola por completo , el cielo era puro y azul , Oalitha estaba mas seductora que nunca.... Todo respiraba amor en torno del artista.

En medio de aquella admosfera embriagadora solo su corazon estaba triste.

Oalitha lo comprendió, — ¿qué es lo que no comprende una mujer? — y como si quisiera alentarle, como si quisiera darle un consuelo, le dijo mirando el retrato:

— Me habeis pintado mas hermosa de lo que soy. Gracias, Mieris; gracias, amigo mio.

Y diciendo esto le tendió su fina y blanca mano.

El pintor la tomó entre las suyas. Aquella mano temblaba, aquella mano le abrasaba con su contacto.

Mieris no pudo contenerse y, abrasado por la calentura, se inclinó y estampó un beso ardiente como un boton de fuego en aquella mano.

Cuando Oalitha fué á retirarla, ya no estuvo á tiempo.

En aquel momento se abria la puerta de la habitacion, y el conde de Gruytlant aparecia en el umbral.

Oyó el ruido del beso y vió como Oalitha retiraba su mano.

Quedó un momento consternado, y en seguida, obedeciendo al primer impulso de cólera, se arrojó hácia la morisca desenvainando su espada.

Oalitha dió un grito horrible, y pálida y azorada huyó léjos del conde.

Este, reprimido el primer movimiento, aunque trémulo de emocion, se quedó clavado y no trató de perseguirla.

— Nó, dijo envainando su espada, no soy tan débil como D. Fernando para recurrir á un asesinato.

Y volviéndose al pintor, iba á decirle algunas palabras, cuando un rumor extraño fué á sobresaltarles á entrambos.

Oalitha acaba de subirse á una ventana de la habitacion que daba sobre el rio. Se precipitaron los dos á un tiempo, pero ya tarde. La morisca acababa de arrojar. Un grito penetrante de mujer y el ruido de un cuerpo que caia al agua les anunciaron que ya todo estaba concluido.

Oalitha se habia ahogado.

Los dos hombres se quedaron uno en frente de otro, inmóviles y silenciosos: la cólera del conde habia hecho lugar á un sentimiento bien distinto por cierto.

Mieris abandonó aquella casa donde habia nacido y desvaneciése su felicidad de la manera mas terrible.

El retrato de Oalitha casi terminado quedó entre las manos del conde, y á la muerte de éste pasó con toda su galería al museo.

Así fué como la dicha de Mieris concluyó por una catástrofe. El conde, para sustraerse á la influencia de los lugares, se retiró á Bélgica.

Mieris, como para olvidar su infortunio, despues de dos ó tres dias de punzante dolor, volvió á lanzarse á la embriaguéz y al desórden.

Un feliz zapatero encontró un dia á un hombre que habia caido en un foso de una casa que estaba en construccion. Tuvo bastante caridad para sacarle de allí



y , aun cuando vió que estaba ebrio , para llevárselo á su casa. Al dia siguiente, pasada la embriaguéz , el hombre socorrido quiso recompensar á su bienhechor, pero no tenia ni un óbulo en su bolsillo. Este hombre era Francisco Mieris. En recompensa del servicio que le habia prestado , dió al zapatero su último cuadro al óleo indicándole un judío que hacia el comercio de cuadros y que se lo compraria. En efecto , el judío compró el cuadro de zapatero por cuatrocientos florines.

Poco tiempo despues Mieris fué encarcelado por deudas á instancia de acreedores sin piedad , y murió en la cárcel , en el seno de la mas horrible miseria, á la edad de cuarenta y seis años.

---

Señora mia , la que leeis estas líneas , una lágrima para la pobre Oalitha y para el desdichado Mieris.

**Victor Balaguer.**

# BELISARIO.

(CUADRO DE FRANCISCO GERARD.)

CUANDO alguno de esos hombres notables que aparecen de tarde en tarde en la escena del mundo para figurar, como personajes principales y cual instrumentos de la Providencia, en el inmenso y misterioso drama que está representando aquí bajo la humanidad; cuando alguno de esos hombres, despues de haber llenado de hechos extraordinarios la tierra, no solo ha sido hallado digno por la historia de consagrar á su memoria algunas de esas páginas que dan la inmortalidad, sino que ha merecido tambien que la poesía, la música ó la pintura, apoderándose de sus gloriosos hechos, y rodeándolos de ese prestigio mágico que dan las artes á todos los objetos á que aplican su luz, hayan estendido su fama y héchole popular; sucede con frecuencia, y muchas veces con harto detrimento de la verdad, que el retrato poético prevalece y llega hasta hacer olvidar la fisonomía histórica del héroe, y que al paso que se conocen los mas insignificantes detalles de la leyenda que trazara el poeta, se ignoran quizás los acontecimientos mas grandes que consignó en sus páginas el historiador. Como prueba de esta verdad podriamos aducir no escaso número de ejemplos sacados, así de la historia antigua, como de la de los tiempos medios y hasta de los mas cercanos á nosotros; mas como no es esta la ocasion de desenvolver la idea que dejamos apuntada, nos contentaremos con citar los nombres de Alejandro, de Carlo-Magno, de nuestro Cid, los cuales tienen todos sus leyendas poéticas y sus historias propiamente tales; y al lado de ellos, el del héroe que es objeto de estas líneas, ya porque ofrece su vida y su carácter no pocos rasgos dignos de aquellos; ya porque, como aquellos, es sin disputa mucho mas conocido por la novela política-filósófica de Marmontel, por el cuadro de Gerard y por la inspiracion lírica de Donizetti, que por el retrato





*Belshazzar.*  
*Belisarius. Belizarius.*

mas que fotográfico, puesto que la exactitud añade lo característico, de su secretario Procopio.

Y en efecto ; quien entre nuestros lectores no conoce á Belisario ciego , errante entre los pueblos á quienes ha salvado varias veces con su espada, mendigando el óbolo que ha de aliviar su hambre y la de su querida hija Eudojia, y obligado á llevar en sus brazos á su mismo guia mordido por una culebra ? Preguntadles empero por el Belisario histórico, y os contestarán tal vez que venció á los Vándalos, á los Godos, á los Persas y á los Búlgaros ; pero sin conocer los pormenores mas notables de esos grandes grupos de hechos ; sin tener acaso idea del fondo histórico sobre el cual se destaca la noble figura de aquel héroe , de la decoracion en que ha representado su papel aquel personaje.

Procurarémos dar á conocer, en cuanto nos lo permitan nuestras escasas facultades así nuestro héroe como la época en que vivió, esperando que los que lean estas líneas se harán cargo así de la insuficiencia del que pinta, como tambien de que siendo limitada la tela en que ha de representarse un asunto tan vasto y complicado, forzoso será ú omitir algunos hechos de menos importancia, ó reducir á pequeño tamaño las figuras. Sobre Belisario y su época podria escribirse un libro, y á nosotros no nos es dado disponer mas que de algunas páginas. Rogamos pues á nuestros lectores que no olviden esta circunstancia.

Belisario , hijo de una pobre familia de Tracia, y á quien un corazon grande y una buena espada abrieron el camino al supremo mando militar , á la amistad de Justiniano , como él nacido en oscura cuna , y hasta al mismo trono si hubiese querido sentarse en él, vino á tiempo (y el venir á tiempo es otra de las pruebas de la mision providencial de los grandes hombres ), no solo para añadir la gloria de las armas á la gloria de legislador del reinado de Justiniano , si que tambien para dar algun vigor al ya enfermo imperio de Bizancio, y retardar de algunos años esa lenta agonía de nueve siglos á que debia poner fin la cimitarra de Mahometo II. Sin embargo, si Belisario vino á dar lustre, á robustecer y hasta salvar tal vez el carcomido imperio de Oriente, tanto este, como lo aciago de los tiempos, como las miserias de los hombres en medio de los cuales vino, como el emperador mismo que entónces regia los destinos del desmembrado mundo romano , en vez de contribuir á la grandeza de nuestro héroe , ó le contrariaron casi siempre, ó impidieron cuando menos que ese gran carácter histórico se desenvolviese, cual de sus dotes físicas y morales era de esperar. Belisario es grande no solo comparado con los hombres pigmeos de su época , si que tambien puesto al lado de los héroes de otros tiempos ; mas quién sabe si por ventura hubiese aventajado á muchos de estos si las circunstancias exteriores hubiesen favorecido su crecimiento. Si tal cual lo hizo su tiempo ha podido llamársele el Escipion africano de Bizancio , ¿ qué hubiera podido llegar á ser si su cuna , su educacion , los acontecimientos , sus contemporáneos en fin hubiesen contribuido á engrandecerle ?



Hacia unos dos siglos que Constantino habia levantado sobre el Bósforo una nueva Roma con los despojos de la antigua, y dádole su nombre ; y aquella nueva ciudad y aquel nuevo imperio, heredero de otra ciudad y de otro imperio que se iba desmoronando de puro decrepito, y sobre todo de puro corrompido, se encontraba ya en esa vejez anticipada del jóven que se ha dado prisa en disfrutar de los goces de la vida ; en ese estado de postracion de un enfermo al cual en cambio de la sangre juvenil que se le quitara , se le inoculase una sangre vieja ó adulterada. La degeneracion era en ella tan rápida , cual lo habia sido el crecimiento , y cuanto habia tenido de artificial la grandeza moral y física de Constantinopla, tanto tenia de natural su ruina. En pos de los emperadores, corrompidos sí, pero todavía vigorosos, todavía valientes que habian regido los destinos de Roma ántes de la division del imperio, han venido otros cortados, por decirlo así, á la oriental, que vegetaren el fondo de sus ricos palacios , en medio de un lujo sin gusto , de una pompa sin grandeza, de un despotismo sin energía , tiranos de su pueblo, y esclavos á su vez de la turba de los eunucos y cortesanos que los ródean, sin vigor para levantar contra los bárbaros que llaman á las puertas de su capital la espada de Constantino, que entregan confiadamente al que tal vez se hará de ella una llave para apoderarse del trono ; indolentes en fin para todo menos para el vicio, ó para ocuparse en forjar y proteger nuevas herejías. Constantinopla conserva todavía cónsules, y un senado, y otras de las instituciones de la Roma antigua ; pero todo degradado , todo de ímero aparato, ilusion teatral de una grandeza y de un poder que no existe, y cuyos nombres si pueden recordar glorias pasadas, sirven para medir mejor la extension de las miserias presentes. Numerosas legiones ocupan acaso los cuarteles y guardan los muros de Bizancio ; pero no vayais á buscar en los rostros de sus soldados ni el tipo romano ó latino , y ni siquiera el del español , galo ó germano : allí casi no vereis mas que los hijos de razas medio salvajes del norte de Europa y de todos los puntos del Asia, que Constantinopla ha comprado por falta de brazos robustos para manejar una lanza y un escudo , y que , mas que para luchar con los persas , ó con los hérulos ú otros pueblos bárbaros que vengan á desgarrar ó llevarse algun giron de su manto imperial , servirán de escolta á las acémilas cargadas de oro y de regalos con que el emperador se dignará de vez en cuando comprar su amistad. Vasto es el espacio que entre los dos mares que la bañan ocupan las murallas de Bizancio , y numeroso es el pueblo que llena sus espaciosas plazas , circos , basílicas y pórticos ; pero en ese pueblo no hay que buscar ni virtudes civiles, ni religiosas, ni el amor á lo grande , ni la fortaleza en los peligros , ni siquiera el cariño al suelo que les vió nacer. Ocioso y hambriento, viviendo de distribuciones diarias, ansioso de los goces del sentido, dispuesto siempre á la sedicion , envilecido pero orgulloso , hoy tomará las armas por una herejía y un patriarca , para mañana derribar y lanzar á pedradas á los dioses y á los hombres que adoraba hoy , y le



hallareis siempre pródigo de su sangre , de que tan avaro es para su patria , en favor de los *verdes* ó los *azules* que se disputan el premio de la carrera en el circo. ¡ Oh ! este es , junto con las disputas teológicas , el principal amor del degradado bizantino , y á él sacrificará , si necesario fuese , su misma patria. Una mañana *todo el pueblo de Constantinopla se sienta en las gradas del inmenso circo para presenciar los juegos. Celebrábanse los idus de Enero , y Justiniano asistía á la fiesta. Acababa de terminarse la vigésima segunda carrera (debía haber veinte y siete) , sin que ni verdes ni azules hubiesen dado muestras de aprobacion ni desaprobacion , cuando se levanta de repente un confuso rumor de voces. Eran los verdes que se quejaban á Justiniano : «¡ Desgraciados de nosotros ! le decian. Se nos oprime , sin embargo de que somos inocentes : se ejercen contra nuestro nombre y color tales persecuciones , que no nos atrevemos á tomar parte en las carreras. Se nos niega toda justicia. Dispuestos estamos todos á morir , ó Emperador , pero con tal que sea en vuestro servicio y por orden vuestra. » Justiniano intenta apaciguarles con reprensiones , á las cuales los verdes irritados contestan con injurias ; estas encienden la cólera de los azules ; de los insultos pasan á las amenazas , de estas ó las manos. Uno y otro bando corren á las armas : el incendio sirve é ilumina á la vez la sedicion. El Emperador pensó en medio de ella en abandonar la capital con su familia y sus tesoros , y lo hubiera efectuado á no ser por la sangre fria de su esposa Teodora y por la espada de Belisario. Mas por fin restablecióse el orden despues de cinco dias de devastacion y matanza. Este sangriento y característico episodio del reinado de Justiniano costó algunos millares de habitantes á Bizancio , y á las bellas artes pérdidas irreparables (1). En una palabra , y para terminar de una vez el cuadro que ofrecía la capital del imperio de Oriente en la época á que nos referimos , encontrábase en ella todos los crímenes de la barbarie menos su vigor ; el celo por la religion menos su docilidad razonada ; la civilizacion en todo su refinamiento menos el orden ; la grandeza del alma sin la virtud , y hasta sin las pasiones violentas , pero generosas , que revelan una nacion llena aun de vida ; encontrábase en ella un abandono voluptuoso mezclado de ambicion que se inclina indolente bajo el juyo , y no sabe servirse ni del brazo para defenderse , ni del espíritu para perfeccionarse. Sus ciudadanos sabrán disputar como teólogos , pero no pelear como soldados ; y Mahometo , como dice muy oportunamente Cantú , habrá abierto brecha en los muros de la segunda Roma , y aquellos infatigables argumentadores discutirán todavía si la luz del Tabor era creada ó increada.*

(1) En aquel espantoso tumulto el incendio consumió el gimnasio de Zeuxipo , museo fundado por Séptimo Severo , donde habia entre otras las estatuas y los bustos de Daifobe , Esquines hablando , Aristóteles y Demóstenes meditando , Polefato pronunciando oráculos en medio de coronas de flores , Hesiodo convergendo con las Musas , Cesar con los atributos de Júpiter ; Alcibiades pensando , Venus con el seno desnudo , Febo con los cabellos flotantes , Safo sentada , el poeta trágico Eurípides el grupo de Neptuno y Amimone , Simónides acompañándose con la lira , Calcas dudando en manifestar la voluntad de los dioses , Pirro hijo de Aquiles con la mano tendida hácia sus armas. Y luego se quejará el hombre de que el tiempo destruye sus mejores obras!



Tal es el pueblo en medio del cual vamos á ver levantarse la figura de Belisario.

Decíamos antes que Belisario habia nacido de una pobre familia en la Tracia. Procopio su secretario y su verboso biógrafo, como le llama Gibbon, no nos dice nada acerca de su nacimiento y de su educacion; indicio seguro de que su héroe y amigo no tenia porque envanecerse de aquel, ni debia nada á esta. La naturaleza sin embargo le dotó de los bienes del espíritu y del cuerpo que podian hacerle digno del alto puesto que ocupó en la historia, reuniendo á un talento claro y rico en recursos para el arte de la guerra, á esa mirada serena y perpicáz á la cual se deben tantas victorias, un corazon noble y ageno de bastardas pasiones, un arrojo y vigor físicos extraordinarios, una serenidad imperturbable en los peligros, y un continente majestuoso con un semblante bello y una figura atlética. Estas dotes bastan y aun sobran sin duda alguna para ganarse los corazones y levantarse sobre los demás; mas si en esto puede y debe igualarse nuestro héroe á los mejores y mas famosos que brillaron antes y despues de él, les aventaja á todos en que ninguno llevó á cabo hechos mas grandes con mas menguados recursos. Belisario que conquistó reinos y arrolló grandes ejércitos nunca tuvo uno que mereciere el nombre de tal á su disposicion. Desde la escursion que hizo á la Persia en el año 527 hasta su brillante combate contra los búlgaros en 559, que fué el hecho de armas con que terminó su gloriosa carrera militar, salvando á Constantinopla, llenan su vida una larga serie de expediciones, tomas de ciudades y batallas que ofrecen mucho que admirar á todos, y no poco que estudiar y en que aprender á los que se dedican al arte difícil de la guerra, sobre todo si se toman el trabajo de estudiarlas en Procopio, su compañero de armas y minucioso analista de sus hechos.

Puede decirse que el nombre de Belisario no empieza á brillar en la historia hasta la época de su primera campaña, ya citada, contra los persas; antes de ella apenas sabemos de él sino que fué primero uno de los guardas de Justiniano, como él tracio, quien al dejar el oficio de pastor para venir á la corte al lado de su tio el emperador Justino, dejó su nombre bárbaro de Uprauda por aquel con que le conoce la historia; que fué despues uno de sus oficiales, para llegar á ser con el tiempo el mejor de sus generales; y que cual él fué esposo de una cortesana, y hasta uno de sus compañeros de desórdenes. Mas Belisario necesitaba ocasiones de poner en evidencia lo que valía como general y como soldado, y aquella vez fueron los súbditos del gran rey los que se encargaron de proporcionárselas. Justiniano habia dado orden á Narses para que levantára un fuerte cerca de Mindone; mas los persas se quejaron, y como no fuesen atendidos embistieron á los romanos, rechazáronlos, y destruyendo las nuevas fortificaciones invadieron la Siria. Belisario encargado de rechazar aquellos tenaces enemigos del imperio, no contaba mas que con un ejército de veinte mil hombres. Forzoso era que la tác-



tica y el valor supliesen al número ; pero Belisario conocia la una y poseía el otro hasta de sobras ; así es que no solo supo detener al enemigo, sino obligarle á la retirada. Cada noche vivaqueaba su pequeño ejército en el campamento ocupado el dia antes por los persas, y cual otro Fabio el contemporizador y sin duda mas afortunado que él, se hubiera asegurado la victoria sin pelear, si le hubiese sido posible contener la impaciencia de los soldados, los cuales no pueden por punto general comprender que sean gloriosos laureles los que no están salpicados de sangre. Quisieron venir á las manos con sus contrarios, y fué preciso hacerlo ; mas como acontece á menudo faltóles al ver la cara al enemigo, el valor de que hacían alarde cuando este les volvia la espalda. El ala derecha del ejército habia abandonado cobardemente el campo ; pero por fortuna la infantería se mantenía firme en el ala izquierda. En aquel momento supremo Belisario hace para salvar su ejército y su honra, lo que César en Munda para apoderarse de la victoria que iba á volverle el rostro. Baja de caballo, lánzase espada en mano en lo mas recio de la pelea y hace ver á sus soldados que no resta mas recurso que morir ó hacer una resistencia desesperada. Dóciles los soldados á la voz y al ejemplo de su gefe, á quien idolatran, dan la espalda á Eufrates y la cara al enemigo, oponen una línea impenetrable de lanzas á los tiros y á las repetidas cargas de su caballería, y le obligan por fin á retirarse lleno de ignominia. Sin embargo, sea que ese brillante hecho de armas fuera presentado como una derrota á los ojos del emperador por los émulos de Belisario, fuera que con él no hubiese hecho mas que asegurar la retirada de sus tropas, ó fuese en fin que el emperador quisiera consultarle sobre la guerra que meditaba contra los vándalos, ello es que fué llamado á Constantinopla, teniendo que dejar sus tropas al mando de Sitta, el cual no fué poderoso á impedir que los persas invadiesen la Armenia y pusiesen sitio á Martirópolis. Séanos permitido decir de paso que por muerte de Kobad ciñó por entonces la tiara de los reyes persas el gran Cosroes Nouschirvan (esto es el *justo*), el cual deseoso de consolidarse en el trono aceptó la paz con que le brindara Justiniano y que costó al imperio onçe mil libras de oro.

Y es que el emperador de oriente tenia tanta necesidad, como el rey de reyes, de no distraer sus fuerzas por el lado de la Persia, á fin de poder llevar la guerra contra los vándalos de Africa, ora fuese para reponer en el trono á su amigo y correligionario Hilderico, á quien Gelimer habia depuesto y tenia sepultado en un calabozo ; ora porque en su calidad de emperador se creyese obligado, ó siquiera con derecho para ejercer la soberanía sobre todos los reinos que habian sido provincias de Roma ; ora porque creyese que podia llevar sobre sus debiles hombros el peso del doble imperio de oriente y de occidente. Belisario fué el encargado de llevar á cabo la expedicion contra los vándalos. La parte que habia tomado este general en la represion de la sublevacion de Constantinopla,



que dejamos mas arriba mencionada, y sobre todo las intrigas de su esposa Antonina le habian ganado de nuevo el favor de Justiniano. Antonina era hija de una cortesana y de un conductor de carros, amiga, cómplice y rival de Teodora; y si bien ejercía sobre su débil marido una autoridad despótica y hasta una especie de fascinacion, le acompañaba en cambio en todas sus expediciones compartiendo con él todas sus fatigas y peligros, y sabía explotar en provecho de su esposo la intimidad que con la emperatriz tenía.

Belisario marchó para esa nueva guerra púnica al frente de unos 15,000 hombres, hérulos, hunos, tracios é isaurios en una numerosa flota que llevaba ademas unos 20,000 marineros. Parece que en la travesía, que no duró menos de tres meses, y durante la cual tuvo nuestro héroe mas de una ocasion de dar muestras de su prudencia, firmeza y valor, inventó los signos náuticos para evitar que los buques se perdiesen y transmitir las órdenes de unos á otros. Gelimer, el usurpador del trono de los vándalos, el protector de los arrianos y enemigo de los católicos, ó no conocia el peligro ó conocido lo despreció, pues habia enviado su flota á la conquista de Cerdeña, cuando tanto podia servirle para defender sus propios hogares. Así Belisario pudo desembarcar y sentar su campo en las playas africanas sin desenvainar su espada; y desde aquel momento hasta su vuelta á Constantinopla mas ocasiones se le ofrecieron de desplegar sus talentos de político moderado y previsor, que de acreditar como guerrero el temple de su alma y de su brazo. Belisario sabía que podia contar en el África con el apoyo de los partidarios de Hildérico y con la amistad del clero católico; y por lo tanto su principal cuidado debia ser el evitar que sus tropas, bárbaras en su mayor parte, convirtiesen en contrarios sus amigos, y que con sus atropellos y vejaciones pusiesen las armas en manos que estaban abiertas para estrechar las suyas. Conservó la disciplina, apartó del saqueo á los que estaban acostumbrados á vivir de él, y los africanos que vieron en el general de Bizancio un libertador, no solo le proveyeron abundantemente de cuanto para sus tropas necesitaba, sino que abriéndole las puertas de sus ciudades, hicieron que pudiese marchar sin detenerse sobre Grase, residencia de los reyes vándalos, y sobre Cartago, contra los planes de Gelimer á quien convenía dar largas á la guerra para que pudiese volver su hermano Zenon de la expedicion de Cerdeña. El nuevo Escipion, mas afortunado en eso que el antiguo, hizo su entrada en Cartágo en medio de la alegría de sus habitantes, y las tiendas abiertas, dice un moderno biógrafo, recordaban á Camilo entrando en Falerias. En la mesa preparada para el festin real de Gelimer, y rodeado de oficiales vándalos que le servian bendiciendo su clemencia, Belisario no era un lugar teniente de un César del Bajo Imperio; era un triunfador de la antigua Roma, era Paulo Emilio en el palacio de Perseo. Sin embargo al lado del conquistador vese al hombre de Bizancio en el piadoso cristiano que besa devotamente el ataud de San Cipriano rescatado del poder los arrianos.



Gelimer entre tanto despues de haber dado una muestra de crueldad y cobardía mandando asesinar á Hilderico, quiso darla de valor haciendo una última tentativa ; mas si bien atacó á los soldados de Bizancio cerca de Cartago con un ejército quizás veinte veces mas numeroso , la pérdida de esta batalla arrastró consigo la caída completa de la denominacion vandálica. El rey vencido se retiró con algunos compañeros que no quisieron abandonarle en su desgracia á las montañas de Numidia ; mas perseguido y bloqueado por Fara , comandante de los hérulos, tuvo, despues de haber sufrido los tormentos del hambre y todos los rigores de su adversa fortuna , que ponerse en manos de su vencedor. Este despues de haber conquistado el Africa en tres meses, y haber recibido la sumision de los vándalos y hasta de algunos príncipes de la Mauritania , se ocupaba en consolidar la posesion de las tierras ganadas al imperio, cuando supo que la envidia de sus émulos, que espiaba todas sus acciones y palabras, se entretenia en inspirar sospechas á Justiniano, dándole á entender que su general aspiraba al trono del pais sometido. Dueño ya de él quién hubiera impedido á Belisario el ocuparlo si hubiese querido? Mas este animoso capitán no era mas, dice Cantú, que un generoso servidor, y no se le ocurrió jamás que su espada pudiese hacer temblar al déspota de Bizancio. Conocidos por Belisario esos rumores , no le quedaba mas recurso que, ó confirmarlos por una rebelion abierta, ó desvanecerlos dando la vuelta á Constantinopla. La eleccion no era para él dudosa, y su presencia en la corte disipó los recelos del príncipe. Este le concedió el triunfo, honor que desde los tiempos de Tiberio no habia obtenido ningun general ; y los habitantes de Constantinopla pudieron ver desplegarse á sus miradas todas las riquezas de que Genserico habia despojado al mundo , á Belisario marchando á pié al frente de sus bravos , y á un rey vencido Gelimer, que en medio de su humillacion pensaba por ventura vengarse de sus vencedores haciendo resonar en sus oidos aquellas palabras de Salomon : *Vanidad de vanidades : todo es vanidad*; de cuya verdad fué tantas veces vivo testimonio la misma capital del imperio. Belisario fué declarado cónsul ; pero para él su mas noble recompensa debió ser la fidelidad con que se ejecutó el tratado generoso sobre el cual habia empeñado su palabra de honor el rey vándalo. Y es que el cristianismo habia cambiado el mundo. Roma pagana hubiera dado en espectáculo á su pueblo la muerte del último sucesor de Genserico, y el combate de sus compañeros de infortunio contra las fieras : Justiniano regaló al rey destronado un vasto dominio en la Galatia, donde halló la paz , la abundancia y tal vez la felicidad , y repartió los mas valientes de entre los vándalos en cinco escuadrones de caballería.

Poco tiempo permaneció ociosa la espada de Belisario. Justiniano que espiaba una ocasion favorable para recobrar la Italia, y á quien esta idea debia sonreir mas despues que viera con cuanta felicidad la espada de su general habia puesto á sus piés la provincia cartaginesa, quiso darse por vengador de la reina



goda Amalasunta contra su ingrato primo Teodato, como en Cartago se habia dado por vengador de Hilderico contra el usurpador Gelimer. Tambien ahora como antes fué Belisario el encargado de llevar á cabo ó el deseo de justicia ó los planes ambiciosos del Emperador. Al frente de unos cuantos miles de bárbaros mercenarios, que otro cualquier general apénas hubiera creido bastante para la sorpresa nocturna de una ciudad sin murallas, Belisario marcha á conquistar la Italia defendida por doscientos mil soldados ostrogodos. Gracias á Ebermor, yerno de Teodato, se apodera de Regio, y si bien el rey godo se enorgullece por un momento con la victoria alcanzada sobre Mundus, las rápidas ventajas alcanzadas por Belisario, y sobre todo la conquista de Nápoles no debieron tardar en abatir su altivéz. Esta hermosa ciudad fué entregada á un horrible degüello por los bárbaros ausiliares del imperio, por mas que Belisario, que á un brazo de héroe antiguo unia un corazon de paladin de la edad media: *Vuestros son el oro y la plata, gritaba á sus soldados pero perdonad á los habitantes que son cristianos é imploran piedad.*

En esto los godos viendo á Teodato entregado á la indolencia y al placer ante la tempestad por él suscitada, depónenle como indigno de reynar sobre su raza y proclaman á Vitiges; pero mientras que el nuevo monarca se ocupa en reanimar el valor de los suyos, Belisario sin disparar una flecha entra en Roma (536), que al verse libre de bárbaros y arrianos despues de 60 años de esclavitud, celebra con trasportes de alegría su libertad y proclama el restablecimiento del Imperio.

Pronto sin embargo preséntanse ante los muros de la ciudad eterna ciento cincuenta mil hombres guiados por Vitiges, y llenos de confianza en el valor y en la estrella de jefe. Belisario no cuenta mas que con cinco mil soldados; mas estos están llenos de confianza en su caudillo, quien por otro lado les da repetidas pruebas de lo que vale como soldado y como general. En su primera arremetida contra Roma faltó poco para que los bárbaros se apoderasen de nuestro héroe. Vigorosos, activos y ligeros asestábanle por todas partes golpes terribles. Abrumados por el número retroceden los suyos hasta las puertas de la ciudad que encierran al rumor de que su general habia sido muerto. El sudor, el polvo y la sangre podian en efecto ser causa de que los soldados de Belisario no le conociesen, mas el valor y la serenidad con que se defiende de sus contrarios les revelan bien pronto la existencia de su general, y arremeten de nuevo contra los godos, que huyen á su vez creyendo que viene sobre ellos un nuevo ejército. Abrese en fin la puerta Flaminia para recibir á Belisario vencedor, y á quien ni su esposa ni sus amigos pueden persuadir que descanse y tome algun alimento antes de visitar todas las puertas y atender á la seguridad de Roma. En otro asalto general intentado por los godos, cuando el enemigo estuvo cerca del foso, nuestro héroe disparó la primera flecha atravesando de parte á parte á uno de los gefes bárbaros que marchaba delante de todos. Un grito de aplauso y de victoria de los soldados viene á premiar la accion



de su gefe. Este dispara un segundo tiro , cae otro gefe bárbaro , y llenan el aire nuevas y mas entusiastas aclamaciones. Plácenos, exclama aquí un biógrafo francés, encontrar esos hechos dignos de los héroes de Homero en la vida de uno de los generales de la edad media. Nosotros sin embargo que admiramos las hazañas del general de Justiniano, nos condolemos como cristianos de la conducta que observó con el papa Silvestre (1), y de que se sirviese del oro imperial para hacer elegir para ocupar su puesto al diácono Vigilio ; á la vez que como amantes de las artes sentimos que hubiese echado mano para defenderse de los godos, y como proyectiles , de los frisos, cornisas, capiteles y de las estatuas debidas tal vez al cincel de Lisipo y Praxiteles. Mas que general, sobre todo en la antigüedad, no estaria dispuesto á sacrificar los monumentos del genio y del saber con tal que pudiese añadir una hoja mas de laurel á su corona ?

Vitiges tiene que levantar el sitio de Roma , pero va á ponerlo á Rímini. Manda mensajes á Cosroes para que ataque el imperio por el oriente, y á los francos para que pasen los Alpes. Diez mil de estos en efecto caen sobre la Italia , sin aguardar las órdenes de su rey Teodeberto. Únense á las tropas de Uraias , sobrino de Vitiges, quien despues de un sitio obstinado se apodera de Milan y convierte esta opulenta ciudad en un monton de ruinas.

Otra invasion mas terrible de francos en número de cien mil hombres al mando de su rey viene á devastar la Italia, siendo igualmente funestos á los godos y á los bizantinos. Belisario no obstante reanima el espíritu abatido de los últimos y arroja á los godos de varias plazas fuertes. En esta ocasion y sobre todo en el sitio de Rávena , donde se hallaba Vitiges encerrado , fué cuando nuestro héroe se ostentó realmente grande , haciéndose superior á las intrigas de la córte imperial y á sí mismo. Todo le hacía esperar la pronta rendicion de aquel último baluarte del agonizante poder de los godos , cuando un inconcebible decreto de Justiniano , á la par que concedia algunas provincias al rey godo como tributario, arrancaba de las manos de Belisario una victoria que contaba con razon como segura. Este desobedece por vez primera á su emperador , y declara que no pondrá la espada hasta que haya conducido á Vitiges cargado de cadenas á Constantinopla. Belisario cumplió su palabra , y si bien cayó en desgracia ; si bien se le dió por prision la misma ciudad que hubiera debido recibirle en triunfo , todo esto no hizo mas que aumentar su gloria. Téngase además presente que los godos ofrecieron á Belisario la corona que este acaba de arrancar de las sienas de Vitiges ; que estaba por consiguiente en su mano colocarla en su cabeza en vez de

(1) Aun que fuese verdad que Silvestre hubiese llamado los godos á sitiar á Roma ó estuviese en inteligencia con ellos , parecería poco digno y noble el comportamiento que observó con él Belisario. Cuando el desgraciado pontífice fué á verle seguido de su clero , solo él fué admitido en el aposento del general. El vencedor de Cartago y de Roma estaba modestamente sentado á los piés de su esposa Antonina recostada en un lecho magnífico. Esta muger dominante fué la que , hablando por su esposo, llenó al pontífice de insultos y amenazas. Antonina era el instrumento del ódio de la emperatriz Teodora , que queria á todo precio que hubiese en Roma un pontífice ó enemigo ó indiferente al Concilio de Calcedonia. Esta escena revela á la vez lo que eran, así el palacio del emperador de Constantinopla, como la morada de Belisario.



ponerla á los piés de Justiniano , y que todo su ejército estaba dispuesto á darle la razon contra la ingratitude de la degradada córte de Bizancio ; mas aquel incapaz de faltar á su monarca le entregó la Italia que acaba de someter á pesar de sus órdenes. Jamás rayó tan alto como entónces la popularidad del general bizantino : las madres lo señalaban á sus hijos como el sosten y el salvador del imperio , y hubiera podido vivir feliz si hubiera sabido pasarse sin el favor de la córte. Débil empero en la desgracia , cedía , se humillaba , arrastrábase llorando á los piés de Antonina hasta que esta le alcanzaba una mirada propicia de Teodora , que á su vez hacía que se inclinase elemente hácia él el cetro del emperador , quien por otra parte estaba dispuesto á servirse de la espada de Belisario siempre que necesitaba de ella. Esta necesidad no tardó en hacerse sentir. En el año 541 los persas invaden la Siria , mas el general de Justiniano les rechaza. Este nuevo servicio es seguido de una nueva desgracia ; pero la campaña siguiente se presentó tan amenazadora é imponente que fué preciso colocarle otra vez al frente de sus tropas , y solo su presencia bastó para hacer retroceder al rey de Persia hasta las fronteras de sus vastos Estados.

En esto volvió á estallar mas terrible en Italia la tempestad. Estaba al frente de los godos un héroe de la sangre real de Teodorico , el famoso Totila , quien aprovechándose de los errores y mala administracion de los ónce generales que habian sucedido á Belisario , habia restablecido en la Península la preponderancia goda , y amenazaba á la misma Roma. Aquel general fué enviado de nuevo al teatro de sus glorias pasadas , pero con la condicion de levantar á costa suya el ejército que debia acompañarle ; ¡ tanta era su riqueza ! Belisario obedeció ; mas si contaba con el apoyo de los italianos y la defeccion de los godos , pronto pudo convencerse de que el aura de la popularidad cambia al menor soplo de cualquier otro viento. « He llegado á Italia , escribía al Emperador , sin soldados , sin caballos , sin armas y sin dinero.... He recorrido la Tracia y la Iliria para levantar un ejército , mas tan solo he podido reclutar algunos hombres desarmados , faltos de valor y de experiencia.... Me es imposible sacar dinero de Italia donde dominan los godos. No tengo autoridad sobre mis tropas á quienes no puedo pagar. Si basta que Belisario haya venido á Italia , aquí me teneis : pero si quereis que venza , necesito mas , puesto que no hay general sin ejército. »

Sus justas reclamaciones fueron desatendidas , y por lo tanto no pudo evitar que Totila sitiase la antigua capital del imperio , que cortase sus acueductos , y que una vez dueño de ella destruyese sus fortificaciones. En su sed de venganza quizás el rey godo hubiera arrasado las casas y los magníficos monumentos del arte antiguo , convirtiendo la ciudad de los Césares en guaridas de fieras ó en tierras de pasto , á no ser por Belisario que le hizo ver la eterna infamia de que cubriría su nombre destruyendo aquellas glorias inofensivas. Cuarenta dias despues Totila abandonó Roma llevándose en rehenes los senadores , despues de haber



arrojado de ella sus habitantes y reducido á un cadáver la que habia sido reina del mundo ; y Belisario al apoderarse de ella por un golpe de mano atrevido, fortificó de prisa y lo mejor que pudo aquel vasto recinto poblado apenas por quinientos habitantes. A los pocos días Totila, que habia ido á recorrer la Pulla, estaba de nuevo sobre Roma decidido á recobrarla á la fuerza ; pero fué rechazado en tres asaltos consecutivos por el general de Justiniano , el cual hubiera podido destruir sus tropas á no haber intervenido la política de Bizancio , cuyo gobierno tenian agitado las intrigas de palacio , las controversias teológicas y las rivalidades del circo.

Roma habia sido salvada ; mas para reconquistar la Italia necesitábanse tropas , víveres y subsidios , y Belisario carecia de todo eso ; y despues de cinco campañas , no sin gloria , en especial á los ojos de los [que saben comparar los medios con los resultados , cansado este gran capitan de ser espectador pacífico de los progresos de Totila, se tuvo por afortunado de que se le retirase el mando de la guerra , que prosiguió con abundancia de recursos y por consiguiente con buena cosecha de laureles el valiente eunuco Narses.

Fuerza es confesar que estos últimos hechos de Belisario en Italia no habian sido perdidos para la fortuna de este general. Para sostener la guerra habia tenido de arrancar fuertes sumas de los italianos ; Antonina habia dado rienda suelta á su codicia , y gran parte del rico botin de la Península habia venido á aumentar las ya pingües riquezas del que podia considerarse como su libertador. Quizás pensaba que en un siglo de corrupcion, aquellas son las únicas que sostienen y dan realce al mérito personal; y siendo así podríamos considerar este borron , que nos duele encontrar en la vida de nuestro héroe , como una consecuencia del espíritu de su época.

Cuando llegó á Constantinopla estaba próxima á estallar una conspiracion contra la vida de Justiniano , y los conjurados habian resuelto , antes de dar el golpe , deshacerse de Belisario cuyo valor y cuya venganza, en el caso de abortar su plan , temian. El complot fué descubierto y el vencedor de los godos descansó algun tiempo de las fatigas de las guerras pasadas en los honrosos destinos de general del Oriente y conde de los domésticos ; hasta que de nuevo un grito de guerra que resonó espantoso en los oidos de los aterrados habitantes de Bizancio , arrancó á Belisario de su reposo. Puberghan ó Zamergan , rey de los búlgaros , habia pasado en el mes de marzo de 559 el Danubio sobre el hielo, y despues de haber devastado la Mesia y la Tracia habíase atrincherado á seis leguas de Constantinopla. Todos tiemblan en esta capital ; pero al nombre de Belisario recóbranse todos , reanímense hasta los tímidos y ármanse los mas osados. Diez mil hombres se lanzan fuera de los muros de la ciudad amenazada siguiendo las huellas del ya anciano general, quien el dia siguiente entraba vencedor en Constantinopla con los despojos de los enemigos destrozados y fugitivos.



Los habitantes le recibieron con una alegría proporcionada al terror y á la consternacion de la víspera ; mas esta misma alegría , única pompa de su triunfo, explotada por sus enemigos , fué tal vez una de las causas de su desgracia.

Dos años despues formóse otra conspiracion contra el emperador , y suponiendo que Belisario estaba complicado en ella por la sola razon de que debia estar descontento del gobierno , fué despojado de su autoridad , de sus honores y de sus riquezas. «El favor de los reyes, podríamos decir aquí con Mut, el sentencioso panegirista de Justiniano , es de la condicion del sol , que disipa y desvanece las nubes que tiene mas cerca.» No tardaron, sin embargo, en disiparse las sospechas sobre la ignocencia de un viejo que no debia ni podia pensar á los setenta años de edad en aquello mismo que habia rehusado cuando estaba en todo el vigor de la juventud y en medio de sus mas gloriosos triunfos. Reintegrósele en su consecuencia en sus propiedades ; pero no sobrevivió mas que ocho meses á ese acto de justa reparacion. Á esta última pérdida del favor imperial se refiere sin embargo la fábula de Belisario ciego y mendigo. Un monje del siglo XII, Chiliades de Tretras quiso hacer de nuestro héroe un nuevo ejemplo de los caprichos de la fortuna , y así es que nos lo pintó en sus versos « apoyado en una piedra miliaria, con el báculo en la mano, diciendo á los transeuntes : Dad un óbulo á Belisario al que la fortuna cubrió de gloria , y á quien la envidia condenó á no ver nunca mas la luz del sol. »

Si en todo personaje histórico pueden considerarse dos existencias mas ó ménos separadas , la del hombre público y la del hombre privado , la del héroe y la del particular , en Belisario no solo encontramos esa distincion , sino hasta un contraste y oposicion notabilísima entre el general de Justiniano y salvador de Bizancio , y el esposo de Antonina y juguete de esta mujer imperiosa , y tanto como imperiosa desenvuelta. Por lo mismo que Belisario nos admira como héroe, nos hemos detenido con gusto en trazar los principales rasgos de su gloriosa vida; pero porque tan solo puede inspirarnos compasion como hombre y como esposo, pasaremos muy rápidamente sobre esa parte de su biografía , remitiendo á las anécdotas de Procopio ó á las dramáticas páginas que dedica Gibbon á la pintura de Antonina al que quiera conocer mas á fondo el interior del hogar doméstico de Belisario.

Antonina amaba á su esposo. ¿ Y cómo podia dejar de amar esta mujer orgullosa, amiga de la pompa, aficionada al boato y llena de pasiones fuertes á aquel hombre cuya fuerza , valor y belleza eran las de un héroe homérico , cuya fama como guerrero no tenia rival , y que podia derramar con profusion á los piés de su esposa los despojos de mil ciudades y los laureles de cien victorias? Sin embargo esa mujer que seguía á su esposo en todas sus expediciones militares , que compartía con él así los triunfos como los trabajos y los peligros de las guerras; esa mujer cuyo título de esposa de Belisario le envidiaban por ventura todas las

de su tiempo , no se hacía ningun escrúpulo en serle infiel. Diríase que habia heredado todas las bajas pasiones de su humilde cuna , que habia conservado todos los hábitos de su desordenada juventud , sin que se le pegase en su union con Belisario ninguna de las nobles virtudes de su esposo ; quien , seducido completamente por su Antonina , no veia ó se obstinaba en no ver lo que esta mujer lúbrica y descocada no se daba ningun trabajo en disimular ante su ciego esposo , ni ocultar á los ojos siempre abiertos de los demás. Verdad es que harto ambicioso nuestro héroe halló siempre en su esposa una poderosísima intercesora para con la emperatriz ; pero con cuantas humillaciones , bajezas y hasta lágrimas no tuvo que comprar muchas veces esta misma proteccion ?

Al morir Belisario ( 563 ) el fisco se apoderó de sus bienes , salvo una parte que se dejó á Antonina , la cual la empleó en fundar un monasterio , donde se retiró para acabar sus dias , y donde nos complacemos en suponer que expiaría en la oracion y en la penitencia los desórdenes de su vida pasada , y hallaría en el cielo el olvido y perdon de ellos que le ha negado hasta aquí la historia que , como escrita por los hombres y para los hombres , no ha sabido acostumbrarse todavía á la grande idea de que , tanto en la ley humana como en la divina , toda expiacion lleva consigo el perdon. Si pues Dios quizás perdonó mucho á Antonina porque , cual la Magdalena , tal vez lloró mucho , ¿ con qué derecho seríamos mas severos con ella los hombres ?

J. Rubió



## LAS BODAS DE UNA ALDEA.

( CUADRO DE THENIERS. )

Los hombres que vivimos en una ciudad populosa , en medio del estruendo de la industria, de la agitacion del comercio, del vaiven de la política , y de la zozobra de las relaciones sociales, dificilmente podemos formarnos una idea exacta de la tranquila, silenciosa y uniforme vida de una aldea. No es que allí se desconozcan , sobre todo de algunos años á esta parte , los vicios de nuestras ciudades : no que en ellas todo sea reposo , silencio, buena armonía, amor mutuo entre todos los vecinos , tranquilidad perfecta ; esto es bueno para dicho en una novela pastoril ; mas ese ruido y esa agitacion son nada comparados con la agitacion y el ruido nuestro. No hay cosa alguna que tan sencilla y al mismo tiempo tan verdaderamente pinte la distancia que va de lo uno á lo otro cual el cotejo del modo como caminamos los unos y los otros. Id por las calles de una ciudad populosa, y veréis que todo el mundo corre, se empuja y se atropella ; no parece sino que todos tienen algo que apremia, que vuelan para socorrer alguna desgracia , que se han retardado para llegar á un punto y en hora determinada. Ved al habitante de una aldea, y observaréis que camina á paso regular, que si va acompañado habla tranquila y pausadamente , que se detiene por el motivo menos importante. Es que nosotros vivimos agitados y él vive tranquilo, nosotros llevamos cincuenta objetos, él no tiene mas de uno ; á nosotros nos falta tiempo para atender á los mil negocios en que estamos envueltos, á él le basta el tiempo para el único asunto que le interesa ; nosotros incubamos en la mente mil proyectos, él no tiene mas que uno, que ni proyecto es sino la ejecucion en un trabajo que siempre es el mismo ; nosotros huimos de este , buscamos á aquel, esperamos al otro, tememos á alguno, y recelamos de todos ; él ni huye, ni busca,

GR. PE. MUNICH P. 15



*La Noce de Village*  
*The Parents Wedding Die Bauerhochzeit*  
*Wochelstoppel*



ni espera, ni teme, ni recela: nosotros hemos de pensar lo que decimos para no decir lo que pensamos, él dice lo que piensa. La ambicion, la envidia nos corren y nos acaban, él no las conoce; desde que nace ya sabe cual es su suerte, y si bien desea mejorarla es sin afan, sin ahinco, sin angustias á fin de conseguirlo. Desea lo que fácilmente puede alcanzar, nosotros siempre deseamos lo que es imposible que alcancémos: él no ve mas que iguales, nosotros solo nos fijamos en los que son mas, ó tienen mas, ó figuran en mas alto puesto. Mirad su rostro y en él veréis pintadas la satisfaccion y la tranquilidad de su ánimo; observad sus ojos y los veréis claros, francos, que siempre os miran al rostro con una naturalidad que enamora; habla á gritos porque no le importa que todo el mundo oiga lo que dice; habla aprisa porque dice lo que piensa, y no trata de disimularlo; habla poco porque la verdad es breve, y solo la mentira y la solapa buscan circumlóquios, gesticula con energía porque realmente siente lo que dice. Nosotros, oh! nosotros hacemos todo lo contrario, hablamos mucho para decir poco, pensamos mucho lo que decimos porque los demás hombres nos obligan á no decir lo que pensamos ni como lo pensamos, hablamos despacio á fin de tener tiempo de buscar las palabras y de arreglar la frase, hablamos bajo porque mentimos mucho, y porque nuestras palabras no son sencillas y las acomodamos á la comprension de aquel á quien las dirigimos, no á la que pueda tener otro que pasa por cerca de nosotros.

En casa, en las relaciones de unos con otros, en las fiestas y regocijos de familia hay una cordialidad, una llaneza, una verdad que nosotros desconocemos del todo. ¿Cuando nos reimos nosotros cual se rien ellos? ¿Cuando nos divertimos cual ellos se divierten? De un baile salen contentos y plenamente satisfechos; nosotros salimos muchas veces con el corazon envenenado, con la tranquilidad hondamente turbada: un gesto, una palabra han lanzado la duda, el recelo, la desconfianza en nuestro ánimo, porque en el lenguaje nuestro ese gesto y esa palabra pueden significar mil cosas diferentes; esa palabra puede ser verdad y puede ser una mentira rebozada; una risa puede ser verdadera y puede ser burlona y hasta sarcástica, un ofrecimiento puede ser un insulto, un obsequio puede ser un ultrage. Probamos á divertirnos y nos volvemos á casa con el corazon vacío, si ya no lo llevamos lleno de hiel ó de deseos que nos martirizan. Los habitantes de las grandes ciudades compramos el gusto de vestir seda y de oler perfumes con un sin fin de tormentos que acibaran nuestra vida. No, eso no se encuentra en las aldeas. La única pasion que en ellas se conoce es el amor, pero envuelto siempre en la idea del matrimonio, y como en la mayoría hay igualdad de posicion no se atraviesan obstáculos para la satisfaccion de ese santo amor que ha de hacer felices á los que lo experimentan. Los padres ven con gusto como nace, lo alimentan, se regocijan en la idea de su satisfaccion, y lo coronan con las bendiciones á sus hijos. Allí no hay mas pasiones, porque no



hay cosa que las dispierte, ni objeto á que dirigirlas. Nadie allí quiere ser general, ni sabio, ni banquero, ni título, ni cruzado, ni inventor de cosa alguna. Las lluvias á tiempo, sol caliente y aire en la época de la trilla, chubascos sin granizo en verano, pocas heladas y nieblas en invierno, lluvias cortas y frecuentes en primavera: hé aquí la suma de los deseos que residen en el corazón del aldeano: de todo ese infernal anhelo de las ciudades no tiene por fortuna suya noticia, ni sospecha siquiera.

Sale un hombre de su aldea y traslada el domicilio á una ciudad, á la vuelta de un año ha variado, siente el contagio de la ambición, y su rostro ya no ostenta aquella paz y aquella alegría que en su patria demostraba. Cambia el traje, cambia las costumbres, se hace tan ciudadano como puede, y hele aquí engolfado en ese piélago de dolores en que tarde ó temprano nos ahogamos nosotros. Pero ¿dónde voy yo á parar con todas estas filosofías, de que sin duda me hubieras hecho gracia, lector amigo? Perdóname por Dios, pues se me había olvidado que cojí la pluma para hablarte de un cuadro, y no para fastidiarte con sermones, que ni tú quisieras oír, ni yo estoy autorizado para dirigirte. Olvídate, pues, de todo lo que has leído, y echa una ojeada al cuadro de Teniers que representa la fiesta con que los aldeanos solemnizan una boda. La escena debe pasar en país frío según lo indican los acuminados techos de las casas, y además el traje de la gente dice de un modo claro que estamos fuera de España y hácia el norte, y no por cierto en nuestro siglo. Ya sabes quien era el pintor, y la época y el país donde vivía. El solo árbol que levanta su hermoso ramaje por detrás de las casas no deja duda de que estamos en primavera, porque su lozanía solo es propia de aquella estación risueña. Subido sobre un tunel está el Apolo de la fiesta con el instrumento, cuyos sonidos deben animar el baile, y por cierto que en dicho instrumento hay mas propiedad que en los violines y flautas que se ven en algunos cuadros de la misma naturaleza del presente. Si reconoces una á una todas las figuras de este verás pintados la satisfacción y el contento, mas no la bulliciosa alegría de los pueblos meridionales. Hay figuras bellísimas y entre ellas llama singularmente la atención la del anciano barbudo que está á la derecha, sentado tras de una jóven, y el grupo de hombre y mujer que descuella en primer término. Los dos bailarines están ya maduros, y hubiera sido mentira imperdonable darles un aire de lijereza y gracia que va muy bien en danzantes, pero que no hubiera convenido con la edad de los que aquí se propuso representar el artista. El perro que huye al observar el movimiento de la pareja que sale del corro, es bellissimo, y tiene una naturalidad que encanta: todo el cuadro es de grandísimo efecto y muy digno de ocupar un lugar distinguido en una rica y escogida galería.

Juan Cortada.





*C. From Paris*

*Made in*

*Le Boulanger pressant  
The Prudent Baker. De vouridige Bieder.  
Dreising jukdars*

Published for the Proprietors by A. M. Payne, Dresden & Leipzig

## EL PANADERO PREVISOR.

( CUADRO DE C. KRENL. )

ERASE una mañana nebulosa y fria del mes de enero : caia una menuda lluvia de nieve , y la niebla ocultaba la vista del cielo , cual si quisiera privar á los pobres hasta del emblema de su esperanza única.

Al pié de una pequeña colina , blanqueada por la nieve , se descubre una miserable cabaña , tan vieja , tan dispuesta á venirse abajo , que á cada soplo del viento bambolean y crujen sus maderos como los del buque que , azotado por las olas , abre su casco y se sepulta en el fondo de los mares.

A lo léjos se divisa una pobre aldea , y el resto del paisaje es monótono y triste , porque la naturaleza no tiene verdor , y ningun rayo del sol hiere la tierra abri-llantando colores que al parecer suben del fondo á la superficie por la fuerza de atraccion de aquel astro poderoso.

Si el lector no tiene inconveniente en presenciarse una de estas escenas que tienen lugar con harta frecuencia á nuestro lado , sin que distraigan nuestra atencion ni conmuevan nuestra indiferencia ; escenas de dolor y de miseria sobre las cuales tiende el mundo su manto de armiños forrado de harapos ; empuje con nosotros la puerta de aquella cabaña y contemple su interior.

En un lecho de húmedas pajas duermen dos pequeñas criaturas , dos ángeles en aquel momento : sus cuerpos entrelazados se comunican el leve calor que se exala de ellos y sus labios unidos por un beso fraternal aprovechan hasta el aliento como instintivo medio para hacer menos sensible el rigor del frio.

En el fondo de este cuadro se veia á una mujer sentada sobre un viejo taburete y abrigando en su falda la interesante cabeza de una niña de doce años,



cuya hermosura y fuerza de vida, traducida en vivísimos colores, no pudo debilitar el rigor de la suerte ni la crudeza de la estacion.

La mujer de mayor edad, la madre desgraciada de aquellas tres criaturas sin amparo, era una perfecta estatua del dolor, del dolor que sufre y calla, del dolor que ya no tiene lágrimas ni voz; que tiene escaldados los ojos, seca la garganta, y al pedir al corazon la última gota de jugo siente desliarse entre los labios la primera gota de sangre.

Su honrado marido habia muerto dos meses ántes, y al bendecir á sus hijos por la última vez, dirigió á su esposa la siguiente despedida:

— Alma de mi alma, madre de mis hijos, vive para ellos....

Y la pobre mujer vivía muriendo: su martirio consistía en la imposibilidad de satisfacer las necesidades de aquellas criaturas.

La enfermedad y la muerte del jefe de la familia privaron á esta de sus escasas economías; despues vino la horfandad, y mas tarde el invierno, y con el invierno la miseria, es decir, el hambre y el frio. La pobre madre no desesperó jamás de la misericordia divina; pero el invierno fué aquel año tan sumamente crudo, que hasta acabó con la caridad de las pobres gentes que socorrieron durante algun tiempo á la desvalida familia.

Entónces comenzaron los apuros: faltó un abrigo para las tiernas criaturas, y su buena madre les decia:

— El Señor, que es todo misericordia y bondad, os calentará con los rayos del sol: el calor del sol es mas saludable que el de la leña, y aun que el de la ropa.

Pero amaneció un dia sin sol, y despues los cierzos helados, las brumas nebulosas y la nieve reinaron constantemente.

Cuando los vientos estremecían la cabaña y su lúgubre ahullido despertaba á las tiernas criaturas de sus hermosos ensueños, su madre les decia:

— Bendecid á Dios, hijos míos; no nos abandonará sin duda aquél que entre los pliegues del huracan conduce el alimento al pico del avecilla.

Pero los vientos derribaron la flor de los árboles y troncharon los campos: se perdió la cosecha, y los artículos de primera necesidad subieron de precio.

Cuando las lluvias filtraban abundantemente en el interior de la miserable vivienda y convertian los campos en insalubre maremma, la excelente madre decia, para consolar á sus hijos, cuyos vestidos estaban empapados en agua:

— Prosternaos ante la bondad divina: las lluvias del invierno alimentan las fuentes durante el verano, y en las fuentes se deleitan los pobres como nosotros.

Mas el agua continuó cayendo en abundancia, y los niños no pudieron salir ni aun en busca del pan que faltaba dentro de la cabaña.

Y así trascurria el invierno, poniendo á prueba la resignacion de aquella familia; la resignacion que es la virtud de los desgraciados.

Llegó un día en que dentro de la cabaña apenas habia groseros víveres para alimentar durante breves horas á un adolescente. La virtuosa madre los dividió entre sus tres hijos, y aquel día se alimentó de lágrimas y de oraciones. Á la mañana siguiente, ni aun pudo hacer aquel sacrificio tan grato al corazón maternal: para que en el interior de la cabaña faltase todo, empezaba á faltar hasta la esperanza.

Tal es la situación en que encontramos á la desgraciada viuda.

La hija mayor, la que ocultaba su rostro en la falda de su madre, fijó en ésta una mirada que desgarró el corazón de la desventurada mujer, porque aquella mirada revelaba un dolor que la pobre viuda no podía consolar.

Al propio tiempo una ráfaga de viento helado estremeció la puerta, y al ruido que produjo y á la sensación del frío que súbitamente se dejó sentir de una manera mas aguda, despertaron llorando los dos hermanitos, y juntos pidieron pan.

— No pan — dijo la desconsolada madre con voz ronca — sangre de mis venas os daria, si supiera que la apeteciais. Pero nada tengo, si no es luto y desesperación y miseria.

Los niños continuaron llorando: ¿qué saben de lo que es un castigo tan horrible como el hambre dos infelices criaturas que aun no han sido abandonadas por el ángel custodio de los niños?

La viuda contempló á la hija mayor, entre cuyos hundidos ojos despuntaban algunas lágrimas.

— También á tí te falta valor, pobre hija mia....

— Valor, no madre; pero me faltan fuerzas.

La infeliz mujer exaló un grito desgarrador cuando vió que Ángela, así se llamaba su hija, llevaba las manos á la cabeza al sentirse acometida de uno de aquellos vahidos horribles que ocasiona la debilidad.

— Hija mia, Dios que es grande, ha dispuesto que la caridad de los ricos sea patrimonio de los pobres. ¿Tienes valor para llegar con tu pequeña hermana á la aldea vecina?...

— ¿Y qué harémos en la aldea?

— El día es tempestuoso y frío: ni aun las aves han salido de sus nidos: ¿quién no tendrá compasión de dos criaturas como vosotras cuando tendais una mano helada implorando una limosna?

Ángela se ruborizó: nunca habia mendigado; pero sus hermanitos continuaban llorando, y la mirada de Dios no llegaba, al parecer, al fondo de aquella cabaña.

— Madre mia — dijo — estoy dispuesta.

La viuda adivinó el sacrificio, y despojándose de los miserables pañuelos que cubrian á medias su cabeza y espaldas, arropó con ellos á la hermosa An-



gela y á su tierna hermana , que temblaba de frio y de hambre á un tiempo.

Entrególes asimismo un cesto estremadamente viejo , y luego , haciendo que entrambas doblaran la rodilla , levantó al cielo los ojos , y dijo :

— ¡ Señor ! devolvedlas á mis brazos : yo los pongo en los vuestros...

De pronto pareció acometida de una idea extraña.

— Si yo me atreviera.... — pronunció entre dientes.

Ángela detuvo el paso viendo la perplexidad de su madre. La viuda abrió un viejo arcon sin cerradura , y de su fondo sacó un botecito de lata dentro del cual sonaban algunas monedas. En seguida , metió la mano en el bote y estrajo una medalla vieja , enmohecida , toscamente labrada , donde confusamente se adivinaba , mas con el tacto que con la vista , el trabajo del cincel ó la fuerza del cuño.

— Hija mia — dijo la amante madre , — si el corazon de los hombres es tan frio como la nieve que cae , compra pan con esto.

Y alargó la medalla á su hija , que retiró tímidamente la mano.

— Madre mia — dijo Ángela — esto es una moneda falsa : una vez quisieron prender á mi padre porque circuló una de ellas.

La tierna niña hacía con estas palabras referencia á uno de los muchos disgustos que habian aquejado la vida de aquellas pobres gentes.

Un dia se ocupaba su padre en la excavacion de un terreno donde pensó construir una choza menos incómoda que aquella que habitaban , cuando la punta de su pico tropezó con un cuerpo duro , produciendo aquel sonido vibrante propio de dos metales que chocan entre sí. Al averiguar la causa , dió con el bote lleno de medallas , hallazgo que por un momento le colmó de alegría ; mas cuando al dia siguiente fué al mercado con una de aquellas , se promovió contra él un alboroto entre los vendedores , que unánimemente rehusaron la medalla y acusaron á su dueño como expendedor de moneda falsa. Por fortuna estaba muy acreditada la honradéz del acusado , y el alcalde del pueblo le dió suelta , despues de haber destruido el cuerpo del delito.

A este hecho se referia Ángela cuando ruborizada rechazó la moneda de su madre. Esta , que se llamaba María , hermoso nombre que suena en los oidos con la armonía del laud de los ángeles , arrojó un suspiro , y fué á depositar la medalla en el bote y el bote en el arcon.

— Tienes razon , hija mia , — sería un engaño , un delito. Primero morir que faltar á la ley de Dios. Parte , Ángela , Dios es grande : no os abandonará.

Mas la niña , en lugar de moverse del sitio , parecia estar detenida y preocupada por una meditacion profunda. Sus grandes ojos , un momento antes velados por las lágrimas , brillaron con el fuego de la inspiracion , y sus labios profirieron en voz baja algunas palabras , que su madre no pudo entender. De repente la tierna niña dijo á su madre :



— Madre, Dios no quiere que engañemos al prójimo....

— Es cierto, hija mia ; elocuente ha sido tu leccion.

— Perdon, madre mia ! pero devolvedme esta medalla. El Señor quiere que lo intentemos todo antes que dejar morir de hambre á nuestros hermanos.

María no acertaba á esplicarse el súbito cambio experimentado por su hija, dudó aun , pero los pequeñuelos continuaban pidiendo pan , y la desventurada muger dejó que los latidos de su corazon sofocaran la voz de su conciencia. Entregó la moneda.

Ángela partió en compañía de su hermana. Era ciertamente un espectáculo triste, muy triste, el de aquellas dos infelices criaturas, solas, abandonadas, arrojando la crudeza de los elementos, tiritando de frio, alejándose del hogar doméstico, impulsadas.... horrible es decirlo, impulsadas por el hambre.

¡ Cuantos son los poderosos de la tierra que acogen esta palabra con sonrisa de desprecio, suponiendo que únicamente ecsiste en los libros de los novelistas!

Y sin embargo, esos mismos poderosos, á la conclusion de un baile, á la salida de un teatro, al entrar tal vez en una casa de juego donde en breves horas han de pasar de unas á otras manos diez fortunas distintas, habrán desviado la vista para no reparar en el grupo de una madre que alimenta á su tierno infante con sangre en vez de leche ; ó habrán precipitado el paso para no ser molestados por la voz de unos niños, á quienes llaman impertinentes porque piden para comprar el pan que aquel dia no han comido....

María, la escelente madre, no se habia engañado tocante á la compasion que inspirarian sus dos hijas ; este fué el sentimiento que escitaron en cuantos vecinos de la aldea las vieron. Pero los vecinos de la aldea eran tambien muy pobres, y la caridad es una virtud de que muchos se hallan privados.

Ángela recogió algunos donativos groseros, pero nadie se desprendió de un pedazo de pan, y la niña no queria volver á su casa sin traer lo que incesantemente pedian sus hermanitos. Su destino la condujo en aquel momento delante de un edificio mucho mas vasto que los restantes del pueblo, y del cual se escapaba ese olor que despiden las panaderías abundantemente provistas de pan caliente. Ángela detuvo el paso y sin querer se sonrojó, porque habia pasado por su mente la idea de poner en circulacion la moneda falsa. De pronto cojió de la mano á su hermanita y quiso alejarse de aquella tentadora vivienda ; pero su tierna compañera se negó á dar un paso, bien porque su debilidad se lo impidiera, bien porque comprendiese que dentro de aquella casa se encontraba en abundancia lo que ella apetecia tanto.

Ángela deslizó una mirada en el interior y vislumbró á un hombre de color sano, gordinflon como él solo, insensible en apariencia al frio, sentado en un cómodo sillón junto á una mesita encima de la cual se veian varios panes. El hombre aquel se entretenia acariciando á un perro sucio y feo, al cual arrojaba enor-



mes mendrugos, que el animal despedazaba sin comerlos, cual si se desdeñara de tan vulgar alimento, que abandonaba, despues de desmenuzarlo, entre el fango del pavimento, para que lo pisoteasen algunas gallinas que en aquél se revolcaban.

La vista de esta escena decidió á la jóven. «Es imposible, se dijo á sí misma, que un hombre que así desperdicia el pan, no tenga un bocado de él para dos infelices criaturas ateridas de hambre y de frio.»

Animada por esta idea, traspasó el umbral de la puerta y bajó la cabeza con ese aire humilde del que implora la caridad agena.

El panadero no tuvo necesidad de que Ángela hablase para comprender su intencion, y con ese acento indiferente con que veinte veces al dia repetimos muchos, cuasi todos, una frase harto cruel, dijo:

—Dios os ampare....

Sarcasmo horrible.... ¿de quién se vale Dios para amparar á los hombres sino es de los hermanos de estos hombres? ¿Qué quiere decir *Dios os ampare*, si empezamos los hombres por renegar de que somos unos meros instrumentos de la caridad divina?

Aquella repulsa llegó hasta el corazon de Ángela, y cuando se disponia á volverse enjugándose una lágrima que rodaba por su mejilla, observó que su hermanita, impulsada por la vista de los panes, se habia colado de rondon hasta la mesa y extendia la mano para apoderarse de uno de ellos. El dueño la lanzó una mirada terrible y llamó á su perro, sin duda para azuzarle contra la pobre niña. Ángela temió por su hermana y penetró decidida en la tienda, mas fué para convencerse de que era inútil querer sacar de aquel sitio á su hermana si antes no eran satisfechos sus deseos.... ¿Qué es sus deseos? Su apremiante necesidad.

—Buen hombre— dijo entonces Ángela, metiéndose en el bolsillo de su tosco delantal una mano trémula, —vendednos uno de vuestros panes.

El panadero preguntó á la niña entonces, con tono bien brusco por señas.

—¿Y de qué peso le quereis?

—Del que baste á pagar esta moneda.

Y bañada de sudor frio, pálida, temblorosa, pronto á desfallecer de vergüenza, depositó encima de la mesa la medalla que su madre la habia entregado. El panadero recogió aquel objeto, y á medida que iba practicando su reconocimiento, brillaban de ira sus ojos, que se fijaban alternativamente en la medalla y en Ángela, medio muerta de rubor y de miedo.

—¡Habrás visto atrevimiento igual! — exclamó aquel hombre sin corazon descargando un terrible puñetazo sobre la mesa, —no le bastaba á esta familia la tentativa del padre que aun vuelven á sus criminales intentos.... Es preciso poner un coto á estos desmanes...¿A donde iríamos á parar?... Monedas falsas ayer, monedas falsas hoy...¡Pues cárcel hoy, y cárcel mañana!

Al oír la palabra cárcel, echó Ángela á correr instintivamente; pero el per-



razo que hasta entónces se habia entretenido en despedazar un cesto de roscas calientes, en dos brincos se colocó delante de la puerta, impidiendo el paso á la fugitiva. La hermanita, sorprendida por aquel movimiento y asustada por los gritos del panadero y los amenazadores ladridos del perro, echó á llorar con toda su alma, aumentando la confusion de la escena y la desesperacion de Ángela.

Al rumor acudieron multitud de vecinos, curiosos por averiguar la causa de aquel desórden.

—¿Qué pasa, compadre? preguntaron.

—¡Qué ha de ser!...—respondió el panadero,—que esa vagabunda bribonaza es una espendedora de moneda falsa. Ved, ved lo que me daba por precio del pan que quería comprarme....

Y puso de manifiesto la medalla que en un momento circuló por las manos de todos los vecinos, poseidos de la mayor indignacion.

—Hé aquí que cosa son los mendigos—dijo una voz,—unos bribones!

—Unos vagabundos!

—¡Unos ladrones!

—Unos agentes de los monederos falsos!

Y trocándose en un momento el afecto compasivo que habian inspirado las dos niñas algunos minutos antes, muchas mujeres que habian socorrido la miseria de Ángela, volvieron á apoderarse de aquellos objetos, que la pobre criatura no podia defender, como no podia defenderse á sí misma.

—¡A la cárcel!

—¡A la justicia con ella!—esclamaron á un tiempo varias voces.

—Sí, sí ¡á la justicia!—respondió en coro la multitud.

Hay gentes que en pronunciando la palabra justicia creen haberlo dicho todo; como si la justicia de los hombres no estuviese muy bien representada algunas veces con los ojos vendados. ¿Quién, sino Dios, puede apreciar la conducta de una madre que roba un pan para impedir que sus hijos se mueran de hambre?...

El panadero, muy orgulloso con poder prestar aquel servicio á la causa de la moral pública, se apoderó de entrambas niñas y echó á andar hácia la casa del alcalde, seguido de la multitud que perseguia á Ángela con sus insultos y amenazas. De esta suerte llegaron todos á presencia de la justicia.

Éralo entonces el mesonero del pueblo, hombre que se preciaba de recto, y que lo fuera sin duda á poderse preciar asimismo de entendido.

Lo impensado de aquel verdadero tumulto popular atrajo la atencion de cuantos forasteros se albergaban en la posada, entre los cuales figuraba un caballero de mediana edad, de rostro grave y afable á un tiempo, detenido en su camino por la crudeza del dia, y al cual, por viajar en carruaje particular, la justicia del pueblo habia cedido los colchones de su propia cama, siquiera porque la del huésped tuviese visos de aceptable.



El mesonero constituido en tribunal, dió comienzo al interrogatorio de la acusada en los siguientes términos:

—¿Cómo te llamas?

—Ángela—respondió la niña con voz ahogada por el llanto.

—¿Es cierto que quisiste satisfacer el precio de un pan que compraste por medio de una moneda falsa?

—No sé, señor alcalde.

—¿Cómo que no sabes!... ¿Reconoces como tuya esta moneda?

Y puso de manifiesto á la niña la fatal medalla.

—Si, señor alcalde.

—Ha confesado el delito—dijo la justicia con la satisfaccion que pudiera ostentar un magistrado despues de haber descubierto al autor del crimen mas horrendo.

—¡Ha confesado!—repitió la multitud interesándose en el desagravio de la ofendida moral pública.

— Por lo cual — prosiguió el mesonero — y visto que la moneda es falsa á no poderlo ser mas, sea la acusada conducida á la cárcel del pueblo.

En aquel momento resonó un grito agudo, desgarrador; y una mujer con una tierna criatura en los brazos, penetró en el centro de aquel corro tan hostil para la pobre Ángela. Aquella mujer era su madre.

María era una viva imágen de la desesperacion que estalla. Quiso hablar, pero fatigada por una caminata veloz como se supondrá lo sea la de una madre que corre al socorro de su amenazada hija, faltóle el aliento, y tan solo se detuvo para decir:

— ¡ Es inocente ! ¡ Es mi hija !!

Aquella brusca aparicion rompió, por decirlo así, las trabas que sujetaban á la desgraciada Ángela, que corrió á abrazar á su madre, exclamando:

— ¡ Perdon, madre mia ! Soy culpable; pero yo no queria volver á la cabaña sin pan para mi familia.

Hubo un momento de silencio: la opinion pública, que antes se habia manifestado de una manera tan terminante, empezaba á arrepentirse de su fallo, é indudablemente estaba resolviendo, sin apercibirse de ello, un gran problema social, á saber, si lo justo es justo siempre.

Cuando la viuda se hubo repuesto de su fatiga, se levantó, y estrechando entre sus brazos el grupo formado por sus hijos que permanecian en pié delante de ella, dijo:

— Señor alcalde, aquí no hay mas culpable que yo, que he entregado á mi hija esta moneda.

Hay afectos que el hombre mas rústico comprende, hay escenas que producen un efecto mágico aun en aquellas personas mas alejadas de la civilizacion.

María no pronunciaba palabra alguna, y sin embargo ni Ciceron defendiendo á Rossio estuvo mas elocuente que la viuda en su mudismo. El mismo alcalde se sintió estremecido ; pero ya lo hemos dicho , se preciaba de ser muy recto , y sofocó la voz del corazon que le gritaba : ¡ perdona !

— Oid , buena mujer — dijo — ¿ teniais noticia de que esta moneda era falsa?

— Mi marido me habia manifestado simplemente que no se la habian admitido en el mercado.

— ¿ Qué motivo os indujo á poner en circulacion ese pedazo de cobre mal batido ?

El no tener en mi cabaña mas pan ni mas moneda.

— ¿ Os queda alguna otra de la misma ilegítima condicion ?

La viuda no respondió á esta pregunta.

— ¿ Oís lo que os digo ?... Contestad — dijo la justicia muy satisfecha con haber encontrado aquella ocasion de ahuecar la voz que ya empezaba á humanizarse mas de lo que creia convenir á un acto oficial de tanta importancia.

— Pues bien ¿ á qué negarlo ?... Otras tengo , helas aquí... Pero no culpeis á mi hija !

Y tirando léjos de sí con desprecio el botecillo de las monedas , estrechó frenéticamente á Ángela , cual si temiese que la arrebatasen de sus brazos.

El alcalde vació las medallas sobre la mesa : habia como unas ciento ; pero tan visiblemente distintas de las reconocidas por la ley , que á su vista se levantó un murmullo nada favorable para la acusada. Algunos curiosos las reconocieron lijeramente , desviando en seguida la cabeza con disgusto : únicamente el viajero de quien antes hemos hablado manifestó mas minuciosidad en su exámen.

Aquel fallo de la opinion pública dió al traste con los buenos sentimientos de la justicia : el alcalde miró con torvo ceño á la madre y á la hija , y con el tono grave aunque indiferente con que se pronuncian las fórmulas , dijo :

— ¿ Reconocéis como vuestras esas monedas ?

— Como mias , no de mi hija — respondió María.

— Y tú , niña ¿ confiesas haber puesto en circulacion la moneda que presenta este hombre ?

— Sí señor — dijo Ángela.

Su madre prorrumpió en un grito de dolor , porque aquella confesion importaba necesariamente una condena.

El alcalde se volvió al fiel de fechos y al alguacil , allí presentes , diciendo :

— Dese parte al juzgado , y sean conducidas á la cárcel esas dos mujeres.

Al escuchar estas palabras , María se colocó delante de su hija , cual si quisiera ocultarla ó defenderla con su cuerpo : la pobre niña estaba poseida de un temblor convulsivo , y sus dos tiernos hermanitos lloraban , sin saber porqué. ¡ Infelices de ellos si hubieran comprendido lo que es separar á una criatura de los cuidados de su madre !...



Los testigos de aquella escena empezaban á encontrarla sobrada patética, y algunas mujeres, que siempre son las primeras en compadecer la desgracia, algunas madres, comenzaron á apostrofar al avaro tahonero por su crueldad.

Pero la órden estaba ya dictada, y una autoridad de monterilla que presume de justa es mas ejecutiva que una sentencia confirmada.

La madre y la hija se abrazaron; luego tomaron en brazos á los dos hermanitos, y se dispusieron á emprender el camino de la cárcel sintiendo pesar sobre su corazon esas miradas curiosas que el público fija en los presuntos criminales. En verdad que no comprendemos porque debe darse tanta publicidad á las prisiones: la verguenza pública es una pena harto cruel para que se la imponga antes de la formacion de causa.

Los vecinos abrieron paso silenciosos á aquel interesante grupo: el alguacil, con ser alguacil, hubiera preferido un dia de calentura á tener que desempeñar tan triste servicio. El alcalde volvió á sentirse conmovido, y para reponer el prestigio exterior de la justicia, comprometido por una lágrima que empezaba á fluctuar dentro del párpado, dijo sentenciosamente:

— La justicia debe ser siempre.... justa.

— Un momento, señor alcalde — dijo el viajero que hasta entónces habia estado examinando las monedas: — no hay duda en que la justicia debe ser siempre justa, pero esto no quita que pueda alguna vez equivocarse.

— Caballero, mi rectitud...

— Su rectitud de V. se halla perfectamente acreditada; pero, señor alcalde, se ha equivocado V. de medio á medio.

— ¡Cómo! — exclamaron María y Ángela, coreados por todos los testigos de aquella escena.

— Como que estas monedas — prosiguió el viajero — son de ley y muy de ley. Ello podrá V. no conocerlas y quizás estén fuera de circulacion; pero esto no impide que sean, como lo he dicho á V., monedas buenas, muy buenas, mas de lo que V. presume.

Las presuntas reas quedaron inmóviles escuchando las razones de aquel inesperado defensor. Todos los presentes prorrumpieron en una exclamacion de júbilo, y únicamente el alcalde, por no declararse tonto, hizo alarde de cierta sonrisa que revelaba una gran dosis de incredulidad.

— Caballero — dijo — V. dispense; pero cuando los mismos acusados no niegan.... Además, esas medallas roñosas.... ¡Imposible!

— No nos desampare V. — exclamó María arrojándose á los piés del viajero.

— No soy culpable, puesto que soy madre!

— Señor alcalde — dijo el viajero — voy á dar á V. una prueba de la veracidad de mis palabras. Pregunte V. á ese hombre — y designó al panadero — que cantidad de pan daría á cambio de todas estas monedas.

— Ni tampoco media libra del mas moreno — respondió el panadero sin titubear ni aguardar siquiera la pregunta de la justicia.

— Pues bien — prosiguió el viajero, — yo á cambio de esa moneda que el panadero ha reusado, pago de mi bolsillo, en moneda de oro ó plata, metálica y sonante, cuanto pan se encuentra en su tahona.

*Renunciamos á pintar el asombro que se reflejó en todos los semblantes al escuchar esta proposicion.*

— ¿Acepta V. mi oferta? — prosiguió el viajero dirigiéndose á María.

Esta no acertó á responder: se lo impidieron sus lágrimas, sus lágrimas que volvió á encontrar, porque eran de alegría, y estas hacía mucho tiempo que las conservaba intactas.

— Hago mas aun — continuó el viajero: — voy á demostrar á esas pobres gentes su ignorancia. ¿Cuántas monedas ha presentado esta excelente mujer?

— Ciento y siete — contestó el fiel de fechos.

Entónces el viajero reflexionó un momento, y dijo en seguida:

— Oiga V., buena madre; ¿quiere V. cambiarme estas monedas á razon de un peso duro cada una?

Esta vez los semblantes ya no revelaron asombro, sino estupidez.

María y Ángela contemplaban al viajero como contempla un cristiano la imagen de su santo patron. En cuanto al alcalde, hubiera cedido la mitad de sus tierras y ganados á trueque de no haber caído en un error tan grande.

— ¡Qué dirá de mí el gobierno de S. M. — decia — cuando sepa que he querido encarcelar á una mujer porque expendia pesos duros á dos reales!...

Pero ello es que toda objecion y duda hubo de cesar cuando vió que el viajero sacaba de su bolsillo dos mil ciento cuarenta reales de buena moneda, y los entregaba á la viuda en cambio de aquellas medallas por las cuales el miserable panadero decia no haber dado una hora antes media libra de pan de la ínfima clase.

Ángela y María, rehabilitadas en la opinion pública y dueñas impensadamente de una fortuna, que tal era para ellas la cantidad recibida, no cesaban de abrazarse entre sí y de abrazar á sus hijos y hermanos, socorridos por aquellos pobres vecinos, no menos contentos del desenlace de aquel episodio. En medio de tantos rostros alegres, únicamente dos fisonomías estaban compunjidas, la del alcalde de pesar por haberse equivocado públicamente la justicia en su persona, y la del panadero de enojo por no haber aceptado por un pan de dos reales una moneda que valía veinte.

Ángela y María fueron llevadas poco menos que en triunfo á su cabaña, donde la solícita mano de los mas compasivos depositó abundante limosna de víveres y abrigos. El casucho, pocas horas antes lugar de desesperacion, se habia convertido en templo de felicidad.

Aquella misma tarde el viajero que tan espléndidamente habia adquirido las



medallas de María, escribía á un amigo suyo una estensa carta, al final de la cual se leían las siguientes palabras :

»Acabo de hacer una adquisicion numismática de gran valor á mi entender : por una bagatela he adquirido gran número de monedas de los primeros reyes visigodos. Quizás me equivoque respecto de su mérito, por mas que lo dudo ; pero aun cuando así fuera, no vale lo que yo he dado por ellas el placer que he sentido practicando muy á tiempo un acto de caridad. »

He aquí revelado el secreto de aquella extraordinaria compra. Para la ciencia era un buen negocio ; para María y para Ángela, que no tenían ciencia pero que tenían fé, todo se redujo á un milagro.

Por esto todos los dias á la caida de la tarde, cuando Ángela regresaba de apacentar su nuevo rebaño, y sus hermanitos acudían á la frugal cena cargados de forraje para las hermosas cabras y los tiernos corderitos ; su madre, que antes era modelo de resignacion cuanto despues lo fué de gratitud, se despedía del sol poniente en estos términos :

— ¡ Benditos los que ponen toda su esperanza en el Señor ! Dios es el Dios de los fuertes y de los humildes.... Dios es el Dios que fecunda la tierra para los ricos y para los pobres....

Manuel Angelon.



*Le Matelot*  
*Pour Jack. Du Matrosen*  
*Matrosen*



## EL MARINERO.

( CUADRO DE SIMONSEN. )

«Cuando la cabeza baja, el corazón sube» decía san Agustín.

Pero Mingo, el viejo marinero, que no conocía al santo mas que por su nombre, tenía, sin embargo, grabada en su corazón aquella máxima, que nadie le había enseñado, y que él solo se había aprendido, con el peso de los años y á fuerza de desgracias.

Había sido Mingo en su juventud un intrépido y activo marinero, mereciendo siempre la confianza de todos los capitanes bajo cuyas órdenes había viajado, pues nadie como él entendía tan bien el manejo de un buque, y tan familiarizado estaba con los vientos, que llegaba á vaticinar, antes que ningun otro de sus compañeros, el resultado de cualquier tormenta que les amenazara, y lo que podía esperarse de la mas leve señal que repentinamente se notara en la atmósfera. Con todo, la misma confianza que por su aptitud se había merecido, hacía que los demás le miraran como una superioridad entre ellos, y esto le había engreído de modo, que llegó á creer necesario, para conservarse en su altura, hacer ciertos actos de generosidad y desprendimiento, perjudiciales, sin duda alguna, á sus intereses, sobre todo si se atiende al mezquino sueldo que cobraba.

Al llegar á tierra, cuando regresaba de algun largo viaje, sus manos generosas repartían entre todos sus amigos y vecinos mil objetos estraños, frutas, y todo cuanto había podido comprar en los lejanos países de donde volvía; y si en la taberna ó bodega que frecuentaba, encontrábase, por casualidad, alguno de sus compañeros de oficio ó de viaje, ya era sabido que el generoso Mingo era el que había de pagar la fiesta.

En sus conversaciones era nuestro marinero algo libertino, y su language,



como en la mayor parte de los de su clase , dejaba en duda si su toseco é irreverente modo de hablar, algunas veces, era producto de frecuentes pasiones y de una educacion extraña, ó si un vicio inocente, originado del roce habitual y continuo con otras gentes, en las cuales estuviesen mas arraigadas aquellas faltas.

Todo esto contribuyó á que el marinero pensase menos de lo que debia en su porvenir. Al llegar á cierta edad en que las fatigas son menos soportables, los mismos esfuerzos que hacía Mingo para cumplir como siempre , le acarrearón una enfermedad aguda, experimentando tal postracion en sus miembros, que en vano probó de embarcarse, pues el mismo elemento con el cual habia estado mas ligado desde su niñez , se transformó entónces en enemigo suyo, y no hubo mas remedio, para que la flojedad de los nervios no degenerase en otra enfermedad mas penosa, que renunciar á la mar. ¿Pero qué habia de hacer en tierra el marinero, viejo, pobre, enfermizo, sin parientes, y sin albergue en donde pasar la vida?

No hay que explicar los apuros del desgraciado Mingo, y de poco consuelo podia servir la esperanza de la generosidad ajena, para quien habia hecho gala toda su vida de generoso y desprendido. Los demás no tenian su corazon, y haber de recordar su generosidad, para que los otros la tuviesen con él, equivalía á pedir limosna.

Entónces conoció Mingo , por primera vez en su vida, que su frente se inclinaba , sus continuos pensamientos para salir de sus apuros le hicieron bajar la cabeza mas de lo que se imaginara, y, por lo mismo, entónces fué cuando, elevando el espíritu á la Providencia, pidió un socorro en sus tribulaciones.

Otro que no hubiese tenido las circunstancias de Mingo quizá se hubiera aburrido , precipitando mas y mas su cansada vida ; pero nuestro marinero habia sido siempre laborioso y activo , y en el fondo del corazon se conservaba una parte de virtud que , unida , en la vejez , á la reflexion , indispensable en tal edad , y al temor de la vida futura, podia transformar muy bien en hombre honrado y tranquilo , al que , hasta entónces , habia mirado solo como importante la fuerza material y los goces efímeros del cuerpo.

Arrimado á las playas de la ciudad en donde habia nacido, y en el punto que le pareció mas delicioso, con restos de aparejos y de otros materiales de buques, que le proporcionaron amigos suyos , levantó Mingo un toldo , á manera de barraca , compuesto de un trozo de espesa lona , que sujetó por la parte inferior con gruesas estacas , apoyando la parte superior en un armatoste de madera , que tenia forma de cuadro , y que sostenia por medio de dos gruesos palos inclinados que se hundían en la arena. Aquella era la morada donde el marinero permanecía de dia , y por la noche , no hacía mas que correr otro pedazo de lona, á manera de cortina, que guardaba replegado encima, y se quedaba tranquilo é independiente en su choza , que no trocara , en su pobreza , con el mejor palacio de la ciudad.



La barraca de Mingo era para él mas que una casa , era un taller ú oficina , era sitio de recreo , era templo de amistad , era , por fin , escuela y recuerdo permanente de aquella carrera que con tanta afición habia profesado ; y para caracterizar mas este conjunto , hasta se notaban junto á ella ciertas particularidades , que hubieran parecido escogidas y buscadas , si la casualidad no las hubiese amontonado allí : tales era una ancla inservible y un antiguo cañon , enclavado en la arena , sobre del cual cabalgaba siempre Mingo , como que era su asiento favorito , emblemas uno y otra de la pujanza marítima y que Mingo conservaba allí con mas orgullo , pues los consideraba muy propios en aquel paraje , que el altivo noble al ostentar su escudo y sus cuarteles en el fróntis de su casa.

Quien se haga cargo del carácter de Mingo no tendrá ya por exagerada la apología de su barraca. Desde ella , ya que no podia seguir la mar , contemplaba todo lo que acontecia en aquel elemento que habia sido siempre su delicia ; apenas asomaba un buque , todo su afan era ver si adivinaba á qué dueño ó capitán pertenecia , para dar aviso al interesado , y procurarse , por este medio , algun recurso ; no bien llegaba una embarcacion , todos los antiguos conocidos y compañeros le visitaban , pues era su cubierta de lona el punto de reunion y lugar de entrevista de todos los marineros del país y de otros muchos que frecuentaban aquel puerto , y con tal motivo , hablábase allí y se daban noticias de todos los puntos del globo , terciando Mingo con tal maestría en las amenas conversaciones de los navegantes , que parecia el geógrafo mas consumado. Este consuelo , algun traguito de vino , con que le obsequiaban á menudo sus compañeros , y la pipa , que tenia constantemente entre sus labios (pues no era el tabaco lo que mas le escaseaba , teniendo amigos que hacían continuos viajes á América ) , le procuraban una vida mas llevadera , ya que no enteramente feliz.

Pero en medio de todos estos solaces y pasatiempos , no olvidaba Mingo el principal deber que se habia impuesto cuando hubo de renunciar á la mar : recordaba que habia elegido un oficio , y por mas que hablara , y por mas que fumara , no por esto sus manos habian de estar apartadas del delicado y especial trabajo en que se empleaban. Consistia este entretenimiento , ú oficio como él lo llamaba , en fabricar modelos de embarcaciones , ó copias de buques , con lo que adornaban á veces algunos comerciantes sus escritorios , pero era tan corta su clientela por esta parte , que mas que trabajos delicados , habia de dedicarse á trabajos baratos , cual era la construccion de pequeños barquichuelos , que sirviesen ó para juguetes de niños ó para ofrendas hechas por marineros á alguna imagen.

En sus ratos de ocio , además de su trabajo principal y mas productivo , dedicóse á construir un pequeño bergantin , con todo el primor que le permitía su antiguo y toseco cuchillo , que era el instrumento de que mas especialmente se valía , y con todo el lujo que podian facilitarle los pocos reales que produjeran sus ahorros en mucho tiempo. La obra era , en efecto , un primor , ya por la perfecta colo-



cacion de las piezas que la componian , ya por la forma gallarda del casco , ya, en fin , por la propiedad y exactitud de todos los aparejos , que eran proporcionados y hechos de los mismos materiales que se emplean para fabricarlos en grande escala , ó , cuando menos , imitados con esquisita maestría.

Sentado encima del cañon , con la gorra un tanto ladeada , y saboreando el espeso y amargo humo de su pipa , contemplaba Mingo la obra maestra que habia salido de sus manos , pero , al paso que se gozaba en aquel testimonio de su habilidad y de su paciencia , reconocia interiormente que no era tal clase de trabajos la que mas favorecia á sus intereses ; — pero , bah ! decia para sí , con tal que lo demás me baste para comer lo que acostumbro , y para reforzarme de vez en cuando con algunas gotas de aguardiente , bueno es tambien que uno tenga algun objeto , hijo de su ingenio , en que gozarse , ya que no tengo hijos ; además , que yo no soy ambicioso , y si no puedo venderlo , quizá pueda servir algun dia para recompensar alguna accion generosa de un amigo.... Y cuando no , añadia , por último , con cierto desenfado gracioso , que no dejaba de tener su parte moral ; cuando no... quedará para el cura que me cante el responso.

Y chupando , y volviendo á chupar su sabrosa pipa , daba vueltas al barquichuelo , mirándolo por todas partes , y como llegando á creer que la obra habia salido mucho mejor aun de lo que él la habia ideado.

Embebido en esta dulce contemplacion estaba el honrado viejo , cuando vino á distraerle la voz de un marinero joven , que habia sido compañero de Mingo en sus últimos años de navegacion , y al que este habia proporcionado la entrada de grumete en un buque , cuando , por consejos é instigaciones del gran práctico , se habia decidido á seguir su ejemplo.

— ¡ Ola ! le dijo ; os venia mirando de lejos , y me pareció que estabais echando cálculos.

— Sí , contestó Mingo , sonriendo : calculaba que no podia echarlos.

— ¿ Y por qué ? ¿ os habeis equivocado , tal vez , al construir algunas de las piezas ?

— ¡ Cómo ! replicó Mingo , dejando ver en sus negros ojos algun resto de aquel brillo con que revelaba , en otro tiempo , su justa superioridad ; vaya una pregunta de hacer ! Mira , añadió despues , presentando al marinero Juan la obra primorosa que habia construido ; observa , examina , y confiesa que te darias por contento de poder viajar en un buque como este , se entiende , con la diferencia de tener las proporciones convenientes.

— En efecto : nada le falta : nada le falta absolutamente , y nadie diria sino que habeis sido á la vez escultor y marinero. Solo una cosa es lo que le falta.

— ¿ Qué ? preguntó Mingo , aderezando su gorra con un mal movimiento , y con cierta fuerza , á manera de interpelacion , por creer que el bisoño marino venia con ánimo de zumbarle.



— Le falta... viento, para que salga del puerto, y vaya en busca de fortuna para su dueño.

— ¡Ja! ¡ja! contestó Mingo, ya tranquilizado y riendo. Tienes razon.... le falta viento. Hé aquí cabalmente en lo que estaba pensando cuando llegaste.

— ¿Con que es tan difícil el poder dar salida á estos trabajos?

— A estos sí, pero á los otros á que me dedico mas comunmente, es ya mas fácil.

— Cuales? los barquichuelos para juguete y los que os compran los marineros rancios para cumplir sus votos?

— Los marineros rancios!.. murmuró para sí el viejo experimentado; y mirando luego con cierto aire de compasion al que le hablaba, añadió: — Se conoce, muchacho, que no has oido de la misa la media, y que hasta ahora has tenido viento en popa... Cuando hayas paseado, como yo por los archipiélagos de Mendana y Taiti, que pocos marinos conocen, y de que tú ni has oido hablar, ya verás entónces lo que es ser rancio, y cuantos mas hay en tu cofradía de lo que te figuras.

— Con que, dijo el otro, dando giro á la conversacion, y en tanto que Mingo escondia, con gran cuidado, su obra en el fondo de su barraca; si algo se os ofrece para vuestro pariente de la Habana?

— Para quién? preguntó Mingo con sorna, volviendo la cabeza; para aquel que antes se llamaba mi sobrino... para aquel finchado que se avergonzó de ir á mi lado la última vez que le visité, sin acordarse de cuando iba sin zapatos?... Nó, nó: buen provecho le haga su fortuna.... Bien cierto es aquel adagio que dice: parientes y trastos viejos, pocos y lejos.

— Oh! si ahora le vierais.... Es á buen seguro de los mas acaudalados de la ciudad, y no hay ningun marqués en estas tierras que se le pudiera poner al lado ni por lujo, ni por orgullo....

— Lo creo.. Son tantos los que se parecen á mi sobrino en aquellos paises!... tantos, que yo he visto trabajar en estas mismas playas, y que, yendo á América, volvieron hechos unos príncipes! Pero, deja, deja esta conversacion, añadió Mingo, en ademan de querer alejar una idea que no le era muy agradable: basta que saludes de mi parte á Pepa, á la cantinera del puerto, en cuya tienda he pasado tantas horas, y he fumado tantas pipas.... Sí, hazlo, chico.. hazlo! repetia Mingo con cierta alegria improvisada; hazlo, y dile que vivo todavia, que me acuerdo de ella... y espícale como pasa la vida el desdichado Mingo!

— Os prometo que lo cumpliré.

— Y cuando es la marcha? preguntó Mingo, permaneciendo en el fondo de su barraca.

— Cuando? esta tarde sin falta.

— Esta tarde?

Al pronunciar Mingo estas palabras, adelantó dos pasos, sacó la cabeza á la parte exterior de la lona, y despues de mirar un rato al cielo, y de hacer un movimiento especial con los labios, volvió á meterse á dentro, y dijo con cierta frialdad expresiva á Juan :

— Nó... esta tarde no marchas.

— Porqué? Os espanta el tiempo? Quién hace caso de esas sombras? dijo Juan mirando las nubes. Estaríamos frescos, si por tan poca cosa....

Sin dejarle acabar, interrumpió Mingo á su compañero, diciéndole :

— Calla, calla... que te acreditas de niño, y mas hablando con un rancio, como tu dices, que tiene mas experiencia que tú. Si no cambia el viento dentro de poco, es inevitable la tempestad, y ay! del barco que se atreva á doblar el cabo esta noche. No creo que tu capitan sea hombre tan imprevisto.

— No le conocéis : y tan seguro estoy de la marcha, que en caso de que así no sea, os convido mañana á beber un vasito en la taberna vecina.

— Acepto, y me alegraré de ello, pues el vino que tú pagues será señal de que te has librado del agua.

— Hé aquí el gran remedio en todos esos apuros que quereis presagiar.

— En los de mar? preguntó Mingo admirado, y volviendo á tomar su antiguo aire de superioridad. Se conoce que has pasado pocas tormentas: cuando hay verdadero peligro es cuando el hombre desea estar mas sereno.

— Dejáos de tonterías : con un buen vaso de vino, y cuatro votos que se echen con oportunidad, el peligro pasa sin que uno lo advierta.

— Desengáñate, muchacho : la borrachera entera postra al hombre : en estos casos, lo único que puede tenerse es media turca, y el que solo está medio borracho, es decir, que tiene fuerzas para maniobrar, tambien tiene media cabeza para pensar, y medio corazon para sentir, cuando llega el lance terrible de ver la muerte próxima. Entónces bajará tu cabeza, como á mí me la han hecho bajar los años ; entónces sentirás en el corazon lo que yo ahora siento, y esperarás un consuelo de arriba, por mas que no creas... Ya verás, si algun día te encuentras en este caso, si es aquella la ocasion de echar votos, y de hablar como hablas los demás dias.

— ¡ Bah ! contestó Juan, riéndose de las máximas del viejo ; al fin, hemos venido á parar á lo que me figuraba... Como en la tierra hay mas santos que en el mar, desde que en ella habitais, sois mas amigos de ellos que antes.

— Muchacho, no te rias de quien sabe mas que tú. Por fin ; Dios te dé buen viaje, y te libre de tales casos... y sinó, algun día me sabrás dar la respuesta.

— Con que, pues, me marchó, porque es ya tarde, y antes de una hora hemos de partir. Conservaos, y que á la vuelta os encuentre tan bueno y tan santo como ahora.

— ¡ Adios, Juan ! te repito que tengas presente las advertencias que acabo de darte.



Y alargando la mano uno y otro, se la estrecharon mutuamente, partiendo, en seguida, Juan por la orilla, en direccion á su barco, que estaba ya dispuesto para darse á la vela.

Mingo se quedó en pié, arrimada la espalda á uno de los maderos de su barraca, chupando su pipa, y fija la vista en el marinero que se iba alejando, al que dirigia, entre sí, y á cada paso que daba el otro, las siguientes palabras: — No marchará... Pero, y si marcha ¿qué será de él?

Con esta misma idea, que le quedó clavada en la imaginacion, pasó Mingo impaciente la hora que faltaba hasta la partida del buque, mas, al ver que en realidad partia, su impaciencia fué en aumento, en términos que lo estuvo contemplando por largo espacio, repitiendo de continuo, y á medida que lo iba perdiendo de vista, no ya todas las palabras que habia pronunciado al separarse de él, si tan solo las últimas, á saber: — ¡Qué será de él!... ¡qué será de él!!

Viendo ya, por fin, que el buque apenas se divisaba, que luego sería de noche, y que esta no sería muy agradable para el que pasease, prefirió Mingo retirar aquel dia mas temprano, cuando menos para buscar un medio fácil que pudiera distraerle de aquella fatal idea que le atormentaba. A tal fin, corrió el pedazo de lona superior que servia de puerta á su barraca, quedando encerrado de manera, cual si estuviese metido en una caja, aumentó mas del doble la racion diaria de aguardiente, que apuró despues de un ligero alimento, y encendiendo la pipa, reclinóse sobre una manta, que era su cama habitual; y cubierto con su capote, empezó á bostezar, y á cerrar los ojos dulcemente, hasta que, á poco rato, quedó enteramente dormido y roncando.

Lo que soñó aquella noche el solitario Mingo no puede explicarse. La viva impresion que le habia causado la partida del buque, cuando la tormenta era inevitable, los varios recuerdos que le habian despertado las palabras del amigo Juan, los vapores del aguardiente y de la pipa, y, por fin, los dudosos cálculos á que se lanzaba desde que habia concluido enteramente su obra maestra, aglomeraron en su imaginacion una mezcla de imágenes y de sucesos como nunca habia experimentado. Tan pronto le parecia que se encontraba rejuvenecido, y hablando con la Pepa de la Habana, como que desjuncaba una vela en las aguas de una isla lejana; soñó que habia vendido su barquichuelo por una gran cantidad; soñó que le habian regalado una gran botella de vino y una caja de picadura; soñó que su sobrino pasaba por delante de la barraca y le miraba de reojo; soñó, por fin, mil cosas inconexas y disparatadas; pero, al llegar á la madrugada, empezó á respirar con mayor fuerza, y hasta suspiró profundamente, indicio claro de que el sueño que entónces pasaba en su mente era desagradable, fantástico y pesado sobremanera: lo que soñaba Mingo, en tal estado, era una tormenta deshecha, un apuro en alta mar: veía un barco en el que iban muchos de sus antiguos camaradas, á punto de perderse: las olas lo cubrian por todas



partes, los palos caían á pedazos, y ya no había mas esperanza que la misericordia de Dios: aun mas (y esto es lo que aumentaba en mayor grado la pesadilla de Mingo), en medio de tal desconsuelo, las voces que oía eran de dos maneras: las unas pronunciaban é invocaban nombres de santos: las otras proferían las mas horrorosas blasfemias.

Era ya á la madrugada, cuando agoviaba á Mingo el peso de tan triste sueño, y acaso hubiera despertado por sí solo, pues era su hora de costumbre, si la noche anterior no hubiese aumentado la dosis de sus narcóticos preferidos, si no hubiese bebido y fumado tanto; pero aquel día sus párpados seguían pegados, y de seguro que no despertara hasta encontrarse el sol á bastante altura, si en aquel momento no le hubiese sucedido una novedad inesperada, que le sacó mas que de prisa de su letargo, y hasta de su cama.

Oyó Mingo que con un palo daban dos fuertes golpes á la lona de su barraca. Medio dormido llegó á pensar si aquello era obra de algun mal intencionado, como que alargó el brazo en ademan de levantarse; repitieron los golpes, y aquí se había sentado ya Mingo sobre su manta, preguntando á la vez qué se ofrecía, cuando le calmó, en parte, si bien no le detuvo de que se levantara, la voz de un hombre, que para él no era desconocida.

— ¡ Mingo! gritó el de afuera.

— Vaya... contestó Mingo, restregándose los ojos. Ya voy... ¿qué se ofrece?

— ¿No me conocéis?... ¿Puedo entrar?

— ¡Cómo! gritó el viejo en el interior de su barraca, sin que se decidiera á separar la lona, y como detenido por un sin fin de dudas que entónces se aglomeraron en su cabeza. — No sé si todavía sueño, continuó luego, ó si estoy despierto!

Impaciente el otro, viendo que Mingo no contestaba á su última pregunta, y que no se levantaba el trozo de lona que servía de puerta, sin aguardar ya mas, y seguro de que su amistad le dispensaba la franqueza que se iba á tomar, si apartaba por sí mismo el movedizo parapeto, alargó la mano con esta intencion, diciendo al mismo tiempo:

— ¿No me conocéis?... Veo que yo mismo tendré que abrir la puerta...

Á estas palabras, que no concluyó el forastero, Mingo había alargado tambien su mano para correr la cortina; mas, cual fué su sorpresa, al ver ante sus ojos la misma fisonomía que mas constantemente había contemplado en sus sueños, al ver á un hombre pálido, con los vestidos rotos y empapados en agua, y que, con los brazos levantados, se dirigía hácia él para estrecharle.

— ¡Juan! ¡Juan!! gritó el viejo marinero. ¿Qué es esto? ¿qué significa tu presencia en este momento?

— ¡Ya os lo podéis pensar! contestó el otro, sin apartar la mano de la espalda de Mingo; mi presencia significa solo que los marinos rancios valen mas que los bisoños.



— Sí... pero... habla , habla ! Se ha perdido el buque ? Se han salvado tus compañeros ?

— Todos menos dos , que se los llevaron las olas !

— ¡ Virgen Santísima ! Siéntate , añadió luego , mientras buscaba , impaciente , por un rincon de su barraca ; toma un traguito de vino , fuma un poco , y cuéntame lo que ha sucedido.

— ¡ Ah ! Mingo... no lo queráis saber... al dar la vuelta al cabo , sucedió lo mismo que vos vaticinasteis : junto al muelle veréis al buque en qué estado se halla , y gracias á unas barcas de pescadores que nos socorrieron , sino quedaba sumergida toda la tripulacion !...

— ¡ Gracias á la Providencia ! puedes decir.

— Sí , teneis razon : ¡ gracias á la Providencia ! contestó Juan , con un tono y una conviccion bien diferentes del modo como se habia expresado el dia anterior.

El viejo Mingo , al oir estas palabras , se quedó mirando á su compañero , como estudiando el cambio que en tan pocas horas habia experimentado su espíritu ; pero fué en aumento su curiosidad , y se admiró mas y mas al escuchar la proposicion que este le hacía.

— Vaya , vaya , dijo Juan ; ya hablaremos despues de este asunto ; ahora vengo por otra cosa mas urgente , y que he de despachar lo mas pronto posible , si vos queréis.

— ¿ Si yo quiero ? ¿ No te acuerdas que he sido marinero como tú ? Habla , dí... ¿ necesitas algun dinero ? ¿ quieres una camisa ?...

— Necesito dinero , pero no de vos , sino.... para vos.

— Cómo ? no te entiendo....

— Decidme ¿ cuanto hubierais hecho pagar de vuestro modelo , si se hubiese presentado comprador ?

— Qué.... ¿ qué quieres decir ? No te entiendo.... Pero sí , sí ; ya te entiendo ! exclamó Mingo , cruzando las manos y mirando al cielo. Para tí , nada.

— Sabéis , Mingo , que los votos se han de cumplir : yo he prometido comprar ese barco , y llevarlo á una hermita ; si me lo regalais , no sería ningun sacrificio por mi parte , de consiguiente , ó me decís su precio , ó me marchó en seguida.

— Entónces.... dijo Mingo , conmovido y dudoso , te lo diré : á un comerciante le hubiera exigido cuatro duros , pero á tí.... En fin , añadió ruborizado , nada , nada.... puedes darme , cuando tengas dinero , doce pesetas.

— No tengo mas que ocho , pero yo te juro que , tan pronto como cobre las cuatro....

— Vale mas que me debas las doce , dijo entónces el viejo Mingo ; guárdate por ahora las ocho , y cuando cobres....

— Eso nó , replicó Juan ; el voto se ha de cumplir tal como se hace : esto lo sa-

beis vos, mas que yo ; de consiguiente, aceptad el dinero, y ved si queréis acompañarme.

—¿ Cuando? ahora?

—Sí, ahora mismo ; pues he prometido que sería el primer acto que cumplierse, al saltar en tierra.

—¡ En buen hora ! contestó Mingo ; y cogiendo con mucho cuidado el barquichuelo, corrió la lona que tapaba la entrada de su barraca, y partió con su compañero, envolviendo, entretanto, en un extremo de su pañuelo, y con sentimiento de su alma, las ocho pesetas que aquél le acababa de dar.

Durante el camino, Juan le hizo la descripción detallada de su desastre, y á sus palabras siempre contestaba Mingo de la misma manera, diciéndole:

—En efecto, ha sido una desgracia ! pero, ya lo tienes entendido : hasta que cobres, y hasta que te hayas repuesto del susto, no has de comer en ningun otro paraje, mas que en mi barraca, donde partiremos lo poco que allí tengo.

---

Dos horas despues de esta escena, se veian arrodillados, en el camarín de la Virgen de la Buena Nueva, dos pobres marineros, aguardando que el sacristan acabara de colgar un precioso barco de pequeñas proporciones, que uno de ellos habia ofrecido en cumplimiento de un voto. El mas jóven, como descubriendo muestras de suma gratitud, permanecia con la cabeza inclinada ante la imájen, y viéndole en tal estado, le decia el mas viejo al oido :

—Por los años y por los desengaños es como la cabeza del hombre se inclina: ¡ convéncete, pues, ahora por tí mismo, y confiesa que cuando la cabeza baja, el corazon sube !

---

El dia siguiente, habiendo cobrado Juan un adelanto de su salario, cumplia otras dos promesas, que tenia pendientes, llevándose á su apreciado Mingo, con tal motivo, á la taberna vecina : allí le satisfizo las cuatro pesetas que faltaban, para que el otro cobrase todo el valor del barco, y allí bebieron juntos, pagando Juan la apuesta hecha el dia antes, cuando el marinero experimentado le dijo que no partiria con la tempestad que amenazaba.





*Chantou ambulant*  
*The Ballad Singer. Der Bänkelsänger.*

*Gouge.*

## EL CANTOR AMBULANTE.

( CUADRO DE FELIPE VAN SCHLIGHTEN. )

ESPIRABA uno de los mas hermosos dias de setiembre de 1680, y parecia que la naturaleza habia agotado las tintas mas graciosas de su paleta para crear el admirable cuadro del crepúsculo. El sol se habia ocultado tras las sombrías selvas que se extienden en forma de anfiteatro en torno de la ciudad de Mannheim, y los segados campos, los marchitos prados, los árboles frutales, el césped de los caminos y hasta los tejados de las quintas esparcidas por el valle, tenian ese tinte morado que reberveran las nubes de color de fuego al formar una corona deslumbradora al sol agonizante.

En la época del año en que las frescas brisas de tarde anuncian que va á cesar el imperio del verano, la naturaleza se viste el traje mas brillante y variado; si la primavera se adornó con su manto de verdura matizada de flores, y si el estío ostentó su vestido amarillo de mieses, el otoño supera á las demás estaciones en el esplendor de su traje, en el cual se mezclan el verde y el color de oro con el rojo y morado de los frutos sazonados y con ese matiz anaranjado que toman las hojas de los árboles formando, al caer al soplo del viento, blandas alfombras en las sombrías alamedas.

Las aves y los insectos se esfuerzan en lanzar sus mas dulces trinos y sus murmullos mas animados, porque ven llegar el invierno que les robará sus amores y su vida, y el sol envia sus mas tibios rayos para madurar los frutos antes que los arrojen ó marchiten los cierzos, mensageros airados de la estacion de las nieves.

En aquella apacible tarde de setiembre seguia un jóven la ladera de una colina, y contemplaba absorto las brillantes franjas de color de escarlata que adornaban



las nubes, sin advertir que entraba en la angosta calle compuesta de miserables chozas de una de las aldeas que rodean á la ciudad de Mannheim.

Era un joven de rostro melancólico y espresivo, cuyos azules ojos y su rubia cabellera revelaban una alma poética y pensadora. Se paró como asombrado al verse privado del espectáculo que admiraba con su entusiasmo de artista, y no halló delante de sus ojos mas que las sombrías paredes de las miserables moradas de la aldea.

Aquel artista era Felipe van Schlighten, el pintor favorito del elector palatino Cárlos.

Apenas habia dado algunos pasos por la calle, cuando llegaron á su oido gritos y carcajadas y una voz ronca que lanzaba quejas é imprecaciones.

Casi al mismo tiempo se asomaron á las angostas ventanas de las chozas varias enormes tocas que adornaban rostros mujeriegos de todas edades, y en los cuales, en vez del terror ó la alarma, se espresaba alegría.

— Es el cantor; dijeron algunas viejas sonriendo y volviendo á desaparecer despues de dirigir una mirada indiferente.

— Es el loco! gritaron voces mas infantiles; y algunos pilluelos se precipitaron á donde se oían las quejas y las carcajadas.

Pocos momentos despues, al volver una esquina, el artista se encontró con un extraño personaje que huía de una turba de muchachos que descargaban sobre él una granizada de tronchos de coles y otros proyectiles aun mas vergonzosos.

El fugitivo llevaba un traje que constituía un término medio entre el caballero y el mendigo, pues aunque su levita tenia una forma que recordaba la moda de diez años atrás de los elegantes de Mannheim, sus zapatos de dos suelas, su mugrienta camisa desabrochada por el cuello, enseñando un pecho tostado por el sol y el viento, y su ancho sombrero de fieltro revelaban al mendigo. Llevaba en una mano un pequeño violin, que ocultaba cuidadosamente para preservarlo de los proyectiles de sus bulliciosos perseguidores, como pudiera hacerlo una madre cariñosa con su hijo mas querido, y al ver á van Schlighten cesó de gritar y de maldecir á aquella turba mal educada y se serenó su rostro como si hubiera hallado un puerto donde refugiarse de la borrasca.

La turba en tanto gritaba:

— ¡Que cante!

— ¡Que cante la tonada de las zanahorias!

El artista tomó bajo su proteccion al cantor ambulante, dispersó á los muchachos con una amenaza, y se dirigió con su protegido á una casa tan ahumada como todas las de la aldea, pero que por sus dos pisos y la muestra del *Dragon alado* indicaba ser la *hostería* y el punto de reunion de todo el vecindario.

— ¡Gracias, van Schlighten, gracias! dijo el cantor con efusion al artista. Os debo mi salvacion ya dos veces, y mi gratitud será eterna.



— Me alegro de encontraros tan pronto, Jorge, porque vengo por vos y para que me cumplais la promesa que me hicisteis la postrera vez que estuve en esta aldea.

— Los infames querian arrojarme al estanque, y hubiera tomado un baño poco agradable á no ser por vos que os aparecisteis como el ángel de mi guarda para libertarme. ¿Es decir que estais empeñado en retratarme?

— He contado al elector, que es mi Mecenaz, la aventura, y desea que seais uno de los héroes de su galería de pinturas. Pero no me contento con eso.

— ¿Qué mas exigís?

— Cuando os conocí por vez primera me pareció ver en vuestras facciones vestigios de una condicion muy diferente de la vuestra. Pregunté por vos en la hostería, y excitó mi curiosidad lo que de vos me contaron. No sois de la aldea; un dia aparecisteis aquí con vuestro violin entonando canciones melancólicas, y la buena acogida que recibisteis de estos rústicos aldeanos os decidió á terminar en este rincon vuestra existencia errante. Pero no pasó mucho tiempo sin que se dudase de vuestra razon, pues en medio de vuestro buen humor soliais tener arrebatos de cólera en que pronunciabais palabras incoherentes y gritos de dolor seguidos de carcajadas. Os creyeron loco, y empezasteis á ser el blanco de las burlas de los hombres hasta que os convertisteis en ludibrio de los muchachos. Esa locura es para mí indicio de las tempestades de un pasado de dolor, y cuando os contemplo con mirada de artista para explicarme la expresion de vuestras facciones, hallo en vuestro rostro escrita una historia dolorosa y vestigios de una posicion que forma contraste con vuestra humillacion actual.

El cantor ambulante lanzó al artista una mirada de asombro, permaneció largo rato en silencio, y, como si se encendiese lentamente en lo mas profundo de su corazon un volcan envuelto en cenizas muchos años hacia, empezó á respirar anhelosamente, brotaron dos lágrimas de sus ojos y prorumpió por fin en un amargo sollozo.

— Ánimo, amigo mio, le dijo cariñosamente van Schlichten; las penas se alivian desahogándolas en el corazon de los que saben compadecer y consolar.

— ¡Compasion! ¡consuelo! murmuró el cantor con ademan de duda y alzando al cielo sus ojos con expresion inesplicable.

— Entremos en la hostería, y mientras preparo mi lienzo y mis pinceles, cenareis para tomar aliento y contarme el secreto que sin duda alguna encierra vuestra vida. He venido á la aldea resuelto á permanecer hasta que haya terminado el boceto, y confio en que, además de vuestro retrato, me llevaré á Mannheim la historia de vuestra desgracia.

El artista y el cantor entraron en la hostería del *Dragon alado*, y van Schlichten pidió una cena abundante enseñando al posadero algunas monedas de oro, cuyo brillo dió una extraordinaria lijereza á sus piernas de suyo torpes, y hermosteó con una sonrisa su rostro altivo y adusto.



Durante la cena el artista insistió, impulsado por su creciente curiosidad, para arrancar al cantor el secreto de su vida, pero este solo respondia con monosílabos y suspiros y se empeñaba en guardar silencio.

Echó por fin mano de un auxiliar poderoso; como hábil general que guarda sus mejores armas para el fin del combate, hizo apurar á su protegido vaso tras vaso de espumoso vino del Rhin, y aquel rostro sombrío fué adquiriendo una expresion de franqueza y de alegría que rayó en esa excitacion que anuncia la embriaguez. La lengua del cantor se desató por fin, y dijo con voz lenta y sombría aun, pero lanzando en torno del aposento miradas recelosas como si temiera que algun oído indiscreto sorprendiese sus revelaciones:

— Dicen que soy un loco... Tienen razon. Hay momentos fatales en mi vida en que las sombras sangrientas de mi pasado se alzan como espectros ante mis ojos, y por mas que huyo de ellas, por mas que les suplico que duerman en paz en su sepulcro y no turben mi calma, me persiguen tenaces hasta en mis sueños.

¡ Soy un loco! No... soy otro Luzbel caido de la suprema region de la felicidad y de la gloria en el abismo de la miseria y del baldon... Tambien llevo como él impreso en mi frente el sello del precito, y espio en la humillacion mi rebeldía y mi orgullo.

Á veces mi vida pasada viene á turbar mi tranquilidad de mendigo, y dominado por el resto de altivez y crueldad que ensobrevencia mi corazon en dias mas venturosos, maldigo á mis víctimas, las desafio, las evoco enfurecido y salen de mi labio terribles maldiciones. ¡ Me tienen por loco! ¡ Ojalá no se engañasen! La locura es la muerte del alma, y los muertos no padecen en la silenciosa soledad de su sepulcro.

¡ Qué risueño era mi porvenir cuando respiraba en los primeros años de mi infancia el aire natal... que no he vuelto á respirar ni vendrá jamás á orear mi rostro marchito!

Mi padre era uno de los nobles mas poderosos de Viena, y crecí en la opulencia, creyendo que el ser feliz y el tener riquezas era una circunstancia tan natural en el hombre como el tener rostro y existir. Jamás habia llegado á mi oído el lamento del que padece hambre, y me parecia que Dios tenia puesta la mesa eternamente para sus criaturas, y que no existia en el mundo un tormento que no me explicaba.

Las caricias de mi madre, que saciaba todos mis caprichos, me inspiraron un orgullo que mas adelante fué mi perdicion. Mi hermano mayor era en cambio el objeto predilecto del cariño de mi padre, y no tardé en ver en él un rival odiado. Franz, que era el nombre de mi hermano, me superaba en todo; era hermoso, tenia talento, noble corazon y elevados sentimientos, y todos le celebraban á porfía, en tanto que lanzaban sobre mí miradas compasivas é indiferen-



tes que me demostraban la inferioridad que reconocian en mis prendas personales y en mi carácter. Esta comparacion continúa me desesperaba y encendia los instintos perversos que principiaban á dominarme , y juré odio á muerte á mi hermano, á aquel ser privilegiado que me presentaban como modelo de perfecciones.

■ Mi profundo rencor me hizo cruel y pérfido ; finjí una dulzura que encubria la hiel que rebosaba en mi alma , y dí principio á mi obra de venganza. ¡ Venganza terrible que cayó sobre mi cabeza hasta hundirme en el abismo del baldon!

■ La fatalidad habia puesto siempre en mi camino á mi hermano como una barrera contra todas mis ambiciones. Siendo niño , triunfó de mí con su talento y su aplicacion , y cuando llegó la edad de las pasiones, cuando mi alma ahuyentó las sombras que la oscurecian como una noche tempestuosa en la que solo brillaban el odio , la envidia y la sed de venganza , cuando creí ver asomar la aurora del dia de mi felicidad y sentí el primer estremecimiento del amor, cuando ví y admiré á la mujer que despertó en mi ser las mas nobles aspiraciones, la mujer á quien amaba con el ciego delirio de la primera pasion , y con la cual esperaba cruzar el sendero de la vida en medio de venturas , tambien entonces se cruzó mi hermano delante de mis pasos y rasgó mis mas bellas ilusiones.

■ Julia , aquella mujer amada , la que creia el ángel de mi dicha en la tierra, aquella flor codiciada que debia embalsamar mi existencia , Julia , ¡ ah ! amaba á mi hermano , y Franz la amaba tambien con mas ventura que yo.

■ Tras el odio y la envidia vinieron á apoderarse de mi alma las furias de los celos , y el torrente comprimido en mi corazon rompió sus vallas y estalló para inundar en su álveo á todos los seres á quienes mas debia amar y que arrojé al sepulcro.

■ En la delirante rabia de mis celos maquiné mil planes inicuos para separar á mi hermano de Julia, pero todos mis esfuerzos se estrellaron en la pureza angelical de la que amaba ciegamente y en la nobleza de Franz. Sembré calumnias indignas contra Julia, la amenacé con mi muerte si seguia despedazando mi corazon con sus desdenes, y viendo que eran inútiles la amenaza y el orgullo, afecté un dolor que no era mas que encono reprimido, y traté de conseguir inspirando compasion lo que perdia con el orgullo y las iras.

■ Mi padre aprobaba los amores de Franz, y arregló con el padre de Julia un enlace que para ambos era la puerta de un paraíso de venturas, y para mí la puerta que describe Dante en su infierno, y donde se dejan todas las esperanzas.

■ Estaba resuelto á sucumbir antes que presenciar la dicha de Franz y Julia, y en mi ceguedad hubiera seguido mi camino aunque pisara la sangre de los que me robaban la esperanza.

■ Y así sucedió. Me deslicé como una serpiente traidora y clavé mi aguijon en su pecho. ¿ Qué eran para mí la virtud y el deber? Vanos fantasmas que ahuyentaba con desden, y todos los medios me parecian licitos si me conducian al logro de culpables deseos.



Compré con oro la proteccion de una de las criadas de Julia, y antes de arrojar el baldon en la frente pura de Julia, escribí á Franz una carta en que le decia :

«¡ Necio ! ¿ Crees que hay ángeles en la tierra y que Julia es uno de ellos ?  
» Julia te engaña. Su rostro hermoso es una máscara pérfida que encubre la  
» traicion y la impureza. ¿ Quieres sorprender el secreto de esa vírgen pura á  
» quien vas á tomar por esposa ? Espia su casa á media noche, y verás entrar al  
» que cogió ya la flor que codicias. Ambos se rien de tu candidez, y esperan  
» que recibas el nombre de esposo para gozar con mas libertad de sus impuros  
» amores . »

Franz estaba aquella noche pálido como un cadáver ; le pregunté la causa de su tristeza con acento sarcástico, y no dudo que mi sonrisa cruel y el acento de mis palabras, hiriéndole como sangrientos puñales, ahogaron su voz y le impidieron revelarme lo que por demas sabia.

Fuí á casa de Julia, y me oculté en el aposento de la criada cuya connivencia habia comprado, pero que no adivinó el objeto del extraño paso que daba. El dia habia sido caluroso, pues estábamos en el mes de julio, y el sol se habia ocultado entre oscuros nubarrones, mensajeros de la tempestad.

Mientras estaba en el mezquino aposento de la criada de Julia, ví brillar á lo léjos pálidos relámpagos y oí el ronco y prolongado zumbido de la tempestad. Tambien en mi alma bramaba una tempestad horrible ; tambien se formaban en mi pecho abrasado y calenturiento los rayos de la ira y de los celos ; tambien exalaba mi labio murmullos de indignacion y de rabia tan espantosos como el trueno.

Llegó la hora anunciada en la carta que habia escrito á Franz, y segun las instrucciones que habia dado á la criada, ésta me acompañó hasta una de las puertas de la calle y me dijo al abrirla fingiendo la voz :

—¡ Adios, bien mio.... hasta mañana !

Y me tendió su mano mientras un relámpago iluminaba la calle y descubria á mis ojos á Franz, que se habia aproximado hasta una distancia en que podia oir nuestras palabras.

Yo llevaba cubierto el rostro y un disfraz que me desfiguraba.

Pero ¿ cómo habia de conocerme Franz en la ceguedad de sus celos ?

—Adios, Julia, respondí entonces fingiendo la voz y estrechando en mis brazos á mi cómplice.

—Temo que nos vean, dijo ella.

—Los ojos indiscretos que sorprendieran nuestro secreto, Julia mia, no verian mas la luz, repliqué volviendo el rostro hácia donde estaba Franz que iba aproximándose con paso trémulo.

Cerró entonces la criada la puerta, y al resplandor de un relámpago ví de-

lante de mí á Franz pálido como un cadáver y con una espada desnuda en la mano.

—¿Quién vá? grité con voz altiva y provocadora.

—Quien desea beber tu sangre, respondió Franz con voz trémula y haciendo un ademán para detenerme.

—Seguid vuestro camino, le dije, y dejadme en paz.

—¡Atrás! gritó Franz. No pasarás de aquí. Necesito saber quién eres, y por qué sales á estas horas de esa casa.

—¡Chistosa aventura! dije yo fingiendo que le conocia. ¿Sois Franz Brawer?

—Sí! me respondió con entereza.

Prorumpí entonces en una carcajada.

—¡Defiéndete! me dijo entonces con voz terrible. ¡Defiéndete, ladron de mi dicha!

—Os daré gusto ya que tanto os empeñais, le respondí con calma, pero resuelto á defenderme sin herirle.

Cruzáronse nuestros aceros, y al sentir cerca de mi pecho la punta del suyo que atravesó mi capa y rasgó lijeramente mi piel, el vértigo de la ira me hizo olvidar que aquel hombre era mi hermano. En medio de mi delirio acometí sin saber lo que hacia, como si me hallara en medio de un sueño espantoso, sin ver objeto alguno delante de mi acero, sin oír mas que el zumbido de mi cerebro, como si luchara con un fantasma impalpable, sin oír un doloroso quejido seguido de un sordo estruendo; y cuando, cansado de luchar, bañada mi frente en frio sudor y con cansado aliento recobré la razon, ví que combatia con el vacío, que ningun acero se oponia al mio, y que yacia á mis piés tendido un hombre....

Dirigí hácia él la mano, toqué su rostro y sentí la impresion fria de un cuerpo helado por el soplo de la muerte.

Habia asesinado á Franz.

Huí entonces con los cabellos erizados, volviendo el rostro porque creia oír sordo rumor de pasos.... Era el rumor de la lluvia.

Creí oír quejidos lastimeros, pero era el viento que azotaba mi rostro trayéndome en sus ecos los últimos rumores de la ciudad dormida.

Mi crimen me aterraba. No me atrevía á presentarme en mi casa porque oia ya la voz de mi padre que me preguntaba con acento severo y doloroso:

—¿Por qué tienes las manos manchadas de sangre? Cain ¿qué hiciste de tu hermano Abel?

Pero si huia, si desaparecia de la ciudad escitaba justas sospechas, y el terror detuvo mis pasos. Hice un esfuerzo desesperado, volví hácia donde yacia el cadáver de mi hermano para llevarlo sobre mis hombros hasta una calle solitaria y lejos de la casa de Julia, y entré en la mia por una puerta secreta cuya llave tenia tambien Franz. Me acosté, y el sueño dobló mis párpados. ¡Ah! Hu-



biera preferido mil veces la espantosa realidad de la vigilia. Tuve sueños extraños, fúnebres, llenos de sombras fatídicas que me perseguían llamándome ¡*fratricida!* Y la voz de aquellos espectros penetraba en mi sangre, ora helándola y haciendo horripilar mis carnes, ora abrasándola como plomo derretido. Pero al despertar triunfó mi orgullo de mis remordimientos, y presencié con serena frente la escena dolorosa de que fué teatro mi casa cuando trajeron el ensangrentado cadáver de Franz.

Mi crimen quedó impune, pero Dios me castigó con golpes tan repetidos y funestos que mi alma quedó vencida y deseé la muerte.

Mi padre espiró abrazando el cadáver de Franz... El dolor del pobre anciano había sido tan terrible que le hirió como un rayo. Murió instantáneamente de una apoplejía. Mi cariñosa madre no pudo soportar aquella doble pérdida, y fué agostándose como una flor arrancada de su tallo. Julia... este golpe fué el más doloroso para mí, presintiendo tal vez con su instinto profético que tienen las almas superiores, que yo había sido la causa de la muerte de Franz, me desdeñó casi con horror, y un año después se casó con uno de sus antiguos adoradores.

¡ Pobre Franz !

Para ahuyentar las sombras de mis víctimas que eternamente me perseguían sin dejarme gozar la paz de mis sueños, me lancé á la orgía y al juego, recurrí á la embriaguez para ahogar en vino mis recuerdos... ¡ En vano ! Mis recuerdos me perseguían tenaces, y en medio de mi embriaguez pronunciaba palabras tan espantosas y cometía tan vergonzosos excesos, que huyeron de mí con repugnancia hasta mis compañeros de vicio más pervertidos.

Tras los excesos vino el asqueroso fantasma de la miseria. Había gastado todo lo que me legaron mis padres, y un día me ví en Viena tan miserable como el último mendigo.

Entonces tomé una resolución suprema... medité el suicidio, el crimen que debía coronar todas mis maldades. Después de ofender á la sociedad, me atreví á revelarme contra Dios.

Recorrí antes varios países huyendo de los hombres y buscando los desiertos. Una noche llegué á una de esas montañas de Suiza donde al través de las espesas sombras blanquea la eterna nieve en las gigantes rocas que oyen rugir á sus piés las tempestades. ¡ Con qué rumor tan triste bramaban á lo lejos los torrentes ! ¡ Qué mansamente orea los agrestes pinos el viento suspirando ! Oía á lo lejos entre la soledad voces perdidas, recia capa de nubes cubría el cielo, y debajo de ellas las sombras se mezclaban en remolinos de niebla, no dejando á mis miradas una ráfaga de luz para guiarme entre los abismos. El mundo callaba y dormía velado con el negro sudario de la muerte.

Me senté en el borde de un peñasco, y estuve largo rato contemplando el abismo que se perdía á mis piés. Rasgóse entonces una nube, y por el breve



espacio en que dejó descubierto el azul del cielo tachonado de estrellas, apareció la luna, la cual brilló como pupila de la noche que en medio de su apacible sueño se despertara. Los montes reflejaron su tibia y dorada luz dibujando sus gigantes contornos en un negro fondo de tinieblas.

Sentado sobre la roca miré la importuna luz de la luna, y el astro de la noche, cual si comprendiese mi deseo y se horrorizase de presenciar mi crimen, volvió á hundirse en el seno de las nubes.

— ¡ Tinieblas ! exclamé con voz apagada... noche y luto busca mi alma, soledad y silencio ! Sea testigo tan solo de mi desesperacion el silencio de este desierto. ¡ Ah ! cuantas veces en estas horas tranquilas velaba mi sueño una madre cariñosa, ó al lado de Julia, devoraba sus miradas. ¡ Julia !... tu amor me hubiera redimido. El soplo de la muerte heló las sonrisas de mi madre, y el desden de mi amada me robó el porvenir y la ventura. ¿ De qué sirve mi vida ? Causé la desgracia de los que me amaron y labré la mia con mi orgullo. ¡ Muera pues ! ¡ Qué bien se descansa en el sepulcro !

Era tan ciego mi delirio que me olvidé de Dios y de su santa misericordia. ¡ Ah ! Tambien es verdad que me creí demasiado indigno de su piedad, y que no debía presentarme ante el supremo juez manchado con la sangre de un hermano.

La desesperacion me hizo dudar de Dios, y el negro abismo me atraia á su fondo con atraccion irresistible.

Me levanté entonces, y mis piés movieron algunas piedras que cayeron rodando con estruendo al precipicio.

Entonces oí una voz á mi lado y sentí el contacto de una mano robusta.

Volví el rostro y ví á uno de esos cazadores de los Alpes que cruzan los despeñaderos con la agilidad de las cabras monteses que persiguen.

— ¿ Qué haceis, infeliz ? me dijo. Si dais un paso mas vais á haceros pedazos.

La fortaleza de mi alma habia hecho su último esfuerzo, y apenas oí estas palabras, sentí el vértigo y creí morir....

Al volver de mi desmayo me hallé en una choza recostado en un monton de heno y rodeado de una mujer anciana y de mi libertador.

No os contaré la vida que arrastré desde entonces. Era miserable, pero Dios habia derramado en mi alma el rocío de sus divinos consuelos. Creí en su misericordia, que me habia salvado de la perdicion eterna, derramé copiosas lágrimas, oré con fervor, y me resigné á vivir para expiar mi pasado.

En mi juventud, en los felices dias de mi existencia opulenta, habia amado con pasion la música, y uno de mis instrumentos favoritos era el violin, que posteriormente me ha libertado de la miseria. Me convertí en cantor ambulante, y durante muchos años he recorrido ciudades y aldeas, tocando en las fiestas y en las ferias y ocultando bajo mi máscara grotesca de bufon de la ínfima plebe el hondo desconsuelo de una alma despedazada por el remordimiento.



Calló el pintor é inclinó la cabeza pensativo. Pero verificándose en él una trasformacion repentina que causó asombro al artista, llenó el vaso de espumoso vino, lo apuró de un sorbo, dió un chasquido con la lengua y lanzó una carcajada. Sentóse entonces en un banco de madera, tomó el violin y sacando de sus cuerdas dulces y graciosos sonidos, cantó su tonada favorita :

Cebollas y zanahorias  
Me arrojaron de tu casa ;  
Si quieres que vuelva á verte,  
Prepárame carne asada.

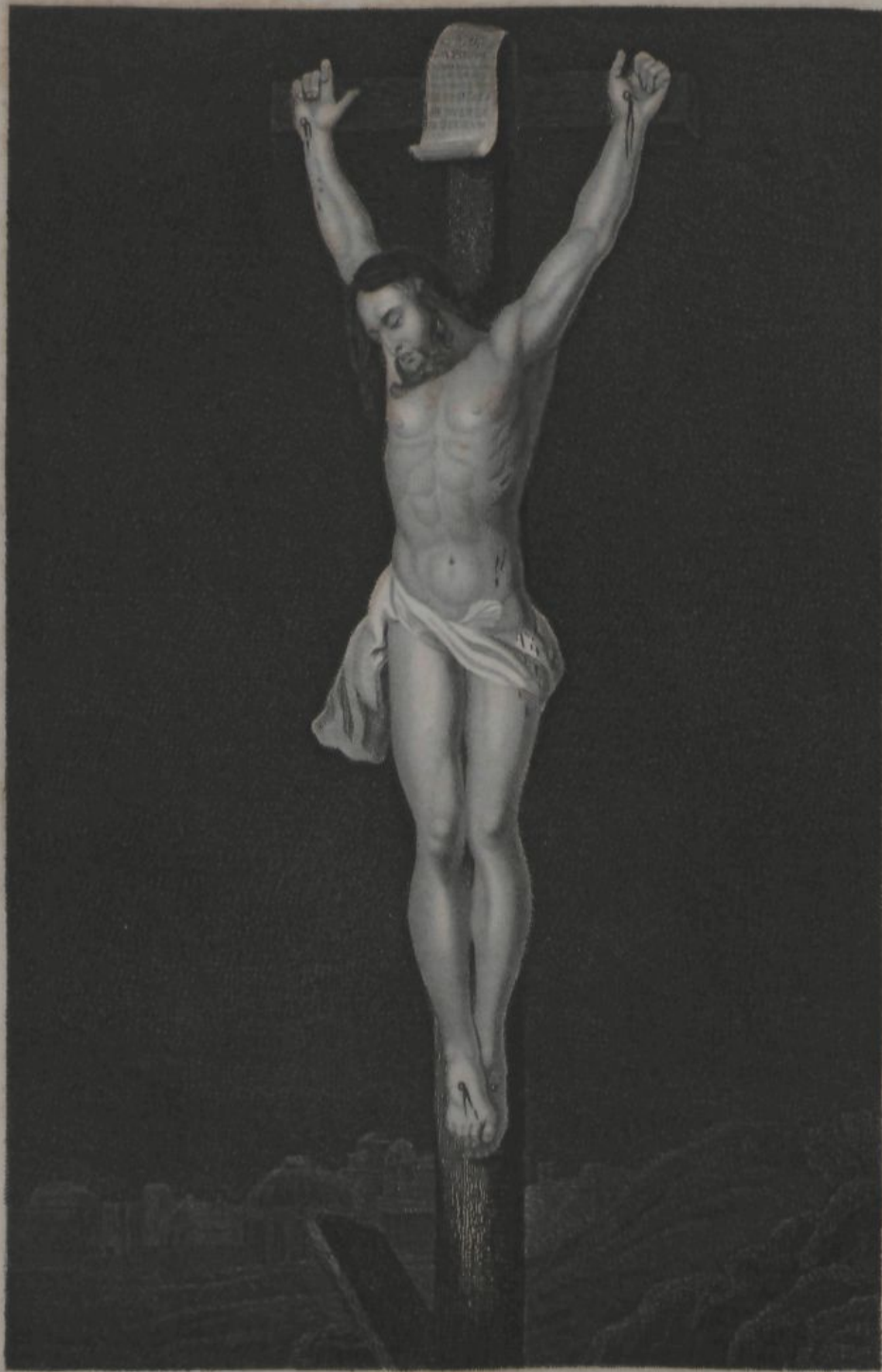
Van Schlighten bosquejó su retrato mientras cantaba, y puso al pié del cuadro una hoja de nota donde se leia la cancion del desdichado á quien la aldea creia loco.

El pobre cantor murmuraba á las veces palabras misteriosas, lloraba como un niño, pronunciaba los nombres de Franz, de sus padres y de Julia, se acusaba de sus antiguos extravíos, y con brusca transicion, prorumpia por fin en estre-pitosas carcajadas.

Esto dió lugar á que le tuvieran por loco.

¡ Pobre cantor ! Su demencia eran sus recuerdos.

**Gregorio Amado Larrosa.**



Rubens pinxit

A. H. Payne sculp.

*Le christ en croix*

*Christ on the Cross. Christus am Kreuze.*

*Christus na krzyzu.*



# CRISTO EN LA CRUZ.

( CUADRO DE RUBENS. )

## I.

### EL PINTOR.

Con decir que este cuadro es de Rubens, está dicho todo.

¡ Honra y respeto eterno á su memoria !

Fué un gran pintor. Fué un gran genio.

En los tiempos en que vivía Rubens , sucedía muy frecuentemente que la mano que manejaba el cincel , la pluma ó la paleta, manejaba asimismo la espada ; que el genio que habia reproducido los destinos de los pueblos y de los grandes y realizado bajo el punto de vista del arte las emociones del corazón, no quedaba relegado al ocio y á la soledad y no se le creía incompetente para tomar parte en los asuntos públicos. Dos hombres, uno pintor, poeta el otro, son una prueba patente de ello : Rubens y Petrarca.

Pablo Rubens nació en Colonia en 1577, y no empezó realmente á darse á conocer hasta 1600, época en que le hallamos en la corte de Gonzaga, duque de Mantua. Pasaba la mayor parte del tiempo en Venecia estudiando á Ticiano y á Pablo Veronese, el representante de la aristocracia en materias de pintura.

Rubens habia sabido cautivar al duque de Mantua , quien , apreciando sus talentos , interrumpió un dia los estudios silenciosos y solitarios del pintor para enviarle con una mision al rey Felipe III de España. Nuestra patria, nuestro hermoso cielo, nuestros pintorescos trajes, nuestras costumbres, todo se reunió para agradar á Rubens. Pintó en Madrid no solamente un gran número de retratos, sino tambien muchos cuadros de historia.

Habitaba entonces en Villaviciosa el duque de Braganza, que mas tarde fué rey de Portugal, y envió á decir á Rubens que tendria mucho gusto en verle. El artista se dirigió en seguida á Villaviciosa, pero con tan numerosa comitiva que el duque no se creyó en estado de hospedar convenientemente á Rubens y á sus compañeros; así es que le envió un paje con el encargo de entregarle un presente considerable y con la mision de suplicarle que dejara su visita para otra ocasion. Rubens, segun se dice, rehusó el regalo y contestó caballerosamente que no habia ido á Villaviciosa para ganar dinero sino para divertirse y gastar alegremente el que tenia.

Al regreso de su viaje, el duque de Mantua le envió á Roma para copiar algunos cuadros de grandes maestros. Pasó bastante tiempo en Roma y en Génova, á donde fué á buscarle la noticia de que su madre estaba enferma de peligro. Partió inmediatamente para Amberes, el país de sus padres, pero llegó demasiado tarde; su madre habia muerto. El dolor de no haberle podido cerrar los ojos, de no haber podido llenar con ella los últimos deberes de piedad filial, causó á Rubens una amarga tristeza. El pintor, por lo comun muy alegre, huyó entonces de la sociedad y se confinó por espacio de muchos meses en la abadía de San Miguel, donde vivia en completa soledad, siendo la pintura su única distraccion.

Pasado algun tiempo y menguado su dolor, tomó la resolucion de volverse á Mantua desde cuyo punto el duque Gonzaga le habia escrito haciéndole las ofertas mas tentadoras, pero el archiduque Alberto y la infanta Isabel le detuvieron en la corte de Bruselas, haciéndole objeto de tantos obsequios que acabó por ceder á sus deseos, y se decidió á quedarse en Bélgica. Sin embargo, no tardó en pasar á Amberes, á despecho de su título de pintor de la corte, para trabajar con mas holgura. Su amor por Isabel Brand, que mas tardé fué su esposa, le inclinó á fijarse en dicha ciudad.

Rubens mandó edificar en Amberes la casa en que queria residir, al estilo italiano, ornada de pinturas interior y exteriormente y llena de tesoros de arte de toda especie. Era notable sobre todo su coleccion de camafeos y de medallas. En esta deliciosa mansion es donde Rubens vivió desde el año 1614; en ella le nació un hijo; en ella trabajó con un ardor extraordinario. Varias de sus obras maestras, una de ellas la que representa la lámina de este artículo, son de aquella época.

La nombradía del pintor era ya universal. Cuando María de Médicis hizo edificar el Luxemburgo, llamó á Rubens á París para que representase las aventuras mas notables de la vida de esta reina en los techos de las salas del nuevo palacio.

Vivia entonces en París el duque de Buckingham, favorito de la reina de Inglaterra.

Trabó conocimiento con Rubens y le manifestó el deseo de comprar su pre-



cosa colección de objetos artísticos. Rubens no se atrevió á negárselo , y se la vendió por 2,000 florines, suma muy considerable entonces.

En aquella época , el pintor que conocia los infortunios políticos y los males de su patria , se vió precisado á ser útil personalmente á su país. La infanta le envió en 1628 á España para entenderse con el rey y hacerle ver la triste posición del pueblo belga. Rubens llevó á cabo esta misión con bastante delicadeza y ganó la confianza del rey de España y del duque de Olivares. Durante su nueva permanencia en Madrid , pintó algunos grandes cuadros é hizo los retratos de toda la familia real por encargo de la infanta.

Apenas nuestro artista hubo regresado á su país cuando el rey de España suplicó con grandes instancias á la infanta que enviase á Rubens á Inglaterra para negociar la paz entre estas dos grandes potencias. He aquí, pues, al artista convertido en embajador para una de las misiones mas delicadas y graves que pueden confiarse á un hombre. El rey de España habia tenido en cuenta que la amistad del artista con el de Buckingham le hacia el mas apto para este objeto.

Carlos I , rey de Inglaterra , era un hombre de amable carácter y dotado de gusto para las artes. Hizo á Rubens la mejor acogida. Las negociaciones fueron prolongándose y el pintor aprovechó este tiempo para la ejecucion de algunos cuadros muy notables. En él , el diplomático no hacia desaparecer al artista. Los preliminares de paz fueron firmados en 1630. El rey Carlos colmó de honores á Rubens , y le dió la condecoracion de la orden que él mismo llevaba , regalándole un diamante de gran precio. Á mas , le creó caballero á presencia de toda la asamblea del parlamento y le dió su retrato ornado de una magnífica cadena de oro , haciéndole entregar finalmente una suma considerable en dinero.

Rubens pasó en seguida á Madrid , donde no hay que decir si fué bien acogido. El rey le hizo regalos considerables, y como ya anteriormente le habia nombrado secretario de estado , designó á su hijo para sucederle en este empleo. Terminada su misión , volvióse á Bruselas cerca de la infanta , que todavía le encargó otras misiones diplomáticas.

En 1628 Rubens habia tenido la desgracia de perder á su esposa. Casóse dos años mas tarde con Helena Forman. En esta época ya no hacia mas que bocetos de cuadros , dejando que sus discípulos los ejecutaran. Su salud empezó á decaer. Sufria violentos ataques de gota.

La conversacion de Rubens tocante á ciencias , poesía y escultura era tan amena como instructiva. Era extremadamente reservado en los juicios que hacia sobre las obras de otros pintores y veíasele siempre pronto á dispensarles y á alentarles. Tenia mesa abierta, y en medio de sus numerosas ocupaciones , estaba siempre dispuesto á recibir visitas, aun cuando fuesen de importunos. Fué objeto de envidia para muchos sin que jamás se mostrase celoso de nadie.

Murió el 30 de mayo de 1640 á la edad de sesenta y tres años y á consecuencia

de un ataque de gota. Fué enterrado con toda pompa en la iglesia de San Jaime de Amberes. Sobre el féretro se puso una corona de oro.

Rubens tenia grandes dotes y grandes cualidades de artista. Su frescura y su colorido en las carnes es sobre todo admirable ; no es pues de estrañar que el célebre Guido-Reni , viendo un dia un cuadro de este artista, preguntase si Rubens pintaba con sangre viva.

Ya conocemos al pintor.

Mirad ahora en la lámina adjunta uno de sus grandes cuadros perfectamente copiado.

Permitidme ahora, lectores queridos, consagrar unas líneas al sublime asunto escogido por el gran pintor , y permitidme consagrárselas en verso.

## II.

### JESUS EN EL CAMINO DEL GOLGOTA.

(Imitacion de la prosa de Fr. Luis de Granada.)

Camina lentamente  
el inocente Isaac al sacrificio,  
y en su rostro doliente  
fijos sus ojos tiene aquella gente  
horror de la virtud, fuente del vicio.  
Pobres mujeres, sueltos los cabellos,  
las túnicas rasgadas,  
y sin tregua sus lágrimas vertiendo,  
van en pos de Jesús, acongojadas,  
paso tras paso al Redentor siguiendo.

Y mientras tanto tú, ¡ó ánima mia!  
la vista aparta de este cuadro infando,  
y herida por mortal melancolía,  
y aquejados suspiros exhalando,  
con planta presurosa,  
abatida y llorosa,  
á la presencia de la Virgen llega  
y así le digas tú y así le ruega :

«O Reina de los ángeles, Señora  
de la tierra y del cielo,  
puerto de salvacion que el mundo adora,  
espejo de virtudes, de consuelo  
inagotable y bienhechora fuente,  
de castidad y de inocencia espuma,  
del mundo la abogada mas clemente,  
de toda perfeccion dechado y suma,  
¿ cómo puedo vivir, Señora mia?...

Se acabó mi sosiego y mi alegría  
desque he visto, Señora,  
á tu Hijo y mi Señor— ¡ mísera suerte !—  
de bárbaros sayones circundado,  
por entre un populacho desfrenado  
tranquilo caminar hácia la muerte !»

¡ Quién puede aquí pintar de aquella madre  
el dolor de dolores !...  
¡ Quién á espesar alcanza la amargura,  
los tormentos roedores  
de aquella Virgen como el alba pura !...  
Fallece el corazon, los ojos gira,  
cubre su rostro palidez de muerte :  
desconsolada, inerte,  
á todas partes mira,  
el rostro eleva á la azulada esfera,  
y sucumbido hubiera  
ante la cruda y punzadora espina  
de la pena que á penas se eslabona,  
si para mas trabajo y mas corona  
no la guardara la intencion divina.

¡ Miradla, que allí va en busca del Hijo !  
¡ Miradla que allí vá !... ¡ Compadecedla !  
¡ Madres, no la mireis ; pero, hijos, vedla !...  
Se lamenta, se afana,  
que en busca va del hijo que le roban.  
La multitud va hendiendo,



se apresura, se agita,  
y al deseo de verle va pidiendo  
las fuerzas ¡ay! que su dolor le quita!

Ya oye el fragor confuso de las armas,  
ya percibe en su marcha á los sayones,  
ya ve el gentío que se va apiñando,  
y ya escucha el clamor de los pregones  
con que van á su Hijo pregonando.

Avanza mas y mas... Ya está delante...  
ya contempla á su Hijo tan amado,  
y no deseando ver lo que desea,  
su corazon se rompe desgarrado,  
que lo que ver no quiso es bien que vea.  
Una á otra contéplanse afligidas  
aquellas dos lumbreras de los cielos.  
Si del hijo en la pálida figura  
un siglo ve la madre de tormentos,

de la madre comprende la amargura  
el Hijo y los punzantes sufrimientos.

De ambos calla la lengua aprisionada,  
pero habla así del Hijo la mirada:

«¿Por qué viniste aquí, paloma mia,  
madre del corazon, madre adorada?  
Tu sosiego recobra y tu alegría,  
que yo voy de mi Padre á la morada.  
Cesen ya de tu llanto los rigores;  
que no te vea ¡por piedad! llorando:  
tu dolor acrecienta mis dolores,  
tus tormentos me están atormentando!»

Y ante las gentes todas que lo vieron,  
siendo los brazos de su amor el lazo,  
á Hijo y Madre elocuentes despidieron  
un suspiro, un sollozo y un abrazo.

### III.

#### LA CRUZ.

¿Qué quieren esos hombres que se agitan,  
gusanos miserables de la tierra?  
¿Qué piden?... Porqué ahullan?... Porqué gritan?  
¿Porqué rien en fin?... Porqué?...  
¿Qué quiere

ese tropel de hormigas que pulula,  
y que al soplo falaz de las pasiones  
iracundo se mueve, cual del campo  
el mar de espigas murmurante ondula?...  
Callad! Silencio ya!... Dobraed la frente,  
hincaos de rodillas,  
la cólera apagad irreverente,  
sierpe de fuego que os devora el pecho,  
arrojad vuestros odios, vuestras iras,  
cual mendigo que arroja sus harapos,  
y abandonad, confiando en la clemencia,  
el torpe lodazal de la mentira  
donde os hundió la mundana demencia.

Silencio ya!... Qué callen las pasiones;  
estínganse el rencor y los enojos  
cuando habla en alta voz tan santo ejemplo;  
y, sanos con la fé los corazones,  
alzando al cielo los dolientes ojos,  
id los umbrales á pisar del templo.

Id vuestro pecho, de la humana culpa  
dispuestos á lavar; id, penitentes,  
perdon á demandar, y al prepararos  
para el santo misterio reverentes,  
sin descanso golpead, golpead sin tregua  
el mármol del altar con vuestras frentes.

Venid y meditad!... Sobre el Calvario  
se alza la cruz gloriosa,  
enseña justiciera,  
fuente de luz hermosa  
espléndida bandera  
que al viento victoriosa

tremolará la cristiandad entera.  
¡Vedla esa cruz!... Cual símbolo de gloria,  
un pacífico ejército de fieles  
irá, resuelto y con amor profundo,  
solicito á pasearla por el mundo;  
Y unos hombres serán de paz y olvido,  
y no irán con pasiones rencorosas  
la sangre á derramar del oprimido;  
no irán fieros, armados, vengadores,  
empuñando sangrientos los aceros,  
su furia á compartir con los señores,  
sus leyes á imponer á los pecheros.

Nó, no en verdad. Irán pobres, desnudos,  
de sus descalzos piés sangre goteando,  
los ámbitos corriendo de la tierra  
la libertad do quiera predicando.  
Y sus fuerzas serán, de la esperanza  
los frutos renacientes cada día,  
y sus armas la cruz y el evangelio,  
la caridad su amor, la fé su guía.

Sí, meditat. El leño del Calvario  
será llevado en triunfo por la tierra...

La misma altiva Roma,  
del mundo reina osada,  
verá como su templo se desploma,  
y clavará espantada  
su atónita mirada

en la cruz, que alzarán manos divinas  
sobre el monton humeante de sus ruinas.

El cántico de amor que dulce parta  
del seno de las negras catacumbas,  
derruirá los idólatras altares,  
lavará de los circos las arenas,  
y al alzar los cristianos sus cantares  
empuñando la palma del martirio,  
temblarán los tiranos en su solio  
y crugirá el romano Capitolio.

La cruz! la cruz! Madero sacrosanto,  
árbol de amor, de libertad emblema,  
que la cristiana gente  
tremolará como pendon divino,  
grabando osado en él, eternamente,  
su lábaro triunfante Constantino.

Y esa cruz, dulce al alma cual memoria  
de los días de infancia ya pasados,  
esa cruz olorosa como el cedro  
que perfuma los montes apartados,  
á los reyes de Europa congregados  
irá á ofrecerla el ermitaño Pedro.  
Y moverán entonces sus legiones  
los monarcas cruzados,  
y agrupándose al pié de sus pendones,  
hasta el confin remoto de la tierra  
rugidora enviarán su voz de guerra.  
Lo quiere Dios! Sus bravos escuadrones  
sangre á raudales verterán gustosos,  
se humillará á sus plantas Antioquía,  
y, nuncio de la santa profecía,  
de Sion sobre las torres arbolado  
á sorprender irá la luz del día  
el estandarte blanco del cruzado.

Venid á meditar al pié del leño!  
Venid y deponed vuestras pasiones  
que torpe el pecho con afán encierra.  
Acalad esa cruz! Venid, naciones;  
es el rey de los reyes de la tierra  
el que en ella espiró! Venid, y en tanto  
que el mundo dobla ante la cruz su frente,  
alcen los hombres misterioso canto,  
canto entusiasta, plácido, ferviente,  
del corazon emanacion sin nombre,  
pero lazo dulcísimo de amores,  
que suba cual perfume de las flores  
hasta las plantas mismas del Dios-Hombre.

#### IV.

### EL VIERNES SANTO.

#### RECUERDOS DEL COLISEO DE ROMA.

(Imitacion de M. Aufran.)

La noche tiende el manto de sus sombras,  
reina do quier un lúgubre silencio...  
De sus siete colinas á las plantas  
yace dormida Roma. Ningun eco  
viene á turbar la calma en que reposa.  
Mudos de sus campanas los acentos,  
con su silencio sepulcral anuncian  
el luto en que se envuelve el mundo entero.

Es que es el santo día, el día fúnebre  
en que Sion con sus tristes clamoreos  
celebra del Señor de las victorias  
los que pasó en la cruz tristes momentos.

Yo erraba pensativo entre las sombras,  
los antiguos escombros recorriendo  
de ese circo de Tito que recuerda



la gloria inmensa del romano imperio,  
y atónita vagaba mi mirada  
por sobre los peñascos gigantescos  
que se alzan destrozados en la arena  
de un mundo que ya fué tristes trofeos.  
Y veía brotar entre las ruinas,  
cual brota entre las zarzas lirio bello,  
de la víctima santa el noble símbolo,  
de la cruz venerada el tosco leño,  
humilde cruz y misterioso emblema,  
signo divino de un amor eterno,  
que un pontífice allí clavar mandara,  
y que allí, siempre en pié, símbolo excelso,  
rodar viera los años y los siglos  
por encima sus brazos, siempre abiertos.

Y recordaba de una era muerta  
los delirantes y febriles tiempos  
en que una multitud ávida, ansiosa,  
hambrienta de espectáculos sangrientos,  
presurosa acudía y diligente  
las gradas á llenar del coliseo,  
y con gritos feroces de alegría,  
que hosco lanzaba su malvado pecho,  
morir veía á los cristianos héroes  
entre las garras de los tigres fieros.

Silencioso yo estaba y pensativo,  
entregado tan solo á mis recuerdos,  
cuando ví entrar, atónito y confuso,  
y atravesar el circo á paso lento,  
á seis tiernas doncellas, cuya frente  
la castidad sellara con su beso.  
De blanco iban vestidas cual palomas,  
con sus manos cruzadas sobre el pecho,  
y la nocturna brisa silenciosa  
jugaba con los pliegues de su velo.  
Las ví... y me estremecí!... Soñar creía...  
á mis ojos apenas daba crédito,  
y figuréme ver á esas doncellas  
de Cristo esposas, que en lejanos tiempos,

allí, en aquella arena, se ofrecían  
á las miradas del romano pueblo  
entregando risueñas á los tigres  
el pasto humano de sus castos cuerpos.

Cruzaron en silencio el ancho circo,  
y al llegar á la cruz, el blanco velo  
que cubría sus rostros, apartaron,  
para fijar sus ojos en el leño.  
De rodillas cayeron, y en seguida  
alzando religiosos sus acentos,  
un cántico entonaron melodioso  
al Dios-Mártir bajado de los cielos.

« Salud, salud, ó divinal trofeo,  
emblema santo del mas puro amor,  
donde quiso morir, mártir sagrado,  
el Cristo-Dios, humilde triunfador.

« Salud, ó solio dó gozó el martirio  
á los ojos atónitos de Sion,  
el que murió clemente y resignado  
para gloria de humana redención.

» Él vino al mundo á predicar amante  
esa santa doctrina, toda amor,  
que á un enjambre de dioses mentirosos  
arrojó de su sólio engañoso.

« Oh trono santo! Púrpura divina  
tu ennegrecido leño enrojeció,  
y en tí el manso cordero por nosotros  
la sangre de sus venas derramó.

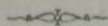
» Símbolo de dolor y de esperanza,  
sagrada cruz de mártires blason,  
sé propicia al que pide de rodillas  
al-Dios-Hombre su santa bendición.»

Y las voces callaron, y en el circo  
volvió á reinar el sepulcral silencio,  
y hundiendo yo mi frente entre ambas manos  
me sumergí en profundos pensamientos,  
y ante el Dios de la cruz caí de hinojos  
acatando su amor y su misterio.

**Victor Balaguer.**



## CIMON Y PERA.



(CUADRO DE GERARD HONTHORST.) <sup>(1)</sup>



Si hay en el corazon del hombre un sentimiento por el cual este pueda considerarse infinitamente superior al bruto, y que, como todos los mas nobles y puros que en él existen, haya recibido del cristianismo una delicadeza, una ternura, y hasta una exaltacion capaz de hacerlo llegar al heroísmo, hasta á un heroísmo á que raras veces en la antigüedad llegara, es sin disputa el amor filial. Por instinto ama el animal al que le da el ser, pero le ama solo mientras le necesita para abrigarle, alimentarle ó defenderle; así es que en cuanto el pájaro ha ensayado la fuerza de sus alas y visto que puede volar solo; tan pronto como el cuadrúpedo se siente con bastante vigor para buscar y devorar él mismo su presa, abandonarán el uno el nido y el otro la cueva donde nacieron, y serán al dia siguiente enemigos de su padre, á quien ya desconocen, si tienen que disputarse un mismo grano de trigo ó el mismo pedazo de carne. Por instinto ama tambien el hombre á su padre desde que se halla en estado de conocerle. El niño se echará en brazos de los que le dieron el ser y de quienes ha recibido sus mas puras y tiernas caricias, aunque en aquel momento se las esté prodigando otra persona estraña. Haced como que reñis ó pegais á su padre ó á su madre; llevad la ficcion, para apurar mas la verdad y la fuerza de este sentimiento, hasta el punto de que esta llore, y vereis al tierno niño, no ya solo llorar con ella (la compasion podria producir este efecto), sino enfurecerse, volver la cara al agresor, escudar con su cuerpo el de su madre, y hasta levantar sus manecitas contra el supuesto enemigo de esta. Es indudable sin embargo que este sentimiento de instinto, se robustece

(1) Nació en Utrech, y formóse en la escuela de Abraham Bloemaent. Despues que se hubo hecho un nombre entre los pintores de Roma, pasó á Inglaterra á invitacion del rey Carlos I. Sus trabajos merecieron las simpatias y el favor del público. Pintó sin embargo sus últimos cuadros en su ciudad natal, y murió en la Haya en 1660. Por punto general domina en sus cuadros un tono amarillo bastante vivo.



67 DE MUNICH P. 56



*Comun. A. Forà.*

con los años; que la razon lo hace mas generoso , depurándolo por decirlo así , del egoismo, móvil tan poderoso del hombre en su edad primera, por otro lado la mas inocente ; la educacion lo fortalece y la religion lo santifica. Por esto indicábamos al principiar estas líneas la diferencia, por cierto notabilísima, que existe entre el sentimiento del amor filial por el cristianismo modificado, y este mismo sentimiento entre los hombres de la antigüedad ; diferencia que, sea dicho de paso, sube de punto y se hace mas notable cuando se toman por extremos de comparacion el corazon de la hija cristiana y el de la hija pagana ; diferencia que no puede menos de existir, porque si el cristianismo no ha cambiado la esencia física del hombre, ha transformado su ser moral ; y esto de tal suerte, que si se nos pidiera una comparacion para fijar y dar mas precision á nuestro pensamiento, no vacilaríamos en decir que para nosotros es el mundo moral cristiano, al mundo moral del paganismo , lo que el universo físico anterior á la caida del hombre al universo físico despues del pecado.

La antigüedad, sin embargo, ya que no fuera capaz, en medio de la viciosa, tiránica y á veces hasta inmoral constitucion de la familia, y por causa de esta constitucion misma, de depurar y ennoblecer ese sentimiento al igual de lo que lo ha hecho el cristianismo, lo estimó siempre sobre todos los demás, lo admiró é inmortalizó cuantas veces lo vió llegar al heroísmo, consignando sus actos mas señalados en sus historias ó poéticas tradiciones, y hasta le alzó un templo en Roma, si es cierto el hecho que dió lugar á esa apoteosis del sentimiento filial y que mencionaremos en breve. Haremos notar , con todo, que ni en el Olimpo griego ni en el romano, donde casi todos los vicios tenian sus personificaciones, y solo unas pocas virtudes las suyas, el amor filial tenia ningun mito. No seremos nosotros los que deduzcamos todas las reflexiones á que pudiera dar lugar esta observacion tristísima ; plácenos por el contrario descender de aquel Olimpo á la tierra, ya que en él ningun nombre de divinidad nos recuerda la piedad de un hijo ó hija hácia sus padres , al paso que en esta la historia y la poesía nos refieren, pocos por desgracia, pero si quiera algunos rasgos heroicos de filial piedad.

Es uno de ellos, y no de los menos celebrados si bien no sea de los mas auténticos, el que ha servido de asunto al hermoso cuadro de Gerardo de Honthorst, por los italianos conocido con el nombre de *Gherardo della notte*, por su predileccion decidida á los grandes efectos de luz y de sombras, y del cual es una excelente copia el grabado de A. H. Payne que, con el título de Cimon y Pera, acompaña este artículo.

Como un eco lejano que llega hasta nosotros sin que sepamos quizás de donde procede ni como se transmite, ha pasado de siglo en siglo la interesante y tierna historia de una dama romana, que alimentó con su leche á un pobre padre anciano condenado en oscuro calabozo á morir de hambre. La fama de este hecho ha llegado á la actual generacion, quien á su vez la transmitirá á la que vendrá en pos



de ella; y el autor de estas cortas páginas, que cuando niño sintió conmovérsele las entrañas y humedecerse sus ojos ante la representacion en figuras de cera de aquella escena de amor filial (tanto se ha popularizado), experimenta ahora tanto placer en trasladarla al papel, como ternura experimentó cuando niño al escucharla, como despecho sintió cuando hombre al ver en las historias duplicado el hecho, ó lo que es lo mismo referido en diferentes tiempos y atribuido á distintos personajes. Triste condicion de la crítica el que á su luz tengan que desvanecerse muchas veces tantas y tan poéticas leyendas! Así el sol mata con frecuencia el encanto y el misterio de paisajes que á la incierta luz de la luna tuvimos por bellísimos. En la ocasion presente, sin embargo, si bien á fuer de narradores leales diremos sobre el caso que nos ocupa cuanto de él hemos llegado á averiguar con no escaso trabajo, añadiremos al propio tiempo, y esta vez con gusto, las sospechas que abrigamos, fundándonos en la casi identidad de circunstancias con que se cuenta ese doble hecho, de que los dos no son mas que uno solo. Al revés de lo que sucede en el esteróscopo, donde por un efecto natural de óptica dos imágenes se confunden en una, acontece en la historia que, en la que podríamos llamar cámara oscura de los tiempos, lo que fué un solo y real personaje ó acontecimiento, se fracciona, ó por mejor decir, se ve como fraccionado en otros varios sucesos ó personas.

Cuenta Valerio Máximo en su Coleccion de cosas y palabras memorables (1), obra que por la abundancia de materiales que contiene ha sido en todos tiempos tan leida y gustada, siquiera aquellos materiales estén reunidos sin discernimiento, dispuestos sin crítica y empleados sin gusto; cuenta, repito, como un ejemplo de piedad filial hácia una madre, que una mujer romana, cuyo nombre no dice, fué condenada á muerte. Encerrada en el calabozo donde debia perecer, condolióse de ella el carcelero, y no solo defirió por entonces su suplicio, sino que permitió á una hija suya que la visitase, prohibiéndola no obstante que la trajese de comer, á fin de que el hambre acabase lentamente aquella existencia, que la compasion no le permitia ya á él terminar de una vez violentamente. Transcurrian sin embargo dias y dias sin que aquella mujer sucumbiese á tan atroz suplicio. Tanta resistencia admira al carcelero; pero pasando de la admiracion á la sospecha, espia los pasos de la jóven, y ve con sorpresa que esta alimentaba, ó por lo menos sustentaba con su propia leche á su triste madre. Absorto ante este rasgo sublime de ternura, cuenta el hecho á los magistrados, quienes imploran y alcanzan de los cónsules el perdon de la madre y de la hija; y Roma, segun Plinio el Naturalista, ve alzarse como en conmemoracion de este heroico acto del amor de aquella jóven hácia su madre, un templo á la piedad filial en el sitio mismo donde estuvo la cárcel, y en el cual fué levantado mas adelante el teatro de Marcelo (2).

(1) Val. Max., lib. V, cap. 4, de *Pietate*.

(2) Ignoramos de donde pudo tomar Valerio Máximo este hecho que describe con su escasa afectacion oratoria, con mas



Cambiado un solo personage; verificado con una madre lo que supone sucedido con un padre la tradicion mas conocida, no es esto la historia misma de Cimon y Pera? Oigámosla.

Existia en Roma, la leyenda no dice en qué época, un ciudadano llamado Cimon que fué condenado á morir de hambre por un crimen de alta traicion. Era un anciano ya debilitado por los años en quien este cruel suplicio debia obrar con mas eficacia, y ahorrarle por consiguiente algunas horas de agonía y de padecer. La desconsolada hija, á quien la tradicion llama Pera (1), pide al carcelero permiso para entrar á ver y á fortalecer á su padre. El severo custodio, que tiene ocasion de conocer por experiencia agena la ruda severidad de la ley romana, y que teme que un momento de flaqueza ó de compasion puede costarle la vida, cierra los oidos á la pretension de la jóven. Sin embargo y por empedernido que tuviese el corazon, por avezado que estuviere á ver impasible los mayores sufrimientos, esta vez no supo cerrar su alma á la piedad. La pobre hija de Cimon insta, suplica, llora, riega quizás con sus lágrimas aquellas ásperas manos que han cargado de cadenas á su anciano padre, y como las gotas de agua gastan y filtranse por las mas fuertes peñas, así aquellas corriendo abundantes y abrasadas penetran y ablandan aquel duro corazon. El carcelero cede á los ruegos de la jóven, pero con la condicion de que no traerá alimentos á su padre; y como los criados de la cárcel, por mas que la registran escrupulosamente, no ven que traiga nunca la menor provision, tampoco ponen obstáculo á sus visitas, que el amor filial y el interés que debia inspirarle su desdichado padre harian que menudeasen. El carcelero, que como dice un escritor, sabia lo que con corta diferencia podia vivir un hombre condenado á morir de hambre; y en Roma era por desgracia harto fácil saber esto, pues con harta frecuencia tambien el senado condenaba ó á las víctimas de la guerra ó de su justicia á ese bárbaro suplicio; el carcelero, decíamos, estaba admirado al ver prolongarse mucho mas de lo natural la existencia de aquel anciano. Es que ignoraba cuán ingenioso podia ser y de cuánto era capaz el amor de una hija! Es que tal vez no podia sospechar que en el corazon de una tierna y tímida jóven pudiese abrigarse bastante valor para burlar las órdenes de un senado cruel, de un gobierno inexorable, sobre todo cuando se trataba de salvar la existencia de aquel á quien debia ella la suya! Propónese el carcelero espiar á la jóven. Sospecha ó adivina que si Cimon no ha sucumbido al roedor suplicio del hambre lo debe á su hija; mas ¿cómo y por dónde introduce esta el

detalles que Plinio el Naturalista, á quien precedió de algunos años. Este en su Historia natural (lib. VII, cap. 36), lo narra con la mayor sencillez y en muy pocas palabras, diferenciándose además su relato en el fondo; primero en que supone que era de condicion humilde y pobre (*humilis et paupercula*) aquella madre condenada á morir, á la cual llama Valerio Máximo de sangre ingenua (*sanguinis ingenuæ*); y segundo en que añade la circunstancia de haberse levantado en el sitio que ocupaba la cárcel un templo á la piedad filial, siendo cónsules C. Quinctio y M. Acilio, cuyo dato serviria para fijar la época de aquel acontecimiento en el año 694 de la fundacion de Roma y 49 antes de J. C., ó sea poco tiempo antes de empezar la guerra civil entre César y Pompeyo. Solino, el abreviador del famoso naturalista romano, refiere tambien este interesante episodio.

(1) Higino, fábula 254, la llama Jantippa. *Xantippa Cimoni patri incluso carcere lacti suo alimentum vite prestitit.*



alimento? Lleno de curiosidad y deseando descubrir tan extraño misterio, sigue los pasos de esta, la espía en el calabozo, y en medio de sus espesas tinieblas, que en parte penetra débilmente la escasa luz del día que entra en la horrible estancia, ó el amortiguado resplandor de alguna luz artificial, ve la escena más heroica de amor filial de que puede blasonar ó gloriarse el paganismo: ve aquella hija dando su pecho á su anciano padre que le vuelve en lágrimas de ternura y agradecimiento, el alimento y bebida á la vez que de ella recibe: ve aquel blancoseno medio cubierto por las ásperas barbas de su padre ondulando á impulsos de los labios de este y del temor de ser sorprendidos en aquel acto: ve pintados en aquellos dos rostros los encontrados sentimientos de amor, de satisfacción, de terror que agitan al anciano y á la joven; y oye en fin en medio del silencio sepulcral del calabozo el anheloso sorber del hambriento padre, y los entrecortados suspiros de la hija cuyas entrañas desgarran la tristísima situación del que la dió el ser, y á la que sobresalta el temor de ser descubierta. El carcelero se siente enternecido ante aquel sublime espectáculo, y cediendo á la primera impresión corre á referir el hecho á los magistrados; y con tanta verdad lo cuenta, con tan vivos colores pinta aquel rasgo de filial ternura, que aquellos vuelven á Cimon su libertad, y señalan una pensión á su hija. El erudito Beyerlink (1), que parece haber fundido en uno solo los dos hechos mencionados por Valerio Máximo, supone haber sido este último el que dió motivo á la construcción del templo dedicado á la *Piedad filial*. Este acontecimiento, dice un escritor moderno, fué inmortalizado por la pintura en un cuadro que fué colgado en aquel mismo templo. Valerio en efecto habla de una pintura, en la cual el artista parecía haber sabido representar la nueva vida infiltrada en las venas del anciano padre con la leche de su hija, dando vigor á los descarnados y ya débiles miembros de aquel pobre viejo. Permítasenos añadir de paso que el que primero representó este asunto, cualquiera que fuese, ha encontrado después numerosos imitadores que han procurado reproducir aquel admirable rasgo de amor filial, y que cada artista lo ha representado á su manera, siendo entre todos los cuadros que sobre él se han hecho el más notable acaso el de Gerardo Honsthorst, cuya copia ofrecemos á nuestros lectores.

Al ver el afán mezclado de cierto orgullo patrio, orgullo por lo mismo que noble disculpable, con que los antiguos recogieron y conservaron en sus historias los hechos ó más granados ó heroicos que el amor, sea de los padres hacia sus hijos, sea de estos hacia sus padres, etc. llevó á cabo, no parece sino que preveían que, cambiada la sociedad y el individuo por una religión nueva, infinitamente más santa, más sublime, más espiritual que las que conocieron ellos, había de ponerse en tela de juicio, ó dudarse cuando menos de la eficacia de los sentimientos del corazón humano en aquellas sociedades antiguas. Así, limitán-

(1) *Magnum theatrum vite humane*, — V, *Amor*.



donos al sentimiento que nos ocupa, Higino cita en su fábula 254 (*quæ piissimæ fuerunt vel piissimi*) á Antígona, Electra, Ilioma, hija de Priamo, Pelopea, Hypsile, Harpalice, Jantipa y otros varios; Valerio Máximo habla del griego Cimon, hijo de Milciades, el vencedor de los persas en Maraton, de Coriolano, etc.; otros mencionan á Eneas, Cleobis y Biton; Plutarco en fin, y para no citar mas ejemplos, se complace en pintar el amor filial de Alejandro y Epaminondas hácia sus madres.

Ahora bien, en vista de tantos nombres y de los hechos de cariño ó piedad filial que recuerdan, nos será dado sostener que la sociedad en general, y en especial la mujer cristiana lleva esa grandísima ventaja, que mas arriba dejamos indicada, á las sociedades y á las mujeres paganas en la delicadeza, ternura, pureza, eficacia y santidad de los sentimientos del corazon, sobre todo del que mas especialmente nos llama la atencion en estas páginas. Seria un trabajo tan curioso como instructivo, y en el cual quisiéramos ver empleada la pluma de alguna escritora amante de las glorias de su sexo, el que tuviera por especial objeto realzar la mujer cristiana sobre la del paganismo, y en especial la hija en las sociedades modernas sobre la hija en las sociedades paganas. Tantos y tan notables serian los ejemplos de heroísmo que encontraria en todas las épocas, condiciones y pueblos del mundo cristiano para contraponer á los pocos, y aun estos no siempre bien comprobados, que ofrece el mundo antiguo, que uno de los escollos mas grandes que en dicho trabajo, á nuestro entender, hallaria seria la dificultad de la eleccion.

Nos será permitido entre tanto á nosotros, siquiera para que no se nos diga que aventuramos ideas sin probarlas, oponer algun hecho heroico de amor filial de las sociedades nacidas del Cristianismo, al que dejamos descrito sacado de la antigüedad y que nos ha inspirado estas desaliñadas páginas? Así lo esperamos de la amabilidad de los que las lean, y en especial de nuestras lectoras; advirtiéndole desde luego á unos y á otras que no iremos á buscarlo en la época en que las persecuciones pusieron á tan duras pruebas las creencias, y fueron causa de que tantas heroínas de la fé admirasen á sus mismos perseguidores con actos de piedad y cariño filial que rayaban ya en lo maravilloso; ni en la historia de los tiempos medios cuya época como mas heroica, enérgica que la nuestra, y de sentimientos mas exaltados, podia inspirar hasta á los seres mas tímidos ó mas débiles esa misma exaltacion, energía ó heroísmo; sino en época mas cercana á nosotros; en los tiempos en que una educacion ó mas lijera ó mas blanda parecia que debia quitar el vigor á los corazones y á las almas el temple robusto que los actos de valor reclaman; en el siglo pasado en fin y en medio de los horrores de la revolucion francesa.

Los que conozcan esta página de la historia moderna escrita con sangre habrán adivinado ya que vamos á evocar el recuerdo de Mademoiselle Sombreuil,

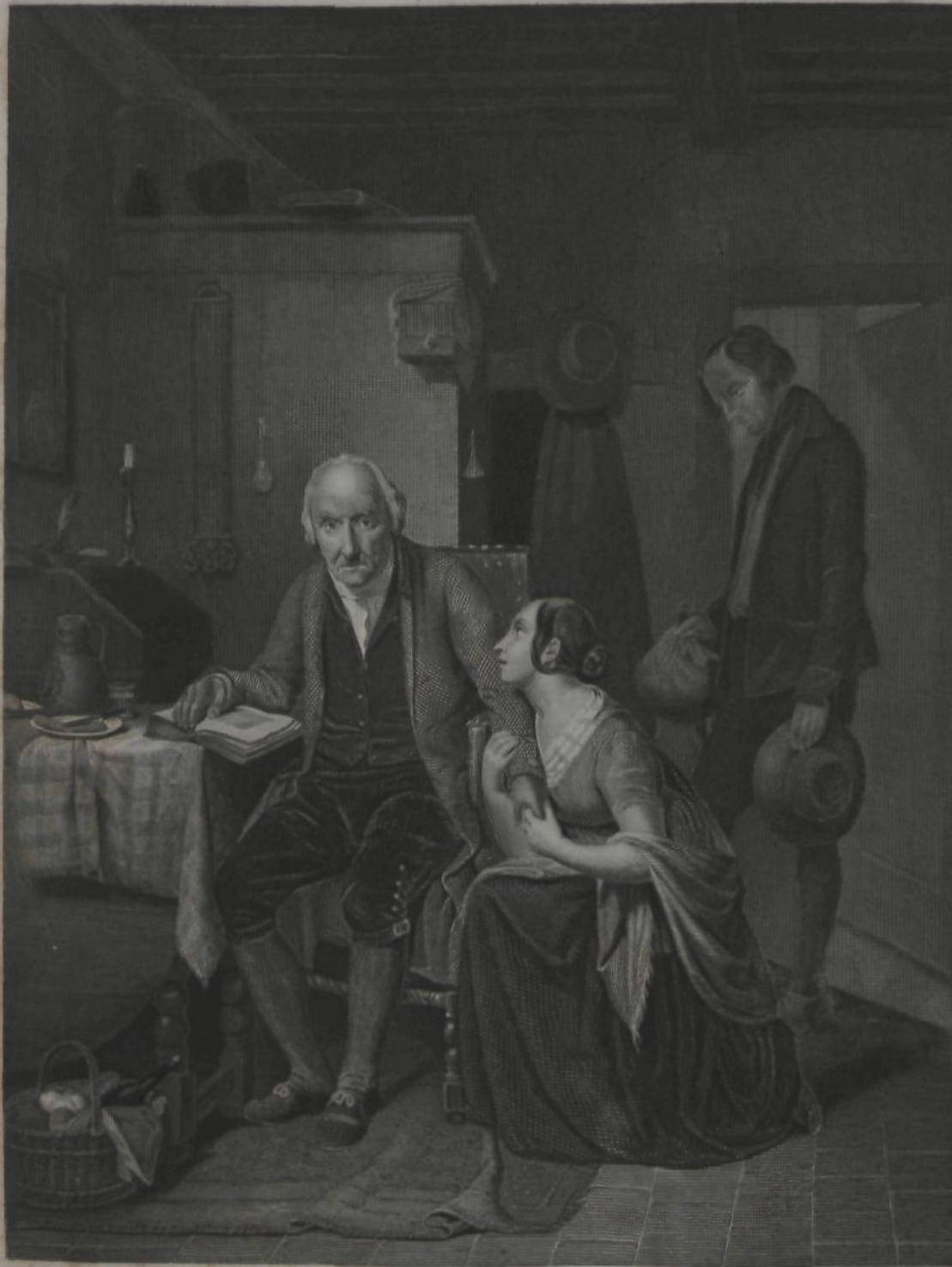


cuya delicada y vaporosa imágen aparece en medio de la desgarradora escena de asesinatos cometidos con la mas bárbara sangre fria en la noche y la madrugada del funesto 2 de setiembre de 1792, como una vision esplendente y bella en medio de las sombras de la mas horrible pesadilla; cuyo amor filial brilla mas porque viene á ostentarse en medio de un cuadro de tumulto y de muerte, ante un tribunal á cuya cabeza estaba Maillard, el verdugo del pueblo, uno de esos hombres que produce la espuma de la sociedad, y que domina la plebe, dice Lamartine, porque esta no puede sobrepujarle; y á cuyos miembros llama este mismo escritor, trabajadores de la muerte, embrutecidos por la miseria, la ignorancia y el hambre para quienes asesinar era ganarse la vida; entre un populacho que solo ahullaba gritos de venganza, y entre puñales, picas y espadas de las cuales no habia una sola que no chorrease sangre. Todos los escritores de la revolucion francesa al hablar de las funestamente célebres matanzas en las cárceles de París han hecho mencion de Mr. de Sombreuil, víctima salvada por el heroísmo de su hija; pero como acaso ninguno las haya pintado con la horrible verdad y energía que el autor ya citado de la *Historia de los Girondinos*, á nadie mejor que á él podíamos pedir la pintura de ese cuadro de filial ternura.

«Despues de Mr. Montmorin, dice continuando el relato de las ejecuciones, presentóse Sombreuil, gobernador de los Inválidos. Su hija, presa con él, era libre de salir; pero se habia negado á dejar la cárcel donde la encadenaba su amor hácia su padre. Hallábase desde el principio del degüello en el portillo del tribunal, aguardando que compareciese su padre y protegida por la piedad de los centinelas y carceleros. Preséntase Sombreuil: es condenado; la puerta se abre; brillan las bayonetas; su hija se lanza hácia él, se cuelga del cuello del anciano, le cubre con su cuerpo, y conjura á los asesinos que ó perdonen á su padre ó que con un mismo golpe acaben á los dos. Su actitud, su sexo, su juventud, sus cabellos esparcidos, su belleza aumentada por la emocion de su alma, la sublimidad de su sacrificio, el ardor de sus súplicas enternecen á aquellos sicarios. Álzase de entre la multitud un grito de gracia, las picas se bajan, y es concedida á la hija la existencia de su padre, pero á un precio horrible: quiérase que en señal de abjuracion de la aristocracia moje sus labios en un vaso lleno de sangre aristócrata. Mlle. de Sombreuil coje el vaso con mano segura, lo lleva á su boca y bebe á la salud del que la dió el ser. Esto la salva. Asócianse todos á su alegría: las lágrimas de los asesinos se mezclan á las suyas... El corazon humano tiene sus abismos. Aquellos monstruos, con los brazos teñidos en sangre, llevan en triunfo á Sombreuil y á su hija hasta su morada y les juran defenderlos contra sus enemigos.»

El heroísmo de Mlle. de Sombreuil deja muy atrás el heroísmo de Pera.

¡El amor filial de la jóven cristiana vale mucho mas que el amor filial de la jóven pagana!



*Intercession fraternelle.*  
*Sisterly Intercession Schwesterliche Fürbitte*  
*Siostro wstawiająca się*



## LA INTERCESION FRATERNAL.

( CUADRO DE LAAR. )

Las artes de imitacion que se dedican á reproducir las formas visibles de la materia, solo por un esfuerzo de génio muy difícil de apreciar pueden penetrar en el recinto misterioso é invisible del mundo moral, es decir, en la fiel reproduccion del hombre interior, en la esposicion de los arcanos invisibles del alma. Que la elocuencia, que la poesía, dueñas absolutas de un lenguaje creado por el espíritu y en que el espíritu ha reflejado gran parte de su propia actividad y hasta el secreto de sus mas íntimas operaciones, tracen con rasgos de fuego sus mas profundas ó brillantes sensaciones, es bello, es escantador, pero se concibe fácilmente. Que la música, que vuela por medio del movimiento por todas las regiones de la armonía, remede con sus sonidos simpáticos los latidos del corazon, y esprese con sus ecos vagos é indefinidos las mas puras sensaciones del alma, que son casi siempre vagas é indefinidas, no es tanto de admirar, porque realmente existe una misteriosa simpatía entre las nodulaciones armónicas y los movimientos del corazon. La música calma ó acelera su voz como los raptos de un pecho agitado, y como puede estenderse y variar sus impresiones, domina de tal modo al alma, que le hace sentir las convulsiones del furor con la misma facilidad con que la adormece en los brazos del deleite. Mas el pincel y el buril no tienen para modificar sino la materia. El universo visible es el gran panorama que se les ofrece: la creacion con todas sus bellezas, con sus embelesos, toda está á la disposicion del pintor que puede reflejar en el lienzo todas las luces y todos los contrastes, la brillantéz de los cielos y los resplandores de la tierra. La fantasía del artista puede crear tambien mundos quiméricos, regiones inaccesibles, profundidades á que no se ha atrevido á penetrar el pensamiento. Pero lo que mas asombra en su génio es el haber sabido internarse en el mundo moral, en el mundo de las sensaciones mas íntimas: el haber sabido delinear en el rostro humano las pasiones, las tempesta-

des que agitan, que oprimen, que arrebatan su espíritu. El pintor ha entrado en las honduras del alma, ha sondeado su profundidad, ha medido en cierto modo su fuerza y ha sabido marcar en la figura, en los mas mínimos detalles de su cuerpo y de su semblante, que es la mas viva espresion del alma, lo que esta tiene de mas íntimo y de mas reservado.

Esta filosofía de la pintura ha sido sin duda alguna la mas bella y la mas difícil de sus conquistas. El hombre moral, que es el estudio mas importante del filósofo, se ha hecho tambien el estudio del pintor, el cual ha debido observar con minucioso cuidado toda la naturaleza humana en la espresion de su fisonomía. Para el pintor se ha hecho necesario el conocimiento del corazon y la ciencia de sus misterios lo mismo que para el músico y el poeta; y para él será tan imprescindible el arte de la sombra y del colorido como un curso de sentimientos morales, además del estudio fisiológico del cuerpo humano, para observar la relacion entre las diversas situaciones del espíritu y su espresion exterior y visible.

En estos momentos no podemos menos que consagrar un recuerdo á los esfuerzos de un talento distinguido que dedicó entre nosotros algunas horas al estudio del hombre moral en un curso público en que distinguia y analizaba los sentimientos del hombre. Ni era aquel curso suficiente para los artistas; pero sí lo era para los filósofos, y aquellos podian aprender en él los sentimientos mas nobles del corazon humano, para que, auxiliados despues por la ciencia anatómica y fisiológica con aplicacion á las artes, pudiesen completar el estudio de la espresion exterior del hombre moral en sus diversas situaciones. La memoria de don Ramon Martí y Eixalá, una de nuestras glorias literarias, no se borrará tan fácilmente de entre los hombres pensadores que saben apreciar los recursos inagotables de un vasto y profundo talento y los esfuerzos de una incansable aplicacion.

En cuanto á la vida moral del hombre, ha dicho uno de los mas profundos observadores modernos, se despliega particularmente en los rasgos del semblante y en la movilidad de su juego. La suma de sus fuerzas morales y de sus deseos, su irratibilidad, las simpatías y las antipatías de que es susceptible, el poder que tiene de atraer á sí los objetos exteriores ó de repelerlos, todo esto se pinta en su semblante cuando está tranquilo. Y la turbacion de las pasiones en movimiento, se manifiestan en él asimismo por medio de las contracciones muculares, tan estrecha y necesariamente ligadas con los latidos del corazon, que la calma del semblante supone siempre una calma igual en la region del corazon y del pecho.

No en vano hemos querido sentar estos sucintos preliminares antes de entrar en la materia que forma el objeto del cuadro de Laar, *La intercesion fraternal*. En ella se encuentran vivamente espresadas las mas puras y delicadas afecciones de familia si esceptuamos el amor maternal. Es muy de observar que aun en la au-



sencia absoluta del corazón de una madre haya podido trazarse un cuadro tan interesante como el que presenta *La intercesion fraternal*. Pero no falta un corazón de mujer, que es á un tiempo hermana é hija, y que viene á constituirse como el centro y el foco de este grupo tierno y sublime.

Pasemos ahora á dar á esta escena muda el alma de la historia, de una historia muy natural y posible en el seno de la sociedad doméstica.

Alberto, el hermano de Laura, dominado por una pasión prematura, á que no pudo resistir, ha contraído secretos compromisos con una jóven honrada é inocente sin conocimiento de su padre Ernesto. Como las simpatías del corazón no siempre se avienen con los caprichos y desigualdades de la fortuna, Emilia, la que Alberto ha escogido por esposa, no corresponde al primogénito de Ernesto, ni en nacimiento ni en posición de familia. Ernesto acaba de descubrir este secreto terrible que hiere lo más íntimo de su alma, y desvanece de un soplo todas sus esperanzas. Ofendido por la reserva de un hijo, que su mismo delirio paternal le presenta como una ingratitud y hasta como una infidelidad, lo primero que se le ocurre es desterrar al hijo del hogar paterno, y sin negarle lo que le concede la ley, rehusarle todo lo que prodiga el amor de un padre, dejándole abandonado á sí mismo y al infortunio que él mismo se ha labrado.

La candorosa Laura, la doncella cuyo corazón, vírgen aun, no late sino por su padre y por su hermano, que había sido la confidenta de sus amores y de sus congojas, oprimida, aterrada de dolor, no tendrá fuerzas para sobrevivir á la gran tragedia que se prepara en el hogar doméstico: la sola idea de aquel destierro le desgarrá el corazón, ver separados dos seres tan queridos que su amor confunde en uno solo! Vivir sin el tierno compañero de su infancia, aquel de quien era tan puramente amada, que le abría siempre todo el pecho! Vivir con un padre ofendido, indignado con un hijo ingrato! Devorar todos los instantes el amargo desahogo del resentimiento paternal! Ah! no... Alberto está para marchar. ¿Lo hará sin ver á su padre? ¿Se despedirá de él? ¿Se arrojará á sus piés? Ernesto ha dicho que no quiere verle. No le maldice, pero le niega su bendición. Laura, anegada en llanto, le detiene: en vano forceja Alberto para desasirse de sus brazos, le empuja, le arrastra con una fuerza irresistible hácia el umbral del aposento en que Ernesto silencioso y cabizbajo pasea por las páginas de un libro sus ojos que chispean la ira sobre un fondo de dolor. El momento es oportuno: el corazón de Laura, impulsado por el más noble de los instintos, va á probar un esfuerzo supremo: se deshace repentinamente de su hermano y se arroja á los piés de un padre indignado cuya sangre bulle con todo el hervor de la indignación. Sorprendido el viejo, no rehusa su mano trémula á la hija, que la estrecha entre sus brazos, arrojando al padre miradas de ternura y de amor.

Entretanto la figura sombría de Alberto se dibuja sobre el umbral inmóvil silenciosa como la estatua del dolor. Con el sombrero en una mano y un



lio de ropa en la otra aguarda cabizbajo y temblando la solución de aquella escena de mortal angustia. El semblante del anciano deja entrever entre los trasportes de la ira la lucha del amor paternal. Su indignacion se halla fuertemente combatida por los suspiros y por los ruegos de una hija postrada y que viene á ofrecerse como una víctima de expiacion. El padre no la mira , pero no le retira la mano. Sus entrañas se conmueven , y aquellos instantes de calma en los que la ternura y el encono se libran la última pelea , hacen esperar que no en vano habia apurado sus recursos la intercesion fraternal.

Maldicion al que forceja para romper los dulces y santos lazos de la familia y destruir sin piedad ese centro de todas las dulzuras , ese foco de todas las virtudes ! Maldicion al que , so pretexto de engrandecer la dignidad del hombre, le quiere embrutecer hasta un grado inferior al de las fieras ! al que queriéndole dar la libertad del salvaje le hace esclavo de sus bajas propensiones y reo de todos los crímenes ! Reservado estaba para oprobio de la civilizacion la idea de ahogar todos los sentimientos mas puros de la naturaleza para regenerar la sociedad. La sociedad nació de la familia , y es ella tambien una gran familia. Quitad esos lazos sagrados y convertiréis la humanidad en un agregado de monstruos prontos á devorarse unos á otros.

Despues del amor conyugal y del recíproco que engendra la paternidad , el amor fraternal es el mas puro de todos. Verdad es que la envidia es su principal enemigo , y que la historia del mundo nos ofrece cuadros desastrosos. Un hermano fué el que dió la primera víctima á la muerte , y el fratricidio se presenta como el segundo pecado original en la historia de los hombres. Pero en cambio, ¡ con cuánta ternura no debieron amarse los primeros hermanos , á quienes fué indispensable confundir con el amor fraterno el delicioso amor conyugal ! El delicado Gesner que , digno émulo de Milton, emprendió trazar con su hermoso pincel el cuadro de la primera familia desterrada del paraíso , y la muerte del primer inocente como una sangre destinada á espigar en parte los primeros crímenes que mancharon la tierra, traza con un colorido encantador el amor conyugal de los primeros hermanos. Despues de haber puesto en boca de Abel un himno de alabanza al Criador, nos lo presenta sentado junto á su hermana y esposa Tirza, la cual, arrobada por un trasporte religioso, parecia escuchar aun cuando Abel habia terminado su cántico. Entonces, despues de haber pasado su brazo de azucena en torno de su cuerpo , le mira tiernamente y le dice : ¡ Oh amor mio ! ¡ cómo elevan tus cantos mi alma hácia Dios ! ¡ Oh amado mio ! ¡ no solo tu tierna solicitud protege mi cuerpo mas débil que el tuyo , sino que hasta mi alma toma un vuelo siguiéndote á tí ! Cuando ella se separa de su sendero , cuando no ve mas que tinieblas á su derredor , y cae en un inocente estupor , entonces tú la sostienes , tú disipas las nubes que la envuelven y conviertes su sorpresa en admiracion y en entusiasmo. ¡ Ah ! ¡ cuántas veces he dado gracias á la eterna bondad !



á cada momento la bendigo con lágrimas de gozo por haberte criado para mí y á mí para tí, pues, acordes en todo lo que el alma puede pensar y desear el corazón, los dos somos formados el uno para el otro.

Mientras que así hablaba, el tierno amor derramaba gracias inesplicables sobre cada palabra y sobre cada gesto. Abel no le respondió; pero las lágrimas de placer que corrían por sus mejillas mientras que tiernamente la miraba y la estrechaba contra su seno, espresaban mejor sus sentimientos de lo que podían hacerlo las palabras. Ay! tal era aun la felicidad del hombre, bien que caído de la purísima región de la inocencia original, cuando contento todavía con lo necesario, no pedía á la tierra mas que la fruta que generosa le concedía, no imploraba del cielo sino la virtud y la salud. Su descontento no habia multiplicado aun sus deseos insaciables que inventaron necesidades sin cuento y que sepultaron su dicha bajo el peso de mil desgracias. ¿Qué les faltaba entonces para vivir unidos con los lazos mas felices sino el amor, la virtud y los encantos? En vez que ahora, oh! con harta frecuencia amantes virtuosos que el amor habia formado el uno para el otro, se consumen en tristes ansias sin esperanza de poder unirse jamás, ó porque la indigencia amenaza sus días de escasez y de miseria, ó porque el orgullo ó la falsa ambicion de los padres trastorna tiránicamente sus tiernas afecciones.

Así pues se confundieron dulcemente en un principio el amor conyugal y el amor fraternal, cuando los hermanos debían tambien ser esposos para la conservación y el aumento del linage humano. Mas despues, adelantadas ya las generaciones, la pródiga y pudorosa naturaleza separó sin esfuerzo estos dos amores dejando al uno los dulces misterios del pudor y las delicias del goce legítimo, convirtiéndolo en placeres los tormentos mismos de la privación, y dejando al otro la tierna intimidad que produce el lazo de la sangre, la confianza desde la cuna al sepulcro, y el entero abandono á las mas puras é inocentes afecciones. La amistad de aquellos hombres, decía Plutarco, á quienes unió la familiaridad ó la franqueza de carácter no es mas que una sombra ó imágen desfigurada de aquel amor primero que inspiró la naturaleza á los hermanos para con sus hermanos. Y el que no cultiva y respeta este amor ¿cómo podrá ofrecer una garantía de ser benévolo con los otros? Nada estrecha tanto á los hombres en mutua caridad, añade Ciceron, como el vínculo de la sangre, pues es mucho tener los mismos monumentos de sus mayores, usar de los mismos vasos sagrados, y tener comunes los sepulcros.

¿Quién mas amigo para un hermano que su hermano? dice Salustio, ¿ó qué extraño encontrarás fiel si fueres hostil á los tuyos?

El mismo Plutarco se lamentaba ya de que en su tiempo se hubiese relajado tanto el sentimiento fraternal. En nuestra edad, decía, creo tan rara la amistad entre hermanos como lo fueron en otro tiempo las enemistades, las cuales, como



contrariaban la ley de la naturaleza, quedaron consignadas como tristes ejemplos de la fatalidad y del crimen en las tragedias y en los públicos teatros. Nadie hay que no se horrorice del odio implacable que se profesaron hasta la muerte los hijos de Edipo, Eteodes y Polinice, odio que se ha ido perpetuando hasta nuestros días, haciendo esclamar á un gran poeta contemporáneo con motivo de la guerra fratricida entre dos príncipes de Portugal :

Crímen ! infando crimen ! Una el habla,  
Unas las aras son : corre la sangre  
De un padre por las venas  
De los dos contendores,  
Y una mujer en su materno gremio  
Ay ! con dolor á entrambos concibiera.  
¡ Nudos bellos de amor ! Al golpe horrible  
Del hierro fratricida rotos caen :  
Se estremece Natura  
Ay ! y las ves ? Ya ahullando  
Sobre tus torres, ó Ulysea, vagan  
Las furias de Montiel y las de Tébas.

Jacob y Esau luchaban ya en el seno de su triste madre. La envidia fraternal vende al jóven é inocente José como un esclavo, pero este deja despues generosamente vengado el amor fraterno con aquella palabra de caridad que tantas lágrimas ha hecho derramar á las almas sensibles : Yo soy José, vuestro hermano el que vendisteis en Egipto !

Así es, para consuelo de la humanidad, como la envidia fraternal ha tenido grandes compensaciones. Nuestras historias han salpicado tambien con estas luchas impías algunas de sus páginas, que han manchado los Pedros y los Berengueres. La antigüedad nos ofrece grandes rasgos de amor fraternal. Caton de Utica, Scipion, Emiliano, Proculeio, citado por Horacio, el mismo Tiberio fueron dechados ilustres de amor fraternal, así en vida como en muerte. La antigüedad y la historia celebran con encomio y entusiasmo á esos hombres célebres solo porque se dejaron llevar con fuerza de uno de los mas dulces sentimientos de la naturaleza.

Refiere el mismo Plutarco, que habiéndose querellado dos hermanos espartanos, el uno contra el otro, los eforos ó magistrados multaron á su padre por no haberles inspirado en su infancia sentimientos mas virtuosos y fraternales. Pocos moralistas, sin embargo, se han detenido en analizar y profundizar los principios del sentimiento fraternal. El ilustre autor del Génio del Cristianismo, que al recorrer los diversos caracteres, ya naturales, ya sociales enaltecidos por la religion, traza con tan vivos rasgos el de padre, de esposa, de hija, etc., apenas se detiene en el hermano. Parece imposible que este campo tan accesible y en el cual se encuentran la mayor parte de los hombres, haya quedado casi vírgen para el filósofo observador. Por desgraciá este dulce sentimiento no se halla tan





generalizado como seria de desear. A pesar de las ventajas inmensas de la union doméstica, vemos muchas veces reinar con los hermanos, sino una discordia cruel mas ó menos encubierta, una absoluta indiferencia. Se ha dicho que la familiaridad enjendra menosprecio; pero será porque falta la virtud, pues la familiaridad del vicio no hace mas que fermentar otros vicios y producir un activo y mortal veneno. Los que han creido estudiar algun tanto la naturaleza humana han encontrado en el origen de estas divisiones ó antipatías, entre otras las causas siguientes: El hombre quiere ser libre en sus acciones: sus parientes no son gentes de su eleccion: los beneficios que les hace son deudas en opinion de ellos y de él, y los paga de mala voluntad, ya porque considera oprimida su libertad en esto, ya porque se imagina que sus beneficios no serán agradecidos. Pero esta es la voz helada del egoismo y del aislamiento del alma, contrariada por la poderosa voz de la sangre y por las mas puras aspiraciones del corazon. Así es que en las familias verdaderamente virtuosas, de puros y rectos sentimientos, brilla siempre vivo y fecundo el sentimiento del amor fraternal, que llevando su origen del seno materno, crece como las ternuras de la infancia y se va robusteciendo con los años y con la intimidad del trato. No hay duda que el interés suele ser el móvil de las disensiones domésticas; pero en las almas grandes y generosas esa misma comunidad de intereses suele ser un motivo mayor para amarse y estrecharse mas. ¡Qué bello y encantador es el cuadro que ofrecen aquellas familias hermanas prestas siempre á socorrerse mutuamente y viviendo la una para la otra! ¡Cuán dulce es aquella union de corazones que miran como propias la prosperidad y el infortunio del hermano y de su familia, prestos siempre al mútuo socorro y hasta al sacrificio! ¡Cuán grato es el multiplicar los gozes y las delicias de la vida con las purísimas afecciones del amor fraternal!

*Cuando este lazo une á los distintos sexos, es mas frecuente la union y mas fácil la simpatía. Entonces aparece el amor del hombre con la mujer sin el delirio ni las flaquezas de la pasion, sin la versalidad que producen las ilusiones, dominan el alma en una fuerza siempre igual é irresistible, siempre fuerte y desinteresada. Entonces es cuando la ternura fraternal se abandona sin rubor á todos sus extremos, haciendo alarde de ellos como de un virtuoso desahogo. ¡Y sus inocentes ósculos, tan ardientes con el fuego de la pasion, son tan puros como los de una madre á su hijo! ¡Dichoso el que ha sentido el amor de una hermana, el mas puro y generoso despues del maternal!*

El cristianismo, que ha purificado y engrandecido todos los sentimientos naturales de una manera asombrosa, no ha olvidado por cierto el de la afeccion fraternal. Aun ha hecho mas, estrechando mas íntimamente los santos lazos de familia, saliendo tambien de ella ha ensanchado indefinidamente la esfera del amor fraternal, poniendo en boca de la caridad, que es su gran precepto, la palabra *hermano* para con todos los hombres. Hermanos fueron los que corrian á



los circos á ser devorados de las fieras para dar testimonio de su fé. Hermanos fueron los que se sepultaron en las honduras del desierto para huir del nuevo diluvio de los bárbaros. Hermanos los que se reunieron en los claustros en medio de la soledad, como en un arca santa para salvar las reliquias de la civilizacion del mundo. Hermanos son los que corren aun hoy para enseñar al indio y al salvaje que hay un Dios, un alma y un cielo, y hermanas son las que como ángeles de consuelo aparecen entre la sangre y el carnaje de los combates para curar las heridas del cuerpo y suavizar las llagas del alma.

Mirémos la fraternidad bajo otro aspecto no menos bello. ¿Quiénes pueden llamarse con mas propiedad hermanos que los hijos de una misma patria? ¿De dónde nace sino de esta afeccion natural el horror con que es mirada una lucha fratricida? ¡Ay! nosotros hemos apurado repetidas veces ese cáliz de amargura, ese infortunio supremo al cual está fulminada la desolacion de los imperios. Cuando aparece una gran calamidad, cuando la Madre comun se ve amenazada ó llora en el cautiverio, ó sufre, entonces es cuando se inflama el amor de sus hijos, que es al propio tiempo un amor fraternal. En estos momentos de puro entusiasmo en que nuestra patria tras medio siglo de aciagas discordias y de convulsiones terribles ve asomar por primera vez bellos dias de gloria, ¿á dónde se dirige naturalmente la vista y el corazon sino á las playas africanas en donde hermanos nuestros, á costa de sus fatigas y de su sangre, nos compran frescos laureles para ceñir las sienes de nuestra madre? Gloria pues á nuestros hermanos! ¡Mas ay! que al llenarnos de un noble orgullo por la fiereza heróica con que humillan la cerviz del que ultrajó nuestra España, las entrañas se parten de dolor por la sangre y las lágrimas que se han derramado. ¡Cuántos padres huérfanos! ¡cuántas madres desconsoladas! ¡cuántas esposas viudas! cuántos hijos sin amparo! Cuanto mas alto es el trono de esplendor á que ha ascendido la patria, tanto mayor y mas ancho es el fúnebre pedestal sobre que ha debido elevarse. Las tempestades, las dolencias, las fuerzas casi insuperables de la naturaleza han secundado el furor de nuestros enemigos para disputar la victoria á nuestros soldados. Pero nuestros hermanos han vencido, han triunfado como en los dias mas bellos de nuestra historia. Las sombras del Cid y de Guzman, las de Gonzalo y de Cortés hubieran podido contemplar con júbilo desde sus tumbas á unos hijos dignos de ellos. El sol de la gloria no se ha eclipsado para España, así como no se ocultaba nunca en sus vastos dominios. ¡Héroes del África! El mismo amor fraternal que nos hace derramar lágrimas de júbilo por vuestros triunfos, que son tambien los nuestros, nos hace derramar lágrimas de dolor por vuestros sufrimientos y vuestros sacrificios. ¡Sirvan ellos de espiacion ante el Eterno sobre las aras de la patria, para que nunca mas en el suelo español derrame el hermano la sangre de su hermano!





*Los Chantres  
The Singers  
Pae Singer  
Germany*

Published for the Proprietors by All P... President of the...



# LOS CANTORES.

( CUADRO DE ROMBOUTS. )

Á varias clases de personas es aplicable la palabra cantor , y clases tan distintas entre sí que no tienen unas con otras mas punto de contacto que cantar. Prescindiendo de la delicada cuestion de si el hombre cuando canta es porque está contento ; dejando á un lado aquel dicho proverbial de que cuando el español canta ó rabia ó no tiene blanca , dicho que me parece una solemne majadería ; haciendo caso omiso de aquello de que por dinero canta el perro y por pan si se lo dan , lo cual es una mentira porque el perro no canta nunca , ni sus gritos pueden jamás ni por semejas parecer cantos ; y aun negando lo otro de segun canta el Abad responde el sacristan , porque rara vez los sacristanes contestan en conformidad con el canto del Abad , creo firmemente que hay cantores que cantan sencillamente porque les da la gana de cantar , otros que cantan por obligacion , y no pocos que cantan porque cantando ganan dinero y adquieren gloria. Á los primeros pertenecemos todos , y forman una especie de aristocracia de la clase los cantores á que damos el nombre de aficionados : llenan las plazas del segundo grupo la gente de iglesia , varones y hembras , y , por fin , la tercera clase la forman los cantores de profesion ; pero en cada una de esas tres series , ¡ cuántos grados , cuántas variedades , cuánta diversidad encontramos ! Desde luego á ella pertenecemos todos porque un dia ú otro , en esta ó en aquella edad , bien , mal ó medianamente todos cantamos cuando nos da gana de cantar , lo mismo que alguna vez saltamos , lo mismo que hablamos aun cuando no hay necesidad de ello , y lo mismo que hacemos otras muchas cosas , de las cuales podríamos ahorrarnos la mayor parte. Á esta série pertenece el pillo que va por la calle cantando á gritos un pedazo del D. Simon , ú otra cosa cualquiera de las que están



de moda ; las criadas que se acompañan con el ruido del fregadero la canción que oyeron á un ciego , ó á otra princesa de cocina ; el mancebo artesano que ya puja un poco mas alto y canta jotas , cachuchas y retazos de zarzuela ó de ópera , segun se lo permite la garganta ó se lo sugiere el gusto ; el marinero en las noches tranquilas en que el buque se mece dulcemente al abrigo de algun puerto ; el soldado mientras limpia el correaje y el armamento ; el arriero mientras limpia los caballos , y todos ellos en dia de carnaval , ó de fiesta de aldea , á que acuden , no tanto por devocion al Santo tutelar como por el gusto de aumentar la muchedumbre que va á formar esa misma muchedumbre. Á la cabeza de toda esa democracia figuran como los aristócratas de la série los que modestamente se llaman aficionados , quienes si el maestro que los dirige no les va muy á la mano y no tiene sobre ellos tanto influjo cuanto es menester para que sufran humillaciones de su parte , suelen empeñarse en cantar las piezas mas difíciles de una ó mas óperas , sin advertir que cuanta mayor es la dificultad , tanto mas fácil es que desbarren. Esos cantores cuentan de antemano con los aplausos de los oyentes ; lo cual es en mi concepto una de las razones porque generalmente no hilan muy delgado , y porque continúan cantando algunos que seria muchísimo mejor que no cantaran. Es circunstancia indispensable en los tales hacerse de rogar mas ó menos , y así se asegura mas el aplauso , porque obligarlos casi á cantar , y no premiar su condescendencia con un palmoteo , seria propiamente una descortesía y hasta una desvergüenza. Lúcenlo esos señores en las tertulias como antes se llamaban , ó reuniones , segun se llaman hoy dia , y son varones y son hembras , y hay bajos serios , barítonos , tenores , tiple , contraltos y bajos cómicos , y por cierto muy caricatos , y hay todas las medias tintas entre esas tintas principales. Item mas , tambien hay coristas que no tienen ninguna voz decidida , pero que en un coro desempeñan su papel con el mismo acierto con que dejan airoso el suyo las partes principales , y por esto son igualmente aplaudidos. De estos casi puede asegurarse que no se hacen de rogar , sino raras veces.

Viene luego el grupo de los cantores por obligacion , cuyo número ha disminuido en nuestros tiempos hasta de un ochenta por ciento. En este grupo rigurosamente hablando no va comprendida , como ya he dicho , mas que la gente de iglesia , curas y monjas , que quieras que no , con voz ó sin ella , con bueno ó mal humor no tienen mas remedio sino cantar diariamente en el coro prima , tercia , sexta , nona , la misa mayor , vísperas , completas , maitines y laudes , amen de los oficios de difuntos , Te Deum , responsos , funciones extraordinarias , salmos penitenciales en su dia , y otras mil cosas , cuya enumeracion seria muy prolija. Y cuenta que ese canto , que parecerá cosa muy sencilla á los que nunca han sido curas ni monjas , es cosa mas fatigosa de lo que parece , y que sobre todo tiene contra sí que hay que hacerlo todos los dias , sin excusa ni dispensa alguna. Y las pobres monjas todavía tienen otro tormento , y es que como no saben



la lengua latina , cantan , cantan como gilgueros, y las pobrecitas no saben lo que dicen , ni pueden admirar la sublime sencillez de los versículos que van cantando. Y aun por esto me ha parecido siempre un grandísimo déficit en las monjas no saber latin ; si así no fuera cantarían mejor y si cabe con mas devocion, acentuarían mas su canto , y sin duda se quedarían pasmadas al comprender cuán bello , cuán grande , cuán magnífico es todo lo que cantan. Á la verdad, en el año 1845 en que se reformó el antiguo plan de estudios , dándole un aire mas acomodado á las necesidades de la época , creí que sus autores se habrían acordado de las monjas , pero no hubo tales carneros: y aunque desde luego esperamos que tras un plan vendría otro , y luego otro porque las obras humanas siempre son susceptibles de mejora , como entre otras no dejan dudarlo esos mismos planes , y esperamos al mismo tiempo que en alguno de esos planes futuros se hablaría de monjas, tambien nos hemos llevado chasco : no parece sino que ellas son las únicas que han de ignorar el latin , mientras se obliga á saberlo á todo el género humano. Hasta el griego , Señor, hasta el griego lo hemos de saber todos so pena de no poder nunca ser cosa de provecho, y, no obstante, las pobres monjas continúan condenadas á ser cotorras ó loros , que hablan y hablan y no saben lo que dicen. ¡ Qué lastima ! Pero no desconfiemos, planes de estudios han de venir , á lo menos á razon de uno por director general de estudios , y harto será que antes de acabarse el siglo no se establezca en el locutorio de los conventos de monjas una cátedra siquiera de latin para esas pobrecitas, quæ nesciunt quid dicunt.

Entre los cantores que llamamos cantores de obligacion, los hay que sin dejar de cantar por obligacion, cantan hasta cierto punto por gusto, como son los sochantres, que al fin pertenecen á los bajos profundos: y estos si bien tienen vocacion de eclesiásticos reúnen á la vocacion la buena voz, el estudio de la música y el gusto por el canto. Cuando se oye entonar en alguna de nuestras catedrales el Dixit Dominus Domino meo , sede a dextris meis, ó el Benedicite pueri Domini, laudate nomen Domini, ú otro salmo, por uno ó mas sochantres siguiendo el magnífico canto gregoriano, verdaderamente se siente uno conmovido, y le parece que aquel es el canto único digno de emplearse en las alabanzas de Dios ó para demandarle su santo auxilio. Toda la música, todos los cantos por bellos que sean fatigan á puro de ser oidos ; el de la iglesia con ser tan sencillo, y tal vez por lo mismo de ser sencillo no cansa nunca, y aun cada vez parece nuevo, y cada vez conmueve é inspira lo mismo. ¡ Qué bien supo comprender su autor lo que debia ser ese canto, y cuán grande y sábia ha sido la iglesia católica en conservarlo!

Tambien pertenecen á la série de cantores por obligacion los maestros de música, pues para enseñar, que es propiamente su profesion, se ven en la necesidad de cantar todo lo que enseñan. Y el oficio de estos muy señores míos tiene un percance espantoso, capaz de espantar á dichos maestros, si en su ánimo cu-



piera el espanto. Como que dan lección á personas de distintas clases de voz, es indispensable que remeden todas las voces, y ahí los tenemos cantando de bajo, de tenor, de barítono, de tiple y de contralto, haciendo gorgoritos y gorgeos, y trinos y toda esa bataola de travesuras musicales, que los compositores inventan propiamente para el tormento de los maestros. ¿Y qué resulta de esto? Resulta que los maestros ¿quién lo diría? no tienen ninguna voz, ó por mejor decir, tienen una voz infame, se ahogan por lo bajo, y se despepitan por lo agudo, y en los gorgeos no dan puntada, y en los trinos dan gato por liebre; pero en medio de todo eso afinan y su *la* es el *la* del *corista* ni mas ni menos. Oír cantar á un maestro es cosa muy chistosa, y formalmente hablando lo que ellos hacen es de lo mas difícil que puede hacerse en el mundo.

Tambien cantan por obligacion los serenos, pues su oficio no es mas que rondar las calles durante la noche vigilando para que las puertas de la calle estén cerradas y no haya quien pretenda abrirlas por la parte de afuera, y dar auxilio á los vecinos que por cualquiera causa lo demanden. Mas sin duda algun alcalde corregidor, amigo del canto, les impuso, no sabemos cuántos años ha, la obligacion de pasar la noche cantando para dar noticia á los vecinos que no duermen de la hora que es y del tiempo que está haciendo, diligencia casi inútil porque entre campanarios y casas son muchos los relojes que se oyen, y en cuanto al tiempo no me parece que importe un bledo saber si á las dos de la madrugada está nublado ó sereno, pues en cuanto á llover bien lo oye el que está despierto, y el que duerme ni oye la lluvia ni oye al sereno. Y sucede que como los serenos no se eligen por la voz, y desde que entran en el oficio quedan condenados á sufrir el relente, suelen tener voces malísimas, que resonando en el silencio de la noche parecen salir de una tumba. Por fortuna suya los corregidores se han ido compadeciendo de ellos, y reduciendo los compases de su cantinela, que ya solo puede abreviarse muy poco. Antiguamente el sereno decia: Alabado sea Dios, las once han dado, y nublado: hoy dice: las once, nublado. El presupuesto de su canto se ha disminuido un sesenta por ciento. Aun podria suprimirse el artículo, y hasta la palabra *sereno*, pues como este es el estado normal de nuestra atmósfera, debería suponerse tal cuando el canto no dijese *nublado*.

Ahora nos encontramos con unas cantoras que ni lo son por gusto, ni por obligacion, y que sin embargo cantan casi, casi á impulsos de aquel y de este. Hablamos de las madres que cantan para adormecer á sus hijos. No hay canto mas tierno, y su inventora, pues debió de ser madre, dió tan perfectamente en el blanco, que ese canto es un verdadero soporífero para todas las edades. Canto monótono, pausado, con una caída que remata en un semisuspiro que es su golpe de gracia: canto que es el mismo en todas las clases sociales, canto que nadie enseña, y que las mujeres lo oyen indiferentemente cuando solteras, y en que prorumpen de repente cuando son madres sin correrse ni importarles de que



las oigan , canto en que jamás desafinan , canto que muchas veces es el único que saben , y que nunca se resiente del bueno ó mal humor de la madre que lo ejecuta. Ese canto es un recuerdo dulcísimo en todas las edades , lleva envuelta una ternura inefable , y es uno de los mas grandes consuelos del tierno hijo, que aun antes de pronunciar una palabra y hasta de conocer el rostro de la madre la distingue perfectamente por la voz con que le canta ese canto que llama á sus párpados un dulcísimo sueño , tan dulce que nunca mas lo dormirá igual en su vida.

Nos falta el último grupo , el de los cantores que lo son para ganar dinero y granjear gloria. Esos son los cantores por escelencia , el bello ideal de cuantos cantan. Pero ¿ en ese grupo ocupan todos el mismo lugar ? ¿ Son realmente un grupo ? No , mas bien una larga *série* que forma una escala , cuyos escalones distan mucho unos de otros, y la escala, contra todo lo que en las tales acontece, no se presta á ser subida hasta el fin por el que comenzó á subirla. Así hay quien *no pasa nunca del primer escalon* , mientras otros de golpe y porrazo se soplan en uno de los últimos. Ocupan su primer escalon los ciegos que, ya solos, ya con sus esposas , y á veces con sus hijos se fincan en una plaza , y están seguros de tener luego un numeroso auditorio compuesto de soldados , criadas y otra gente menuda. Con acompañamiento de una sebosa y vieja guitarra , y tal cual vez de un pandero, cantan solos , ó haciéndoles duo la consorte , algunas canciones por lo comun poco edificantes , y en las cuales á vueltas de muchos sandeces hay alguna idea pizmienda que hace reir á los embobados oyentes. Cuando acontece algun caso raro , que así le llaman ellos , esto es , algun asesinato atroz , con la prision del reo y con la sentencia de muerte al canto , no falta luego en el repertorio del ciego el consabido romance de poeta que ocupa en la escala de los que suben al Parnaso el mismo escalon que el ciego en la escala de los músicos. Nuestro hombre vende tambien el romance, no sin ponderar en la perorata , que viene á ser el recitado de su canto, la rareza del suceso acontecido, y sin añadir alguna moraleja de su propia cosecha. El pobre ciego no sube nunca mas arriba del primer escalon , y bien que mal gana su vida cantando , y haciendo la fortuna de cuarto en cuarto, porque es de advertir que el ciego, moderado en sus deseos, tiene muy poca ambicion , limitándose casi á la de dinero , y aun en ella se contenta fácilmente.

Á la par con el ciego están los grupos de muchachos, ó de mujer y niños, ya nacionales ya extranjeros , que alguna vez recorren nuestras calles , cantando lo que Dios les da á entender , acompañándose con instrumentos tan pobres como sus dueños. Tambien es una y muy limitada la ambicion de estos cantores , los cuales como no despiertan la lástima que naturalmente inspira el ciego , son no pocas veces molestados por la turbulenta muchachería , y siempre muy poco recompensados, de manera que tienen sobre el ciego la inmensa ventaja de la vista, pero de seguro granjean menores lucros.



En la escala de los cantores que aspiran á la gloria y á la fortuna hay muchos escalones que esperan dueño ; así es que para recorrerla un narrador tiene que andar á saltos pasando de una vez muchos escalones. Así nos sucede ahora, en que de un brinco , y para huir del *miscere sacra profanis* hemos de ir á parar á los cantores llamados de capilla de música, esto es , á los cantores de iglesia, que en nuestro país son todos varones. Los tiple son siempre niños , y entre los contraltos hay alguna vez hombres ya formados. No es allí en donde deben buscarse las mejores voces, pues salvo las escepciones necesarias, las voces de esos cantores por lo general son de poca extension, aunque en los bajos suele haber volúmen. No sabemos si podrá contribuir á ello , y nos inclinamos á creerlo , el que la música sagrada, mas grave que la teatral , no se lanza á esas travesuras que dan agilidad á las gargantas ; pero ello es que los cantores de capilla no son gente de gorgoros ni de *fioriture* , sino de canto ajustado y por lo comun reducido á pocas notas. Repetimos que hay en esto sus escepciones, y en cuanto á conocedores del arte y á músicos , la mayoría de ellos pueden dar media docena de vueltas á los cantores mas encopetados.

No sabemos si encima si debajo ó en el mismo escalon tienen derecho á colocarse los cantores de zarzuelas. Los ponemos aquí para no confundir , segun llevamos dicho , lo sagrado con lo profano. Entre los tales hay muy pocos de gran voz , y no lo admiramos , porque como casi todos son anfibios , esto es , cantan y declaman , habiendo comunmente empezado por lo último y continuando en declamar mientras cantan zarzuelas , no juzgamos que sea ese ejercicio el mas á propósito para mejorar y conservar la voz para el canto. Entre ellos los hay que adquieren gloria , todos salen del paso y todos granjean lucros.

En la cúspide de la escala tienen pretension de colocarse todos los operistas, y de oficio se colocan realmente en ella : mas son muy pocos los que ocupan ese lugar con derecho de ocuparlo. Es sin duda la clase en que despuntan mas usurpadores. Entre los tales los hay que no saben una jota de música, y estos son la desesperacion del maestro del teatro que les ha de repasar y enseñar los papeles, y allí es en donde los pobres maestros arruinan por completo la voz que les dió la naturaleza : allí es en donde en el espacio de dos horas han de imitar todos los papeles de una ópera , en donde no hay ni puede haber papel alguno realmente ajustado á la voz que tienen, porque no tienen voz conocida : allí es en donde los maestros se han de transformar en compositores de óperas, apuntando el papel de la tiple , bajando el del tenor, subiendo el del barítono y combinándolos todos, porque esa tiple no da puntada en los agudos , el tenor tiene muchos puntos de cabeza y pocos de pecho, el barítono no tiene puntos bajos y canta de garganta : el otro no conoce el canto *spianato*, el de mas allá no tiene sino agilidad de garganta ; este no sirve para las piezas concertantes, y estotro se hace silbar en los alegros. A esos señores les hizo asco el Conservatorio, se ajustaron antes de tener

ajustada la voz, y los pobres maestros de un teatro han de hacer lo que no tuvo tiempo de verificar el maestro del Conservatorio. Sin embargo todos ellos aspiran á ocupar el mas encumbrado travesaño de la escala, y se ajustan como dignos de ese puesto; hasta que vienen el maestro y el público, y aquel con dulzura y este con esplicaciones muy claras les dicen que no merecen subir tan altos. Entonces no tienen mas remedio que renunciar á la gloria, pero se quedan con el dinero: y ajustados luego para otro teatro aspiran nuevamente á las dos cosas. Ya los hay sin embargo que las adquieren ambas porque saben merecerlas. Los Remorini, los Bonoldi, los Tamberlik, los Lablache, los Tamburini, los Verger, los Badiali, los Lunati, las Ekerling, las Pasta, Tachinarsdi, Persiani, Mallibrán, Grisi y otros y otros con razon y justicia aspiraron á satisfacer y satisficieron una y otra de esas dos ambiciones. Ellos hicieron conocer lo que vale y lo que puede el arte, ejercido por quien tiene todas las dotes necesarias; ellos conmovieron el corazón é interesaron el alma de sus millares de oyentes, ellos colmaron de placer y aun enseñaron á los mismos maestros de los teatros, ellos procuraron á los compositores la gloria y la fortuna que nunca sin ellos hubieran alcanzado, y ellos en fin vieron coronados su talento, su habilidad, sus conocimientos y su trabajo con la gloria y con la fortuna.

¿Y á cuáles de todos esos cantores pertenecen los representados en esta lámina? A ninguno. Estos cantores no los conocemos, no son de nuestra tierra.

Juan Cortada.



## LA ABERTURA DEL TESTAMENTO.

( CUADRO DE SIR D. WILKIE. )

Raro es en nuestros tiempos encontrar junto á uno de esos caminos reales, que el viajero recorre al trote largo de los caballos de la diligencia, alguno de esos viejos castillos que en crónicas de piedra guardaban en otros tiempos la historia de muchas proezas y el secreto tal vez de muchos crímenes.

La nobleza, que era exclusiva dueña de ellos, ha bajado del monte y se ha instalado en las ciudades; y cuando la necesidad la ha obligado á recordar que sus antepasados poseían un castillo, le han visitado con el único objeto de medir cuanta superficie de terreno ocupaba, calculando en seguida cuantas cepas, ó cuantos olivos, ó cuantos algarrobos se podían plantar en igual periferie.

Entonces una mano, desconocedora de las bellezas de la tradicion, ha clavado el pico destructor en los muros del castillo, y al cabo de poco tiempo aquella decoracion de guerra, recuerdo de una época, que buena ó mala no debe ya volver, ha quedado convertida en una pacífica alquería, conservándose apenas el vasto salon donde se habían juntado, allá en tiempo de entonces, tantos bravos caballeros, y que en la época que corremos sirve prosaicamente de granero; lo cual si no junta nuevos cuarteles á un escudo de nobleza, renta muy buenos doblones al propietario.

En una palabra, antiguamente no era buen caballero quien no tenia un nido de águilas en la punta de una peña; hoy dia ya no hay castillos, ni águilas siquiera: hay bellas casas de campo con flores en el jardin y persianas en los balcones, y ninguno se corre por dar un sarao en el mismo sitio donde cuatrocientos años atrás sus mayores habían celebrado un torneo. La mano de una noble dama no se

G<sup>o</sup> DE MUNICH. P. 14



A. H. Payne sculp.

Dr. J. W. G. G. G. G.

*Quverture d'un Testament*  
*Reviewing the Will.* *Testaments Öffnung*  
*Quverture Testamenti*

Published for the Proprietors by A. H. Payne, Printer & Bookseller

INSTITUTO  
DE LASSARDO  
DEL TEATRO  
Biblioteca  
Biblioteca



coloca ya en la punta de una lanza, ni hay quien se deje pegar de estocadas por una mirada mas ó menos, arrojada, sin intencion tal vez, desde el blasonado balcon, trono de la reina de la hermosura.

Nuestro clásico siglo ha cotizado á un tiempo los valores y las costumbres: el ferro-carril ha avergonzado á las carrozas; la imprenta ha hecho inútiles á los trovadores; y cuando un baron, un conde, un duque, tienen una hija casadera, en lugar de anunciar á los aspirantes que tienen el campo abierto para disputársela con las armas en la mano, hacen correr entre los mayorazgos la voz del dote que piensan dar á la niña; y la boda se verifica sin ensangrentar la arena del palenque, aunque en cambio regando la alfombra del comedor con la espuma del Champagne y del ponche de huevo.

Esto no impide, sin embargo, que haya quien guste de la vista de los castillos, como nada de particular tiene que haya quien se complazca en la lectura de libros de caballería. Yo tengo ese raro capricho, y por cierto que raras veces he podido satisfacerle. Un dia, no obstante, recorriendo con la escopeta de caza al hombro los alrededores de un pueblo harto humilde para ser nombrado, llamé mi atencion la vista de un castillo, pero tan bien conservado, que á primera vista le hube de creer fortaleza moderna. Acerquéme para salir de dudas, y ví con efecto un castillo, un castillo como hubiera podido desearlo en pleno siglo XIV, un castillo al cual me acerqué cautelosamente por temor de que algun ballestero, cubierto de hierro y fiel observador de una severa consigna, me mandase una saeta desde lo alto de la almena.

Vano recelo... Aquello era un castillo, no hay duda; pero el cuerpo carecia de alma, era como una de esas armaduras de hierro que decoran los museos montadas sobre un armazon de palo ó de carton piedra. Tocaba ya al muro, y ni centinela alguno habia detenido mi paso temerario, ni menos gordinflon enano habia prevenido mi llegada á su dueño, acomodando entre sus gruesos labios la boquilla del cuerno de agudos sonos.

Mi ilusion no fué por lo tanto completa: hubiera querido entrar en la feudal mansion como entraban los trovadores en la edad media: habia olvidado que los picaportes de bronce dorado y las campanillas de resorte habian hecho inútiles á los enanos y sus caracoles; y al llevar la mano á la espalda en busca del laud de ébano y marfil con cuerdas de oro, me desollé un dedo con el brusco roce del pié de gato de la carabina de piston.

¡Ay de mí! los antiguos trovadores provenzales no tenian necesidad, como los poetas de nuestros tiempos, de ir á caza de perdices ni de gangas: una cigarra de oro puesta en una gorra de terciopelo era bastante insignia para sentarse á la mesa de un baron encopetado; y al despedirse de los hospitalarios castellanos era retribuido de sus cantos de gloria con sonrisas de amor.

¡Qué gusto ser trovador en el siglo XIV, cuando uno no puede ser autor



de zarzuelas en el XIX !... Esta reflexion fué causa de que errase la puntería de una liebre que se levantó, como quien dice, bajo de mis piés.

Pero en el mismo momento y cual si el eco de las montañas hubiera repetido la esplosion de la carabina, sonó nuevamente un tiro, y el ligero animal rodó por el suelo, arrojando un caño de sangre por su estrecha boca: la carga habia destrozado por completo la nuca.

— ¡ Buen tiro ! — exclamé con el entusiasmo del cazador.

— Os invito á participar de su resultado, — contestó de pronto un jóven apareciendo detrás de unos matorrales, que salvó con sin igual ligereza.

Era el diestro tirador un apuesto mancebo de algunos treinta años de edad, al cual por su aspecto, trage y desenfado pudiéramos comparar con el célebre Nemrot, en el supuesto de que ese buen cazador de fieras no se hubiera desdeñado en nuestros tiempos de afeitarse *aliquando bonus* las barbas y vestir un trage de oscura panna con un apéndice en forma de botines de cuero.

— Caballero, le contesté, vuestra oferta es harto espontánea para ser rechazada. Seré vuestro comensal, y prometo hincar el diente en la víctima de vuestra destreza.

— Pues echad á andar con direccion á ese próximo castillo.

— ¿ Habitais en él ?

— Me pertenece, respondió el jóven cazador sin desdeñarse de la importancia que pudiera haberse dado un baron del siglo XIV.

— Os felicito por vuestra propiedad.

— No hay para qué, amigo mio: el feudalismo ha muerto.

— Vos sin embargo practicais sus hermosas leyes respecto de la hospitalidad.

— Estas leyes podian ser muy hermosas cuando el dueño de este castillo era bastante poderoso para agasajar con esplendidez á sus huéspedes: mas al presente, dígoos en verdad que cuasi me avergüenzo de ser su castellano.

— No digais tal: el castillo es hermoso y vuestra amabilidad el mejor de sus adornos.

— Desengañaos, amigo mio, una amabilidad feudal que no tiene faisanes en la mesa, ni vino en la bodega, ni caballos en la cuadra, ni escuderos que sirvan, ni damas que enamorar, es una amabilidad al alcance del mas humilde pechero. Con todo, tal me le legaron, y tal le conservo, y tal os le ofrezco.

Diciendo estas palabras, llegamos al puente levadizo, que estaba bajado y que atravesamos silenciosos, sin que nos llamase la atencion otro rumor que el de nuestros propios pasos. El interior del castillo estaba perfectamente conservado; pero su soledad imponente causaba una sensacion estraña, bien así como si se visitara un inmenso sarcófago: y lo era ciertamente el castillo; en él se encontraba enterrada la tradicion y la caballería.

Después que hubimos recorrido hasta la última dependencia de aquella negra



mole de piedra, entramos en la parte habitable del castillo. En su umbral aguardaba una anciana mujer, que se hizo cargo de la liebre para guisarla acto continuo, ínterin mi improvisado amigo me ponía de manifiesto las estancias por él ocupadas, y que aseguraba estar dispuestas y alhajadas ni mas ni menos que en tiempo del Gran Capitan. Y era así con efecto en muchos salones: en la grande estancia de las ceremoniosas recepciones, veíase aun el estrado cubierto, desde el cual los antiguos barones habian administrado tantas veces alta justicia, y junto á ella se encontraba el salon de armas, en el cual varias pesadas panóplias estaban acusando de afeminacion á nuestros mozalvetes del siglo XIX; que parecen estar privados de movimiento en el mero hecho de abotonarse el frac ó de echar un lazo á la corbata. Lo que se llamaba biblioteca era la única pieza que no correspondia á su pomposo nombre: algunas historias extraordinarias y media docena de libros místicos, encuadernados en pergaminos que á fuerza de amarillos empezaban á ser negros, constituian la parte científica del castillo, en union de algunos manuscritos donde por diversos modos se enseñaba de una manera segura á fabricar el oro; precioso descubrimiento á que se dedicaron los mas afamados filósofos y alquimistas de la edad media, valiendo la aurea manía, á unos ser quemados por el Santo Oficio en calidad de brujos, y á otros morir de miseria, que es la peor de las brujerías que pueden cometerse en vísperas de ser obtenida la piedra filosofal.

Tenia empero el salon destinado á biblioteca algunos objetos notables, muebles que no representaban la respetable antigüedad de sus compañeros, armas de distintas épocas en perfecto estado, una guzla, y en el centro de un lienzo de pared un retrato, con marco ovalado, representando á un jóven oficial con el uniforme usado á mediados del siglo XVIII.

— Hé aquí la estancia de mi mayor predileccion en el castillo, dijo mi amable castellano.

— Y sin embargo, dista mucho de ser la mas pintoresca.

— Es cierto, pero á este aposento van unidos para mí recuerdos muy notables de mi infancia; y sobre todo, desde este balcon descubro el sitio donde se halla enterrada mi buena madre.

Y á través de los cristales me enseñó una pequeña cerca, ombreada por un sauce lloron, donde asomaba una negra lápida medio cubierta por miles violetas.

— Sois un buen hijo... — dije viendo asomar una lágrima en sus ojos.

— Era muy buena madre la mia, caballero.

— ¿ Hace mucho tiempo que la perdisteis ?

— Diez años: era mi única compañera, y comprended que cuando en una soledad de esta naturaleza se pierde á la sola persona que con su amor la embellece, y ese amor es el de una madre, queda eternamente un vacío en el corazon, que únicamente se llena cuando oramos sobre su sepulcro.



— ¿ Siempre habeis vivido solo ó con vuestra madre ?

— Cuasi siempre , caballero ; á lo menos desde mi infancia. Mi historia es muy monótona : dos acontecimientos interrumpen solamente su igualdad ; el impensado heredamiento de este castillo y la muerte de mi madre.

— ¿ No pertenecia el castillo á vuestro padre ?

— Nó , caballero : es una estraña herencia que ha decidido de la suerte de mi vida. Y pues ni á vos os pesará de conocerla, ni á mí de repetirla, vamos matando el tiempo con ella.

— Sois amable mas aun que yo curioso, y es cuanto pudiera yo decir en obsequio vuestro.

— Pues oid. Hoy por hoy cumplen veinte y cinco años menos un dia que este castillo tan desierto se hallaba atestado de gentes: acababa de morir su dueño, y al amor de sus riquezas acudian los parientes del difunto, como los grajos al botin de sangre, como las abejas al panal de miel. El dueño era un resto glorioso de aquella nobleza que se hace remontar al tiempo de Pelayo : como sus mayores, habia seguido la carrera de las armas, y cuando su brazo se sintió pesado, retiróse á este castillo, que miraba con singular predileccion y cuyas puertas se cerraron para toda clase de gente forastera. Ni quiso ver á sus parientes, ni, segun cuenta la fama, traspuso nunca el puente levadizo : tenia un cura asalariado que le celebraba la misa, y dos criados veteranos dedicados uno á proveer incesantemente su pipa y otro á rellenar sin interrupcion su copa. Esta vida en extremo parecia le atrajo la fama de estravagante y al mismo tiempo de hombre muy acaudalado, porque á las pingües rentas del castillo se juntaba la mayor de todas aquellas, que es la economía.

— ¿ Y por ventura se equivocaron los que tal creyeron ?

— Vais á saberlo. Á los diez años de llevar esta vida estraña, se murió mi tío, y á los tres dias de haber muerto mi tío, llegó al castillo tal enjambre de parientes que apenas tenian donde alojarse. Los habia de todas clases, edades, sexos y condiciones : con ellos vinimos mi madre y yo. Entre aquella caterva de aspirantes á los bienes del difunto, nosotros éramos los únicos que vestíamos luto: no era de reprobar por cierto; ninguno se afligia poco ni mucho por aquella muerte, y es muy ridículo hacer demostrar al trage lo que no siente el corazon. Desde luego quedó interrumpida la monótona tranquilidad de este recinto; y si no se pensó en dar un baile, fué sin duda por el buen parecer en la comarca, y no por falta de deseos. Improvisáronse toda clase de juegos, asaltóse la bodega abriendo brecha en las tradicionales cubas, y los que se creian mas inmediatos á la herencia del difunto eran mimados y obsequiados por todos los padres y madres de hijas casaderas. En cuanto á mi madre y á mí, ninguno reparó en nosotros : éramos sobrinos muy lejanos, y por consecuencia muy poco temibles. Formáronse en aquella ocasion toda suerte de castillos en el aire, proyectáronse viajes de recreo á todos



los países del mundo , y en tanto que un mozalvete medio físico calculaba cuantas queridas podría mantener con su futuro patrimonio , un oficial de guardias echaba cuentas acerca las bancas que se podrían copar con el producto de su porcion de herencia , convertida en pesos duros.

— Cierito que no corria el castillo poco peligro.

— Llegó por fin el notario, y se hicieron todos los preparativos para proceder á la apertura del testamento. La parentela se reunió en esta misma estancia , los sitios mas inmediatos á la mesa fueron ocupados por asalto , y únicamente se respetó el ancho *sitial de mi buen tio* , debajo del cual gruñia lentamente su perro fiel , cual si manifestase su desagrado ante aquella reunion de codiciosos huéspedes. *En este punto finieron las ilusiones y dieron comienzo las realidades, ó mejor dicho los desengaños.* Fué el primero que al descerrajarse un grande arcon de hierro , donde se tenia la *cuasi evidencia de encontrar un tesoro* , aparecieron apenas unas cuantas monedas de plata, á vueltas con manojos de llaves comidas de moho y saquitos con diferentes muestras de simientes vulgares. El *soñado tesoro* no representaba de por junto cincuenta ducados.

— Mal gesto pondrian vuestros parientes...

— Malísimo : pero faltaba lo mejor. Abierto el testamento y colocada en las orejas la vida de todos los presentes , el notario dió comienzo á la lectura. Si hubierais visto los visajes de la concurrencia, hubierais encontrado en ellos asunto para un hermoso cuadro. Y no era el caso para menos : el testamento de mi tio consistia en una relacion detallada de sus deudas contraidas durante las campañas que habia hecho , y al final de aquellas se leia la siguiente cláusula : « Dejo mi universal herencia á aquel de mis parientes que se avenga á vivir en este castillo durante veinte y cinco años consecutivos , conservándole en buen estado , sin variar en lo mas mínimo su forma , y con absoluta prohibicion, antes y despues de este plazo , de enajenar ni dar en hipoteca una sola piedra de sus muros , ni un solo palmo de su terreno ; estando además obligado mi heredero á ejercer las leyes de la hospitalidad conforme es uso de barones bien nacidos. Trascurrido el plazo de los veinte y cinco años, será mi heredero enteramente libre de fijar su domicilio donde mejor le parezca. »

— ¡ Estraño capricho !...

— Tanto mas estraño en cuanto al inventariar los bienes de la herencia, se vino en conocimiento de que apenas bastaban para satisfacer las deudas del difunto, en el supuesto de que no se podia atentar á este castillo. Hecho este descubrimiento, la mayor parte de mis buenos parientes no veian la hora de regresar á la ciudad ; todos huyeron de ese caseron mas que de prisa , las niñas porque en él era imposible lucir los elegantes trages de sarao , las mamás porque no era este sitio el mas á propósito para encontrar yernos, los mozalvetes porque no se conformaban con herborizar gratis durante veinte y cinco años , el militar porque



no podía apostar el castillo á un naípe , y mi tísico primito porque desde las almenas no alcanzaba á descubrir las bailarinas del teatro. Á los quince dias, tan solo quedábamos en este recinto mi madre , un viejo usurero que no acertaba á desprenderse de aquella propiedad tan difícil de conquistar, y yo. Á los tres meses se marchó el usurero inclusive , visto que desde esta soledad no podía desollar al prójimo prestando ducados á reintegrar doblones.

— No estuvo malo el chasco...

— Yo era muy niño : tenia apenas seis años. Mi madre , viuda , aunque jóven y hermosa, habia padecido mucho en el mundo, y gustó de este sitio : tenia en él muchos puntos solitarios donde llorar sin ser vista de nadie , y una capilla donde ofrecer estas lágrimas á Dios en rescate de las faltas de mi padre, que la habia hecho muy desgraciada. Aquí se quedó , aquí me educó, como sabe una madre, y aquí murió á los quince años de su permanencia en el castillo. El mundo era para mí un objeto desconocido; me encontraba bien en esta soledad, y abandonar el sepulcro de mi buena madre muerta, hubiérame parecido un crimen superior á haber huido de su compañía en vida. Hace diez años que vivo solo con esta criada que habeis visto al entrar : conozco todas las plantas de los alrededores , témenme las perdices y los conejos como á su enemigo mas implacable, visítanme algunos honrados labradores de las cercanías , y aunque pobre de fortuna , soy en tranquilidad y contento el mas rico del mundo. Mañana cumple el plazo que prefijó mi buen tio ; puedo á mi placer cambiar de domicilio : pues bien , si alguna vez me resuelvo á abandonar la punta de esta peña, estoy seguro de que este hijo pródigo no tardará en cobijarse de nuevo á la sombra del sepulcro de su madre.

Así terminó su relato aquel amable castellano , y en verdad que escitó mi interés de una manera viva. En aquel momento la vieja criada vino á anunciarnos que el almuerzo estaba dispuesto, almuerzo bien frugal por cierto á no ser por la liebre de mi aventura ; pero servido con tanta limpieza y ofrecido con tal cordialidad, que me acabó de confirmar en la buena idea que tenia formada de mi anfitrión. En tal concepto hube de decirle :

— Por cierto , señor baron , que vuestro tio debe estar satisfecho de que tan puntualmente hayan sido cumplidos sus deseos.

— Dios le dé la gloria , como yo se la deseo.

— ¿ Sabeis , caballero , que me dan tentaciones de abusar de vuestra hospitalidad ?

— Jamás abusa de ella quien la embellece aceptándola.

— Mañana vence un plazo impuesto con raras condiciones , y no sé por qué me da el corazon que ha de acontecer en este castillo algo extraordinario.

— ¿ Sois aficionado á lo fantástico ?

— Bastante.



— Sentiré que os lleveis un desengaño , pero yo os insto desde luego á que paseis el dia de mañana en mi compañía ; mas á mas cuando con este motivo tendré quien me acompañe en las honras fúnebres que todos los años en tal dia se celebran por los antiguos dueños de este castillo. Mas, os lo repito: nada extraordinario acontecerá : vereis á un anciano sacerdote que hace veinte y cinco años viene prestando igual fúnebre servicio, y que despues de la comida me referirá por la vigésima quinta vez los pormenores de la muerte de mi tio, á quien auxilió en sus últimos instantes ; y al caer la tarde vereis tambien algunos piadosos aldeanos pidiendo permiso para visitar los sepulcros de sus antiguos señores.

— Gustaré de verlo : costumbres son que se pierden , y yo de todos los tiempos acepto siempre las que entrañan un sentimiento de respeto, gratitud y amor.

Lo restante de aquel dia transcurrió sin novedad alguna : recorrimos mas minuciosamente el castillo, escalamos algunas alturas de la montaña para admirar varios puntos de vista , y nos recogimos temprano , deseosos de madrugar.

Al siguiente dia y apenas el sol se posaba en las cumbres del monte , llegó el sacerdote : era un anciano septuagenario cuyo rostro venerable se hallaba al parecer animado de un espíritu de alegría íntima.

Poco despues empezó la misa , celebrada en una especie de capilla subterránea donde se alzaba el marmóreo y negro panteon de aquella antigua familia de barones. Confieso que el silencio y el sitio me conmovieron.

Terminadas las preces , el sacerdote se despojó de sus hábitos de celebrar , y con lágrimas en los ojos se dirigió á mi nuevo amigo , exclamando :

— ¡ Bendito sea el Señor , que ha prolongado mi existencia hasta este dia ! Hoy cumple el plazo prefijado por el último baron de este castillo : vuestro es, y yo el primero os saludo en estos dominios. Ahora ¡oh jóven, modelo de constancia! ayudadme á descargar un compromiso que pesa sobre mí hace veinte y cinco años.

El jóven quedó atónito al escuchar las inesperadas palabras del anciano : por lo que á mí hace , no me sorprendieron gran cosa : ignoro porqué se me habia metido en la cabeza que aquel dia debia acontecer algo extraordinario en el castillo. El sacerdote continuó :

— Hijo mio : vuestro deudo , antes de morir, me hizo prestar un juramento, y es que dentro veinte y cinco años, día por día de su muerte, yo , ó mi sucesor en la parroquia , ó el ministro de Dios que oyese mi confesion postrera, vendria á este mismo sitio , y si la voluntad de vuestro tio habia sido cumplida , diria á aquél de sus parientes que tal respeto hubiera mostrado por su memoria : ¡ Bien hayas , oh tú , que acatas la voluntad de los difuntos ! Ten el valor bastante para estrechar su descarnada mano ; tambien los muertos son agradecidos.....

Estraña era por cierto la mision del sacerdote, y confieso á la verdad que, aun dispuesto á presenciar una escena extraordinaria, nunca supuse que hubiera de ser



testigo de las relaciones reanudadas entre un jóven y un muerto con veinte y cinco años de tal.

Mi amigo, por el contrario, manifestaba la mayor tranquilidad: en él todo era natural, y al cabo de veinte y cinco años de obediencia á la voluntad de un difunto, no habia de renunciar á su fama de resignado y valiente por negarse á estrechar la descarnada mano de una calavera.

— De modo — dijo — que todo se reduce á contemplar el estado del cadáver de mi tío... Ya que vos, en calidad de sacerdote, me garantís que esto no es una profanacion, vereis cuán pronto satisfaceré á los muertos.

Y dando muestras de una fuerza hercúlea, se agarró á la anilla de hierro pegada á la boca que cerraba la entrada de las tumbas, la separó de su base, y cogiendo un hachon de los que arodian ante el altar, desapareció cual si la tierra se hubiera hundido: yo le seguí resuelto á presenciar el desenlace de aquella aventura.

En el centro de aquella oscura cueva se veia el ataúd del último de los difuntos barones del castillo: al cabo de veinte y cinco años iba á ser turbado por vez primera su sueño de muerte. La caja se conservaba en perfecto estado: la llave permanecia en la cerradura. El jóven castellano dió la vuelta impasible y levantó la tapa del ataúd, apareciendo la calavera del baron, amarillenta y lustrosa como si fuera de marfil. Su mano descarnada sostenia, tenaz aun despues de la muerte, un canuto de plata del cual pendia una especie de tarjeta del mismo metal: mi amigo sintió la natural curiosidad de leer lo que aquella tarjeta dijese, y con sorpresa vió grabadas en ella estas palabras:

PARA MI HEREDERO.

Entonces sin temor, pero sin jactancia tambien, quitó el canuto de entre la mano de la calavera, arrancó la tapa, sacó de su interior un pergamino, y á la luz de la antorcha, que yo sostenia, leyó lo siguiente:

« Oh tú, cualquiera que seas de mis deudos, que despues de haber habitado este castillo por espacio de veinte y cinco años, te enteres del contenido de este pergamino, yo te saludo y te bendigo!

» Yo te saludo porque te habrás mostrado digno de tus antepasados.

» Yo te bendigo porque habrás cumplimentado la voluntad de la muerte.

» No quiero que mis riquezas sean patrimonio de quien las dilapide en un año. El que se haya avenido á obedecer mi testamento, dejará dada una prueba de sus morigeradas costumbres: habrá vivido con economía y respetado la mancion gloriosa de sus abuelos.

» No quiero que la fortuna aglomerada en muchos siglos sea patrimonio de quien no la merezca: yo te la abandono á tí, lector de estas palabras, que eres digno de ella.

» Disfrútala en paz y empléala con provecho: atráete con ella las bendiciones de los desgraciados, y te habré legado á un tiempo dos tesoros. »



Mi buen amigo quedó como asombrado : aquello era un enigma, cuya clave, al parecer, poseía el sacerdote que todos los años celebraba en sufragio del alma del baron. Cerró piadosamente el ataúd, y juntos salimos del subterráneo : la luz del sol reanimó nuestros espíritus ; el sacerdote empero no se encontraba en la capilla. Preguntamos por él , y nos indicaron que se encontraba en la estancia predilecta del jóven castellano. Fuímos directamente á ella , y le encontramos acompañado de otro anciano , el notario de la poblacion vecina : la gran mesa que habia en el centro de la estancia , se hallaba cubierta con legajos de papeles y pergaminos , con mas algunos saquitos medio abiertos y repletos de oro.

— Señor baron , dijo el notario á nuestra vista ; hé aquí la fortuna que vuestro ilustre tio confió á mi honradez hace veinte y cinco años. Cuantiosa es para igualaros á un príncipe : sois libre , y á vuestro albedrío podeis disponer de ella.

Mi amigo fué el primero en romper el silencio que sucedió á estas palabras. Mostró su gratitud al cura y al notario , dió á entrambos una crecida cantidad para los pobres , y despidióles con la misma amabilidad con que recibia á las gentes.

Yo comprendí que la prudencia aconsejaba dejar solo á aquel jóven cuya posicion habia cambiado en pocas horas , y despues de haberle deseado toda suerte de felicidades , le pedí permiso para retirarme.

— Estais en completa libertad ; pero me prometo que no será esta la última visita que haréis á mi castillo.

Se lo ofrecí , y nos separamos como dos amigos de la infancia.

---

Cinco años despues , durante los cuales habia pensado infinitas veces y con gran cariño en mi amable baron , trájome una escursion á las puertas del mismo castillo. No quise ciertamente perder la ocasion de adquirir noticias de su dueño, y me dirigí para ello á una especie de colono que presidia las labores de los contiguos campos.

— El señor baron , me contestó , se halla en el castillo : ha vuelto á establecer en él su domicilio en compañía de su esposa , que es el ángel de la comarca , y de su hijo que representa la bendicion de Dios en la familia.

Penetré decidido en el castillo , y unos minutos despues estrechaba en mis brazos á aquél de cuyo cambio de fortuna habia sido inesperado testigo.

Su esposa era un dechado de belleza y su hijo un retrato de su madre.

— Y ahora que sois rico, —le dije, —¿os conformais con vivir en esta soledad?

— Sí , amigo mio : he visto ya el mundo , he corrido la Europa. Todos los países decian muchas cosas á mi cabeza , ninguna á mi corazon. En Francia encontré á un pueblo superficial, compuesto de hombres inconstantes en política y

mujeres inconstantes en amores ; en Inglaterra ví entronizado al rey comercio con su corte de ricos que desprecia á los pobres : la libra esterlina , hé aquí la síntesis de la Gran Bretaña. En Rusia ví á una nacion que apenas empieza á apercebirse de que vive con cuatro siglos de atraso ; en Turquía á un pueblo que se muere como uno de esos jóvenes á quienes el vicio envejece y aniquila en la primavera de su vida ; en Alemania á una poblacion que á fuerza de cultivar las ciencias filosóficas , se olvida de la mejor de ellas , que es la del bienestar general ; en Portugal á una nacion empeñada ridículamente en serlo ; en Italia á un pueblo que por indolencia se muere de hambre contemplando las pinturas de Rafael y las estátuas de Miguel Ángel ; y en España á catorce millones de españoles disputándose harto á menudo , con las armas en la mano , el derecho de que los haga desgraciados este ó aquel personaje. Ahora bien , si esto es el mundo , ¿ qué mejor punto en él que este castillo ?

— La razon os sobra , amigo mio.

— Tengo fortuna bastante para socorrer muchas desgracias , una familia que me debe su felicidad , un pasado glorioso en el sepulcro de mi tio , y un porvenir risueño en la persona de mi hijo.

— Sois feliz verdaderamente.

— Gracias sean dadas al prudente capricho de mi tio. El me ha puesto en el caso de confrontar lo que en el mundo se llama dicha , y cumplimentar voluntariamente lo que os dije hace cinco años : si alguna vez me resuelvo á abandonar la punta de esta peña , estoy seguro de que este hijo pródigo no tardará en cobijarse de nuevo á la sombra del sepulcro de su madre.....

Manuel Angelon.



67 DE MUNICH P. 3



Innocent  
Innocence: Waschild  
Nimmer wars

# LA INOCENCIA.

( CUADRO DE CARLOS DOLCE. )

## I.

¿Á qué genio invocaré para celebrarte dignamente , para espresar todos los bienes que derramas en el corazon feliz que te posee, oh tú, el mas hermoso de los dones del cielo ; oh tú, la mas bella de las flores de la tierra ?

¡ Ah ! no será , no, á las falaces deidades del paganismo. No será tampoco á esos espíritus vagos á quienes parece que prestan culto los poetas. Tú misma serás la musa que me inspire, porque tú sola eres capaz de cantarte á tí misma.

Yo evocaré los recuerdos de los tiempos en que habitabas en mi interior , en que eras mi dulce hermana ; y aquellos recuerdos y las puras ideas y las delicadas imágenes que de ellos broten, serán el mejor holocausto que mi pobre ingenio podrá ofrecerte.

¡ Cuán dulcemente suena tu nombre ! ¡ Cuán dichoso es el corazon que te goza todavía ! ¡ Cuán bellas las memorias que en los que te poseyeron despiertas ! ¡ Cuán triste el pensar que el que te pierde una vez te pierde para siempre !

Tú eres de todos los dones de Dios el que este con mas profusion derrama. Tú eres la flor que entrega el Señor á todos los espíritus al despedirlos en las puertas del cielo para que bajen á animar sus respectivos cuerpos. ¡ Y cuán felices se sienten los espíritus con este divino regalo !

Diríase que al descender del empíreo para poblar la tierra las almas vienen vestidas con el cándido ropaje de los ángeles, y que dichosas y contentas con él,



como el niño con el vestido de fiesta que ha estrenado , teme ponerse en contacto con el mundo exterior para no mancharlo.

¡ Oh ! sí , hermosa inocencia. Tú eres el don relegado por Dios á todos. Ninguna alma humana baja de lo alto sin traerte consigo , oh flor del cielo ; sin llevar tu blanco traje , oh hermana querida de los ángeles.

Antes de llegar á la tierra de los abrojos , al campo que no fructifica sino se le riega con sudor , al país del sol que quema ó de los hielos que todo lo marchitan , de las tempestades que nos abruman ó de las cuales somos juguete miserable ¿quién no ha pasado por ese país de dulzuras donde habita la inocencia?

¿Quién no ha pasado antes por esa region de encantos y de dichas , donde crecen espontáneamente las flores bajo nuestros piés , donde brilla una luz clara y reina una primavera continua , donde todo lo que en el suelo respira vive en paz , por ese Eden en fin donde la inocencia tiene un asiento ?

¿Porqué el viaje por ese paraíso no ha de durar siempre ? ¿Á qué esa prisa que, ora nos damos nosotros mismos, ora nos dan los demás para saltar las tapias de ese jardin delicioso detrás de las cuales no ven los ojos mas que aridez , no pisan los piés mas que espinas ?

¿Porqué ¡ ay ! ese afan en llevar á la boca la fruta de aquel árbol que llamamos al paso , seductora sí , pero venenosa, que nos infunde la ciencia de lo bueno y de lo malo , pero haciendo que prevalezca en nuestro espíritu el conocimiento y el amor á lo último ?

¡ Dichosa aquella ignorancia que nos hacia tan semejantes á la sencilla paloma ! ¡ Desdichada y triste esa ciencia que nos iguala á la astuta y venenosa serpiente ! Si aquella ignorancia era la felicidad , ¿ á qué cambiarla por un poco de vana ciencia ?

La inocencia es cual flor que se columpia juguetona sobre su tallo bebiendo los rayos del sol y los ligeros hálitos de la brisa, recibiendo alegre los besos de las mariposas , y escuchando de noche las serenatas que le cantan los arroyos , las selvas y los ruiseñores.

La vida de la flor dura poco , y por desgracia la de la inocencia tambien. Mas si la muerte de aquella es tan triste, ya sucumba á los rigores del tiempo, ya acabe deshojada por el hombre, ¿porqué en vez de sernos sensible la desaparicion de la segunda nos complacemos no pocas veces en apresurarla nosotros ?

Triste , muy triste es que el tiempo agoste y haga caer á trozos el blanco ropaje de los lirios ; pero al menos dejemos al tiempo la responsabilidad de aquel mal necesario. Fuerza es que muera la flor ya que todo debe morir aquí bajo.

Triste , muy triste es que cada dia que pase se lleve un pedazo del cándido vestido de la inocencia ; pero al menos no apresuremos en nosotros mismos , ni queramos apresurar en los demás, ese trabajo de destruccion por desgracia y casi siempre inevitable.



La era de los mártires de la fé tuvo su principio y su término : la era de los mártires de la inocencia empezó con los primeros hombres y no acabará hasta el fin del mundo. En aquella los tiranos mataban los cuerpos : mas ¡ ay que en esta los hombres del pecado matan las almas !

Por un corazon recto y compasivo que clame diciendo , en obsequio tuyo , ¡oh Inocencia ! « Respetad los cabellos rubios : no empañeis las frentes sonrosadas en que brilla el candor : conservad las almas puras de todo aliento emponzoñado, como guardais del frio del invierno las flores tropicales en vuestros invernáculos.»

Elevaránse cien voces que gritarán contra tí : « descorred esos velos que impiden al niño ó á la vírgen candorosos ver los abismos en que al entrar en el mundo puede caer ; enseñad á los que todavía duermen. »

¡ Crueles ! ¿ Quién os ha dicho que lo que vais á dar á la vírgen ó niño inocentes, vale mas que lo que les quitaís ? ¿ Quién os ha dicho que aquella ignorancia y aquel sueño no son preferibles á vuestro saber y á vuestras realidades ?

¿ Quién os ha dicho y podido afirmar que aquellos horizontes mas limitados, sí, pero siempre serenos en que viven los que todavía ignoran , valen menos que los mas estensos , pero constantemente borrascosos en que vagan extraviados ó aturridos los que saben ?

¿ Quién os ha dicho, en fin, que las amargas verdades con que les brindais hoy y por entre las cuales tan triste se presenta la vida, son mas capaces de darles la felicidad que aquellas dulcísimas ilusiones en que ayer vivian, y al través de las cuales tan bella les parecia la existencia ?

¡ Ah ! no seré yo , Inocencia , de los que te arrojen de los corazones en que todavía reinas : de los que vayan á empañar con su aliento los tersos cristales de las almas en que tú gozas en contemplarte.

Seré , sí , de los que sienten haberse separado de tu lado , dulce hermana de mi infancia , y compañera de mis juegos de niño ; de los que volverian á tí, con el gusto y el amor con que vuelve un hijo al regazo de la madre que creia perdida para siempre.

Yo seré de los que recordarán toda su vida con placer los dulcísimos dias que pasé al abrigo de tus alas ; de esas tus alas que al agitarse sobre mí ó refrescaban mi corazon como un abanico de leves plumas , ó hacian caer sobre mi frente, cual lluvia de flores, enjambres de dorados sueños.

Yo seré de los que echarán siempre de menos aquellos venturosos años en que la vida de la tierra parece una continuacion de la vida del cielo ; y en que sintiéndonos todavía ángeles ignoramos aun que tengamos que descender á ser hombres.

Yo seré tu constante adorador , hermosa hija del cielo : y si en cambio del incienso que he quemado y quemaré en adelante en tus aras ; de los versos que te he dedicado, y de esta ofrenda de admiracion y amor que hoy te consagro merezco una sonrisa tuya :



Aprovecharé este momento de favor para pedirte que, ya que no puedas volverme todos los bienes que perdí al separarme de tu compañía, deposites en mi corazon las semillas todas de las flores celestiales que pueden germinar y dar frutos de gloria en ese vaso de barro.

Lo aprovecharé para suplicarte sobre todo que no te apartes jamás del lado de los objetos de mi cariño, y en especial de esos ángeles de candor que se dignó el cielo poner á mi lado para que me acompañasen en la segunda mitad de mi viaje por la tierra.

Ellos te pertenecen como te pertencí yo un dia: tú eres hoy su hermana como lo fuiste antes mia. Que nunca pierdas para ellos tan dulce título. Que marchen siempre al abrigo y al calor de tus alas, como andan los pollitos apiñados al de las alas de su madre.

Y yo que sé lo que vale el sueño de la Inocencia: yo que recuerdo aun lo bellas que son las ilusiones que coronan sus sonrosadas frentes, y que es tan fácil desvanecerlas, cual lo es hacer huir con una palmada la multitud de pájaros que cantan sobre una rama;

Yo procuraré que nada les aparte de tu cariño, ni te aleje de ellos antes de que los hayas llevado al fin de su viaje, sin dejar nada de su blanco ropaje entre los zarzales de sus caminos, cual deja entre los espinos vellones de lana la incauta oveja que se separa del sendero por donde el pastor la lleva.

## II.

Pocos estados del alma habrán sido representados por mas delicadas imágenes, por símbolos mas numerosos y bellos que el que es objeto de las anteriores líneas. Moralistas, poetas y pintores han buscado, como en competencia, y hallado en el mundo exterior los mas variados y dulces colores para pintar y describir los encantos de aquel don celeste.

Nuestra religion es riquísima en representaciones de la Inocencia, y creemos deberse á ella el hermoso y poético símbolo del cordero; símbolo que fué empleado muchas veces por el mismo Jesucristo, usado por los apóstoles y evangelistas, y reproducido con muchísima frecuencia en las catacumbas. ¿Y cómo podia dejar de poseer los símbolos mas espresivos y agradables de ese estado de las almas, ella que hace de la Inocencia la base, por decirlo así, de la vida cristiana, y que adora los Santos Inocentes como los primeros, como las flores de los mártires?

¿Y qué diremos de la poesía? Un abundante, variado y oloroso ramillete de hermosísimos versos y de las imágenes mas delicadas podríamos hacer con solo entresacar de las mejores producciones de poetas clásicos los pasajes en que de la



Inocencia han hablado. El mundo de los sentidos, y sobre todo la naturaleza puesta como á contribucion por ellos, ha sido un semillero inagotable de imágenes que han venido á ponerse espontáneamente bajo sus plumas, como para realzar y embellecer mas y mas el que es ya por sí solo el mas puro y mas hermoso estado del alma. Diríase que cuanto hay de bello, de noble, de santo en el suelo vino á posarse en las manos de la poesía para que esta lo ofreciese á la mas poética de todas las virtudes; á la que es como la síntesis y el perfume de las bellezas todas.

Tambien las artes plásticas, y en especial la pintura, han encontrado abundantes objetos ó figuras con que simbolizar ese don del cielo. Fuerza es sin embargo convenir en que la representacion de la infancia en medio de sus juegos sencillos, ó de la primera edad de la juventud con su semblante todavía sereno y candoroso, ó por fin y con harta frecuencia la del cordero, han sido los símbolos á que, ó como mas plásticos, ó como mas espresivos, han acudido con preferencia las artes del diseño.

¿Qué estraño por consiguiente que de ellos se sirviese para darnos una representacion de la Inocencia el simpático pintor, autor del cuadro que nos ha inspirado este artículo, cuyo apellido, CÁRLOS DOLCE, parece revelar ya el carácter de sus obras, y cuyo pincel en efecto, cual si no quisiese ponerse en contradiccion con el nombre del que lo manejaba, se consagró especialmente al culto de la inocencia y de la piedad?

Cárlos Dolce empero no se ha contentado con representar aquella con un solo símbolo; sino que ha buscado los dos mas espresivos, á saber, el semblante de la niña en el primer albor de la juventud, y el cordero: y para que la representacion fuese mas clara, mas animada, ha juntado los dos, pero sin esfuerzo, copiando á la naturaleza, y como tan solo saben hacerlo los verdaderos artistas.

Fijad sino la vista en el bello grabado de Payne que acompaña estas breves páginas; suplid con la imaginacion el colorido, colorido casto y delicado como el asunto que teneis delante, y preguntaos á vosotros mismos qué es lo que sentís en presencia de tan dulce cuadro.

Si las bellas artes hablan todavía á vuestro corazon; si viven aun lozanos en vuestra memoria los gratos recuerdos de vuestra edad primera, muchos serán los sentimientos que despierte, muchas las ideas que haga brotar de vuestra mente ese grabado. ¿Cuántas ilusiones vereis revolotear en torno de esa cabeza de donde cae en poético abandono destrenzado y en onduloso rizo el cabello? ¿Cuántos ensueños vaporosos vagar por esa frente, por primera vez acaso reflexiva? ¿Cuántas esperanzas de una felicidad desconocida en esa mirada, medio candorosa, medio escudriñadora que parece clavarse en el porvenir que tiene delante? ¿Cuántos presentimientos de un amor que se ignora aun á sí mismo y



que busca donde fijarse en esa indiferencia con que abraza el cordero, que parece buscar sus caricias ó echar de menos los retozos con que le entretenia antes? ¿Qué de historias puras, delicadas, llenas de dulces lágrimas pueden inventarse á la vista de ese cuadro! Á nosotros nos ha inspirado las líneas que preceden á esta segunda parte: á otros, ó mas poetas ó de mas corazon qué no sabrá inspirar? ¡Feliz el pintor que posee el elevado privilegio de despertar tantas y tales emociones con solo sus pinceles! ¡Feliz el que, como Cárlos Dolce, deja en el corazon de los que contemplan sus obras un sentimiento moral tan puro y tan agradable, como el que causa su cuadro de la Inocencia!

J. Rubió.

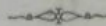


TIZIAN gravé par G. Schreyer del. par G. Schreyer del. par G. Schreyer del.

*Lavinia, fille du Titien.*  
*Titian's Daughter, Lavinia. Titian's Tochter, Lavinia.*



## LAVINIA, HIJA DE TICIANO.



(CUADRO DE TICIANO.)



### I.

EN una de las galerías del museo de Berlin , entre las grandes preciosidades allí hacinadas, llama de los primeros la atención un cuadro, si breve en dimensiones , grande y admirable por la vehemencia de su efecto y por la gracia indecible del objeto que representa.

Sin embargo , el asunto no puede ser mas sencillo : una linda jóven , en el arrogante traje de las venecianas del siglo XVI , eleva por cima de su cabeza una bandeja cargada de frutas y flores , volviendo picarescamente el rostro hácia fuera, como para brindar al observador con la riqueza de su presente , ó mejor con el embeleso de sus propios hechizos.

Nada ciertamente mas halagüeño que aquel espresivo rostro casi infantil, donde á la corrección mas intachable y á las proporciones mas felices , júntese toda la magia del arte , toda la realidad de la vida , y todo el fuego propio de las beldades meridionales. Sus ojos brillan con ardiente chispa bajo dos cejas sutiles y bien arqueadas ; la nariz fina , la boca menudita , parecen brotar amores que se alojan en los hoyuelos vecinos , y las rosas de sus mejillas piérdense en tonos de azucena por la tez despejada y la garganta undulosa, cuyas formas encubre apenas un velo negligentemente caído por la espalda. Su pelo rubio como el oro , relevado en múltiples rizos segun la moda que pusieron en voga las damas florentinas , encuadra deliciosamente aquella faz risueña , constituyendo un sencillo á la par que riquísimo tocado con la diadema que lo ciñe , la garzota caída sobre la frente, y las sartas de perlas que enlazan sus trenzas en espiral.

Esta lindísima imágen ¿ es por ventura quimérica invencion de la fantasía, una de aquellas visiones, hurís ó hadas, que el genio evoca en sus ensueños de oro, ó bien trasunto de algun sér que materialmente hubiese existido, para sembrar la dicha en torno de sí y hacer la delicia de cuantos merecieran vivir á su lado ?

## II.

Hubo una época tan favorable á las especulaciones imaginativas, que el númen del arte pareció haber fijado asiento sobre la tierra. Los pueblos en cambio tejíanle coronas y guirnaldas, los príncipes le daban acogida en sus palacios, las ciudades le recibían en triunfo, y ninguna se consideraba teatro bastante para su gloria. Entonces una miríada de grandes ingenios surgió como por ensalmo, casi sin precedentes, casi sin sucesion, para brillar en la série de los tiempos cual ráfaga esplendente, que si por un lado hiere la vista con sus fúlgidos destellos, por otro con sus rayos luminosos endereza á las generaciones sucesivas de artistas por los senderos de la inmortalidad.

Destinado á ocupar en esta pléade uno de los mejores lugares, por los años de 1477 vió la luz en cierta villa amena del territorio de Belluno ( Estados Venecianos ), un niño que la Providencia marcára con la señal de los iniciados. Desde la mas tierna infancia la precocidad de su talento revela su vocacion: posponiendo las aulas á los talleres, sin embargo de las preocupaciones de rutina y de raza, obliga á sus padres, de ilustre abolengo, á confiarle á la direccion de un humilde profesor de dibujo. ¿ Cuándo, empero, ni en sus sueños mas dorados, hubieran ellos podido desearle la celebridad y la gloria que en el ejercicio del arte se conquistó ?

Á los veinte y ocho años eclipsa ya á todos sus maestros; un poco mas adelante derrota á todos sus rivales. Siendo Venecia estadio corto para sus triunfos, sucesivamente Padua, Vicensa, Ferrara, Bolonia, Urbino, Roma, Florencia, Alemania y España le admiran sorprendidas, le reciben entusiasmadas, se envanecen con su presencia y se enriquecen con sus obras. Los poetas le ensalzan, los magnates le protegen, hasta los pontífices se le hacen amigos, y los soberanos le miman á porfía, de tal modo que el gran príncipe de la época, aquel ilustre César que ciñe la triple corona de Occidente, le señala y favorece hasta sentarle en la mesa á su lado, cederle la derecha en el paseo, y acompañarle en el taller sirviéndole si conviene, como una vez que se bajó á recoger su pincel, y aun lo tuvo á mucha honra.

Grande ilustracion seria quien tamaños respetos supo granjearse en el siglo de los Ángeles y Rafaeles; pero todo se explica con pronunciar el nombre de Ticiano. ¿ Quién desconoce este nombre ? ¿ dónde ó en qué tiempo ha dejado de



celebrarse? Sí; este es el genio que figurando entre las sublimes personificaciones del arte, es uno de sus metéoros mas esplendentes y una de sus antorchas que mas iluminan; este el que, sobreviviendo en cierta manera á su gloriosa existencia, vive perdurablemente en la memoria de las generaciones; este el que, dotado de privilegiadísima capacidad, merece contarse entre los hombres-siglos, segun los llama un poeta, porque toda una edad vive de ellos, nutriéndose de su inspiracion (1).

### III.

Cuando en una pintura veais campear la verdad de la naturaleza, sorprendida por decirlo así en lo que tiene de mas fugaz é impalpable, á la par que mas animado y vigoroso; cuando á la valentía de la ejecucion veais reunidos aquel fascinador miraje y aquella ilusion encantadora que elevan las grandes obras pictóricas á la esfera de la idealidad; por poco conocidas que os sean las del gran maestro, no vacilareis en marcarla por suya. ¡ Cuánta viveza y donosura en ellas! ¡ cuánta observacion y profundidad! ¡ Qué vida en las composiciones, qué espontaneidad en las ideas, qué fibra en el concepto, qué soltura en la mano, qué ingenio en todo, ya sea plan especulativo ó proceder material!

Ticiano brilla singularmente en una especialidad: nadie con mas acierto supo figurar los tonos y medias tintas, la pastosidad y delicadeza de las carnaciones, el cútis de raso, los azulados surcos de las venas debajo la piel, y aquellos diáfanos matices y mórbidas transparencias que tan bien simulan la vitalidad de un cuerpo perfectamente nutrido.

Como para sobresalir en este género se necesita mucha inteligencia de color y sumo conocimiento del claro-oscuro, ambos talentos los poseia Ticiano de manera que llegó á formar escuela con ellos. Quizá por esto no hizo migas con su director primero Gentile Bellini, cuya nimiedad solo acertaba á ver en el desembarazo de su discípulo, un talento de mamarrachista. Mejor avenido con la franca soltura del Giorgione, plegóse de tal suerte á su estilo, que acabó por apropiárselo, hasta confundirse las producciones de uno y otro, logrando al fin eclipsar á su maestro en la decoracion de la lonja veneciana de los alemanes, dicha *Fondaco di Tedeschi*, donde pintó un lienzo del triunfo de Judith, que fué ocasion de un verdadero triunfo para él.

Insiguiendo el mismo gusto, ejecutó para la iglesia de los *Frari* ó minoritas un cuadro cuya osadía y fogosidad chocaron al principio; pero convertido el asombro en admiracion, la voz popular hizo plena justicia al grande artista,

(1) Un de ces hommes-siècles, et qu'on nomme un âge, parce que tout un âge pense, et vit de sa pensée.

tributándole el debido lauro y confiriéndole desde luego la primacía sobre todos sus paisanos.

Desde aquel momento la escuela de Ticiano quedó fijada, su estilo deslindado, su gusto establecido, y en lo sucesivo todas sus obras llevaron el sello de la originalidad y maestría que caracterizan al favorito de papas y reyes, el príncipe de la escuela veneciana.

#### IV.

Como quiera, no siempre las obras de Ticiano son castigadas é irreprochables: su dibujo deja algunas veces que desear, y quizá por la correccion no es de los que mas pueden recomendarse á los estudios de la juventud. « En su primera época, dice un autorizado censor (1), fué seco en el contorno, imitando al parecer el estilo de sus maestros; despues ensanchó el gusto, procurando seguir á la naturaleza, y últimamente, arrastrado por el vigor del pincel, descuidó su dibujo y se tornó áspero y crudo; sin embargo, nadie ha pintado los niños mejor que él. De su composicion puede decirse lo mismo: al principio fué simétrica, luego suelta, y al fin desaliñada. En punto á colorido es donde se lleva la palma, sino de una colmada perfeccion, de una reforma cuyo mérito totalmente le pertenece. Antes, ningun pintor sabía acomodar el ideal á los varios colores de los paños, atendida su oportunidad ó su efecto; pero Ticiano, al igual de Giorgione, conoció que el rojo hace resaltar los objetos, que el amarillo absorbe y retiene la luz, que el azul es sombrío y adecuado para grandes masas oscuras; conoció ademas el efecto de los colores pastosos y el modo de usarlos oportunamente, y por este medio adquirió una justa idea del buen colorido, concibiendo la manera de dar la misma gracia, claridad de tono y dignidad de color á la luz que á la sombra y á las medias tintas..... El colorido de Ticiano, sobre ser muy variado y de admirable entonacion, jamas falta á la ley de la armonía. »

Menos calculado que espontáneo, menos delicado que voluptuoso, su talento es uno de aquellos que se desbocan hácia un fin, sin pararse en las consecuencias y con frecuencia arrollando todos los obstáculos. « Habiendo nacido, añade el dicho crítico, con el genio necesario para ser un gran dibujante, pues tenia certera mirada para bien copiar la naturaleza y aun las obras de los antiguos, el ardor sumo que ponía en el trabajo le impidió consagrarse á estudios verdaderamente sólidos. A pesar de esto, entre los profesores venecianos él es de los mas castigados, porque tenia buen juicio y la paciencia de trabajar casi siempre á vista del natural, si bien cuando reproducia los efectos de la naturaleza, curábase poco de deslindar sus causas. Hartas veces por ir á prisa, fué duro en los toques de su pincel. »

(1) A. Mengs, *Reflexiones acerca Rafael, el Correggio y Ticiano*.



Ticiano pertenece ya de lleno al renacimiento. Mas sensualista que sentimentalista, viene á ser un término medio entre las reminiscencias de la escuela puristo-gótica, y las tendencias prosáicas de la que mas adelante, por los Corraiccio y los Rubens, fué á parar á los contrasentidos del barroquismo.

La pasion del arte ahoga en él todas las demas pasiones: las formas sensibles son para él un verdadero culto: por eso sobresale y se complace tanto en la representacion de la belleza femenil; por eso ha pintado mas Venus que Madonas.

Fácil no obstante, y familiar con todos los géneros, las numerosas producciones de su larga carrera, que se calculan á mas de cuatrocientas cincuenta, ya sean de índole histórica, religiosa ó mitológica, profanas ó sagradas, graves ó ligeras, hasta sus paisajes y retratos, salva la enunciada especialidad de gusto, que como materia opinable está sujeta á apreciaciones mas ó menos benévolas, siempre y do quiera se han graduado de verdaderas obras maestras.

## V.

Tal es el poder del genio, que aun en las composiciones mas descuidadas rebosa con vigor exuberante. Su enerjia se comunica á ellas como al hierro la candencia del fuego, como al espacio la nitidez de la luz, y en todas ocasiones sorprende y enagena por sus golpes atrevidos, por sus rasgos subitáneos, por la inspiracion que entraña, al parecer inaccesible á las demas inteligencias, y por los tipos que engendra, al parecer evocados de una region fantástica, muy lejana de la vulgaridad del mundo real.

Otro privilegio alcanza el genio, y es dar algo de quimérico aun á los objetos sensibles, cuando en hábil imitacion los traslada ó reproduce, de suerte que un pincel maestro copiando, trasforma, y el original reanimado en cierto modo por él, adquiere en lugar ó ademas de su vida propia, parte de la que hinche el alma y el corazon del artista.

Cuando otra prueba no hubiese de semejante aserto, hallaríamosla paladina en el cuadro que nos ocupa: y es que Ticiano debió gozarse en él con singular delectación. Tratábase de una de sus composiciones mas favoritas: una mujer jóven, linda, deliciosa: una beldad en toda la acepcion de la palabra; un tipo cual nunca pudo fantasearlo la imaginacion mas exaltada; y ese tipo, esa beldad, esa mujer, procedian de un sér objetivo, viviente en la tierra; y ese sér era uno de los mas caros á su corazon, uno de aquellos objetos en quienes el hombre vincula sus afecciones, á quienes consagra su vida entera; creacion plácida de sus ensueños, centro purísimo de sus amores; sér venerado como una madre é idolatrado como una esposa: en una palabra, era su hija.

Otro artista hubo, aventajado discípulo de Ticiano, á quien el amor de padre



sirvió de estímulo perenne en sus tareas y de consuelo en sus amarguras. Tintoretto, concentrado por carácter y bien hallado con la apacible quietud doméstica, en la compañía de su hija, la célebre Tintorella, cifró sus mayores complacencias. Ella le inspiraba ó servía de modelo, ella le ayudaba á menudo en sus trabajos, pues era tambien hábil pintora, siendo á la vez la deidad de sus lares y la sacra Musa que fecundizaba su talento. Por desgracia arrebatóla la fiera parca en la flor de sus años, y el acongojado artista tuvo el dolor de sobrevivirla, debiendo llorar solo y anciano sobre la losa fria que encerraba á la amiga de toda su vida.

Ticiano mas feliz, entre otros muchos logros, mereció gozar cumplidamente las dulzuras de la paternidad; su Lavinia le acompañó con dos hijos mas hasta cerrarle los párpados (1), y aquella indecible satisfaccion de mirarse reproducido en nuevos vástagos, aquella santa autoridad que es como una segunda providencia para los hijos, aquellos desahogos entrañables de una existencia amorosamente compartida, que solo un padre bueno y amado consigue disfrutar; alcanzólos Ticiano en medio de toda la consideracion, de toda la opulencia, de la gloriosa aureola y del esplendor y prestigio que su gran talento supo recabarle (2).

## VI.

¡ Júzguese pues, con qué esmero no se ocuparia en el retrato de su querida Lavinia! Á los sentimientos que de ordinario evoca el artista para crear una obra valiosa, debieron agregarse en esta circunstancia todas las afecciones de que es capaz un corazon paternal, todo lo que una alma del temple de la de Ticiano puede abarcar en apasionadas embriagueces y en los deliciosos trasportes de un cariño el mas noble y mas puro. Quien á tal extremo poseia la intuicion de la belleza, y con tal ahinco la acarició en sus producciones, ofreciéndola bajo múltiples fases y buscándola en toda clase de tipos ideales ó reales; quien reprodujo las hermosuras mas célebres de su siglo, desde las princesas hasta las cortesanas, desde la Laura Bianti y la Julia de Ponte hasta la famosa Lucrecia Borgia; ¿ con qué aficion no se consagraria á dar nueva vida por el arte, á la cándida vírgen que ya la recibiera de él por naturaleza, la dulce prenda de su corazon, flor de sus amores, vida de su vida, orgullo de su familia, delicia de sus dias, consuelo y apoyo de sus viejos años?

(1) Horacio Vecelli, hijo mayor de Ticiano, ejercía el arte con provecho, habiendo trabajado en varias obras á la sombra de su padre; pero falleció joven, víctima del propio contagio que hirió á este á la edad de noventa y nueve años. El otro hijo, Pomponio, abrazada la carrera eclesiástica, llegó á canónigo de Milan; y dueño de la cuantiosa herencia paterna como único sobreviviente, parece que por su mala cabeza y peor conducta, se hizo poco digno de esta fortuna, de su estado y de su nombre.

(2) El Ticiano, dice Vasari, gozó durante su vida de salud y felicidad, cual hombre alguno pueda alcanzarlas en la tierra, habiéndole prodigado el cielo toda clase de mercedes y beneficios. Su casa en Venecia era frecuentada de príncipes, literatos y personas las mas distinguidas, amándole todos no solo como ilustracion del arte, sino por su carácter tan noble como puro y honrado, por su trato apacible y su buena sociedad.



Esto solo explica el encanto de la obra de que tratamos, la cual parece exhalar, como bálsamo de suavidad, una emanación del sagrado amor que la inspiró. Observad esa mirada honda é indefinida, en que se refleja la serenidad de una alma pura, el ardor latente de un cariño apasionado; fijáos en esos ojos, espejo claro de un corazón virginal, rico de sentimiento y exuberante de placidez: ¿no adivináis en ello el misterio de la ternura de un padre, padre que idolatra, padre que lee en semejante corazón, que se baña en semejante alma, que profundiza todos sus secretos, libando sus delicias y absorbiendo sus tesoros? ¿Quién más que un padre, y padre artista, y artista como Ticiano, pudiera revelar con tanta verdad lo que en esta mirada se esconde y compendia?

Prescindamos momentáneamente de la acción del cuadro, porque sobre reducida, no pasa de ser muy secundaria, ciñéndose á una simulación de ademán, ó modo de *pose* como dicen los franceses. Ticiano al pintarle, solo meditaba en Lavinia, y cualquiera que fuese el pretexto de la composición, no cabe duda que preocupado con la imagen de su hija, olvidó toda otra idea para retratar á la vez, quizá sin saberlo, la ardentísima pasión de su alma. En tal manera el asunto de la composición era lo de menos, como que, sin menoscabo de ella, el propio Ticiano la varió radicalmente, sustituyendo al accesorio principal que la caracterizaba, otro del todo diferente en ser, forma y significación.

Cuéntase, en efecto, que la idea primera del artista había sido pintar á la hija de Herodias, llevando en una bandeja la cabeza del Precursor: de aquí el aire ladino y algo liviano de esta hermosura, tan apropiado á la célebre bailarina de la corte de Herodes; de aquí sus brazos en alto y su rostro apartado, como repugnando la vista del horrible despojo que iba á ofrecer á la maligna y vengativa concubina. El traje en verdad, no es el de las romanas del siglo de Augusto; pero este anacronismo nada significaría de sí, toda vez era muy común entre los profesores del siglo XVI, y señaladamente en Ticiano, quien no solo barajaba trajes, sino retratos de personas coetáneas en sus varias producciones.

Entonces dábase escasa importancia á lo que llamamos propiedad histórica, mediando sobre el particular un convencionalismo de que nadie se escandalizaba, por haber degenerado en costumbre y apoyarse casi en la tradición. Poetas y pintores usaban anchamente de la licencia que les consiente Horacio; mas no por menos eruditos, dejaban de ser grandes maestros. Esa misma impropiedad acrece á veces el valor de sus obras, pues las da un sabor de época que en otro caso no tendrían, de modo que lo que pierden en rigorismo, lo ganan en espontaneidad.

## VII.

Si la primera idea de Ticiano en la obra aludida, fué producir un antítesis entre la lozanía y la muerte, entre una cabeza joven y hermosa y otra cabeza



mutilada y sangrienta , no hay duda que era empresa digna de su consumado pincel , y que el contraste debió de ser grande , singular y extraordinario. Como quiera , á vueltas del efecto magistral , casi debemos agradecer al artista la variacion que con mejor acuerdo realizó , sustituyendo á la lívida faz del santo Profeta , un lujoso cofrecillo , segun aparece en alguna de las copias de este cuadro , ó un manojo de frutas y flores , como vemos en la presente. Por este simple cambio , la antítesis se convierte en armonía , pues nada mas armónico con la juventud y la belleza , que un artístico joyel , ó las producciones esquisitas de la naturaleza , sin contar el hondo sentido moral que en la asimilacion de unos y otros objetos puede encerrarse.

Esta donosa criatura , ¿ no es acaso un lindo tallo del jardin de la vida , flor que arrebatará el aquilon embravecido , fruta que se consumirá apenas sazónada , sombra volandera que brillará un momento para hundirse luego en el abismo donde fenecen todas las ilusiones?... Espléndida como ese ramillete , como él deberá marchitarse : flor de un dia , vivirá lo que va de hoy á mañana ; y tan briosa pujanza , tan vigorosa opulencia , desvaneceránse como los vapores que ahuyenta un soplo lijero.

Sin embargo , entre la criatura y la flor hay una discrepancia , y es que la segunda solo deja abrojos , mientras que la primera se sobrevive á sí misma , con atributos que compensan anchamente la accion del tiempo sobre la vana prez de la belleza. Las nobles cualidades del espíritu , las esquisitas dotes del corazon , he aquí el aroma dulcísimo que esta flor exhala aun despues de marchitada ; he aquí los caracteres de vitalidad que conserva aun despues que se agostó , caracteres tanto mas enérgicos cuanto mas combatidos , los cuales léjos de borrarse crecen cada dia , viniendo á formar un caudal sólido de preciosísimo valor , contra el que nada pueden la carcoma ni los ladrones , y que generalmente escapa á la ley omnímota de la destruccion , pues deja rastro aun allende la muerte.

Esta propia beldad que analizamos , en varios rasgos pregoná una clara inteligencia , una imaginacion activa , un juicio recto y un sensible corazon ; su aire de travesura revela la mayor viveza : luego ; qué riqueza de organizacion no encubren esa tez purísima , y esas facciones no menos correctas que delicadas , en cada una de las cuales se involucran mil primores y noblezas !

Convertid á esta jóven en amante esposa ó en madre solícita , encargada de labrar la dicha de una nueva familia , y vereis con qué desvelo , hecha víctima del amor , se multiplica y prodiga á sí misma , abnegándose cumplidamente hasta el sacrificio si conviene. Ora paloma tierna , ofrecerá en su seno un asilo siempre dulcísimo ; ora fénix generoso , se rasgará el pecho para dar por los otros su vida ; ora águila vigilante , con atencion previsora y con ojo el mas seguro , atenderá al bien de todos , cobijándolos bajo sus alas y alentándolos en la hoguera de su amor. Cuando haya perdido la flor de la belleza , aun brillarán



las flores de sus virtudes : su mirada benévola y su sonrisa apacible, aun debajo del rugoso cútis trasparantarán la hermosura de un corazon que nunca envejece y de una alma siempre juvenil ; al brillo de la primavera habrán sucedido las pompas del otoño ; al liviano prisma de la juventud, los venerables caracteres de la ancianidad ; sus colores se habrán ajado , pero su fragancia será mas que nunca vehemente, y bajo esta nueva fase aun presentará gran belleza, tanto mas sólida y legítima, cuanto estriba en las mismas condiciones que forman el primor de los ángeles , caracteres de beldad inefable que el tiempo no puede conculcar, porque son celestes y eternos como el Dios de quien proceden.

### VIII.

Estas y otras muchas cosas que en obsequio á la brevedad dejamos por alto, vertiólas de un rasgo el gran Ticiano al copiar la imágen de su hija. Así este cuadro, no tanto debe apreciarse como obra de arte, cuanto como obra de sentimiento, pues no es ya el ingenio el que lo ideó, sino el amor ; no es la mano lo que lo pintó, sino el corazon. Por eso tampoco se observa en él lunar alguno, ni siquiera las lijerezas peculiares del autor ó de su escuela ; antes como resultado de verdadera inspiracion, allega las felices condiciones que dan reunidas la inspiracion y el talento, esto es, verdad y acierto, correccion y gusto.

He aquí una elocuente leccion para los que siguen las profesiones liberales. Tratamos de un pintor cuyo mérito es innegable, pero que sin embargo se descuida algunas veces, ya por demasiado arrojo, ya por escasa meditacion ; cuando empero se coloca al caballete para un trabajo que indudablemente le enajena é inspira, su imaginacion rebosa, su alma sale afuera, su mano corre libre, y la obra surge de sí misma como espontánea, sin soltura ni retoques, improvisada cual la imágen que un espejo reproduce.

No basta pues, tener genio para ser grande ; conviene inspirarse y sentir, al objeto de que cualquiera obra de arte reuna las altas cualidades estéticas que conducen á las sublimes especulaciones. Si es mucho el genio, la produccion llegará quizá á ser castigada, grandiosa, maestra ; pero si no se siente lo que se produce, en vano se tratará de mover afectos que no se habrán sabido expresar. Los antiguos fueron materiales aun en lo santo ; los puristas fueron santos aun en lo profano : Miguel Ángel es brusco en lo delicado ; Ribera terrible en lo suave ; Rembrandt grotesco en lo severo. ¿ Por qué dice tantas cosas el cuadro que nos ocupa ? porque el maestro vertió en él sus mas puros afectos ; porque sin ambages ni rebozo nos franquea en él los secretos de su alma ; porque todo su corazon está pendiente de esa mirada simpática, profunda, cariñosa y embeladora, que por sí sola es una historia de amorosas correspondencias y un manantial de goces indecibles é inagotables.

Tambien esta obra nos enseña los requisitos que un buen retrato debe tener. Generalmente, el original mirado de frente, ó á uno ó mas tercios de perfil, es trasladado al lienzo en esta posicion, viniendo á semejar una alma en pena, que friamente acecha al espectador asomado detrás del marco; pero Ticiano, sublime esta vez en todo, supo huir la monotonía planteando su modelo en tal aptitud, que sobre relevar acertadamente las ventajas personales de la figura, con su gracioso ademan le dió accion y argumento, creando un cuadro de verdadera composicion. Sin embargo, conciliar tan opuestos extremos con resultado tan lisonjero, solo cumple á ingenios descollantes como lo fué el privilegiado retratista de Carlos V, de Felipe II, de Francisco I, de los papas Julio II, Clemente VII, Alejandro VI y Paulo III; de los cardenales de Médicis y Bembo; del emperador Soliman; del gran Gonzalo de Córdoba; de los duques de Alba, Sajonia, Saboya y Milan; de los dux venecianos Lando, Trevisano, Gritti y Grimani; de Andrea Doria; de los poetas Aretino y Bocaccio; de Martin Lutero; de los santos Ignacio de Loyola y Luis Gonzaga, con otros muchos.

No concluiremos sin emitir algunas observaciones acerca la plancha que á este artículo acompaña. Como grabado, seguramente es de los mejores de la coleccion, y pocos le escederán en vehemencia, finura y pastosidad; en cambio el dibujo deja bastante que desear, observándose incorrecciones y desproporciones que abonarian poco nuestros elogios, si debieran colgarse al original; pero dista mucho de ser así. Sabido es cuanto dejenera una obra con sucesivos tras-pasos, mayormente si á ello no presiden todo el criterio y aptitud requeridos; sobre que el cuadro del museo de Berlin no parece ser el legítimo original de Ticiano, pues habiendo este decorado largo tiempo la galería del Palacio Real de París, fué con otros muchos enajenado durante la revolucion, y llevado á Inglaterra, donde aun debe de conservarse en la actualidad.

J. Pulggari.



67 DE MUNICH. P. 36



Engraving 1807

A. H. 1807

*La Madone et l'Enfant*  
*Madonna and Child*      *Madonna und Kind*

## NACIMIENTO DE N. S. JESUCRISTO.

(CUADRO DE POUSSIN.)

— Cuando el supremo Dios de todo lo criado, encarnándose en el seno de la humilde esposa de Galilea, vino á apurar la copa de la amargura y á templar la fortaleza de su alma varonil con el toque de redobladas tribulaciones, la Roma de los Césares se hallaba en su mayor período de pujanza exterior y de engrandecimiento territorial. Las águilas capitolinas cruzaban sin interrupcion por casi todo el orbe conocido, los reinos mas fértiles y poderosos del mundo se habian dejado uncir al carro de triunfo del cesarismo, el Egipto y la Siria le rendian homenaje, el sármata indómito temblaba á su vista, y la China, emporio del Asia, recibia su avasalladora influencia y la honraba con amistosos presentes. Para el hombre pensador, sin embargo, Roma encerraba ya en su seno, confusos y revueltos, los gérmenes de una prematura postracion desde que el espíritu religioso se habia enflaquecido y enervado, y las divinidades del paganismo, ahuyentadas por la increencia, habian abandonado un dia sus graníticos y majestuosos templos. Solo una mira altamente providencial pudo hacer, pues—dejando á un lado la divinidad de la Religion cristiana— que coincidiera la encarnacion del Verbo con la degeneracion y caduquez de la teogonía pagana en Roma, y que reverdecieran los saludables y levantados dones de la Fé cuando estaban las creencias áridas y sin jugo y se habian cegado de todo punto las fuentes del sentimiento religioso.

— Por aquellos tiempos vivia en Nazareth, allá donde se estiende y dilata la fe-



raz region de Palestina, un oscuro carpintero, cuya familia fué predestinada por el cielo para consumir uno de los mas grandes sucesos que la historia registra en sus anales. Como César Augusto hubiera mandado publicar en Judea un edicto para formar el censo de los pueblos sometidos á su ley con expresion de los bienes de cada uno y las diferentes calidades de las tierras, el carpintero de Nazareth creyó deber trasladarse con su esposa á Belen, donde radicaba el solar de sus antepasados, y trás cinco dias de dificultosa peregrinacion, los humildes viajeros, cumplidores sin saberlo de una mision suprema, vieron dibujarse á lo lejos los contornos de la ciudad de Belen, apoyada sobre una eminencia, cercada de colinas, sombreada por la vid y tapizada de encinares y de jardines. Bien quisieron desde luego los modestos expedicionarios demandar hospitalidad generosa en la ciudad de los Reyes, como quiera que María palideciese por momentos y se sintiese decaida y angustiada; pero las posadas de Belen rebosaban de forasteros, y los padres de Nuestro Redentor, rechazados por todo el mundo y sin poder recabar un asilo en la tierra de sus mayores, salieron de aquella ciudad ingrata no sabiendo á donde dirigir sus pasos, y solo hácia la parte del mediodía de la ciudad advirtieron una cavernosa gruta abierta en la roca, donde los mercaderes belenitas se guarecian en las noches tormentosas y desde donde se oia sordamente el pavoroso rugido de los chacales que buscaban su presa.

En aquella noche memorable, entre privaciones y estrecheces y en mansion tan humilde vino á la tierra el Salvador del linaje humano, y desde aquella penosa escena de familia trae origen el libro de oro de los padecimientos de Cristo, verdadera carta de emancipacion de las clases pobres, y epopeya sublime que, abriéndose en un destartalado y roto pesebre, termina en el Calvario.

No bien se cumplieron las predicciones de Isaías y la Virgen predestinada dió á luz á su hijo Unigénito, diz que un ángel del Señor se presentó á la vista de los pastores que en las cercanías de Belen se hallaban velando por sus ganados, y bañándoles de luz y rozándoles la frente con sus alas de oro, les dijo:— «No temáis, porque yo vengo á traeros una buena nueva que será para todo el pueblo motivo de una grande alegría, y es que hoy en la ciudad de David os ha nacido un Salvador que es Cristo. Hé aquí la señal con que le hallareis: encontrareis un niño envuelto entre pañales, y reclinado en un pesebre.»—Dicho lo cual, la vision maravillosa enmudeció y un ejército de espíritus celestiales, loando al Señor, dejó oir en dulcísimo concierto el clamor de— «Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.»— Poco despues, bien así como guiados por supremo impulso, los pastores allegaron cuantos presentes tenian á mano y podian ofrecer al Salvador, y con la intuicion profética que al pueblo caracteriza en ciertos momentos, volaron á la pequeña ciudad de David á hincarse de hinojos prestamente ante el que venia, en alas de su amor al género humano, para ser paño de lágrimas de la viudez y regazo de los do-



lientes en una sociedad cancerada por la podre del materialismo, donde el afortunado no escuchaba siquiera los clamores del pobre, y cuando, ensordecido el mundo por el estruendo de las armas, solo la techumbre del hogar recogia los angustiosos lamentos del desgraciado. Al pasar por delante de la cueva un impulso de lo alto les indujo á penetrar en aquel santuario donde la sacra familia castamente recogida y bañada por un suave rayo de luz prestaba adoracion humilde y fervorosa al Reciennacido.

Ya de muy antiguo los hijos de Judá, atentos á la voz de sus Profetas, alimentaban su espíritu con la sabrosa esperanza de que un gran varon de su raza seria el libertador del género humano y llenaria con su nombre la redondez del mundo; pero familiarizados con la idea de que el Ungido del Señor debia sojuzgar la tierra con estruendosas y titánicas conquistas, y apareceria en fastuoso carro triunfador velado de incienso entre resplandecientes y arreboladas nubes, y exornaria sus hombros con la púrpura imperial, ¿cómo adivinar al Mesías prometido en el niño pobre y desabastecido de Belen los que despues no acertaron á reconocerle en el gran Mártir de Judea que, rebosante de uncion y magnanimidad, desdeñaba cruentos sacrificios y épicas conquistas, aborrecia las vanidades y arrogancias terrenas, cimentaba su trono sobre la peana de la modestia, predicaba el hermanamiento de todos los intereses, cifraba las legítimas aspiraciones del hombre en vencerse á sí mismo y domeñar las propias pasiones, no tenia una palabra de hiel para sus encarnizados enemigos, y ostentaba como prendas descollantes la humildad y la dulcedumbre, la mansuetud y la sanidad de espíritu, el desprendimiento y la caridad? ¡Ciegos que solo acertaron á ver en él á un vulgar sedicioso y se gozaron en sus incomparables padecimientos y enrojecieron con su sangre inocente aquella tierra desde entonces maldita y cubierta para siempre con el oprobioso estigma del deicidio!

Solo las turbas iliteratas, solo el pueblo que vivia en mas íntimo contacto con la naturaleza, no manchado por el hálito de la corrupcion, solo la muchedumbre de los que gimen en el seno del hogar, azotada la frente por el látigo del dolor, oyeron levantarse un eco en su corazon que les anunciaba una fausta y plausible nueva, la exaltacion de los decaidos, la regeneracion de los humildes, la apoteosis del sufrimiento, la eterna bienaventuranza que circundaria desde entonces como célica auréola la frente de los escogidos de Dios, acrisolados por la tribulacion y la penitencia. ¡Bien hayan los que comprender supieron al Ungido de Israel, y fecundizaron su corazon, como tocados por la varita mágica del presentimiento, con la autoridad de sus buenos ejemplos y el ascendiente de una irreprochable conducta! ¡Bien hayan los que, sintiéndose regocijados al verle misericordioso y humilde, depusieron á sus plantas dones y ofrendas, flores y frutos en fé de veneracion y acatamiento!

Porque aquella incierta y nebulosa estrella que trémulamente resplandeció



en la inolvidable noche de Belen era el astro que á la vuelta de pocos lustros derramaria lumbré bienhechora por todos los ángulos de la tierra; porque el Niño Reciennacido debía quebrar las cadenas de ominosa servidumbre, herir de muerte el prestigio de los déspotas, derribar las divinidades olímpicas de su pedestal y escribir con su propia sangre el programa del mundo moderno; y finalmente, porque aquel cuerpo de edificantes consejos y de fecundas enseñanzas revelado por J. C., que en són de mofa repitieron y murmuraron un dia los lábios de la impiedad y del escepticismo, vino á ser despues paladion de los pueblos, y en sociedades caducas y necesitadas de remozamiento aparecieron aquellas santas doctrinas como único hospitalario y seguro puerto que les reservaba Dios en la vaga penumbra del porvenir.

En cuanto los pastores de Belen hubieron depuesto á las plantas del Rey niño sus parcas y respetuosas ofrendas, contaron la maravillosa vision y se hicieron lenguas por el mundo del prodigio que habia acontecido en la santa noche de Navidad. El pueblo oia asombrado la relacion de aquellos testigos, y como transportado á los tiempos abrahámicos, no acertaba á darse cuenta de aquel extraño suceso que, de puro singular, cosa increíble parecia. Pero quiso la Providencia en aquella sazon que unos Magos de Oriente, avezados á estudiar en el curso pacífico de los astros el augurio de los grandes acontecimientos, leyeron al través de sus combinaciones cabalísticas que el niño Rey anunciado por los Profetas, que nacer debia de una pura é inmaculada Virgen en la region mas occidental del Asia, habia ya venido al mundo, y como una estrella radiosa y esplendente anunciase allá en el horizonte el cumplimiento de la tradicional profecía, salieron inmediatamente de su país por la estrella guiados en busca del jóven rey prometido á fin de rendirle párias y tributarle ricos presentes de veneracion y de respeto. De forma que, como lo ha observado un distinguido apologista cristiano, despues que los pastores de Judá habian tomado la iniciativa, llegaba el turno de los sabios y de los reyes.

## II.

Se nos han ocurrido esas reflexiones y recuerdos al fijar nuestra vista sobre el grabado presente y á que sirven de texto estas mal hilvanadas consideraciones. Como lo habrán observado nuestros leyentes, describe y representa *El nacimiento del Salvador del mundo*, y es otro de los verdaderos timbres del inmortal Poussin.

Prescindiendo de las dotes de subido quilate que lo avaloran bajo el punto de vista estético, ¿quién no siente dilatarse su corazon y arrobarse la mente en remontado vuelo al considerar el arte pictórico enaltecido y sublimado con el prestigio de la Religion, que le rinde siempre sus mas enérgicas y vigorosas inspira-



ciones? Ese purísimo sentimiento que anidó en el corazón de Dante, é inspiró los mas entonados y robustos acentos del Tasso, el que palpita y rebosa en las brillantes páginas de santa Teresa de Jesus, y con suavísimo y manso soplo de lo alto hizo vibrar el áureo plectro del cantor de Eudoro y Cimodocea, ¿no es quién en el terreno de las artes plásticas ha dado forma á las basílicas españolas y á la catedral de Colonia, cuerpo á las contorneadas y espresivas vírgenes de la edad media, vida y color á las creaciones artísticas de Rafael y de Murillo?

En verdad que si otros datos no existieran para juzgar de la escelencia y espiritualidad de la santa Religion que por dicha profesamos, la historia del arte pregonaria ya elocuentemente que nada ha despertado como ella la vida del corazón, ni ha logrado darle mas sustancioso y regalado alimento... ¿Y qué mucho si, fundada en el amor, santifica el consuelo, mantiene viva la esperanza y todo lo perfuma con un álito suavísimo de ilusion y de poesía? ¿Dónde estaban ese ambiente de esperanza, esa deliciosa y balsámica frescura, este aroma de consuelo en los pueblos que caen al otro lado de la cruz?

Dos escritores franceses de nuestro siglo, á quienes debe mucho la sociedad actual por el acrisolado empeño y perseverante celo con que han puesto su pluma al servicio de los intereses morales (1) levantando el espíritu humano de su prostracion, y contribuyendo por la mejora del gusto á restaurar el alma en el hombre, segun la bellísima espresion de Villemain, podrian ser para nosotros un escelente guía si tratásemos de discernir lo que deben al cristianismo en la esfera de los caractéres, las pasiones y los sentimientos, estos inspirados cultivadores del arte, orgullo de las generaciones modernas.

Y no es que intentemos nosotros ni mucho menos empequeñecer la talla de cada uno, ni desconocer su fisonomía especial, ni disputarles la fuerza artística que ellos como almas privilegiadas atesoraron; pero aun así, ¿no es verdad que el cristianismo recorriendo todo el diapason de las humanas afecciones, teniendo en su mano todos los resortes del sentimiento, habiéndolo enaltecido y espiritualizado todo, y habiendo establecido como corolario de la unidad de Dios la unidad y solidaridad del linage humano, ha ensanchado los confines del arte y creado casi de todo punto la belleza moral?

Jesucristo, dando al individuo la conciencia de su dignidad, é infundiéndole entereza bastante para esperar á pié firme las contrariedades y los reveses; redimiendo á la mujer, y elevándola desde el gineceo antiguo á ser la compañera de nuestra vida; poetizando y sublimando el destino del hombre mas allá del sepulcro; colocando la inteligencia sobre el instinto, y poniéndola en el caso de librar sostenida y recia batalla con los erráticos impulsos del sentimiento; creando el deber y dándole principios cimentativos en que hacer durable y firme asiento, ¿no ha sido un poderosísimo elemento del arte, y tal vez el que mas eficazmente

(1) Chateaubriand y Saint-Marc Girardin.



ha modificado su naturaleza entre los muy señalados y gloriosos sucesos que registra en sus anales la paciente y dilatada obra de la civilización europea?—El amor en sus diversas fases, la piedad, la igualdad, la templanza, la fortaleza, la humildad enaltecida, las beatitudes inefables del ascetismo, el pudor, la caridad desinteresada, la abnegación, la vida contemplativa, la poesía del sufrimiento, la santidad de la familia, la regeneración de la mujer, hijos son en su más elevado sentido del cristianismo, según ha patentizado Chateaubriand; y con esto solo, ¡qué de raudales de inspiración, y cuántos elementos explotables para el artista!

Por otra parte, conocidos son ya los bellísimos estudios que ha inspirado á Saint-Marc Girardin la diversa expresión que los sentimientos alcanzaban en la sociedad antigua y en la moderna, particularmente bajo el punto de vista estético-literario: por donde bien puede vislumbrarse, con más exactitud, si cabe, que en las brillantes páginas de Chateaubriand, hasta qué punto el arte moderno ha sido influido por el cristianismo en la dilatación de los tiempos.

Sin separarnos del cuadro de Poussin,—á que sirven de comentario estos renglones con harto apresuramiento redactados—ved á María, la mujer sublime y regenerada; á José, el santo de los santos, el proletario enaltecido y el esposo ejemplar; al Rey Niño suavemente reclinado en el seno de la Virgen, y abarcando en su conjunto esta combinación armónica, ved á la verdadera familia cristiana, típico y hermoso cuadro que en su alteza y magnitud no había acertado á comprender el mundo antiguo. Esa dulcísima y casta melancolía, esa apacible expresión de piedad que resplandece en la mirada centelladora de la Virgen, ¿no dicen á nosotros, hombres cristianos—aunque pertenecientes á una sociedad degenerada y en que todo lo destroza el ábrego del materialismo—que María, lejos de ser una mujer vulgar, viene á consumir la redención de su sexo y presiente intuitivamente los levantados destinos que realiza en el mundo? Aquel ademán noble y sereno de José, su rostro iluminado por un purísimo rayo de contentamiento y rebosante de unción y de conformidad evangélicas, ¿no revelan al hombre privilegiado que, exento de culpas y remordimientos acepta resignado la misión suprema que se le encomienda, y adivina que de su cumplimiento depende tal vez la emancipación del proletariado?

¡Oh! ¡Misterio sublime! La emancipación de la mujer y del proletario que en el terreno político-social tantas resistencias hubieran despertado, se impusieron al entendimiento humano y embargaron los corazones desde que aparecieron con el carácter de un hecho consumado, ó mejor, como espontáneas é indeclinables consecuencias de la lógica providencial. Habiéndose Dios encarnado en el claustro materno, era usurpada, inícuo é impía la esclavitud de la mujer; y en cuanto al obrero, desde que el Señor permitió que la cuna de su Unigénito rodara en el humilde taller de un artesano, quedaba fuera de duda que las clases

jornaleras habian alcanzado una completa rehabilitacion. No renacerán ya aquellos tiempos en que el hombre , oscurecida en su conciencia hasta la nocion de la personalidad , era absorbido por una fuerza superior y aparecia como cifra infinitesimal en la tabla inmensa de las generaciones ; porque el desvalido y el potentado , el grande y el pequeño , realizan en la tierra una elevada mision social y están sujetos por igual al rasero de la justicia divina. La mujer no tornará en lo porvenir á un estado de bochornoso oscurecimiento , siendo escarnecida , anulada y convertida por una sociedad tiránica en liviano juguete de nuestros caprichos ; pues , consumado el santo misterio de la cruz , tiene en la familia un puesto privilegiado , y si como vírgen encierra en su corazon el sacro fuego de la honestidad y de la pureza , como madre es depositaria de un alto ministerio y desempeña una importantísima funcion acá en la tierra.

Al cristianismo , pues , debe el arte moderno los sentimientos que mas le enaltecen y subliman : del cristianismo ha tomado la individualidad , la energía y el vigor en los caracteres ; en el cristianismo ha aprendido á presentar domañadas las pasiones y triunfante al virtuoso ; en los limpios raudales del cristianismo ha templado su alma varonil para crear aquellos tipos elevados que deslustran la misma naturaleza haciendo descender el cielo á la tierra.

Si al través de incesantes transformaciones y de azarosos acontecimientos no se ha estinguido la llama de la inspiracion en la frente del artista y las admirables obras del genio llaman de tarde en tarde á nuestras puertas para que les rindamos un tributo de admiracion , débese á esa revolucion sublime que entronizó el espíritu y esclavizó la materia , al precioso cuerpo de doctrina é inagotable tesoro de sentimiento que el Hacedor supremo arrojó al mundo desde lo alto de una Cruz.

José Leopoldo Feu.



## MUCHACHOS QUE COMEN MELON.

( CUADRO DE MURILLO. )

En un pueblo inmediato á Sevilla vivia un carpintero casado con una muchacha tan limpia y hacendosa , como holgazan y descuidado era el marido. Heredó Anselmo la tienda y los parroquianos de su padre , que por cierto eran muchos y buenos ; mas los fué perdiendo poco á poco , porque todos se cansaban de esperar que acabara la obra encargada , y de ver que una vez terminada era preciso rehacerla casi siempre. Mientras iba perdiendo parroquianos crecía con demasiada frecuencia el número de sus hijos , de suerte que á los diez años de matrimonio apenas tenia ya trabajo y contaba con siete de aquellos. La pobre Teodora trabajaba día y noche cosiendo, bordando, lavando para estos y para aquellos, con el fin de alimentar á sus tiernos hijuelos, y no pocas veces para acallar el hambre del perezoso marido , que veía con la mayor indiferencia como iban en aumento las necesidades de su casa , y en disminucion los medios de satisfacerlas. Porque está claro que cuantos mas hijos tuvo , menos tiempo le quedó para trabajar á la desdichada madre, cuyas manos no bastaban á remendar los rotos vestidos de los niños, y cuyos ojos no cesaban de verter lágrimas muy amargas. Algunas veces se atrevió á reconvenir al esposo por el abandono en que dejaba á la familia , pero Anselmo le hizo entender de un modo muy desagradable que no estaba dispuesto á sufrir sus reconvenciones. La pobre pues trabajaba, lloraba, y veía con el dolor de una tierna madre como sus hijos crecían pálidos y flacos , llevando pintada en su rostro la miseria que á todos aquejaba. El mayor que heredó el carácter del padre , apenas hubo cumplido diez y siete años , se fugó de la casa paterna y sentó plaza de soldado, traspasando de dolor el corazon de Teodora , á la que habia causado ya infinitas amarguras por su índole aviesa y su audaz altane-

G<sup>o</sup> DE MUNICH. P. 12



M. G. 1820

A. Carré sc.

*Garçons mangeant des melons?*  
*Boys eating Melons. Knaben Melonen essend.*  
*Chłopcy jedkące Melona*



ría. La hija mayor que creció quieta y hacendosa como la madre, á la cual servía de grande auxilio y de eficaz consuelo, contrajo á la edad de catorce años la terrible enfermedad de la tisis, que la llevó al sepulcro, despues de un año de ofrecer á la desdichada madre el horrible espectáculo de una hija que va consumiéndose lentamente, sin haber en el mundo medio alguno para minorar aquel atroz suplicio.

A la vuelta de dos años el marido fué asesinado en una reyerta con otros tunos de su misma calaña, y la buena Teodora todavía derramó acerbo llanto por un esposo que tanto le costaba, y á quien á pesar de todo amó entrañablemente. Entonces le quedaban seis hijos, el mayor de los cuales tenia catorce años, se llamaba Diego, y es el que está representado en la lámina comiendo melon. Se deja entender que ninguno de esos hijos habia recibido instruccion, ya porque Teodora siempre careció de medios para proporeionársela, ya porque la infeliz no tenia la menor idea de las ventajas que puede ofrecer adquisicion semejante. A pesar de esto, todos esos hijos tenian buenas inclinaciones, gracias á la piedad de Teodora, que desde muy niños los acostumbraba á rezar, les imbuia el principio del santo temor de Dios, del respeto á los superiores, y de la confianza en la Providencia. Bien quisiera dedicarlos á algun oficio en que pudieran ganar lo necesario para subsistir; mas no contando con ningun bienhechor, ni atreviéndose á buscarlo entre personas de clase mas alta que la suya, los hijos varones crecieron sin dedicarse á ningun trabajo y viviendo del producto siempre escaso que suministraba el trabajo de la madre y de la hija mas crecida. En suma, toda la familia estaba en la mayor pobreza, y la madre, que conocia que sus fuerzas iban decayendo, pronosticaba en su interior la miseria atroz de que serian víctimas sus hijos apenas ella falleciese. —Cuando yo muera, les decia, id todos á casa de su merced el Señor Cura, que conoce todas nuestras desgracias, él os buscará entonces un asilo en donde os recojan y enseñen; porque, ¿como quedareis, sin apoyo alguno en el mundo? Dios por medio del Señor Cura os proporcionará algun protector que haga por vosotros lo que ahora hace vuestra madre. Mientras yo viva quiero yo misma procuraros con que comais, hijos mios; mas cuando haya muerto, entonces vuestra madre y vuestro padre será Dios; no desconfieis jamás de la Providencia: no falta nunca al que en ella pone su esperanza. A mí nunca me ha faltado, y aunque hemos pasado dias de mucha miseria, nunca hemos dejado de tener un trozo de pan que llevar á la boca. Sed buenos, hijos mios, temed y amad á Dios, que Dios nunca se hace sordo á los ruegos de quien de corazon implora su misericordia.

Los hijos no entendian bien lo que la madre les hablaba, pero desde niños habian aprendido á temer y amar á Dios, y le temian y amaban, y aun le amaban mas que le temian, como Teodora los amonestaba que lo hicieran.

Algunas veces los niños habian solicitado de la madre que les dejara ir á pe-



dir limosna ; mas ella no lo quiso nunca diciendo que aun no eran bastante pobres para eso , y que si alguno les diese limosna , esa limosna seria quitada á otra persona que lo necesitase mas que ellos. Únicamente toleró alguna vez que fuesen á buscar la sopa á un convento en donde la distribuian diariamente á cuantos pobres se presentaban : y esto lo consentia cuando no contaba absolutamente con ningun recurso para el alimento de aquel dia. La pobre madre á pesar de sus buenos deseos y de su incesante laboriosidad no podia sostener á tantos hijos , que al paso que crecian necesitaban mas alimento : era preciso tambien gastar muchas horas en remendarles de continuo sus haraposos vestidos, y aunque hubiera dejado esta faena para la noche , le era imposible porque eso traia consigo un gasto de aceite á fin de alumbrarse. A oscuras solo sabia hacer calceta, y realmente la hacia , mas no para sus hijos , cuyas piernas no fueron nunca cubiertas , ni en verdad lo necesitaban.

Vino finalmente el dia que la madre habia temido desde mucho tiempo ; comenzó á sentir un malestar que no comprendia ella misma , pero que le quitó las fuerzas para trabajar con el afan de antes , y la casa se resintió muy pronto de los escasos lucros de la única persona que todo lo sustentaba. Allí fueron la amargura y el acerbo dolor de la madre , que juzgándose mas enferma de lo que realmente estaba , pensó que moriria y que sus hijos quedarian sin amparo. Acudió como solia á Dios , le pidió fuerzas , le pidió resignacion , le pidió un eficaz auxilio para sus desventurados hijos : y estos que bien pronto conocieron el estado de su madre , la consolaron recordándole la confianza en Dios que tantas veces les habia recomendado , y Diego se empeñó en que su madre no fuese á lavar , y en ir él á pedir limosna para recoger algunos cuartos con que suplir la falta de lo que la madre no podia ganar en aquel dia. Vé, hijo de mis entrañas, le dijo Teodora, vé, y Dios te ayude, pide limosna por el amor de Dios, y en nombre de Dios da gracias al que te socorra, y desea salud y ventura al que no te auxilie. Vé, hijo mio, Dios sea tu guia. Y Diego salió de casa, despues de haberle su madre besado el pálido y flaco rostro que bañó de lágrimas.

Diego nunca habia pedido limosna y por lo mismo ignoraba completamente los medios de despertar la compasion ajena , ni sabia tampoco la cantinela con que los pordioseros suelen dirigirse á los transeuntes. Así pues, juzgó que debia pedirse la limosna como se pide cualquiera otra cosa, y por esto apenas vió ir hácia él una persona que le pareció rica, cuando se le acercó y le dijo : Hágame su merced el favor de darme algo. Quita allá, le contestó el labriego á quien se habia dirigido , y que seguramente no entendió que aquello fuese pedirle limosna. Todo sea por el amor de Dios, pensó Diego , y fué adelante. Pasó una mujer muy bien vestida , y Diego acercándosele le dijo lo mismo. Anda con Dios, contestó la mujer, y Diego se quedó ya mohino viendo que dos veces habia sido engañada su esperanza , porque él se figuró que le darian algo todos aquellos á



quienes pidiera. Probó la tercera vez y tuvo la misma suerte, de modo que estaba ya tentado de volverse á casa, y sin duda lo hiciera á no calcular la pesadumbre que iba á dar á su madre, y á no instarle vivamente el hambre. Determinó pues salir del pueblo con la esperanza de que en el camino público ó en alguna casa de labradores lo entenderian mejor que dentro del pueblo.

Echó á andar hácia una grandiosa quinta que desde la salida del lugar se descubria, y por el camino iba mirando las dos hileras de árboles frutales que lo adornaban, y de cuyas ramas colgaba rica y madura fruta de todas clases. El hambre apretaba, la fruta es una tentacion muy viva para un muchacho, y Diego sintió por primera vez en su vida el aguijon del robo. Mas este aguijon le dió una sola punzada, pues al instante le vino á las mientes el recuerdo de la madre y de los consejos que tantas veces les habia dado. Pero al mismo tiempo veia los árboles, y en particular llamaron su atencion unas peras grandísimas y coloradas que se bamboleaban al impulso de un airecito agradable, cual si de intento quisieran llamar su atencion para que las alcanzara. Otra vez le tentó el demonio de la golosina y del hambre, y ya tenia en la mano un guijarro con el cual confiaba hacer saltar una, cuando otra vez se acordó de su madre, y á fin de que no se repitiera la tentacion, anduvo con los ojos clavados en el suelo y rezó un padre nuestro. Llegó en esta disposicion á una encrucijada en donde era preciso tomar una vereda para dirigirse á la casa á donde realmente pensaba encaminarse, cuando de repente se le presentó un muchacho de su misma edad, que llevaba un capacho lleno de rica fruta, y á cuyo lado iba saltando un alegre perro, que al ver el andrajoso traje de Diego, ladró furioso, y al parecer iba á lanzarse contra él con ánimo de despedazarlo. Diego echó á correr, y sin duda el perro le siguiera, á no ser el grito de su dueño que llamándole Palomo le hizo detener y venirse á su lado. El muchacho dijo á Diego que se acercara sin temor, y en efecto, así lo hizo. Al emparejar con él, dándole confianza la igualdad de edades, le dijo:— Dame algo de lo que llevas en esa capacha.— Con mucho gusto, contestó Antoñito; y aunque lo quieras todo.— ¿Cómo todo?— Todo; pues si no vale nada: allí en el huerto no hay otra cosa de sobra, y yo he cogido esto para la hora de comer.— ¿Pues qué son tuyos todos estos árboles que tienen tanta fruta?— Son de casa, y yo cojo toda la fruta que quiero. ¿Pues y en tu casa no teneis árboles de esos?— Nosotros no tenemos nada, somos pobres, y yo he salido á pedir limosna porque hoy no teniamos nada que comer.— Vente conmigo, y mi padre y mi madre te darán mucho que comer, porque en casa hay mucho y damos de comer á los pobres. ¿Tienes hambre?— Ya se ve que tengo.— Pues come lo que quieras, y llévate lo demas. Y diciendo y haciendo, sacó una navajita, abrió un melon y le obligó á que comiera, por mas que Diego queria correr al punto para llevárselo todo á la madre. Antoñito le estaba mirando y sonriéndose al ver la manera como Diego comia el melon, del



cual se tragó mas de la mitad en un momento. Luego se empeñó en que no habia de comer mas, y quedó convenido con Antonio en que por la tarde le volveria el capacho á su casa.

Cargó con todo Diego, se despidió del caritativo muchacho, y en un vuelo se presentó á su madre, que lloró de gozo al ver que la Providencia habia acudido en su auxilio. Á la verdad, la limosna no era suculenta, pero era abundante y en su clase muy rica, porque en efecto, la fruta que llevó Diego era magnífica y bien sazonada.—Ya lo veis, hijos míos, dijo Teodora á los hermanos: ya veis cuan pronto nos ha socorrido Dios, y aun parece que nos ha abierto un camino para otros auxilios, segun lo que aquel buen muchacho ha dicho á Dieguito hablando de sus padres. Vé hijo mio, devuelve el capazo, y dales muchas gracias en nombre de Dios, y dí á ese niño que le encomendaremos mucho á la Virgen para que sea muy dichoso.

El padre de Antonio era un labrador medianamente acomodado, dueño de una regular hacienda que cultivaba él mismo y un mozo que era tan antiguo en la casa como él mismo. Su esposa Petra era una excelente ama de casa, mujer de gobierno, que cuidada del arreglo doméstico, hilaba en las veladas del invierno, tenia un corral bien provisto, una despensa perfectamente surtida, celebraba con un par de pollos los dias gordos, y con un par de pichones ó un plato de magras los domingos. No tenian mas hijo que Antoñito, el cual era muy bondadoso, sencillo, caritativo como sus padres, y completamente sumiso á la voluntad de estos. Dios habia derramado sus bendiciones en esa casa: todos sus habitantes gozaban de salud perfecta, todos eran robustos, las cosechas eran siempre abundantes, y las lluvias les venian que ni pedidas. Cuando por la tarde llegó Diego, la casa estaba enterada por Antoñito de lo que habia sucedido, y por Diego supieron por menor el estado de la familia de este. Por de pronto le despidieron con una hogaza de á cuatro libras, un buen trozo de tocino blanco y seis libras de habichuelas, con una botellita del vino de la cosecha como un regalito de la madre de Antoñito para Teodora. El regocijo de esta y de toda su familia fué indecible: hacia mas de tres años que no habian tenido una comida tan nutritiva y apetitosa; y mientras la madre la aderezaba, los hijos rezaban para que Dios bendijera á sus favorecedores. Ay! ¡Qué lágrimas de gratitud y de consuelo vertia Teodora, al ver el gusto y el afan con que sus hijos comian aquellos regalados manjares! Parecíale que á cada bocado se aumentaban sus carnes y se distraia de sus rostros aquella palidez de la miseria, que la pobre madre no podia acostumbrarse á ver en los rostros de sus hijos.

Cuando la comida se hubo terminado, toda la familia arrodillada delante de un crucifijo dió fervientes gracias á Dios que tanto la habia favorecido, invocaron de todo corazon las bendiciones del cielo para aquella caritativa casa, y Teodora aprovechó la oportunidad para encarecer á sus hijos la confianza absoluta en



Dios que nunca abandona á los que en él esperan. Un sueño dulce y tranquilo embargó los sentidos de los hijos, y aunque tambien durmió tranquila la madre, no obstante despertóse varias veces cual si una esperanza vaga y que no podia definir ella misma turbara su reposo. En vano procuraba distraerse y conciliar el sueño; volvía á dormir, sí, pero aun en sueños esa especie de esperanza revoloteaba por su mente, y la hacia despertarse á poco rato para de nuevo luchar con la vigilia, volver á dormir, y soñar otra vez con la esperanza. Al levantarse, no le cupo duda de que sus hijos tenían un aire menos pobre y macilento; ella se mostró mas animada, y conoció que aun era capaz de dedicarse otra vez á sus faenas. Iba á salir de casa para una de ellas, cuando entró el Sr. Cura acompañando á una labradora vestida con modestia pero con mucha limpieza, y en cuyo rostro estaba la bondad claramente pintada. Era la madre de Antoñito. Entró con semblante alegre, y procuró conservarse serena: mas cuando hubo visto los rostros y los andrajos de la madre y de sus hijos, cuando se hubo hecho cargo del misérrimo ajuar de aquella casa, y dedujo de todo el infeliz estado de la familia, echó á llorar con ternura, abrazó á Teodora, besó á los niños, que si bien muy rotos, estaban limpios, y conteniendo los sollozos propios, enjugando el llanto de la familia provocado por el suyo, les dijo:—El Sr. Cura me ha enterado de hasta dónde llega y cuál es la causa de vuestra pobreza; no lloreis, hijos; no lloreis, buena mujer y amiga mia, Dios ha oido vuestros ruegos, y vuestra desgracia será remediada. Bendecid á Dios, él os ha inspirado la confianza que teneis en sus bondades, y estas no os faltarán como nunca faltan á los buenos. Con el Sr. Cura hemos hablado de como salgais de esta situacion que ya ha durado mucho; y no creais que sea á costa de sacrificios: no hacemos ninguno: Dios ha querido que nos conociéramos para que nos sirvamos los unos á los otros. El Sr. Cura, cuya hermana se casa dentro de pocos dias, necesita quien le cuide, y ese encargo lo tomareis vos, Teodora, y para que no esteis sin ningun hijo, irán en vuestra compañía las dos hijas menores. Mi Antoñito necesita un compañero, y este será Diego; yo deseo una muchacha que me ayude en el gobierno de la casa, y me lleve á vuestra hija mayor: los otros dos hijos irán el uno con la hermana del Sr. Cura, y el otro con un hermano mio que no tiene hijos, y que vive en una casa de campo á media legua de la mia. Ya veis que vosotros nos haceis favor, y que no hay por nuestra parte ningun sacrificio. Teodora se quedó alelada, miraba al cura, volvía los ojos á su bienhechora, los hijos miraban á la madre sin acabar de comprender que significaba todo eso, y el Cura y la labradora lloraban con la mayor ternura. De repente Teodora cayó de rodillas, y soltando un torrente de lágrimas, exclamó:—¡Dios mio! ¿Qué he hecho yo para que derrameis sobre mí tantas y tan inmensas bondades?—Has tenido fé, hija mia, dijo el cura: la fé te ha salvado. ¡Ay del que no cree! ¡Ay del que no espera!

Se ejecutó todo cual estaba dispuesto. La familia fué dichosa, crecieron los hijos, y Teodora antes de morir tuvo el consuelo de verlos á todos colocados, y con los medios necesarios para alimentar á sus familias. Rodeada de todos ellos, entregó á Dios su alma con la esperanza de que en la otra vida Dios le daría la felicidad como la hizo venturosa en esta.

El cuadro representa el acto en que Antoñito contempla con sonrisa como Diego se come el melon que le ha partido. ¿Y qué podemos decir en elogio de esta obra? Es de Murillo.

Juan Cortada.



G<sup>o</sup> DE MUNICH P 30



*L'Anachoret  
The Anachorite Der Einsiedler*

*Engraving*

# EL ANACORETA.

( CUADRO DE GERARDO DOW. )

La historia de los monges orientales es una verdadera epopeya : el pensamiento pasa de un encanto á otro encanto ; es la grande época de la fama del desierto. Preséntase desde luego la figura colosal de san Antonio , que nació en Egipto bajo el reinado de Decio , año 252. Sus padres eran cristianos. A la edad de 20 años dejó el mundo y á su hermana única , y fué á sepultarse en las montañas orientales de Egipto por el lado del Mar Rojo , y consagró su vida á la oracion y á la contemplacion de la naturaleza. San Atanasio , que escribió su vida , nos refiere que algunos hombres , restos de la orgullosa filosofía antigua, vinieron al desierto á burlarse de la vida retirada de Antonio ; le preguntaron cómo pasaba su vida , privado del consuelo que los demás encuentran en los libros. Y Antonio les respondió : « Yo medito las verdades divinas , y la naturaleza me sirve de libro. » Cierta dia en que se hallaba triste y abatido en su desierto, fatigado del gran combate espiritual que sostenia sin descanso, agitado por varios pensamientos , y quejándose con Dios de la turbacion que experimentaba para procurar su salud , se vió á sí mismo con su imaginacion sentado , trabajando en una estera de palmas ; levantábase en seguida para orar: despues se sentaba otra vez para su trabajo , alternando así la obra con la plegaria. Entonces el ángel de Dios le dijo : « Hazlo así, y serás salvo. » Su alma se llenó de confianza, y su vida fué una serie no interrumpida de oraciones y de trabajo. Dice san Nilo que por medio de tan santo ejercicio recibió Antonio aquella luz interior que le hacia leer la voluntad de Dios en todas las criaturas, y contemplar las cosas divinas con tan increíble perseverancia , que cuando asomaba el dia esclamaba así : «¿ Qué he de hacer de tí, luz material y sublime? ¿Por qué vienes á distraerme y colocarte entre



mí y la luz increada y verdadera?» Toda su aplicacion consistia en aumentar en su corazon el amor de Dios, y así decia muy á menudo: « Por mí sé decir que yo no temo á Dios, sino que le amo.» Su vida era de una asombrosa austeridad: acostábase sobre una estera de junco, ayunaba todos los dias, y solo comia despues de puesto el sol un poco de pan mojado con agua de sal. Cuando se hizo viejo, sus discípulos le llevaban todos los meses olivas, aceite y legumbres. Con frecuencia bajaba de su desierto como de una region de paz, y venia á las viejas ciudades de la civilizacion pagana á alentar á los cristianos para el martirio, confesaba la fé, disputaba contra los hereges y los filósofos, hacia bien al pueblo y curaba las enfermedades. Volvia á subir despues al lado de sus discípulos, y les referia las dulzuras de la vida espiritual y los goces inefables que habia sentido en sus éstasis. Hay en la vida de Antonio un episodio interesante, y es su encuentro con el viejo ermitaño Pablo.

Despues de largos años de profundo estudio, Pablo habia abandonado las ciencias griegas y egipcias, y todos los bienes del mundo para retirarse en el desierto. Tenia por morada una caverna salpicada por una pequeña fuente, bajo la sombra de una gran palmera, cuyas hojas le suministraban su vestido, y los frutos su alimento. En su vejez le sustentó Dios de un modo milagroso: un cuervo le llevaba cada dia la mitad de un pan. Así permaneció desconocido á los hombres hasta que san Antonio tuvo revelacion que habia en el desierto un solitario mas antiguo que él, y que él debia ir á verle. Antonio obedeció á una órden del cielo, atravesó soledades inmensas, y al fin tuvo la satisfaccion de dar con el santo solitario, el cual recibió aquel dia un pan entero para partirlo con su huésped. Cuán tierna é interesante fué aquella entrevista! Pablo manifestó á su hermano que habia llegado su última hora, ó que estaba muy próxima, y le rogó que le sepultase, envolviéndole en una capa que le habia dado el glorioso confesor Atanasio. Cuando Antonio volvió, llevando consigo la capa, no halló mas que el cuerpo de san Pablo: dos leones venidos del desierto excavaron un hoyo en donde Antonio depositó religiosamente tan preciosos restos, no guardando mas que la túnica de Pablo, como en otro tiempo Eliseo conservó el vestido de Elias, símbolo de su poder profético. Esta amistad santa de la soledad comenzada sobre la tierra se continuó en el cielo, pues Antonio murió poco tiempo despues (en el año 356).

La Vida de san Antonio, por san Atanasio, fué traducida en latin por Evagrio, sacerdote, y obispo despues de Antioquía. Ese libro tan maravilloso, tan lleno de saludables instrucciones, se esparció por todo el mundo cristiano con una admirable rapidez, por manera que en 381 fué hallado en Treves en la celda de un ermitaño, como refiere san Agustin. La regla de san Antonio fué puesta en práctica hasta fuera del Egipto; en el siglo XII habia en Constantinopla un monasterio de seiscientos religiosos que la observaban; y los solitarios del monte Líbano llevan aun hoy dia el nombre de monges de san Antonio. Un maronita



llamado Abrahan Echellense , publicó en 1616 bajo el nombre de san Antonio, *veinte cartas* halladas en un manuscrito árabe. Hé aquí los únicos escritos que nos restan de san Antonio ; pero su espíritu ha quedado en sus discípulos , como el de Sócrates.

El monte Nitria , en el Bajo-Egipto , era habitado por cinco mil solitarios, algunos de los cuales vivían en comun , y otros en particular. Todos muy unidos y muy asíduos en el estudio de los libros santos. Allá en el retiro y en el silencio Evagro de Ponto llevaba una vida austera ; hábil calígrafo , transcribía libros enteros , y los vendía , bien que tuvo la desgracia de adherirse á los errores de Orígenes.

Las soledades de la Syria estaban asimismo florecientes : san Luciano fué uno de los mas antiguos solitarios. Antes de recibir la corona del martirio, en 312, abrió una grande escuela cristiana en Antioquía. San Jacobo de Nisibe fué uno de los mas ilustres anacoretas de la Mesopotamia. No se ocultan al profundo observador las razones sociales que impelian á los hombres hácia las soledades y á los monasterios, cuando todas las grandes ciudades de la civilizacion antigua , defendidas por un considerable número de combatientes , caian de la colina como enormes peñascos , y lo arruinaban todo á su alrededor, entonces cuando el mundo entero , desquiciado por espantosos sacudimientos , parecia próximo á morir con el paganismo. Haremos notar tan solo, que todas las almas tristes y que se complacian en una admiracion apacible de la verdad, buscaban la poesía del silencio , pues la concordancia entre la soledad y el pensamiento humano es una misteriosa armonía. Todo este pueblo del desierto era sin disputa la flor de la sociedad. Visto desde la cima de la contemplacion religiosa , el mundo era para ellos muy pequeño ; y si alguna vez el ruido de la tierra y de las pasiones subia hasta el desierto , aquella tempestad humana quedaba luego calmada por la oracion , aquella oracion incesante que se elevaba al cielo como un perfume. ¡ Oh ! sí , aquellos tiempos de santidad eran la realizacion sobre nuestra tierra de destierro de la *vision profética de Isaías*.

«El desierto se elevará , saltará de gozo la soledad , y florecerá como un lirio. Se le ha dado á ella la gala del Líbano, la hermosura del Carmelo y de Saron : las aguas rebotarán en el desierto : rotos quedarán los peñascos del desierto , y correrán arroyos en la soledad.

«La tierra que estaba árida quedará llena de estanques , y brotarán aguas de la que ardia devorada por la sed. En las cuevas , antes guarida de leones, nacerá la verde caña y el junco crecerá.

«Y allí habrá una senda ó camino que se llamará camino santo: no le pisará el impuro, y será abierto para vosotros : los insensatos no se perderán en él.

«No habrá allí leon , ni bestia feroz transitará por aquella senda : ella es el camino de los que habrán sido libertados. El Señor los ha rescatado , y volverán



à él , y vendrán á Sion cantando himnos de alabanza : una alegría inmortal coronará sus sienes, vivirán siempre en el placer y en el arrobamiento , y huirán para siempre de sus corazones el llanto y el dolor.»

¿Cómo , se preguntará, aquellas inteligencias privilegiadas , aquellos espíritus de fuerte temple , los Pablos , los Pacomios , los Gregorios , los Basilio, los Crisóstomos , los Gerónimos , huían de la sociedad y corrian á sepultarse en lo mas profundo del desierto ? Almas expansivas , ardientes , apasionadas , capaces de abrazar en sus deseos inmensos la humanidad , huían de los hombres para hundirse en el desierto ? Al hombre que sabe leer en la historia el verdadero carácter de los acontecimientos , no se le escapará sin duda que el amor de los hombres les hacia huir de los hombres. La antigua sociedad corrompida y decrepita se desplomaba y se hacia pedazos , y era preciso levantar otra sobre sus ruinas. El espíritu peligraba mas aun que el cuerpo con aquel vasto naufragio de la vieja civilizacion romana , y el espíritu debia formarse y fortalecerse en la soledad. Las almas grandes huían de aquellos grandes centros de corrupcion, en donde se percibian aun los últimos suspiros de la voluptuosidad pagana. Un mundo de solitarios alentaba con sus plegarias la constancia y la intrepidez de los fieles que corrian al martirio. En un dia de peligro salian de sus guaridas estos hombres del desierto para avivar la fé de sus hermanos, y no les abandonaban en el combate. Pero en los momentos de paz volvian á la soledad para robustecer de nuevo su espíritu y no dejarse abatir por la desgracia.

Y en realidad , ¿qué es un anacoreta ? Un hombre que se retira del bullicio del mundo á lugares solitarios en donde pueda vivir solo con Dios y consigo mismo. Los filólogos que han querido buscar la etimología de esta palabra , la han encontrado en *anachoreo* , yo me retiro , voz que se compone de *ana* , atrás y de *choreó* , yo voy , es decir , yo me retiro de la multitud , yo me separo de los hombres. Muchos de aquellos héroes que admira el mundo , han pasado por el crisol de la soledad. El grande Elías fué en los dias antiguos un testimonio ilustre de la solitud con que Dios vela sobre el alma que le sirve en la soledad , y del celo de que aquella se siente devorar para su gloria. Elías era del pueblo de Tesbe , en el país de Galaad á lo largo del Jordan. Despues que el Señor le envió para renunciar al rey Acab la esterilidad de sus campos, le mandó que fuese á retirarse en el fondo de una caverna situada en el desierto de Carith , al pié de la montaña de Efraim ; y el santo varon entró allí lleno de confianza en el Señor que allí le habia conducido. Todo le hablaba de Dios en aquel desierto , y nada le privaba de tener fijo en él su pensamiento , ni aun los cuidados necesarios á la conservacion de la vida ; pues la Providencia , como se lo habia prometido ya, le alimentaba por el ministerio de los cuervos. Cada dia le traian mañana y tarde de que vivir junto á un torrente que corria delante de la entrada de su gruta , y cuyas aguas le apagaban la sed. Elías era un profeta , es decir , un santo solitario , un anacoreta de los antiguos dias , un veyente , un inspirado del Señor.



El nombre de profeta no tenía á la sazón el significado esclusivo y estricto que le damos en nuestra lengua , sino que indicaba el carácter completo de una vida y de un ministerio singulares. Ordinariamente en el profeta habia tres hombres , el sabio , llevando una vida mas retirada y mas religiosa que el resto de los ciudadanos ; el eminente patricio , recordando el texto de la ley y predicando el respeto de las instituciones nacionales ; y en fin , el enviado de Dios anunciando las glorias ó las desgracias del porvenir , y protestando contra la impiedad y los crímenes de sus contemporáneos.

A título de sabios vivian casi del todo separados del mundo , en donde se aparecian de vez en cuando , viviendo sobre las montañas ó grutas profundas , algunas veces solos , otras veces en comunidad al modo de los cenobitas cristianos. Su vida era sencilla , laboriosa y frugal , y solo vestian hábitos gruesos y de fúnebre color. Eran la figura y el ensayo de aquellas austeridades y penitencias asombrosas de que el cristianismo de los tiempos primitivos pobló los desiertos del Oriente y del Africa , y cuyo espíritu regenerador se mantiene todavía en medio de la molicie de los siglos modernos. Hasta parece que este género de existencia humilde y pobre destino , guia esencialmente los profetas , pues los libros de David , de Salomon , de Daniel , no entraban para los hebreos en el número de los libros proféticos , bien que en ellos se hallaban trazadas las vicisitudes que aguardaban á los imperios del mundo , y sobre todo al grande imperio de la Iglesia. Mas estos tres personajes , los dos primeros como reyes , y el otro como jefe de los sátrapas en la corte del rey de Persia , se habian presentado envueltos en un movimiento y en un fausto en lo general poco compatibles con las graves meditaciones y el ministerio reformador de los profetas. Estos hombres de austera y piadosa vida , se consagraban al estudio de la ley divina , á la plegaria , á la práctica de la virtud. Formaban además especies de colegios en que sus lecciones y una disciplina regular iniciaban numerosos discípulos en la ciencia y en la santidad. Así se perpetuaban en toda su pureza las doctrinas y las observancias de la religion verdadera.

En el seno de un pais como la Judea , en donde la ley política y la ley religiosa reconocian una misma causa , emanaban de una misma autoridad y se servian de mutua garantía , el vindicar á Dios era vindicar el país , el predicador era el defensor de la patria , las prosperidades é infortunios públicos , eran recompensas ó castigos del cielo por el respeto ó por el desprecio de las instituciones nacionales. Debian pues los profetas declarar la guerra á todos los abusos , fuesen de reyes , de sacerdotes ó de pueblo ; todo estaba sujeto al imperio de su palabra ; y como los abusos se refugian por natural instinto bajo el manto del poder , los profetas , hombres casi siempre de oposicion , eran perseguidos por aquellos cuyos vicios reprendian , por los reyes sobre todo ; y muchos pagaron con su vida la libertad generosa con que anunciaban la verdad ; oponiendo la ley



á la arbitrariedad , el desinterés á la ambicion , la libertad á la servidumbre , y la verdadera religion á la idolatría.

Su principal mision era la de conservar el reino de Dios entre los hombres. Dotados de una alma y de un sentimiento superior , hacian resonar por todas partes, de viva voz y por escrito , las amenazas del cielo y las grandes verdades de la religion. Dios les enviaba como centinelas encargados de velar por la salud pública , y de advertir á Israel de los inminentes peligros , y él confirmaba esta mision haciendo doblegar la naturaleza á sus órdenes , ó verificando su palabra en el dia señalado. Entonces era cuando en realidad estos hombres llenaban un ministerio profético señalando los escándalos presentes con una vehemente energía, y los hechos del porvenir con una precision y una autoridad inimitables. Elevados y como suspendidos sobre esta vida por la mano de Dios , descubria su ojo en los lejanos horizontes de los siglos futuros las principales líneas del plan providencial, y su imaginacion, al descender de aquellas esferas luminosas, parecia tomar del cielo y de la tierra las formas mas espléndidas é inauditas para esprimir los conceptos de un mundo superior y los secretos de la eternidad. Contemplaban á Sion edificado de sangre y á Jerusalem de injusticias , compadecian aquel pueblo cuya cabeza no es mas que una llaga y el corazon un desmayo , lloraban sobre la ciudad huérfana de sus hijos , abatida , devastada , inconsolable , cuyos caminos respiran duelo , los sacrificadores sollozan , los príncipes caminan exánimes ante aquel que los impulsa , los profetas nada mas tienen que decir de parte del Eterno , los ancianos son dispersados ó gimen en la cadena , las vírgenes bajan la frente sirviéndoles de velo su misma pesadumbre , los niños caen muertos en medio de las plazas públicas ó sobre el seno agotado de sus madres pidiendo pan. Pero , cuando mas encantan las profecías , es cuando proclaman anticipadamente los destinos espirituales de la humanidad : todo los reinos de la tierra pasando como el agua bajo el dedo de Dios para dejar lugar al reino inmortal de Cristo ; el Redentor trayendo del cielo una doctrina tan grande que el mundo entero se levanta para oirla y aceptarla ; la Iglesia , en fin , flotando como un arca de salud sobre el océano de los siglos , y llevada por el soplo del Espíritu Santo hácia aquel país de luz y de caridad prometido á las almas sinceramente cristianas. Jerusalem entonces se reviste de un gracioso resplandor , la paz habita en sus murallas , los reyes vienen á rendirle homenaje , y los pueblos imploran sus beneficios: la virtud sale de su boca como la abundosa corriente de un sacro manantial , y semejante á una virgen en todo el encanto de su belleza, Sion aguarda la fin de este dia que se llama la vida terrestre , para celebrar con Dios sus nupcias inmortales.

Tales eran los verdaderos profetas , almas ilustres , y que cubrian con la gloria de su santidad aquella dinastía de hijos de Dios que empezó en el Eden por la inocencia , y despues por el arrepentimiento se volvió á vivificar en me-



dio de las edades con la sangre derramada en el Calvario , y se continúa hoy en todo hombre de recto corazon ; hombres providenciales que pasan al través de la conciencia pública levantando la voz y con los brazos estendidos como testigos de la verdad indefinible , como una protesta no interrumpida que privaba al error de prescribir y á la humanidad de perderse sin remedio.

Uno de estos profetas mas célebres por la autoridad de sus palabras y por la luz de sus ejemplos , fué Elías de Tesbea, el grande anacoreta de la ley antigua, á quien poco ha hemos citado. Severo en su vida , poderoso en sus obras , de carácter enérgico , alma de fuego , su celo marcha y estalla con rapidez y fuerza ; es realmente un hijo del trueno. Habla , y los cielos se abren y se cierran á su voz , dejando caer la lluvia ó esparciendo la aridez sobre la faz del reino; confunde por un milagro público los vanos profetas de Baal , y ordena al pueblo que les dé la muerte ; hace caer el rayo sobre los emisarios de la tiranía que vienen á prenderle y á entregarle á su señor como una presa. Investido de una autoridad escepcional , da la mision real á un simple ciudadano y á un príncipe extranjero que Dios les designa , como ejecutores de sus decretos sobre el destino de dos naciones. Hombre de prodigios , desconcierta la política y la perversidad de Jezabel , y burla todos los esfuerzos contra él dirigidos : humanamente hablando , parece la columna de la verdadera religion en Israel , bajo los reinados de Achab y de Ochozias, y el defensor de las instituciones de la patria.

A la voz de Dios irritado contra su pueblo , Elias fué á llevar un dia esta amenaza al rey Achab. «Vive el Señor Dios de Israel que me está viendo ! No habrá en todos estos años ni rocío ni lluvia sino por orden salida de mi boca.» Despues , á fin de escapar de la cólera y de las pesquisas de aquel príncipe impío , se retiró en el desierto sobre la fé de la misma voz que le dijo : «Vete por la parte del Oriente , ocúltate cerca del torrente de Carith , frente del Jordan. Beberás del agua del torrente : he mandado á los cuervos que cuiden de tu alimento.» Y allí mañana y tarde , unos cuervos llevaban al profeta las viandas y el pan necesarios , y el agua corriente le daba su bebida. Algun tiempo despues el torrente se encontró seco , porque el cielo era de bronce , y no caia lluvia alguna. Entonces la voz amiga del profeta le dijo : «Deja estos lugares, pasa á Sarepta entre los Sidonios , y permanece allí, yo he mandado á una viuda que te alimente.» El que da la vida y los alimentos á un débil insecto, y que revistió el sol de tan brillante esplendor , no deja jamás al hombre , la mas noble de sus criaturas visibles ; y cuando las leyes ordinarias de la naturaleza parecen burlar las miras de su providencia llena siempre de ternura , suple á ellas por los prodigios que son solo un juego de su brazo omnipotente , pero que se hacen para nosotros una prueba irrefragable de su intervencion en la marcha y en el desenvolvimiento de nuestros destinos. Pues si obra un milagro para enviar al hombre el pan material que sostiene la vida del cuerpo , ¿qué no habrá hecho para en-



viarle la verdad , ese pan espiritual que , bajo la forma de la palabra , comunica la vida á las almas?

Partió pues para Sarepta , corta aldea de la Fenicia colocada entre Tyro y Sidon , pero mas cercana á esta última ciudad, sobre las orillas del Mediterráneo, al pié de colinas graciosas y cubiertas de verdor , frente las cimas cortadas del Líbano. Al entrar , y antes de llegar á Sarepta, divisó el profeta una mujer que recogia leña. Llamóla y le dijo : « Dame á beber un poco de agua. » Y como ella fuese á buscársela , añadió : « Te ruego que me traigas tambien un poco de pan. » Comprendió sin duda al observar la prisa de aquella mujer que era la viuda de cuya bienhechora hospitalidad le habia Dios hablado. Mas ella le respondió : « ¡ El Señor tu Dios vive ! No tengo pan : tan solo me ha quedado aceite en un pequeño vaso y un puñado de harina. Voy á cortar un poco de leña para preparar á mi hijo y á mí el último pan para comer , y luego esperaremos la muerte. » El hambre , consecuencia de la sequía, devoraba el país , y el reino de Sidon , patria de Jezabel , participaba de los castigos , así como de los crímenes del reino de Achab. « No temas , dijo el profeta á la indigente viuda , vete á hacer lo que dices : del resto de la harina prepara primero para mí , un ligero pan cocido al rescoldo , y tráemelo : despues preparas otro para tí y para tu hijo. Pues hé aquí lo que dice Jehová, rey de Israel : La orza de harina no faltará , y la alcuza de aceite no disminuirá hasta el dia en que el Señor hará caer la lluvia sobre la tierra. » La mujer creyó en esta promesa del extranjero, y cumplió sus órdenes. Desde aquel dia en recompensa de su fe, y para que se cumpliese la palabra del profeta , la harina no faltó ni el aceite disminuyó en la casa de la viuda , y lo que apenas era suficiente para una comida , sostuvo por el espacio de tres años la existencia de Elías y de sus huéspedes.

Sucedió en este intervalo que el hijo de la viuda fué atacado de una enfermedad violenta , y sucumbió. Fuera de sí por el dolor la infeliz madre dirigia increpaciones á Elías , como si él hubiese sido la causa de tan grande calamidad. « ¿ Qué hice yo , hombre de Dios ? Has venido tú á mi casa para hacer recordar al cielo de mis iniquidades y llamar la muerte sobre mi hijo ? » Y tenia al infante sobre su seno y le cubria con sus lágrimas. « Dáme tu hijo , » dice el profeta movido de piedad. Y lo recibió de los brazos de la madre , y le llevó en el aposento que habitaba y le puso sobre su lecho. « Jehová, Dios mío, exclamó, ¿ á esta viuda que cuida de alimentarme quereis ver afligida hasta el punto de arrebatarme el hijo ? O mi Dios Jehová , haced , os ruego , que el alma vuelva á animar este cuerpo. » Y se acostó por tres veces sobre el niño acomodándose por decirlo así á la medida del cadáver para calentarle y volverle la vida. Escuchada fué su oracion, y el cadáver se reanimó. Y volvió al lugar en que estaba la madre inconsolable, y le dijo : « Ahí tienes á tu hijo : vivo está ! » Entonces los ojos de aquella mujer se sintieron heridos por una luz superior á la que volvia á ver el



hijo resucitado, y dirigiéndose al hombre de los prodigios, exclamó transportada de júbilo: «En esto reconozco ahora que tú eres el hombre de Dios, y que tienes sobre tus labios la verdadera palabra del Señor.»

El hambre, no obstante, era horrible en Samaria, y una sequía de tres años hacia perecer á los animales en gran multitud. «Marcha al encuentro de Achab, dice Dios al profeta, yo voy á enviar la lluvia sobre la tierra.» Y Elías obedeció. «¿No eres tú, le dijo Achab al divisarlo, quien pone la turbacion en Israel?—No soy yo quien turba á Israel, replicó el hombre de Dios, sino que eres tú, y la casa de tu padre, cuando habeis abandonado la ley del Señor y seguido á Baal. Ahora da tus órdenes y reúne sobre el monte Carmelo á todo el pueblo y á los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal, y á aquellos cuatrocientos profetas de los bosques sagrados que Jezabel mantiene en su propia mesa.» Cuando todos estuvieron reunidos, Elías probó de tal modo su mision y la ridícula impotencia de los ídolos, que asombrado todo el pueblo exclamó: «Jehová es el verdadero Dios! No hay otro Dios que Jehová!» Replicó entonces el ardiente vengador de los derechos del Eterno: «Tomad pues á los profetas de Baal, y ni uno solo quede con vida!» Y en efecto, fueron todos inmolados al pié del Carmelo, á las márgenes del Cison. Aplacado el cielo abrió su seno, y á la súplica de Elías una lluvia copiosa inundó la tierra.

Cuando supo Jezabel la trágica muerte de sus sacerdotes sacrificados á la voz de Elías, juró hacerle perecer del mismo modo. Para escapar del furor de aquella mujer vengativa, se vió obligado á huir hasta las montañas de la Arabia, y viendo desde allí la tenacidad del mal y la gran dificultad de superarle, cayó en el desaliento. «Señor, exclamaba, gran Dios de los ejércitos! el celo de vuestro nombre me ha devorado al ver que los hijos de Israel han desgarrado vuestro pacto, derribado vuestros altares y desoido vuestros profetas. Solo he quedado ya, y aun maquinan como hacerme morir.» Mas una voz del cielo le consoló, anunciándole que no todo el pueblo habia doblado la rodilla delante Baal, y que además habria un sucesor de su celo, un continuador de sus luchas generosas. La voz designó á Eliseo, hijo de Safat. Fué luego en busca de aquel hombre fiel, y le encontró en el campo, en donde se ocupaba del cultivo de la tierra, y le puso su capa sobre las espaldas en señal de la eleccion divina, y como para investirle del espíritu profético. Comprendió Eliseo aquel lenguaje y establecióse luego entre las dos almas un misterioso comercio. Dejó el arado, «Déjame abrazar á mis padres, dijo á Elías, y te seguiré.» «Vé y vuelve pronto, respondió el enérgico intérprete de Dios, pues yo he hecho lo que debia.» Eliseo, para dar á entender que renunciaba para siempre á la vida ordinaria, hizo un banquete de sus bueyes entre sus vecinos como para darles el último adios, y despues siguió á Elías con la docilidad de un discípulo que se adhiere á su maestro.



Los dos profetas se retiraron en el monte Carmelo en unas grutas cuya puerta principal lleva aun hoy el nombre de Elías. Cortada por mano de hombre en forma de sala cuadrada, alta y espaciosa, mira hácia el mar que hace oír de lejos el mugido de sus olas, y este es el solo ruido que resuena en aquella áustera morada. Allí cerca, sobre la pendiente embalsamada de la montaña, entre dos olorosos arbustos, mana una fuente que se ha formado ella misma su cauce en medio de roca viva, imágen de la vida religiosa que pasa desconocida á los hombres pero cargada de perfumes celestes y que se hace lugar al pié del trono de Dios. Elías no intervino ya mas en los negocios públicos de la nacion, sino para anunciar su próximo fin á Ochozias, digno hijo de Achab y de Jezabel, y para oponer el rayo á los soldados enviados contra él. Su ocupacion suprema fué el inaugurar y robustecer aquella grande escuela de espiritualismo que reconcentrando toda la vida en lo interior, llama á la tierra un destierro, al cielo una patria, y llena el alma de una grave melancolía y de una esperanza inmortal, noble escuela en la que se hallan los restos de aquella lengua hablada en el Eden por nuestro progenitor, y los preludios del himno repetido sin cesar por los elegidos y los ángeles en la ciudad celeste.

Hé aquí el grande anacoreta del Carmelo, á quien un carro de fuego, con caballos tambien de fuego, arrebató del lado de su discípulo, y sube al cielo en un torbellino. Hé aquí al hombre que hizo temblar con su palabra al tirano de Israel y á una reina impía; cuya palabra daba la vida á un cadáver y hacia descender el agua y el fuego del cielo, que unia en sus manos, por decirlo así, la suerte de un imperio, cuya alma se formó en el desierto. Tambien en la nueva ley llamó Dios al desierto las almas privilegiadas, aquellos patriarcas de grandes familias que habian de poblar su Iglesia de sábios y de santos. Los Benitos, los Basilius, los Gerónimos, los Brunos se formaron en la soledad. Aun despues de las persecuciones en que el desierto era el único asilo de los hijos de Dios, millares de hombres se han santificado y engrandecido en la profundidad de los bosques y en las asperezas de los montes. Ved al estasiado anacoreta tal como nos lo presenta el pincel de Dow. Cúbrele un sayal ceniciento, símbolo de la tristeza y del dolor que es el principal patrimonio del hombre sobre la tierra. A su presencia tiene un cráneo y un reloj que representan la rapidez de la vida y la nada del hombre polvo, pero sobre el polvo humano descansa la imágen del Dios viviente y redentor, en el cual se cifran todas las esperanzas del justo, y en el que se concentran todas las aspiraciones de la inmortalidad. Hé aquí en compendio toda la historia de la muerte y de la vida. A lo lejos se descubren las regiones turbulentas del mundo, cuyos ruidos vienen á estrellarse como las olas del mar al pié de la cueva del solitario, el cual, al acercársele de vez en cuando algun viviente preguntará quizás como Gerónimo: Qué hacen los hombres? Edifican ciudades todavía?



La naturaleza se presenta á la vista del solitario con toda su imponente magestad, y la grande obra de la creacion con toda su grandeza. A sus ojos tiene siempre espacios indefinidos. Cada dia asiste en cierto modo á la creacion de la luz cuando esta sale de su cuna de rosas para alumbrar el dia. Adelántase el grande astro como el símbolo radiante de la luz suprema y peana del tabernáculo del Eterno. Al caer en su tumba deja aun mas visible el brillante ropaje de los cielos, y el alma contemplativa puede volar libremente por sus espacios con las alas del pensamiento. Los horizontes, la tierra misma, todo se le presenta sin límites como la eternidad. Detenido sobre el mundo como en un corto destierro, y suspirando por su patria, cuán poca cosa ha de ser para ese hombre el soplo que aquí le detiene y al que llamamos vida! Cuán dulce ha de serle el rompimiento de sus ligaduras que le separan del dia inmortal á cuyo goce aspira como único complemento de felicidad y de amor!

*Las tendencias del siglo en que vivimos no están por la vida solitaria y puramente contemplativa, y hasta el espíritu religioso de la época reconoce la urgencia de una accion viva é incesante sobre las grandes necesidades sociales. De otra parte esta generacion, agitada é inquieta con sus conquistas sobre la materia, por sus continuas creces y cruzamientos en todas direcciones, ha llegado á desterrar de la soledad aquella calma augusta que despegando los espíritus de la tierra, les daba alas para volar á Dios. No es esto decir que el espíritu pueda vivir sin esa elevacion, sin obedecer á esa fuerza irresistible que le atrae hácia su centro; sino que en el general movimiento de la humanidad, las almas de eleccion, al paso que son llamadas á obrar sin descanso sobre una sociedad indolente y aletargada que tanto de ellas necesita, han de aislarse en la soledad de sí mismas en los momentos que pueden, cerrando su corazon por intervalos al mundo exterior, si es que quieran gozar de aquella intimidad inefable con Dios que en otros tiempos podian saborear mas á su placer en la tranquila morada de un desierto inaccesible.*



## LA CONVERSION DE S. PABLO.

( CUADRO DE RUBENS. )

¿Qué cristiano no conoce la historia de Saulo, el gran perseguidor de los cristianos; al rígido ó fanático fariseo que, ya que no pudo tomar parte en el suplicio del diácono Estéban, el primero de los mártires de la Fé, quiso asociarse á sus verdugos guardando sus ropas; al discípulo de Gamaliel instruido en lo que pertenecía á la religion, á las costumbres y á las ceremonias de los judíos, convertido de repente y de una manera milagrosa en el mas ardiente defensor de la doctrina de Jesus, en el valeroso Apóstol que arrostra peligros, persecuciones y por fin hasta la muerte misma en defensa de la Fé del Crucificado, y que empleando su claro ingenio, su vasta doctrina y el fruto de sus estudios para iluminar á los demás y guiarlos por el camino de la salvacion mereció el bello y honroso dictado de *Apóstol de las gentes*? ¿Quién no sabe que el enviado por las sinagogas para llevar la persecucion y la muerte contra los discípulos del Señor, fué convertido en un vaso escogido, segun la espresion del Espíritu Santo, para llevar el nombre de Dios delante de las gentes, y de los reyes y de los hijos de Israel?

En la necesidad sin embargo, de dar á conocer en sus interesantes pormenores este hecho que la Iglesia celebra como uno de los mas notables y grandes triunfos de la gracia, como uno de los milagros mas sorprendentes á la par que mas útiles, segun los designios de la Providencia, para la difusion de la palabra de Dios; en la necesidad, repetimos, de recordar á muchos y explicar á los mas la historia detallada de la conversion de Saulo, ora con el elevadísimo objeto de hacer á todos mas patentes los prodigios de la Omnipotencia, ora con el mas trivial y secundario de conocer mejor la verdad y belleza de la animada escena repre-

G. DE MUNICH F. 64



*St. Paul's Conversion. Sculpt. Bockelberg.*

Published by George Decker & Co. by Ad. Bockelberg, Berlin, 1841.

INSTITUTO  
DEL TEATRO  
Biblioteca



sentada por Rubens en el cuadro cuyo grabado tenemos á la vista, no podríamos, sin ser acusados de temerarios y hasta de poco respetuosos á los sagrados textos, pedir á nuestra pobre pluma rasgos para describir aquel sublime suceso, cuando lo ha hecho el Espíritu Santo en los actos de los Apóstoles con aquella sencillez sublime, que es como la prueba y testimonio de la divinidad de las sagradas letras.

Ante los hechos de la divinidad debe enmudecer toda voz humana, sobre todo cuando, como en el caso presente, aquella se ha dignado hacer oír la suya.

Hé aquí pues lo que acerca de la conversion de S. Pablo se halla escrito en los *Hechos de los Apóstoles*. (1).

«Saulo, pues, respirando aun amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al príncipe de los sacerdotes,

»Y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, con el fin de llevar presos á Jerusalem á cuantos hallase de esta profesion, hombres y mujeres.

»Y yendo por el camino, aconteció que, estando ya cerca de Damasco, repentinamente le rodeó un resplandor de luz del cielo.

»Y cayendo en tierra, oyó una voz que le decia: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?

»Él dijo: ¿Quién eres, Señor? Y él: yo soy Jesus, á quien tú persigues: dura cosa te es cocear contra el aguijon.

»Y temblando y despavorido, dijo: Señor, ¿qué quieres que yo haga?

»Y el Señor á él: Levántate y entra en la ciudad, y allí te se dirá lo que te conviene hacer. Y los hombres que le acompañaban, quedaron atónitos oyendo la voz, y no viendo á ninguno.

»Y Saulo se levantó de tierra, y abiertos los ojos no veia nada. Y ellos llevándole por la mano le metieron en Damasco.

»Y estuvo allí tres dias sin ver, y no comió ni bebió. Y en Damasco habia un discípulo, por nombre Ananias; y le dijo el Señor en vision: Ananias. Y él respondió: Héme aquí, Señor.

»Y el Señor á él: Levántate, y ve al barrio que se llama Derecho: y busca en casa de Judas á uno de Tarso llamado Saulo: porque hé aquí está orando.

»Y respondió Ananias: Señor, he oído decir á muchos de este hombre cuantos males hizo á tus santos en Jerusalem.

»Y éste tiene poder de los príncipes de los sacerdotes de prender á cuantos invocan tu nombre.

»Mas el Señor le dijo: Vé, porque éste me es vaso escogido para llevar mi nombre delante de las gentes, y de los reyes y de los hijos de Israel.

»Porque yo le mostraré cuantas cosas es necesario padecer por mi nombre.

(1) Cap. IV. v. 1, a. 23.

»Y fué Ananias y entró en la casa; y poniendo las manos sobre él, dijo: Saulo, hermano, el Señor Jesus que te apareció en el camino por donde venias, me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno de Espíritu Santo.

»Y al instante cayeron de sus ojos unas como escamas, y recobró la vista: y levantándose fué bautizado.

»Y despues que tomó alimento, recobró las fuerzas y estuvo algunos dias con los discípulos que estaban en Damasco.

»Y luego predicaba en las sinagogas á Jesus, que éste es el Hijo de Dios.

»Y se pasmaban todos los que le oian, y decian: ¿Pues no es éste el que perseguia en Jerusalem á los que invocaban ese nombre, y por esto vino acá para llevarlos presos á los príncipes de los sacerdotes?

»Mas Saulo mucho mas se esforzaba, y confundia á los judíos que moraban en Damasco, afirmando que este es el Cristo.»

Tal es el relato de S. Lucas. Si hay en él sencillez y sublimidad, dotes que nunca faltan y casi siempre van juntas en los libros, tanto del Viejo como del Nuevo Testamento, lo dicen la facilidad con que se deja comprender todo el texto aun por las inteligencias mas pobres, y por la impresion profunda y duradera que hace cada uno de sus versículos en el espíritu y el corazon. Que en él mas que el hecho de la vida de un hombre se revela uno de los mayores prodigios de la gracia, lo dice el ver al furibundo é incansable perseguidor ocupar de repente y solamente á consecuencia de una vision, no solo resignado, sí que animosamente y lleno de celo el lugar de los perseguidos; lo dice el contraste que ofrecen el primero y el último de los versículos citados. En aquél se pinta á Saulo respirando aun amenazas y muerte contra los discípulos del Señor: en el último á Saulo esforzándose mas y mas para confundir á los judíos que moraban en Damasco, afirmando que este es el Cristo.

Ni entra en nuestro propósito, ni menos nos brinda á ello la ocasion, el referir los viajes, ni el seguir por todas las ciudades del Asia y Europa á donde llevó la palabra divina; ni contar las penalidades, contratiempos y graves peligros que tuvo que arrostrar tanto por parte de los elementos, como por parte de los hombres, á fin de difundir entre estos la *buena nueva*, el que mereció ser llamado por antonomasia el *Apóstol*, por lo mucho que trabajó en derramar la semilla evangélica, y *de las gentes* por las numerosas conversiones que obró entre los gentiles. En el libro ya citado de los *Hechos de los Apóstoles*, libro que se considera como continuacion del Evangelio, pues como dice oportunamente el Padre Scio, si en éste se nos describe el grano de trigo arrojado á la tierra, y sembrado en el campo, en aquel se nos representa como que nace, crece, y produce colmadamente su fruto; en el libro de los *Hechos de los Apóstoles*, decíamos, se refieren los mas interesantes relativos á S. Pablo hasta que salió de la prision en Roma, en el noveno año del reinado de Neron (63 de J. C.); y lo que en él fal-



ta súplese cumplidamente por lo que de sí mismo tiene que decir el Santo en sus admirables cartas. Pero, además de lo que puede leerse relativo al Apóstol en los últimos libros del Nuevo Testamento, ¿qué escritor eclesiástico no se ha ocupado estensamente de él? ¿qué historiador de la Iglesia no ha dedicado largas páginas á hablar de los trabajos y escritos del Apóstol de los gentiles? ¿qué espositor no ha comentado sus preciosas epístolas? ¿qué Santo Padre en fin no ha consagrado su elocuencia para ensalzar al vaso escogido, al que con su ejemplo, su palabra y su pluma dió tan rudos combates al judaísmo, arrancó al paganismo tantos secuaces? Baste decir respecto á estos últimos que S. Agustin ha hecho en sus obras un objeto de predileccion de nuestro santo y sus escritos, y que S. Juan Crisóstomo ha consagrado á sus hechos y á sus epístolas siete panegíricos y varias homilias.

Privilegio es de los hombres grandes sea en fuerza de voluntad, sea en virtud, sea en inteligencia, y S. Pablo lo es bajo todos estos conceptos, el dar materia durante muchos siglos á las plumas de todos los sabios, sin que aquella se agote. Ellos son como el sol que no merma en luz y calor por haber alumbrado y calentado el mundo durante tantas edades.

Si bien S. Pablo llega tarde al Apostolado, no por eso cede á los demás apóstoles en el trabajo hecho al fin de la jornada. Siendo el postrero de los trabajadores de la viña del Señor, si solo se toma en cuenta el que cuando él llegó los otros llevaban hecho ya gran parte del jornal, es no obstante el primero por lo mucho que hizo producir á su trabajo. Esforzábase mas, como se dice al final del pasage antes citado, para que, como observa S. Juan Crisóstomo, se verificase en él el cumplimiento de lo que se lee en S. Lucas: *Que ama mas aquel á quien mas se perdona*. Por esto el Apóstol no solamente parece que se multiplica, y no se da un momento de vagar para estar en todas partes, á fin de ir á escudar con su persona á los apocados, á tender su mano á los que corren peligro de zozobrar, por falta de fé, en medio de las tormentas, á socorrer á los que sufren, á llevar ausilios á los necesitados, á vigorizar con su espíritu á los débiles, á calentar con el fuego de su palabra á los tibios, sino que además en los caminos, en las ciudades, en las cárceles, siempre y donde quiera en fin que la predicacion ó la necesidad de atender á su manutencion con el trabajo de sus manos, le dejan un momento libre, lo emplea en escribir cartas, para enviar con ellas su alma y su corazon, por decirlo así, á donde no puede hacer llegar su voz ó su propia persona.

En verdad á S. Pablo le fué perdonado mucho, pero en cambio cuanto amó! Así como el Señor hizo del mas fanático y orgulloso de los fariseos, el mas celoso y humilde de los cristianos, de la misma manera del mas cruel perseguidor, del hombre que no *respiraba mas que venganzas*, hizo el enviado suyo que solo vivia para hacer bien, sacó el Apóstol de la caridad. Prescindiendo de que toda su

vida lo es de sacrificios; de que no hay fatigas y peligros que no sea capaz de arrostrar en bien de sus hijos en la Fé, de sus hermanos en Jesucristo, ¿quién como él ha hablado de la caridad con palabras mas elocuentes; quién ha pintado esta sublime virtud con pinceladas mas vigorosas?

«Si yo hablare lenguas de hombres y de ángeles, y no tuviere caridad, soy como metal que suena, ó campana que retiñe.

»Y si tuviere profecía, y supiere todos los misterios, y cuanto se puede saber: y si tuviere toda la fé, de manera que traspasase los montes, y no tuviere caridad, nada soy.....

»La caridad es paciente, es benigna; la caridad no es envidiosa, no obra precipitadamente, no se ensoberbece.

»No es ambiciosa, no busca sus provechos, no se mueve á ira, no piensa mal.

»No se goza de la iniquidad, mas se goza de la verdad.

»Todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta (1).»

»Tened sobre todo caridad, dice el Apóstol en otra parte (2); que es el vínculo de la perfeccion.»

«Haced cumplido mi gozo, escribe á los Filipenses, sintiendo una misma cosa, teniendo una misma caridad, un mismo ánimo, unos mismos pensamientos (3).»

«El amor sea sin fingimiento, encarga á los Romanos. Aborreciendo lo malo, aplicándoos á lo bueno:

»Amándoos reciprocamente con amor fraternal: adelantándoos para honraros los unos á los otros:

»En hacer bien nada perezosos: fervorosos de espíritu, sirviendo al Señor.

»En la esperanza gozosos: en la tribulacion sufridos: en la oracion perseverantes:

»Socorriendo las necesidades de los santos: ejercitando la hospitalidad.

»Benedicid á vuestros perseguidores: bendecidlos, y no los maldigais, etc. (4).»

Oh! quién no admira, al leer estos y otros muchísimos pasages que de las cartas de San Pablo podríamos entresacar, esta doctrina nueva para el mundo, predicada por primera vez por Jesucristo, y por él sellada con su sangre y con su ejemplo en el Gólgota, al disculpar ante su eterno Padre á sus propios verdugos? Quién no se estasia ante esta doctrina esplicada por San Pablo con la enumeracion de las excelencias de la caridad, hasta llegar al mas heróico de sus preceptos, con tanta fuerza por él inculcado: «Benedicid á vuestros perseguidores: bendecidlos y no los maldigais?»

(1) Corint. XIII. v. 1, 2, 4, 5, 6, 7.

(2) Colos. III, v. 14.

(3) Filip. II, 2.

(4) Rom. XII, v. 9 y sig.



Acostumbrados nosotros á presenciar todos los dias los prodigios de esa virtud, á oír hablar de ella desde la cuna, á ver ó leer los sublimes hechos de sus mártires, fijamos apenas nuestra atencion en la admirable grandeza de esta virtud, bien así como apenas nos paramos en contemplar la belleza de los astros, con cuya vista nos hemos familiarizado desde nuestra inocencia. Mas qué efecto no harian estas verdades arrojadas de repente y, lo que es mas, practicadas en medio de un mundo que no solamente las oia por la vez primera, sino que habia profesado hasta entonces las máximas mas opuestas á ellas; que habia vivido en el ódio de pueblo á pueblo, de clase á clase, de hombre á hombre, y que habia hecho de la indiferencia para con los demás y del egoismo que amándose á sí propio no tiene para los otros ni ódio ni cariño, las mayores de las virtudes sociales? Han tenido siempre presente los que han leído los pasages citados de San Pablo, que los últimos preceptos suyos sobre la caridad los dirigia á los romanos en el 4.º año, segun Orígenes, del reinado de Neron; cuando la ciudad de los Césares habia pasado ya por los de Tiberio, de Calígula y de Claudio, los tres primeros verdugos del imperio, el uno por instinto sanguinario, el otro por locura, y el tercero por imbecilidad; y cuando ya en ese período de su vida histórica, precedido por las matanzas de Sila, por las proscripciones de Augusto, no habia en Roma ningun vínculo que uniese á los hombres entre sí mas que el terror, ningun sentimiento que fuese comun á todos mas que el ódio de los unos á los otros? Imposible nos es en la actualidad apreciar la parte que á la caridad le cupo en la conversion del mundo pagano; pero grande, muy grande debia ser, si hemos de juzgar por los maravillosos efectos que obra en la sociedad moderna, sin embargo de que los males que la afligen no son en mucho comparables á los que abrumaban á las sociedades antiguas; y si tomamos en cuenta que Tertuliano podía hacer un argumento contra los paganos de la caridad que reinaba entre los discípulos de Cristo, ya que los mismos enemigos de estos, cual humillados de que no fuese conocida entre ellos aquella virtud, se veian como obligados á exclamar en tono de envidia al hablar de los cristianos: *Ved cómo se aman!*

Aunque las epístolas de San Pablo bastarian para deponer de la grandeza y santidad de nuestra Religion, aun cuando esta careciese de otros testimonios en favor suyo, tanto divinos como humanos, y aun cuando aquel no hubiese hecho mas que escribirlas con el fuego, por decirlo así, que abrasaba su corazon, Dios ha querido que se manifestase mas claramente la grandeza de su escogido, haciendo que sus escritos fuesen el reflejo de su espíritu, y como la medida de su vasto y profunda inteligencia. Entre los doce escogidos para evangelizar á los pueblos, ó pescadores ó artesanos, pero todos instrumentos humildes para que resaltase mas la grandeza de la obra que estaban destinados á realizar, quiso el Señor en su infinita sabiduría que hubiese uno de inteligencia, á fin de que el orgulloso saber humano no tuviese á mengua medirse con él, ni se desdeñase de recono-



cerse vencido ante un saber superior al suyo. Quiso que Pablo fuese la lumbrera del apostolado, como los Agustinos y los Crisóstomos habian de ser despues las lumbreras de su Iglesia.

Catorce son las cartas que la Iglesia ha tenido por legítimas y canónicas entre las muchas que en los primeros siglos se atribuyeron á San Pablo, escritas á las principales iglesias y comunidades cristianas entonces existentes, y á varios amigos del mismo Santo, á saber: Dos á los Tesalonicenses (año 52); una á los Galatas (53); dos á los Corintios (56 y 57); una á los Romanos (58); una á los de Efeso; una á los Filipenses; una á los Colosenses; una á los Hebreos; una á Filemon, todas ellas en el año 62; una á Tito (64), y dos á Timoteo (64 y 65) (1).

Pocas dudas podrán ocurrírsele á un cristiano, ya acerca el modo de conducirse con la sociedad civil, ya sobre sus propias obligaciones como hombre y como discípulo de Jesús, ora en fin sobre la misma fé, que no tengan ó hallen una solucion cumplida en los escritos de nuestro Santo. Escritas sus cartas para un fin determinado, revelan todas ellas, además de un tacto esquisito para aplicar el remedio al mal, y de una inteligencia superior que abarca todo aquello que es preciso saber para dirigir á los demás, un grande conocimiento del corazon humano; circunstancias que contribuyen á que reine en ellas, á vueltas de algunos pasages elevados y tal vez oscuros á consecuencia de su misma elevacion, ese buen sentido práctico, esa fácil instruccion que las hace asequibles á todas las inteligencias cristianas, y ya preparadas para recibirla, y que tanto ayuda á que se queden sus palabras grabadas en el corazon.

Al leer las cartas del grande Apóstol la imaginacion figúrase ver en él, no ya la cabeza de aquella primitiva é interesante comunidad cristiana, pues este honroso cargo se lo habia dado Jesucristo á San Pedro, pero sí el alma y director de aquella congregacion reunida en nombre del Crucificado, de aquella naciente sociedad. San Pablo sabe lo que pasa en las iglesias principales del Asia menor, de Grecia ó de Roma, conoce sus necesidades generales ó las particulares de los individuos que las componen, y atiende á su remedio con cariño de padre, con celo de apóstol, en esas epístolas que aguardaban solo para pasar de su corazon á la pluma el grito de afliccion, de apuro y de duda de sus fieles hijos que debia hacerlas nacer.

Ved sino el plan general de ellas, y cuando esperabais tal vez hallaros tan solo con una coleccion de preceptos de política, de moral, de conducta interior y con la esposicion mas ó menos lata de los principios de la fé, os encontrareis con todo esto á la vez y además con la historia interior y exterior de aquella naciente congregacion cristiana; prueba evidente de que aquellos escritos, compuestos

(1) Las colocamos en el órden con que segun el P. Scio y otros doctos fueron escritas; no segun la dignidad de las iglesias y personas á que se dirigieron, que es el que siguen las Biblias.



para ella, han sido al mismo tiempo inspirados por ella. No seguiremos el plan de cada una de las mencionadas epístolas, porque además de que tendríamos que traspasar para ello los límites que nos hemos prescrito, é ir mas allá de lo que consiente la índole de nuestro trabajo, suponemos á nuestros lectores suficientemente versados en el conocimiento del todo ó parte de las obras del Santo Apóstol para que puedan convencerse por sí mismos de que se encierra en ellas cuanto necesita saber un cristiano desde las mas elevadas ideas sobre el dogma, hasta los mas humildes preceptos de moral, y de que, hecha abstraccion de la parte que en ellas tiene la inspiracion divina, queda en sus páginas mas que sobrado para depen-der de la alta inteligencia y vasto saber del que fué escogido para luchar cuerpo á cuerpo, y ver humillados á sus plantas á la sinagoga y al paganismo.

Vengamos ya al cuadro, cuya copia por Merkel tenemos á la vista.

Para el que conozca la prodigiosa fecundidad de Rubens, cuyas obras bastarian para llenar una estensa galería; para el que no ignore que esa mano de Titan, como le llama un escritor, se complacia en animar y trasladar al lienzo las mas grandes escenas ó de la historia ó de la religion en que pudiera desplegar toda la pompa de una imaginacion casi oriental, todo el lujo de su brillante paleta, no solo no estrañará que la maravillosa escena de la conversion de San Pablo haya ocupado los pinceles de aquel genio (que tal nombre merece á pesar de sus defectos), sino que hallará muy natural el encontrar este cuadro entre los muchos que tiene de no menos movimiento dramático.

El que en la actualidad nos ocupa es un bosquejo pintado sobre madera, con figuras pequeñas. Existe otro cuadro de mayores dimensiones sobre el mismo asunto en la galería de Leight-Cour en Inglaterra. Las figuras de esta composicion son de buen estilo y el efecto dramático de una gravedad severa. El bosquejo que ofrecemos á nuestros lectores es mas bien la primera realizacion de la concepcion artística; es, por decirlo así, las primicias de la idea, siendo el principal objeto del pintor el representar el efecto de la repentina iluminacion del Apóstol.

Cualquiera otro pintor, dice un escritor francés al hablar de este cuadro, hubiera tratado este asunto de la manera natural indicada por la situacion misma; hubiera hecho resaltar la espresion de una aparicion sobrenatural y divina, el arrepentimiento de San Pablo, el triunfo de la fé. Mas esa sencillez que consiste en pintar en cierto modo la idea en su pureza, sin valerse de medios rebuscados ó de efecto, no hay que pedírsela jamás á Rubens. Su rica fantasía gozaba en el movimiento simultáneo de las masas, en el brillo del colorido, fijándose con preferencia en el lado complejo, múltiple y movible de las apariciones exteriores. Pintaba, por decirlo así, la materia puesta en ebullicion por el fuego de las pasiones que la agitan: representa las emociones interiores, pero es por la actitud,

Que nuestros lectores apliquen estas reflexiones al adjunto dibujo, y comprenderán sin esfuerzo la diferencia característica que existe entre un asunto como el que nos ocupa tratado á la manera tranquila de Rafael, ó segun el modo apasionado de Rubens.

Nosotros añadiremos tan solo á esta última observacion que es de sentir que así como la conversion de San Pablo ha ocupado la pluma de los mas insignes escritores cristianos y entre ellos la del gran Crisóstomo, no haya inspirado igualmente al sublime genio de la pintura que admira á la posteridad con su cuadro de Atila delante de Roma, de la Transfiguracion del Señor, y del llamado con razon el *pasmo de Sicilia*.

**J. Rubió.**





*My native place*

*Le Sion*

*Bonnung*

*Das Heim*

*Wasser*

Published for the Proprietors by A.H. Young, London & Leipzig

# LA TARDE.

( CUADRO DE VANDER LEEUW. )

¿ Qué particular encanto , qué misterioso atractivo tiene para las almas sensibles esa hora postrimera del día , en que desaparece el sol , dejando en pós de sí resplandores comparables á un recuerdo de grandeza ? ¿ Por qué todos los espíritus dotados de sentimiento poético gozan , abstraídos por un placer melancólico , en la contemplacion de ese cuadro siempre visto y siempre nuevo ?

¿ Es acaso que la muerte del día tiene algo de solemne como la muerte del hombre ? ¿ Será quizás que—prescindiendo de la bella pompa con que el día muere—hay en los accidentes de esa hora un lenguaje ideal , que habla al espíritu , como las notas de una sinfonía ?

Y ese lenguaje , esa armonía sin sonidos es triste : y sin embargo , infunde un placer que arrebató los sentidos y absorbe nuestra atencion , como si , escapando de la prosa de la vida , tocásemos á las puertas diamantinas de la eternidad .

Como todos los espectáculos de la naturaleza , éste , mas que la inteligencia , despierta la imaginacion y el sentimiento : es menester ser artista , ser poeta , ser jóven de corazon , en una palabra , para gozar del placer misterioso que envuelve entre sus luces el crepúsculo de la tarde .

Vander Leeuw , en el bello paisaje que figura al frente de estas líneas , dejó demostrado que , no solo sentia , sino tambien sabia reproducir esos hechizos poéticos de la naturaleza .

Contemplad algunos momentos ese cuadro lleno de verdad y armonía : ved los tibios resplandores del crepúsculo , con sus tintas de oro y nácar , brillando á



través del denso follage, y viniendo á morir en la superficie de las tranquilas aguas: las montañas distantes aparecen como envueltas en una dorada y finísima gasa: los animales manifiestan en sus posturas y miradas esa languidez precursora del forzoso descanso: una jóven pastora viene aparentemente á recoger el sabroso jugo de que están llenas las ubres de sus vacas. Y sobre todo esto reina una especie de placentera calma, en armonía con el conjunto del cuadro, y con un cielo inmóvil, que ya comienza á ser invadido por las tinieblas de la noche.

Aunque la jóven pastora puede muy bien representar uno de los actos que suelen ejecutarse al terminar el día, y es una de las figuras que mejor armonizan en un paisaje, sin embargo, no faltan espíritus delicados y descontentadizos, que no se dan por satisfechos con esta explicacion, y buscan otras en las tradiciones populares de la soñadora Alemania.

Y es que, con efecto, esa vaquera tiene su historia particular; historia que circula de boca en boca entre los habitantes campestres de las riberas del Rhin, y de los Países-Bajos: esa vaquera y la tarde tienen relaciones de intimidad en aquellas comarcas.

*Margarita la indolente* (así se llama nuestra heroína), se parece á los grandes personajes, nacidos en una esfera humilde, en que pocos de sus cronistas están acordes al señalar el lugar de su nacimiento: cada aldea, cada pueblo de la circunscripcion de Amberes, Brujas ó Colonia, tiene algun prado, en donde la linda Margarita echó felices sueños, allá en los dias de su niñez.

Pero no solo en esto hay divergencia: suele tambien haberla en el modo de contar su historia; mal inevitable, cuando los historiadores de un héroe son muchos, y el archivo donde se guardan sus crónicas está en el rincon del hogar, en el repertorio de las tradiciones populares. Nosotros, precisados á entrar en el número de esos cronistas, procuraremos resumir las versiones mas agradables que conocemos, ya que no podemos afirmar si hemos ó no encontrado las mas verdícas, lo cual no ha quedado por diligencia.

Hé aquí la tradicion.

## I.

Era Margarita la flor mas linda del valle: no diremos de cuál, para no suscitar celos de localidad, siendo tantos los lugares que la dan carta de naturaleza. Convienen, sin embargo, casi todos los historiadores en afirmar que nuestra heroína solia pasar las siestas de verano, muellemente recostada en las verdes praderas, que á trechos bordan las pintorescas orillas del Rhin, mientras pacian tranquilas cerca de ella cuatro vacas y una cabra, que tenia á su cargo guardar.

Pertenecian estos animales á una pobre viuda, que habitaba en las cercanías de un castillo, cuyo señor, llamado el baron Rodolfo de Steinfeld, era el mas



desenfrenado cazador de ciervos y de muchachas lindas que existia en Alemania.

Margarita contaria apenas diez años cuando apareció por primera vez en la aldea señorial, adherente al castillo de Steinfeld. Marta, que así se llamaba la viuda, la habia recogido en el camino de la ciudad inmediata, donde la encontró solita, desamparada, y casi desfallecida de cansancio y necesidad.

Marta no tenia hijos, y se encontraba obligada á cuidar ella misma de sus vacas, único bien que le habia dejado su difunto marido: cuando encontró á la niña perdida, dijo para sí:

—Pobre criaturita, yo te serviré de madre, y Dios me lo recompensará. Mucho mas me valdria que fueses un niño; pero tal como eres, yo te acojo, y tú me harás compañía en mi soledad.

No pasó mucho tiempo sin que Margarita sirviese de alivio á la caritativa Marta: ella cuidaba de sus vacas, mientras la madre adoptiva atendia á los quehaceres domésticos, hilaba y hacia sus escursiones á la ciudad vecina para vender la hilaza, y al castillo para ofrecer al señor de él la leche recién ordeñada.

La niña fué creciendo, y llegó á tener quince años: á esta edad se habian desarrollado en ella todas las perfecciones físicas; pero las pasiones, los afectos, el sentimiento, en una palabra, dormian profundamente dentro de su sér, como si nunca hubiesen de despertar.

Cosa estraña en una criatura que vivia en contacto permanente con la naturaleza, y que, por decirlo así, se nutria de la savia generadora que embellece al mundo, y da con sus latidos constante desarrollo á la vida. Margarita no tenia mas pasion, ni otro placer que el sueño: la pereza era su fuerte, el reposo su delicia.

Los jóvenes de la aldea comenzaron á requerirla de amores; pero ninguno pudo vencer su indolencia. Ella los oia bostezando, se encogia de hombros con la mas absoluta indiferencia, y muchas veces ni aun paraba su atencion en lo que la decian.

Sin embargo esta frialdad, esta insensibilidad, que debiera de haber apagado los fuegos de sus amadores, era, por el contrario, un incentivo que los desesperaba. Herman, el carretero, despues de luchar dos meses con su pasion, desertó de los dominios del señor de Steinfeld, y fué á sentar plaza de soldado en las banderas del duque de Bravante.—Fritz, el hortelano, contrajo una fiebre consuntiva que le llevó al sepulcro en medio año.—Brand, el pescador, se arrojó al rio.—Arnoldo, el barquero, dejó la barca y los remos y se hizo fraile. Aquello era una calamidad pública para el pequeño señorío de Steinfeld.

Las madres de las víctimas ponian el grito en el cielo; y llevadas de su natural resentimiento y justa pena, comenzaron á propalar la voz de que Margarita era hija de algun demonio íncubo, y que se valia de ciertos maleficios para trastornar la razon de cuantos mozos se le acercaban y conducirlos á un fin desas-



troso. Cuando alguno proferia delante de ellas su nombre, se santiguaban y decian:

—No la nombreis, no la nombreis siquiera; porque es el genio de la perdicion!

Pobre Margarita, que entretanto solo pensaba en levantarse tarde, recogerse temprano, y echar algun sueño en la mullida alfombra de la pradera, bajo la dulce sombra de los árboles!

Nunca había visto la salida ni la puesta del sol: Marta la contemplaba demasiado: por las mañanas la dejaba dormir hasta muy entrado el dia, y por las tardes ella misma se retiraba á casa antes del crepúsculo vespertino. Si algunas veces la asaltaba la noche en el campo, Marta iba á buscarla, y de seguro la encontraba dormida entre sus vacas, como en un lecho de plumas.

Así pasaba el tiempo la indolente Margarita, insensible á las desgracias, como al amor de sus apasionados, cuando el descontento de las madres de ellos llevó sus quejas á los oidos del baron Rodolfo.

Una mañana que este señor, apuesto y arrogante jóven, salia del castillo en tren de caza, seguido de sus monteros, ojeadores y criados, le asaltaron en medio del camino seis ú ocho mujeres, que con tristes lamentos y doloridas voces le decian:

—Justicia, señor! Misericordia! Doleos de estas infelices madres, que han quedado sin hijos!

El baron refrenó su caballo, (un magnífico potro normando, que valia mil florines), y se dispuso á escuchar las quejas de aquellas mujeres. Pero como todas querian hablar á una y el negocio se hacia largo, el señor de Steinfeld descargó una puñada en el arzon de la silla, y exclamó mostrando bien su impaciencia:

—Por vida mia, que os mando cortar la lengua, habladoras de Satanás! Callen todas, y diga una sola el motivo de esta zalagarda.

—Señor, respondió la mas jóven, sabiendo que la poca edad era la mejor recomendacion para el altivo magnate. Os pedimos que mandeis quemar viva ó espulsar de vuestros dominios á Margarita la de Marta; pues si no lo haceis, temo que os quedareis sin vasallos.

—Quién es esa Margarita? Qué daño hace? preguntó el baron.

—Nadie sabe quién es, ni de dónde ha salido, repuso la quejosa; pero de seguro es mas dañina que la peste; pues con sus maleficios va dejando la aldea despoblada de mozos.

Entonces cada una fué refiriendo lo que habia pasado á sus respectivos hijos, y el señor de Steinfeld las despidió por último, diciendo:

—Id con Dios, que se proveerá el remedio.

Las mujeres se retiraron con esta esperanza, y el baron prosiguió su camino; pero en todo el dia no hizo cosa de provecho, y á la noche, cuando volvió á su castillo, se le vió, contra su costumbre, muy callado y pensativo.



## II.

Raro es el castillo de Alemania que no tenga, ó haya tenido en sus buenos tiempos, algun espíritu errático, algun ente sobrenatural, destinado á ejercer cierta influencia misteriosa sobre las familias de sus poseedores en ocasiones dadas é importantes.

El castillo de Steinfeld no estaba exento de este privilegio patrimonial de las baronías alemanas.

Los mas ancianos servidores del baron Rodolfo contaban, no sin misterio, á los mas jóvenes una vieja historia de cierta doncella, á quien llamaban la *Bella durmiente de Steinfeld*.

Era, pues, el caso que, allá en los primitivos tiempos del castillo, cuando acababa de fundarlo el baron Folc, ó Fulco, noble caballero que asistió á la primera cruzada, vivia en él una hermana de este señor, llamada Eva de Steinfeld: era una hermosa criatura, tan espiritual y sensible como bella, la cual, mientras su hermano estaba en Oriente, dió acogida en el castillo á un pobre menestral ó trovador fugitivo, á quien su señor, el baron de un territorio vecino, perseguia para darle muerte, por haber tenido valor de afearle en uno de sus cantos el vicio de la embriaguez. Eva sostuvo contra aquel tirano el derecho de asilo que habia concedido al menestral, y se negó á entregarlo para que sufriera tan inmerecido castigo.

Agradecido el trovador, se dedicó asiduamente á entretener los ócios de su bella protectora, componiendo para ella las mas dulces trovas de amor y caballería que pudo inventar su estro poético, y la hermosa Eva recompensó estos esfuerzos con su amistad. Cuando volvió Fulco de la Tierra Santa, su resentido vecino le salió al paso, y le refirió lo que habia hecho Eva por el menestral, añadiendo que si queria saber en puridad el móvil secreto de aquella proteccion concedida por su hermana, procurase entrar disfrazado en su casa, y no tardaria mucho en conocer el mal estado de su honra.

Fulco, puntilloso por demás en materia de honor, y escesivamente crédulo, dió oidos á las pérfidas sugerencias de su vecino: vistió sobre su cota de mallas un toseco sayal de penitente, y llevando consigo una cajita que contenia varias sustancias de virtudes maravillosas, que le regaló un sabio de Palestina, se presentó á boca de noche en su propio castillo, pidiendo hospitalidad.

La compasiva Eva se la otorgó de buen grado, sin sospechar que era su hermano el peregrino á quien hospedaba: mandó que le diesen cena y cama, y se retiró á su aposento, donde no tardaron en resonar las armonías de un laud y la hermosa voz del trovador que cantaba.—Fulco, arrebatado é impaciente, se dió á reconocer al criado que le servia, y le mandó callar, mientras él por un pasa-



dizo secreto se encaminaba al cuarto de su hermana; y observando por el resquicio de una puerta, vió al trovador sentado en un cogen á los piés de la jóven, y que esta le daba su mano á besar en premio de su canto.

No necesitó ver mas: de un empujón abrió la puerta y se presentó súbitamente á los dos jóvenes, como una aparición del otro mundo: en el acto, y sin aguardar esplicaciones, se arrojó sobre el trovador, y con su daga le dejó muerto de un golpe: la tierna Eva se desmayó: Fulco no tuvo valor para ensangrentar sus manos en una débil mujer; pero hizo otra cosa peor: llamó á sus criados, á quienes mandó sacar de allí el cadáver del trovador, y confiando á Eva al cuidado de sus doncellas, se retiró á meditar el último acto de su venganza. Poco despues pidió un vaso de leche, que al punto le fué servido, y tomando una de las sustancias que habia traído de Oriente, vertió en él algunas gotas, y regresó al aposento de su hermana, la cual empezaba á volver de su desmayo: mandó salir á las doncellas, y presentando á Eva el vaso de leche, la dijo: — «Toma esto, que te confortará.» — Eva lo bebió sin repugnancia; pero de allí á breves momentos se quedó tan profundamente dormida, que parecía muerta; y así estuvo un dia y una noche. Fulco la mandó depositar bajo una losa en el sepulcro recién labrado para su familia, y pasó una semana encerrado, sin permitir que nadie le hablase.

Al cabo de este tiempo se entregó á su vida ordinaria, como si nada hubiese pasado; y entonces no faltaron servidores fieles que le testificasen la inocencia de Eva: ya era tarde. Fulco, arrepentido y horrorizado de su crueldad, mandó abrir el sepulcro de su hermana para llorar sobre su cadáver; pero lo encontró vacío. Sin embargo, tres dias antes de su muerte se le apareció la bella jóven, dormida en su ataúd, del mismo modo que él la mandó sepultar, y siempre que algun acontecimiento grave amenazaba á los descendientes de Fulco, se les aparecía del mismo modo la *Bella durmiente*.

Tal era la tradicion que los ancianos servidores de Rodolfo de Steinfeld solian contar á sus compañeros mas jóvenes.

### III.

Por uno de esos efectos de la imaginacion, que tanto afectan á las operaciones del espíritu, cuando el baron Rodolfo oyó las quejas de las mujeres contra Margarita, y cuando le enteraron del poderoso influjo que esta dormilona jóven ejercia sobre el ánimo de los mozos de la aldea, sin esfuerzo alguno de su voluntad, le acudió á la memoria el cuento de la *Bella durmiente*.

Y como sabia que esta no visitaba á los miembros de su familia sino en circunstancias graves, pasó todo el dia sin poder desechar la idea de ella.



Y aconteció que, al retirarse de su cacería, vió á Margarita dormida en la penumbra de un bosquecillo, y se figuró que veía á la dama de la leyenda.

Y aquella noche, cuando, despues de una ó dos horas de insomnio, logró cerrar los ojos, volvió á ver distintamente á la hermana de Fulco, tendida en su ataúd, vestida de blanco y coronada de rosas.

Al despertar, le presentaron el vaso de leche que acababa de traerle Marta : no quiso beberlo ; y luego que se levantó, mandó llamar á la pobre viuda, que en seguida, obediente, se presentó en el castillo.

— Tú tienes una hija que se llama Margarita? le dijo el baron.

— Señor, respondió Marta, no es hija mia ; pero como á tal la trato.

— Bien está, repuso el baron : eso no hace al caso. Desde mañana, quiero que sea Margarita quien venga á traerme la leche.

Marta bajó la cabeza, y volvió á su casa pensando que no sería fácil cumplir bien esta orden terminante. Rodolfo era madrugador, queria la leche muy temprano, y Margarita dormia por lo regular á aquellas horas su séptimo sueño. Sin embargo, era preciso obedecer ; y á la mañana siguiente, aunque algo tarde, se presentó en el castillo la linda vaquera con su vaso de leche. Los criados la mandaron entrar hasta el aposento donde estaba su amo.

Cuando la vió Rodolfo, quedó admirado de su belleza, y mas admirado aun, de que él, tan buen cazador, no hubiese descubierto nunca tan linda corza en sus dominios: olvidó por un momento á la *Bella durmiente de Steinfeld*, y comenzó á decir galanterías y ternezas á la indolente Margarita. Pero esta, gracias al respeto debido á su noble señor, no bostezó media docena de veces en su presencia.

Volvió al dia siguiente con la leche, pero no tan temprano, y continuó cada dia retrasando la hora, de suerte que el baron llegó á tomarlo á desaire, y se quejó de su tardanza.

— Es posible, linda Margarita, la dijo, que repugnes el venir á servirme, como yo deseo? Si me amases, ó si al menos fueses agradecida á mi cariño, estarías siempre llamando á mi puerta al despuntar la aurora.

— Oh! señor, respondió la muchacha con las megillas encendidas: no es repugnancia, es pereza. Me cuesta tanto madrugar!

El baron se conmovió, y repuso :

— Es decir que yo te privo del sueño : soy muy tirano. Desde hoy mudo de sistema, y en vez de que tú vengas tan de mañana á traerme la leche, yo iré todas las tardes á la pradera á que allí me la sirvas.

Margarita le dió las gracias y se fué muy contenta.

Desde entonces, todas las tardes, al ponerse el sol, las gentes de la aldea veian al baron Rodolfo pasear solo por la rivera del Rhin, y algunos indiscretos observaron que iba á esconderse entre el bosque, donde solia estar Margarita con su pobre rebaño.



Una transformacion increíble comenzó á operarse en las naturales inclinaciones de la indolente pastora : la primera tarde tuvo que luchar con su pereza para no dormirse, mientras Rodolfo le hablaba de amor : la segunda no le escuchó con mas atencion ; pero se desveló contemplando las cambiantes luces del crepúsculo, espectáculo que llenó de placer su alma sencilla : la tercera aceptó la mano del baron para subir á una roca, desde donde podia descubrir mejor los dorados celajes y las delicadas tintas de nácar y ópalo que reemplazaban á los brillantes resplandores del sol poniente. Por último, en las tardes sucesivas se aficionó de tal modo á las bellezas del cielo, y sintió emociones tan nuevas y agradables, que ya no pensó nunca en recogerse temprano, y muchas veces permaneció en el campo hasta una hora despues de entrada la noche.

Se comprende muy bien este cambio : la naturaleza es maestra de amor, y tiene horas especiales, destinadas para dar con fruto sus lecciones : una de sus horas predilectas es la tarde ; y por eso, mientras se desvanece lentamente la dulce luz del crepúsculo, vemos brillar sobre el horizonte el lucero vespertino, la estrella de Venus, á quien acompaña tal vez la luna en representacion de Diana, la diosa de los castos y tímidos amores.

Cuán gratas son esas horas del primer reposo de la naturaleza ! Cuán llenas están de misteriosas emociones ! Los últimos rayos del sol, quebrados en el aire, y por consiguiente vencidos, van muriendo con indecible gracia, hasta que se disuelven y pierden en las sombras de la noche : la luz de la luna viste los cielos con un manto azul pálido, y esparce por los campos y bosques solitarios unas medias tintas llenas de atractivo : el ruiseñor enamorado salta de rama en rama, dando al aura sus armoniosos trinos y apasionados ayes ; mientras que el labrador se retira cantando á su morada, en la que le aguardan su tierna esposa y sus bulliciosos hijuelos.

En una de estas horas de encanto, Margarita estaba sentada en un florido ribazo, junto al rio, cuyas aguas tranquilas y magestuosas reflejaban los últimos resplandores del dia espirante : sus dedos jugueteaban con los blondos rizos de la cabellera de Rodolfo, que recostado á sus piés, tenia la cabeza echada en su falda. La conversacion de los dos amantes era triste, pues el amor de Margarita debia ser fatal para el señor de Steinfeld.

— Soy feliz, Margarita, decia el caballero ; y sin embargo, un doloroso presentimiento me oprime el corazon. Desde que te conozco, ya tres veces se me ha aparecido la *Bella durmiente de Steinfeld* : anoche mismo la ví : sus ojos cerrados despedian siniestras centellas, y de sus lábios inmóviles salieron estas amenazadoras palabras : «Último vástago de la noble raza de Steinfeld, prepárate á dormir el sueño de los siglos.»

— Por qué pensar en la muerte, amado mio? le dijo Margarita. Eres jóven y hermoso : el ciervo mas vivaz de las florestas no es tan ágil como tú, ni hay nada

comparable al vigor de tu cuerpo. Desecha esas fúnebres ideas. Estando junto á mí, venga la muerte: yo lucharé con ella, y no podrá arrebatarme mi adorado Rodolfo.

— Ay! suspiró el baron: tu amor es impotente contra la fatalidad que me arrastra.

Margarita se inclinó y estampó un beso en la frente de Rodolfo, pero aquella frente estaba fria como la de un cadáver.

La pálida luz del crepúsculo apenas era ya perceptible en el confin del cielo.

— Qué tienes, amor mio? dijo Margarita estremeciéndose y tocando con afán el rostro helado y el pecho de Rodolfo.

Pero este no le contestó.

— Rodolfo! Rodolfo! Vida mia! exclamó desolada la pastora. No me oyes? No me respondes? Mirame: te amo mucho.

El jóven abrió los ojos, bostezó un suspiro, y volvió á quedarse aletargado, murmurando el nombre de Margarita.

La noche envolvió en su manto los últimos fulgores del día, y una nubecilla veló la estrella del Amor.

Margarita abrazó á su amante, queriendo reanimarlo con su aliento y comunicarle su propia vida con el calor de su sangre: vano empeño! Rodolfo dormia el eterno sueño.

La pastora dió un salvage grito y perdió la razon.

Cuando Marta fué á buscarla, ya muy entrada la noche, la encontró abrazada con el cadáver del jóven baron, y oyó que le decia estas desatentadas palabras:

— No te acerques, no hagas ruido, que está durmiendo y lo despertarás.

De las cuatro vacas, una que habia sido ordeñada recientemente, yacia muerta: aquel animal habia comido alguna yerba venenosa, y su leche costó la vida al baron de Steinfeld.

Margarita vivió poco, despues de haber perdido á su amante; pero todas las tardes se la vió ir al prado en donde pacian las vacas, lavarse y peinarse con mucho aseo, y permanecer estática mirando hácia el sendero por el cual solia venir Rodolfo en otro tiempo. De vez en cuando se animaba su semblante con una dulce sonrisa, y sus labios repetian:

— Él es, él es: ya viene!

---

Margarita murió una tarde en el mismo sitio en donde habia fallecido su amante. Su memoria quedó en el pais como símbolo de los amores desgraciados; y es fama que se aparecia, como una hada benéfica, á los amantes que invocaban su nombre.

Cuando, al espirar el día, un jóven desdeñado visitaba aquellos parages so-



litarios, dando pábulo á su tristeza, solia ver una bella pastora en medio de sus vacas : si estaba dormida, su presencia era señal de mal agüero, y el visionario podia dar el último adios á su esperanza : pero si la hallaba despierta y risueña, podia prometerse dias de amor y felicidad.

Francisco J. Orellana.

G<sup>o</sup> DE MUNICH, P. 60



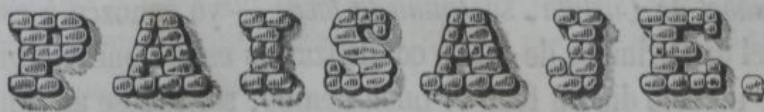
J. Knapton fecit

J. G. 20

*Jaguar!*  
*St. Landscaps.* *Rome Landscaps.*  
*W. G. 20*

Published for the Proprietors by A. H. Payne, Dresden & Leipzig.





( CUADRO DE ANTONIO WATERLOO. )

¡ Salud al primer día de mayo !

¡ Hermoso mes y hermoso día ! ¡ Mes simpático y querido ! Mes en que todo es grato y dulce , todo armonioso y bello ; mes , en fin , en que todas las flores que nacen , nacen con una significacion halagüeña , llevando en sí , como un gérmen de dicha , la palabra suave y cariñosa que las representa en el diccionario de las flores.

Llega con él la época en que la naturaleza se viste de gala , en que el mundo se rejuvенеce , los campos ofrecen su bordado de flores , el cielo su esmalte de estrellas.

¡ Salud al primer día de mayo , del mes que se nos presenta rico en esperanzas , lujoso en ilusiones !

Todo brilla , todo sonrie , todo vive , todo canta . Las aves parleras pian alegremente en la enramada y cruzan veloces el espacio bañándose á los rayos del sol que hace resplandecer sus alas .

Las flores se balancean coquetas al beso de la aurora que viene á sorprenderlas entre las gotas de rocío que las coronan con su diadema de brillantes .

Los árboles estienden sus pobladas ramas y se abrazan cariñosos formando la bóveda de follage que convida al caminante á descansar en la fresca y apacible umbría que le ofrece .

Las mariposas vuelan y revolotean por encima la alfombra de los campos , insectos errantes y vagabundos , brillantes de colores , que se mecen entre las oleadas de un aire tibio y perfumado , como juguetonas y flotantes ilusiones á los ojos del poeta .

¡ Hermoso y peregrino mes, el que ve brotar las flores como una tierna madre ve brotar las sonrisas en los labios de su hijo!

Yo conozco á un poeta,—y vosotros tambien le conoceis, lectores, pues mas de una vez habreis leído sus bellas novelas, su *Cristóbal Colon*, su *Francisco de Quevedo*, su *Isabel de Castilla*, su *Juana la loca*, — yo conozco á este poeta.

Cada año el dia primero de mayo comienza sus escursiones matutinales , que no interrumpe un solo dia en todo el buen tiempo, saliéndose al campo para ver salir el sol cada mañana desde un punto distinto.

Ya asiste al despertar del astro del dia sentado pacíficamente en una roca cuyo pié baten las olas del mar; ya ve el grandioso espectáculo de la naturaleza que despierta, de pié junto á las ruinas de uno de esos carcomidos castillejos que coronan las cimas de nuestros vecinos montes; ya, en fin, contempla la primera sonrisa de la aurora encaramado en el pico del poético Tibidabo.

—Pero esto debe naturalmente inspirarte,—le dije yo un dia,—al aparecer el sol cantarás como un gilguero y le saludarás como un rruiseñor.

—Oh! no lo creas,—me contestó.—Cuando el sol nace, no se canta, se admira; la poesía entonces no querria abandonar el santuario de mi corazon para ser traducida en la lengua vulgar de mis sentidos.

—Pues si no cantas, ¿ en qué empleas el tiempo que te roban tus largos paseos de madrugada?

—En pensar.

—¿ Y qué piensas?

—Pienso que es muy sublime la grandeza de Dios cuando permite que cada dia asista una pobre oruga de la tierra como yo á uno de los actos mas maravillosos y sorprendentes de su omnipotencia.

Y tenia razon.

¡ Salud al mes de mayo, al mes de las escursiones matinales, al mes de las flores!

¡ Las flores! ¿ Qué cosa hay que como ellas hable tanto y en tan muda elocuencia al corazon de los hombres?... Si es verdad que la organizacion del hombre en general tiene casi una necesidad de buscar analogías en la naturaleza, pocos objetos hay, entre los que pródigamente nos ofrece, tan susceptibles de agradar, de cautivar, de seducir como las flores.

Aromas deliciosos, suaves matices, encantadoras formas, peregrinos colores, todo en ellas se reune para hacerse amar y buscar, todo en ellas se reune para hablar al hombre un lenguaje dulce y misterioso en armonía con sus sentidos, con sus impresiones, con sus deseos.

¿ Quién es el que deteniéndose en un verjel cuajado de esas lindas joyas de la creacion, no se para admirado ante la rosa que balancea su capullo entre un mar de espinas, imágen verdadera de la belleza que luce sus galas entre todo el



porvenir de contratiempos y disgustos que ofrece al que se acerca á cogerla sin madurez ni reflexion ?

¿ Y qué amante no se estremece de alegría á la vista del mirto, así como inclina abatida su frente y acaso se desprende una lágrima de sus ojos ante un grupo de solitarias adelfas que le dicen, agoreras, su porvenir de amor ?

No se pueden buscar emblemas mas propios que los de las flores, ni lenguaje mas significativo que el suyo.

Los orientales, esos hombres de imaginacion ardiente como el sol que les abrasa, tienen un delirio particular por ellas.

El dia 1.º de mayo se celebra en Constantinopla la *fiesta de los Tulipanes*.

Debe ser una bella, una encantadora fiesta; debe ser para los orientales como el prólogo de las delicias que les promete en mentido paraíso su mentido Mahoma.

Los jardines del serrallo son el teatro de esta fiesta que preside el mismo sultan en persona. Unas graderías adornadas con ricos y lujosos almohadones se estienden en forma de anfiteatro y dominan un llano cuyo suelo desaparece bajo las magníficas alfombras espléndidamente matizadas de bordados que las cubren. Sobre la alfombra se alzan airosas columnas que sirven cada una de mármoleo pedestal á un grupo de vasos simétricamente colocados y tallados en el cristal mas puro y diáfano. De cada vaso brota, hermoso y triunfante, un tulipan de especie diferente.

Seducitor golpe de vista ! Los orientales permanecen estáticos y absortos ante este espectáculo que jamás se cansan de admirar, y contemplan con orgullo, con amor, con delicia, esas elegantes flores, reinas de la vegetacion entre ellos, que encorvan y cimbrean sus tallos bajo el peso de sus purísimos botones.

Mientras dura esta religiosa adoracion de la flor por los invitados á la fiesta, el aire se llena de suaves y melancólicas armonías. Una música, oculta entre el follage vecino, deja oír sus mágicos acentos, y las notas mas delicadas meciéndose en el aire, nadando invisibles en el espacio, desprenden sobre las frentes de los adoradores toda una lluvia de dulces melodías.

De pronto, perfumes deliciosos, como un hálito embalsamado, se escapan de los trípodas de bronce y de los braseros de oro, y un ligero vapor de agua de rosa se esparce en la atmósfera cayendo en imperceptibles gotas.

Es una señal. Mientras que los concurrentes se impregnan de tan suave aroma, el harem abre sus puertas, por las cuales se precipita, bandada de lujosas mariposas, un tropel de odaliscas que envuelven sus esbeltos talles y sus agraciadas formas entre nubes de gasas y de tules.

Entonces empiezan los bailes, los cantos, los juegos; entonces empieza todo ese mundo de sensaciones desconocidas, que es la vida interior del harem del gran señor.

Las fiestas continúan por espacio de algunos días, y cada mañana los mas frescos y mas hermosos tulipanes se ven adorados por la corte de Constantinopla y por las mujeres mas bellas de Oriente.

Esos adoradores entusiastas de las flores dicen de ellas que van de celosía en celosía narrando amores.

¡Oh! yo las amo tambien, y las amo apasionadamente esas estrellas de la tierra.

¿Habeis oido hablar alguna vez, lectores míos, de aquella balada alemana que se titula *la noche de bodas*?... Yo la tengo muy presente, pues la recuerdo siempre que pienso en las flores.

#### BALADA.

«La bóveda del cielo ha estado toda la noche resplandeciente, y como un brillante surtidor de fuego, el rayo ha surcado sin cesar por el espacio.

»El rayo ha caído, se ha hundido en la tierra. ¡Aire! ¡aire! ¡Oh! qué calor tan sofocante!..—se deja oír un sordo ruido... Anuncia la frescura lejana.

»Entonces, parecidas á las lágrimas retenidas por mucho tiempo, las gotas de lluvia van cayendo una tras de otra dulces y tibias; la tierra bebe, pero no por esto se apaga su sed ardiente.

»La mañana se despierta perezosa y se incorpora sobre su lecho de púrpura. Qué milagro ha tenido lugar?... La tierra se ha vestido su traje de flores.

»Quién ha hecho este milagro?... Quien ha abierto así al amor, y en una sola noche, los cerrados botones de las flores.

»Silencio! silencio! Respetad el tímido pudor de esas flores. El rubor asoma aun en sus frescas mejillas.

»Silencio! Preguntad la causa al desposado, al amante atrevido, á la primavera que esta noche ha visitado la tierra despues de la fiesta nupcial.»

Los alemanes son tambien entusiastas por las flores. Su poesía popular, esa poesía tan fresca, tan pintoresca y al mismo tiempo tan salvaje como las orillas de su Rhin, tiene infinitos cantos dedicados á las flores.

Uno hay en particular que no es fácil tampoco borrar de la memoria. ¡Encierra un pensamiento tan bello, tan filosófico, tan grande!

#### BALADA.

«Las doce de la noche ya! Dios mio, cómo pasan las horas! Las doce! Oh! tengo miedo! Es la hora de los fantasmas.

»Margarita, amada mia, dime: ¿es verdad que al dar las doce en el reloj del campanario, los muertos del vecino cementerio abandonan las tumbas y se salen á pasear por el campo?



— »Sí, no lo dudes, Herman ; mi abuela me lo ha dicho. Así que toca la última campanada de las doce, las lápidas caen y los muertos envueltos en sus sudarios salen á pasear por entre las flores.

»Por esto hallamos cada día, cuando amanece, mustias y marchitas ciertas flores que la tarde anterior hemos dejado frescas y lozanas. Se agostan en seguida todas las flores que los muertos tocan con sus dedos de esqueleto.

»Mira, mi abuelo vió una noche á un muerto. Llevaba en la mano tres coronas, una de laurel, otra de rosas y otra de siemprevivas, y murmuraba un canto que así decía :

»Yo nací entre flores, y al nacer, mis ojos tropezaron con estas tres coronas que colgaban del árbol encantado de la vida. Niño atrevido, quise cojer las tres á un tiempo. A la derecha estaba la fresca corona de laurel que venia de las manos de las musas ; en el centro la corona de rosas que habia tegido el amor, y al otro lado la corona de siemprevivas que ofrecia la muerte.

»La primera que cogí fué la de laurel. Quise ceñirle á mi frente, pero semejante á la niebla que sobre la desierta sábana del mar parece una isla fresca y risueña y luego se desvanece y pasa, así la corona desapareció y huyó lejos de mí.

»Me puse entonces la corona de rosas y me creí feliz. Pero, ay ! las rosas se marchitaron luego y quedaron las espinas, y las espinas me abrieron profundas heridas de las que se escapaba la sangre á arroyos.

»Me apoderé en seguida de la tercera corona, y esta pude ceñirla á mi frente sin que nadie me la envidiara. Es que la corona de siemprevivas es la corona de la muerte.»

---

Y á todo esto, no os he hablado aun, lectores míos, del cuadro que representa la lámina que acompaña á este artículo.

Para qué ?

No os he hablado de flores, de árboles ?

Waterloo, el autor de este cuadro, era un poeta, poeta con el pincel como otros lo son con la pluma.

Mirad esos árboles. Parecè que la brisa los mueve y los balancea.

Mirad esa bóveda de follage. Diríase que el sol es impotente para hacer penetrar sus rayos en la encantadora umbría que convida al reposo y al descanso.

Mirad esas aguas. Se las ve correr ; se oye el rumor que producen al quebrantarse entre los guijarros que á su paso se oponen.

Hé aquí un paisaje, un delicioso paisaje de un día de mayo.

Salud al mes que nos da tan bellos días y nos ofrece á cada paso tan encantadores paisajes !

Salud al poeta que los describe, al pintor que los traslada al lienzo!

De Waterloo no puedo decir otra cosa, sino que como pintor-poeta, pintó muchos paisajes, muchos bellísimos cuadros, copiados de la naturaleza, en los que se ve correr las aguas, balancearse los árboles, cruzar las nubes por el cielo, volar los pájaros por el espacio, mecerse las flores al beso de la brisa....

Waterloo con sus cuadros se hizo un nombre respetable y....

Y murió en un hospital en 1662.

Haceos poetas, lectores míos, haceos artistas!...

Volvamos al cuadro.

Este paisaje me recuerda uno que he visto muchas veces en un rincón de mi Cataluña. Como en el cuadro, un río, un pequeño río atraviesa también el de que yo hablo. Los de la comarca le llaman el río ó la *riera* de San Juan.

Es un bellísimo paisaje, que tiene un recuerdo terrible para mí, el recuerdo de una catástrofe.

Lo que voy á contaros pasó en mayo de 1853.

Era la tercera semana de este mes y durante toda ella las nubes habían en-  
vuelto como un turbante las montañas inmediatas á Barcelona, esas montañas que se estienden en anfiteatro al umbral de la llanura que sirve de alfombra á la antigua condesa, reina un día del Mediterráneo.

Recuerdo muy bien que fué una semana triste, triste como pocas puede contar Barcelona, triste como el cielo que constantemente permaneció velado á nuestros ojos.

La lluvia ni siquiera respetó el día del Corpus, el día de la fiesta del Señor.

Y hubo justicia en ello. Dios no quiso tal vez aquel año que tan pronto nos divirtiéramos y alegráramos en nuestros salones, que tan pronto el bullicio, la fiesta, la alegría y la danza llenaran el aire con sus ecos de júbilo, mientras que nuestros hermanos de la comarca estaban á punto de perecer y de ahogarse á causa de los ríos salidos de madre, mientras que infinidad de familias contemplaban aun con las lágrimas en los ojos y el dolor en el alma sus casas arruinadas, sus campos talados, su hacienda perdida.

No, Dios no quiso que la algazara sucediera tan pronto á la destrucción y que el regocijo conmoviera la ciudad, mientras que el luto y el duelo habitaban aun en la comarca.

Habían pasado días terribles sobre nuestras cabezas. El huracán, que es la voz de Dios en cólera, hizo estremecer nuestras montañas que temblaban sobre sus gigantescos cimientos seculares; la tempestad barrió nuestras fértiles campiñas; los ríos, abandonando su cauce, bajaron rugiendo por los montes, estendiéndose desbordados por el llano, y el mar, agitando sus olas, como un monstruo sus escamosos anillos, y rugiendo de ira como un león herido, se abalanzó furioso hácia la playa, cual si tragarse quisiera esa tierra que acaba siempre por burlar su impotente rabia.



Qué días aquellos ! qué días !

Tambien tuvimos espantosas noches.

Una sobre todo, una de un huracan desencadenado.

Las puertas y las ventanas de cada casa crugian como empujadas por una mano de hierro ; el viento, penetrando por las rendijas, silbaba en el interior de las habitaciones como el chasquido de un látigo invisible ; las casas parecian vacilar al estrellarse en ellas las furiosas ráfagas.....

Mientras tanto, la ciudad flotante que se ve todo el año en Barcelona al lado de la ciudad de piedra, los buques, se bamboleaban inseguros en el puerto sobre la espalda inquieta de un mar turbulento.

Cuando el cielo está encapotado y sin un solo rayo de sol, como un corazon cerrado á la esperanza ; cuando el mar está embravecido y fiero ; cuando la tempestad ruge en los aires y el huracan conmueve los viejos techos de nuestras casas, yo, desde el humilde rincon de mi morada, pienso siempre en aquellos que á semejante hora viajan, en aquellos que á semejante hora, perdidos en las vastas soledades de los mares, se encuentran en el seno de las tinieblas, á solas con la tempestad que tan pronto lanza su débil embarcacion á las nubes donde tienen su depósito las inmensas cataratas, como la hunde en abismos sin fondo donde moran los marítimos mónstruos.

Y entonces mi corazon se hiela de espanto y pienso que debe ser una terrible muerte la del que muere ahogado....

Una terrible muerte, sí, pues que no es esa muerte que con el sueño de cada dia estamos ensayando durante toda nuestra vida ; no es tampoco esa muerte que consiste en dormirse una vez mas sobre la almohada en que uno se ha dormido cada noche por espacio de treinta, cincuenta ó mas años, sino que es una muerte mezclada de ira, de lucha, de desesperacion ; una muerte tanto mas horrorosa cuanto que es en medio de la fuerza, de la salud, de la misma vida.

Y entonces mis labios se entreabren involuntariamente buscando las palabras de un rezo quizá olvidado, y entonces me digo :

— Qué seria de esos á quienes la muerte va á sorprender en medio de la inmensa soledad de los mares, qué seria de esos cuyos gritos de dolor y desesperacion son ahogados por el estrépito de los vientos y de las olas, qué seria de ellos si no supiesen que en aquel instante supremo una simple invocacion al cielo, la sola palabra de un rezo, por débil que salga de entre sus labios, atraviesa por entre el rugido de la tempestad y llega vírgen y pura á los oidos del Señor ?

En aquellos dias terribles de que os hablo, yo pensaba en los pobres navegantes y pensaba tambien en mi paisaje, en mi encantador vallecito atravesado por la *riera* de San Juan, á donde yo iba frecuentemente á aspirar las brisas embalsamadas, á recrearme con la vista de las flores silvestres, á descansar mi abrazada frente bajo las enramadas misteriosas de aquellos árboles gigantes.

Y recordando mi valle de San Juan, lleno de encantos y delicias, pensaba en que la tempestad habría tronchado aquellos árboles y el huracan esparramado aquellas flores. Pensaba que al regresar á él lo encontraría todo destruido, todo destrozado.

Peor fué todavía.

Hé aquí lo que pasó en aquel valle y en aquel rio la víspera del dia de Corpus de 1853.

Una hermosa jóven de diez y siete años, una jóven á cuyos ojos se presentaba el porvenir en toda su dorada brillantez, una jóven en fin que esperaba de un dia á otro el momento en que la religion ante sus sagrados altares consagrarse el lazo que el amor se habia ya adelantado á formar, atravesaba la palanca que se estiende de una orilla á otra sobre el rio de San Juan.

El rio, engrosado por las lluvias de los dias anteriores, bajaba crecido y bravo.

La jóven iba acaso pensando en su amor, en su novio, en las horas de ventura y felicidad que le aguardaban; pero como desgraciadamente siempre sucede que cuando la imaginacion pasea vagabunda por el campo de las ilusiones, los piés tropiezan en los abrojos de que está sembrado nuestro sendero en la vida, la jóven tropezó y cayó al agua.

Un hermano suyo que pasaba tras ella la palanca, la vió caer y— ¡valiente y generoso mancebo! —se arrojó al rio para salvarla.

Luchó á brazo partido con las olas y pudo asir á su infeliz hermana; pero entonces el rio, rugiendo de cólera al ver que le arrebatában su presa, redobló su ímpetu y ambos jóvenes fueron arrastrados aceleradamente.

El hermano tuvo que abandonar á su pobre hermana que siguió arrastrada por las olas, mientras que el mancebo se salvaba solo milagrosamente.

El mutilado cuerpo de la jóven apareció al dia siguiente junto á un bosquecillo. Las ramas de los árboles, dobladas por la furia de la tempestad, parecian haberse inclinado como para formar un sudario al cuerpo de la hermosa que en el umbral de su vida y en el umbral de su amor halló la muerte.

Pasados los dias de tormenta, el valle de San Juan volvió á ser encantador y delicioso como antes, brindando al reposo sus murmurantes alamedas, convidando al paseo sus amenos sitios, deslizándose mansas las olas del rio.

Sin embargo, yo no he vuelto jamás al valle ni he vuelto á ver el rio.

Temeraria encontrar á orillas de ese rio y al umbral de ese bosque el espectro de la jóven ahogada.

Hé aquí porque el paisaje que la lámina ofrece á vuestros ojos, si es bello para vosotros, lectores míos, es triste y muy triste para el autor de estas líneas.



G<sup>o</sup> DE MUNICH P 24



*Les Brigands.  
Banditi. Banditen.  
Prozbojnicy*

# EL BANDIDO.

( CUADRO DE HESS. )

En una alquería de la Calabria vivia un honrado labrador , sencillo , hombre de muy buen juicio y penetracion natural , mayor de lo que en apariencia podia esperarse de su absoluta falta de instruccion. Pero era de aquellos hombres que no necesitan del estudio para gobernarse perfectamente , gobernar su casa y gobernar la familia , haciendo que todo marche en regla y como Dios manda. Casóse á los veinte y cinco años , y al cabo de tres , dióle su mujer una niña que le causó á Santiago un indecible regocijo , porque mas de una vez receló que terminaria en él su familia y el apellido de Benevento , de que estaba un si es ó no es orgullusillo. El nacimiento de Laura no satisfizo completamente sus deseos , pues él hubiera querido un hijo varon : mas decia que á falta de pan , buenas son tortas , y acabó por contentarse con una hija , haciendo de la necesidad virtud , como suele decirse.

Creció Laura , y á los 18 años era una buena moza , robusta , de buen color , de carácter dulce , pero de corazon muy enérgico , y susceptible de grandes pasiones ; en lo cual , á decir verdad , no se parecia á sus padres. La felicidad ó la desventura de esa jóven dependian de la clase y de las circunstancias del hombre hácia quien llegase á sentir amor ; porque como no habia de ser fácil para nadie torcer sus inclinaciones si estas se dirigieran á un hombre indigno de ella , Laura sin remedio se labraria por sí misma su propia desdicha.

En otra alquería no lejana habitaba otro labrador bonachon y honrado pero algo tonto y de carácter débil , el cual tenia un solo hijo , llamado Gianetto , que creció á sus anchas , y á quien faltaron los consejos de la madre que murió al darle á él la vida. El padre de Gianetto murió jóven , y el mozo se encontró á



los 20 años dueño absoluto de su persona y de la corta herencia del padre, herencia que muy luego fué vendida, al decir de las gentes, para con su precio satisfacer las deudas dejadas por el difunto. Cuantos conocieron á éste, deploraban ahora la suerte del hijo, que para dejar bien puesto el nombre del padre, se quedaba sin propiedad alguna, y reducido á lo que pudiera ganar con su trabajo, que en aquella época y en aquel país se pagaba muy escasamente. Mas contra el temor de todos sus conocidos se vió que Gianetto vestía con lujo, cambiaba de trajes con mucha frecuencia, pagaba el alquiler de una casa muy regular en el vecino pueblo, acudía á todas las fiestas y era el protagonista de todas las funciones y bailes en que era preciso gastar dinero. Ya le reputaban todos por algo calavera; y como no le veían trabajar, nadie atinaba en el medio que tenía para acudir á sus gastos. Era buen mozo, reputado por valentón, tenía un aire de desenfado que no inspiraba simpatía ninguna á los hombres; mas esas mismas calidades, y la gracia y el lujo con que sabía vestirse llamaban la atención de las jóvenes, que por su desgracia suelen en la primera edad enamorarse mas bien de los fanfarrones, espadachines y calaveras, que de los hombres juiciosos y de buenas y sencillas costumbres.

En un baile vió Laura por primera vez á Gianetto, de quien había oído hablar á sus conocidas, todas las cuales ponderaban la gracia y el carácter galante del mancebo. No se mostró indiferente á la notable belleza de Laura, le dirigió la palabra, supo lisonjearla, la aduló perfectamente, en lo cual era gran maestro, y Laura, poco acostumbrada á galanteos, y habiendo cuando mas escuchado alguna vez los sencillos y grotescos requiebros de algun rústico trabajador, halló un encanto desconocido en las seductores palabras del experimentado Gianetto. Bailó con él, hablaron, y aunque ella se mantuvo modesta y recatada, tuvo la indiscreción de escuchar las protestas de amor del jóven, que sonaban deliciosamente á sus oídos. La madre al retirarse la riñó por ello, y por desgracia eso fué lo peor que podía suceder, pues el carácter de Laura se rebelaba contra las contrariedades, y contrariedad le parecieron las advertencias de su madre. Calló sin embargo, mas no pudo pegar los ojos en toda la noche pensando de continuo en Gianetto, y gozando en su interior con la idea de haber llamado la atención de aquel hombre que llamaba la de tantas mujeres. Además le había dicho y jurado cien veces que la amaba, y no hay ninguna mujer que no esté satisfecha la primera vez que oye tales juramentos, mucho mas si salen de la boca de un buen mozo, y si ese mozo fija las miradas de las demas mujeres. Laura, pues, desde aquella noche amó á Gianetto y Gianetto la amó á ella, porque en efecto, le había aquella mujer gustado en extremo, y le dijo la verdad cuando le aseguró que la amaba.

En la mañana siguiente el padre con mucho tacto sacó á corro la conversacion del baile de la noche anterior, á que no había asistido; y aunque la madre



nada dijo que pudiera alarmar á Laura, ni el padre hizo mas que resbalar por sobre la especie de misterio en que estaba envuelta la conducta de Gianetto, la perspicaz Laura no pudo dudar que sus padres habian hablado del asunto, y que los dos se opondrían á su amor. Léjos de renunciar por esto á su inclinacion y de desistir de una cosa que contaba con la desaprobacion de sus padres, solo le ocurrió la idea de que tendria que hacer rostro á dos contrariedades, lo cual léjos de arredrarla, le dió nuevo valor para resistirse y alcanzar la victoria. Gianetto con varios pretextos fué distintas veces á casa de Laura, la vió en la iglesia, la encontraba en la fuente; en el pueblo se hablaba ya de sus amores, y las muchachas mas ligeras la envidiaban, y las sensatas la compadecian, mucho mas cuando era muy buena muchacha y nunca habia dado motivo para que el pueblo se ocupára sino de su hermosura.

Finalmente, vino la hora en que Santiago creyó que no podia mirar las cosas con indiferencia. Vió que era preciso hablar resueltamente á su hija, y de acuerdo con la madre aunque en ausencia de esta, la llamó y le hizo presente que no le era desconocido el amor que profesaba á Gianetto, en lo que tenia una verdadera pesadumbre, no porque jamás hubiese intentado violentar sus deseos buscándole un marido que no fuera de su gusto, sino porque no le agradaba la misteriosa conducta de aquel jóven que sin tener haciendas, sin dedicarse al trabajo y sin medio de vivir conocido, se presentaba como un hombre rico, gastaba como tal, y con esto daba mucho que hablar en el pueblo vecino y en cuantos le conocian. Que tal vez haciéndole mucho favor opinaba que su ocupacion era la de contrabandista, y que de esto á ladron hay muy poca distancia. Por lo mismo que considerara bien la deshonra que sobre toda la familia hacia recaer aquella pasion, y que si en algo se estimaba á sí misma y estimaba á sus padres hiciese por vencerla, se abstuviera de ver á Gianetto, y dirigiese su voluntad á cualquiera de los muchos mozos honrados que en el pueblo habia, pudiendo estar segura de que aun cuando fuesen pobres sus padres no se opondrían al enlace, porque bastaba lo que ellos poseian para suplir la pobreza del mozo que eligiera. Laura oyó á su padre sin replicar una palabra: no negó que amaba á Gianetto, y únicamente dijo con aparente sencillez que tal vez eran una calumnia las hablillas que acerca de él corrian en el pueblo.

El padre salió muy disgustado y receloso de la conferencia con su hija, porque le pareció entrever en ella una resolucion ya formada, y juzgó que la fingida tranquilidad con que Laura le habia escuchado no era mas que el deseo de cortar esplicaciones que no la hubieran hecho variar la determinacion que en su concepto tenia ya tomada. Sin que los padres lo supieran, por las noches Laura desde una ventana hablaba con Gianetto, y en la de aquel dia le esplicó todo lo que su padre le habia dicho, y el mozo supo desvanecer los cargos que se le hacian, pintar la intencion del padre de entregarla á otro hombre, y los tor-



mentos que la aguardaban en compañía del esposo al cual se la destinaba; logro alarmar con palabras oscuras y ambiguas el corazón de Laura de tal manera, que después de una lucha de dos horas, cediendo á las súplicas, á las lágrimas, á las protestas de su amante, temiendo que ejecutase el proyecto de quitarse la vida como le juró que lo haría si en el acto no huía con él de la casa paterna, que Laura, cuyo carácter enérgico le comunicaba un valor extraordinario, y cuya ignorancia le ocultaba todas las consecuencias de tan atrevido paso, determinó colmar los deseos de su amante y los suyos propios, y en la mañana inmediata, cuando sus padres aun dormían, salió de la casa paterna y se reunió con Gianetto, tomando en seguida el camino de la montaña, para librarse de los que juzgaron que serían enviados en su busca.

A las dos horas el amante la introdujo en una cueva, en donde una persona vestida de sacerdote, una mujer que se decía hermana de Gianetto y un hombre que era su amigo, sellaron con su bendición el primero, y con su presencia los otros, el juramento de Laura y de Gianetto de amarse y guardarse fidelidad toda la vida. Laura quedó tranquila porque se creyó casada; mas en realidad á las pocas horas comprendió cuanta era su desgracia, pues Gianetto había logrado cuanto deseaba, y la joven vió que su esposo era un bandido, que el amigo y el que se fingió sacerdote eran dos individuos de la cuadrilla que Gianetto capitaneaba, y que la mujer era la manceba de otro, cual ella no era mas que la manceba del que creyó debía ser su consorte. Dos horas antes aun podía volver á la casa paterna, entonces ya era tarde: el rubor la hubiera muerto al presentarse á sus padres *muy otra de la que había salido de la casa. Un momento decidió de su vida.* Vió y oyó á Gianetto en el baile, no escuchó la dulce y bondadosa plática de su padre, y quedó perdida para siempre.

Cuando Santiago y su esposa la echaron de menos no les ocurrió de pronto la verdad porque no podían suponer en ella tanta audacia; mas luego la desaparición de Gianetto y las habladurías del pueblo, los hubieron de convencer de cuanta era su desventura. La triste madre apeló al llanto; mas Santiago, encendido en cólera y viendo la mancha que caía sobre su honradísima y antigua familia, maldijo á la hija cuya pasión derramaba la desgracia sobre los últimos años de su vida. Y realmente fué sobre los últimos, porque aquellos padres desdichados no sobrevivieron mas que un año á su vergüenza; y por desgracia ni Laura ni nadie en su nombre se presentó durante ese tiempo al padre para que alzara la maldición que había lanzado sobre la cabeza de aquella hija desventurada.

El horror que se apoderó de ella cuando comprendió en que manos estaba, el papel que representaba al lado de ese hombre y hubo de pensar en la amargura de sus padres, fué tan grande que faltó muy poco para que perdiera de todo punto el juicio; mas la infeliz amaba al miserable que la había seducido, y aun le amó mas cuando fué madre. De pronto no se atrevió á implorar el perdón de



sus padres ; y cuando pensaba correr con el hijo en sus brazos y presentarlo á los abuelos con la esperanza de que aquella inocente criatura seria el ángel que mediase entre la hija culpable y los irritados padres, estos habian fallecido, y ni siquiera le quedó el consuelo de morir perdonada por los autores de sus dias. No tuvo tampoco valor suficiente para abandonar al hombre maldito que tan desdichada la hizo, y convertida en manceba de un bandido, hubo de presenciar mil escenas horrorosas, huir por los montes, esconderse en las entrañas de la tierra, pasar las crudas noches de invierno en medio de los bosques, curar las heridas de los bandidos, comer y vestir de lo que estos robaban, lavar muchas veces las ensangrentadas ropas de los asesinados viajeros, y aguardar siempre el terrible dia de la expiacion de tantos delitos, cuyo número iba diariamente creciendo.

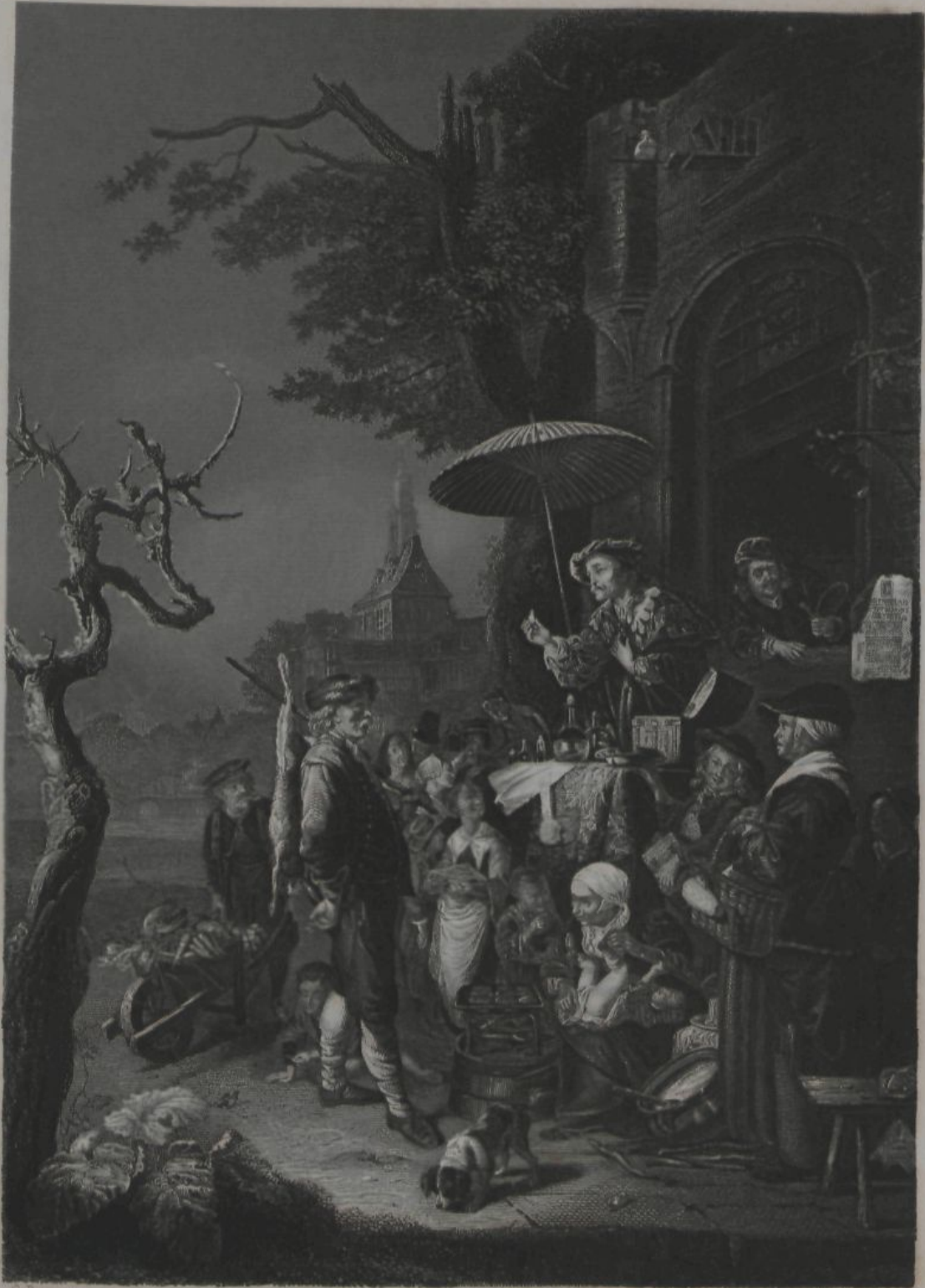
Vino por fin la hora que tarde ó temprano señala la Providencia para el malvado. A su pesar hubo de salir Laura una mañana de la cueva que era su ordinario asilo, para acompañar á su marido al camino por donde esperaba Gianetto que pasaria algun viajero. Los demas bandidos le habian precedido, y él en calidad de capitán debia apostarse en un punto desde el cual viese el camino á derecha é izquierda, así para calcular el número de las víctimas, como para atisbar si llegaba alguna fuerza armada de las que iban en persecucion de la cuadrilla. Laura llevaba en brazos á su hijo, á quien no queria abandonar nunca, y con ellos iba la manceba de otro bandido, que tenia por Laura una predileccion marcada.

A poco rato de estar Gianetto apostado se oyeron tiros por el lado en donde debian estar los compañeros ; y en vano el Capitán, con su vista perspicaz y acostumbrada á tales descubrimientos, miraba esperando ver algun objeto que le indicase qué significaban aquellas detonaciones. Aplicaba tambien el experimentado oido sin percibir ningun otro rumor que aclarase sus dudas. Cual sobrecogido de espanto abandonó el punto y se dirigió á la cueva, quedando cerca de su entrada, desde la cual con el arma preparada atisbaba hácia todos lados, cuando á cortísima distancia y de repente se ofreció á su vista la desnuda cabeza de un hombre, cuyo rostro y collarín no le dejaron duda de que pertenecia á la fuerza perseguidora. ¡ Muere ! le gritó Gianetto, é iba á disparar el arma fatal, cuando Laura detuvo su brazo, y cayendo de rodillas : No dispares, le dijo, no cometas un asesinato mas, huye, aun podrás salvarte. Pero Gianetto veia á lo léjos otros gendarmes que se acercaban al mismo sitio, y sin perderlos de vista, forcejeaba para que su mujer le soltara el brazo. Mas esta no lo soltaba, queria evitar á su marido un nuevo crimen ; pero viendo tambien á los gendarmes que se aproximaban, y adivinando todo lo que podia suceder, apartaba de su cuerpo el brazo izquierdo en que sostenia al hijo de sus entrañas. Este es el momento que nos representa la lámina ; mas esta no puede al mismo tiempo ofrecernos la



escena que allí se veía á muy poco rato. En efecto , la tropa llegó , y comprendiendo el peligro que corria la vida del compañero á quien Gianetto amenazaba, y no dudando que la resistencia de la mujer seria vencida por el bandolero , dos de los gendarmes dispararon á la vez contra Gianetto que quedó muerto ; mas á pesar del cuidado con que procuraron dirigir el tiro á él solo , las balas atravesaron de camino el brazo de la desdichada Laura , cuya sangre corrió en abundante raudal , enrojeciendo al inocente niño. Aquella jóven sin ventura hubo de sufrir la amputacion del brazo derecho , y como cómplice de su marido fué condenada á reclusion perpétua. Allí vivió quince años en compañía de mujeres contaminadas con toda clase de delitos ; allí perdió á su hijo cuya vida fué muy breve y enfermiza ; y allí derramó durante quince años lágrimas acerbas , implorando la misericordia de Dios , y demandando al difunto autor de sus dias el perdon que no tuvo tiempo de pedirle antes que sucumbiera al dolor y á las amarguras que ella le habia ocasionado.

Juan Cortada.



G. Don gher

W. French sc.

*Le Charlatan*  
*The Quack Doctor. Der Marktschreier.*

*Scarlato*



# EL CHARLATAN.

(CUADRO DE GERARDO DOW.)

Lector amigo : si al encontrarte en la capital de Francia no se te ha ocurrido visitar aquellos puentes del Sena , en que se hacinan los artistas de última esfera y los sabios de todos los paises del mundo , cuya fama se pregona á son de timbales destemplados , puedes asegurar desde luego que no has estado en París ; y si por acaso nunca te has encontrado en la villa babilónica , desde cuyo palacio imperial parten los hilos telegráficos que comunican hasta los últimos confines de Europa , bien así como del corazon sale la sangre que afluye á la estremidad mas distante del cuerpo , y se te ocurre hacer alguna vez este viaje , tan pronto como te apees en la estacion del ferro-carril del Mediterráneo , hazte cuenta , si quieres , de que no existen el Panteon ni la Casa de la villa , Nuestra Señora , ni el padre Lachaise ; no preguntes dónde se encuentra la plaza de la Concordia , ó el arco de la Estrella ; pero trasládete irremisiblemente á los puentes del Sena : guárdate de abandonar París , sin conocer á sus charlatanes ; de otro modo no des por bien empleado el dinero del viaje.

Nuestro festivo y profundo Fígaro , aquel ente singular que en perpétua contradiccion consigo mismo , hizo de su biografía un tomo de puntos suspensivos terminado por una triple admiracion , escribió un magnífico artículo , como suyo , titulado *Modos de vivir que no dan de vivir*. No pretendo ciertamente negar la verdad de este aserto , cosa por otra parte que me seria tan difícil como suponer la no existencia del espendedor de pajueta , la traperera , el zapatero de viejo , y muchos compadres de esta calaña , que si no han resuelto el problema de vivir sin comer , han resuelto en cambio el mas difícil de comer sin dinero , que es á cuanto pueden llegar las matemáticas de la miseria.



Mas es indudable asimismo que existen de público y notorio modos que pudiéramos llamar de *no vivir*, y que dan de vivir no obstante; y esto que parece un juego de palabras, no tiene de ello sino son las palabras que entran por mucho en el juego.

Verbigracia: yo he visto á uno de esos constantes inquilinos de los puentes del Sena, que un dia y otro, y siempre, esponia al público una coleccion de asquerosos ratones adiestrados en escalar una especie de árbol de cucaña. El digno maestro de aquellos discípulos espuestos al público en un ejercicio que verifican, sin necesidad de frecuentar aulas, todos los ratones de todos los paises del mundo, aseguraba á voz en grito y en un idioma, que con no ser idioma tenia el don de ser entendido universalmente, que aquellos animaluchos habian sido la admiracion de los habitantes de las tierras cultas y no cultas del orbe conocido, y un fragmento del incógnito. Ahora bien, ¿saben Vds. de que vivia ese hombre? De vender sobres de cartas.... Pero, objetarán mis lectores, ¿qué tienen que ver los sobres de cartas con los ratones? Nada: en esto estriba el mérito del charlatan.

Otro ejemplo, entre mil que podria, paso á citar. En las cuatro puntas de un tapiz, con mas roturas y remiendos que necesidades tiene una niña mimada y antojos una dama nerviosa, colocó el héroe de un corrillo de niñeras y guardias nacionales, unas grandes bolas de madera, anunciando que por obra de la ciencia ejiptio-caldea, aquellas bolas pasarian á unirse en el centro del tapiz sin el mas mínimo impulso estraño. Aquí los espectadores abrieron unos ojos mas grandes que las bolas con que se verificaba el juego, y á trueque de presenciar la grande maravilla, no tuvieron inconveniente alguno en surtirse de unos polvos maravillosos que curaban instantáneamente el dolor de muelas, el mal de ojos, ó las punzadas de los callos, á gusto del paciente. Esendidos los frascos, desapareció el portento de la física, y en pos de él desaparecieron asimismo el tapiz y las bolas, no por arte de brujería ó escamoteo, sino llevadas del sitio en que las habia dejado su dueño por dos atletas descamisados, que se alejaron enseñando los dientes y cerrando los puños. No me pregunten ahora á qué venia el juego de las bolas..... Es muy claro, venia á reunir compradores para los polvos.

El charlatan, por consiguiente, vive de lo que no es; y como el no ser entraña una negacion, de ahí que los medios empleados por el charlatan sean medios de no vivir, y que no obstante dan para vivir. Y no se crea que la vida del charlatan es una continuacion de privaciones, una tregua concedida por la muerte al hambre; *no por cierto*.

Frecuentemente el charlatan se presenta en público montado en una soberbia carroza, con muchos criados que le sirven, vistiendo lujosos trajes y haciendo alarde de una prodigalidad insultante para la ciencia que á menudo anda á pié, y no siempre con botas nuevas.



Esto, que á primera vista parece extraño, no lo es si bien se mira. Atiéndase sino á la siguiente anécdota que me fué referida como histórica, y que si no lo es, puede muy bien serlo.

Uno de los mas distinguidos profesores de medicina ingleses significó á un opulento charlatan la extrañeza que le causaba el que este último fuera poseedor de una gran fortuna, en tanto que el ilustre sabio gozaba de una posicion apenas desahogada.

—Se me hace difícil, contestó el embaucador, que un hombre de vuestro talento no se explique una cosa tan fácil. Decidme, ¿cuántas personas calculais que transitan diariamente por la calle en que entramos ejercemos nuestra profesion?

—Unas diez mil, dijo el grave doctor.

—Y de esas diez mil personas que tienen nuestros títulos á la vista, ¿cuántas calculais que están dotadas de pleno sentido comun? replicó el Dulcamara.

—Apenas ciento, respondió el sabio con el aplomo característico de la ciencia doctorada.

—Pues ahí teneis la explicacion de lo que tanta extrañeza os causa. Vuestra clientela tiene que formarse de entre cien discretos, mientras la mia la constituye el número de nueve mil novecientos imbéciles.

Esta respuesta despeja la incógnita del charlatanismo: si no hubiera papamoscas en el mundo, es muy probable que tampoco habria embaucadores.

El charlatan toma diferentes formas, y su equipaje se compone de distintas y heterogéneas prendas; estas, empero, no son siempre esenciales; con tal de no olvidarse la lengua, lo demas son accesorios caprichosos, decoraciones que contribuyen no obstante á la ilusion de la farsa.

Desde el Alcides que en un teatro de cañas y carton ofrece al público el repugnante espectáculo de romper guarda-cantones á cabezadas, ó comer sapos y culebras en estado de naturaleza, hasta el Dulcamara que hace su entrada triunfal en los villorrios con un aparato de cuyo igual apenas hay memoria en los ceremoniales del tiempo del rey que rabió, el charlatan cuenta ante todo con el charlatanismo. Su fortuna estriba en su elocuencia: si veis á un charlatan de mal pelaje, dad por seguro que no sabe producirse: como él entienda de hablar, mas que se tenga en dos piés por la gracia de Dios.

La elocuencia característica del charlatan se reduce á una afluencia de palabras capaces cada una de contener tres mentiras: en la imposibilidad de que esto sea así en el terreno de los hechos, empieza por mentir á la gramática del idioma en que se produce y al diccionario de su Academia, aunque en esto no son ciertamente los charlatanes solos quienes cometen el desaguizado.

Tiene el charlatan aprendida *ainda mais* su biografía, que por lo modesta parece calcada sobre los viajes de D'Arincourt ó las *Memorias* de Chateaubriandt:



en Turquía no quiso el charlatan ser jefe de los eunucos ó gran visir del imperio por no renegar la ley de Cristo: en Rusia rehusó la comandancia general de los osos blancos por no desairar á la respetable clase de los osos negros: en España se denegó á ser inquisidor supremo ó intendente de Filipinas, por no perder la ocasion de casarse con una princesa indiana, que al efecto le mandó una embajada compuesta de dos cocodrilos y una serpiente boa.....

Es materialmente imposible enumerar las mentiras que á propósito de sí mismo pone el charlatan en sus labios, y que únicamente tienen comparacion con las emitidas en la seccion de habilidades y ejercicios del propio autor.

Supongamos que el charlatan se dedica á la generalizada profesion de saca muelas, título que debiera trocar en el de arranca quijadas. En este caso, no hay muela célebre que no haya pasado por sus manos, sin excluir la de aquel borrico que sirvió para cometer el primer homicidio. En la cima de su carretela trae un surtido de dientes y colmillos, cuyo conjunto bastaria á poblar de mandíbulas á los desdentados de toda Europa. Para el charlatan sacamuelas, todos los instrumentos son buenos y manuales: únicamente la llave inglesa le estorba: la punta de una espada, el mango de una escoba, la estremidad de un pañuelo de seda, todo, en una palabra, lo utiliza con igual destreza, asegurando de paso que ni el mas mínimo grito de dolor escapará al paciente. Con estas garantías encuentra no pocas veces quien pone la cabeza entre sus manos, y con esto y con que el charlatan tiene formada la íntima resolucion de arrancarle al prójimo la muela, la quijada y la cabeza si es menester, se sale aquél del paso con uno ó mas tirones, acompañados á menudo de otros tantos pistoletazos, cuyo estruendo sofoca el ¡ay! del infeliz ejecutado. Frecuentemente la ejecucion tiene funestas consecuencias; pero ello es que el charlatan ha practicado la operacion en público, y el paciente sufre y muere en privado.

El sacamuelas ambulante se precia de ser hombre escesivamente desprendido y hasta filántropo, que nunca pudo la filantropía guarecerse donde peor estuviese. Lo primero que tiene buen cuidado de anunciar en su sempiterno discurso, es que verifica *gratis* sus operaciones: únicamente cobra, y aun así, á un precio escesivamente módico, el frasquito odontálgico con que el operado debe enjuagarse despues de ejecutada la sentencia. Este acto, empero, es el mas inofensivo del charlatan: la pócima que espense se compone de simples, tan simples, que únicamente pueden causar simpleza.

Hay charlatanes de muchos géneros, y aun puedo asegurar que en el ejercicio de todas las ciencias, artes y oficios, cabe y se practica desgraciadamente el charlatanismo. Yo no encuentro que quepa una gran diferencia entre el Dulcamara que vende su específico para curarlo todo, siquiera su inventor no sepa quien fué Hipócrates, y el leguleyo que ofrece ganar todos los pleitos sin haber saludado las Pandectas. Cumple, no obstante, á mi propósito hablar espe-



cialmente del charlatan tráfuga que espande su saber de pueblo en pueblo, y tiene la salud universal del cuerpo y del alma en su mano, encerrada dentro de un frasquillo, ni mas ni menos que la mágia del marqués de Villena quedó embotellada dentro de una redoma.

Paso pues á hablar del charlatan propiamente llamado Dulcamara.

Cuando el hombre debe pasar por la metamórfosis de su charlatanismo, transforma ante todo su exterior, ya dando á su rostro una espresion de cómica gravedad, ya adoptando en su traje las modificaciones que cree ser de buen efecto. No es raro verle equipado con un pantalon verde, chaleco amarillo y casaca encarnada; amen de una enorme peluca con polvos, y unos espejuelos de color oscuro, por aquello de que todo personaje célebre está obligado, sino precisamente á ser ciego como Homero y Milton, por lo menos á no ver tan claro como los tontos.

El charlatan Dulcamara viaja en un carricoche tirado por dos caballos, que á cada paso tropiezan hasta con su sombra: las pobres bestias, imposibilitadas de protestar contra las mentiras de su amo, toman el partido de agacharse de orejas y hacer que no oyen. Su acompañamiento es asimismo típico sobremanera: compónese por regla general de un negro cuyo color tizna á cuantos se le arriaman, un indio bravo en cuyo rostro se pueden mojar unos bizcochos para chocolate, y un mameluco cuyas luengas barbas se atan con cintas verdes detrás de la oreja. El negro sostiene generalmente un estandarte con el retrato de su amo en el acto de curar radicalmente una enfermedad del hígado al gran Tamerlan de Persia; el indio se encarga de repartir prospectos popularizando las glorias de su dueño, y el mameluco guia el armatoste con ruedas, azotando á las pobres cabalgaduras, que anduvieran si comieran, y comerian adoquines de pederual si hallasen una mano amiga que se los llevara á la boca.

A este acompañamiento obligado se junta *aliquando bonus*, una música compuesta de un timbal y un agudo cornetin, y que suena en los oidos como se concibe el toque de degüello el dia de una batalla campal. El cornetin es la segunda lengua del charlatan; no se concibe charlatan sin cornetin, como no se concibe diablo sin cuernos y sin rabo.

Despues que á los destemplados sonos de la orquesta se ha reunido en tropel toda la gente vagabunda del pueblo, visitado por el Dulcamara en torno al triunfal carro de aquel sabio trashumante que apenas se digna menearse en su cómodo asiento, desde el cual pasa la mano sobre la caja que contiene su fortuna *liquida* con la misma gravedad con que un cristiano la pondria sobre el libro de los Evangelios; toma el indio la palabra, y en esa jerga convencional que es conocida de todos los populachos, como si existiera pacto masónico entre los adulteradores de todas las lenguas, refiere tales cuentos y patrañas á los cándidos oyentes respecto á las maravillosas curas obradas por su amo, que nunca





corriera mas peligro la hacienda y reputacion del médico titular del villorrio. Preparado el terreno por el indio con acompañamiento de algunos chillidos de los muchachos á quienes el negro ha medido las espaldas con el regaton de su bandera , y en tanto que el mameluco se acomoda las barbas sobre el turbante para dormir mas á placer una larga siesta , toma la palabra el Dulcamara , guardando la precaucion de titular preventivamente *nobles damas y caballeros* á la turba de lavanderas záfias y terrosos gañanes que le prestan atencion. Habla en seguida del descubrimiento de su elixir , demostrando que no otro podia ser el de la piedra filosofal tan buscada de los antiguos y de los modernos , lo cual prueba con el testimonio de Aristóteles , Rafael , Cristóbal Colon , Juana de Arco y Napoleon Bonaparte : estos dos últimos nombres no los escluye nunca en sus citas el Dulcamara francés , porque está seguro de que rara ha de ser la miserable choza donde un dia al año no se encienda una vela por el marido ante la estampa del mártir de Santa Elena , ó por la mujer ante la popular doncella de Orleans. No es menos curioso el párrafo destinado á la invencion de la portentosa maravilla. Por lo comun se hace derivar de Egipto , si bien desde que los ingleses dominan en la India , no es raro que los brachmanes anden tambien en estas historias. Es el caso , segun el Dulcamara , que en uno de aquellos célebres sepulcros donde se conservan los cadáveres tan guapotes y frescos como si estuvieran puestos en salazon por el mas pintado tratante de Galicia , se encontró un tubo de oro tenazmente sujeto por la mano de una mómia. Requirióse formalmente á este vejestorio para que desistiera de su empeño , mas habiendo sido vanas las palabras , se hubo de apelar á la fuerza , aun con riesgo de maltratar aquella preciosa antigualla , que seguramente tuvo un dia asiento y plato en el renombrado festin de Baltasar. El tubo de oro contenia un pergamino escrito en ininteligibles caracteres , los cuales descifrados por el Dulcamara , personaje diestrísimo en todos los idiomas nunca hablados , se encontraron ser la maravillosa receta del elixir cúralo todo , adquirida á trueque de un navío cargado de perlas y unos cuantos milloncejos , que nuestro charlatan dice haberse encontrado en unas minas que soñó cierta noche , despues de haber leído un cuento de Galland.

Cuando el Dulcamara se permite soltar alguna mentira in-folio que resiste á la credulidad hasta de sus cándidos oyentes , el timbal deja oír sus acordes sonnes , el cornetin atropella sin piedad los oidos del prójimo , el negro sacude algunos palos á la turba infantil , el indio arroja los prospectos á puñados , y el mameluco se acomoda las barbas para causar mayor espanto á los enemigos.

Las propiedades del elixir son innumerables , como las magníficas curas que tiene hechas , y de las cuales dan fé en blanco y en negro cientos de testimonios librados por todos los soberanos del mundo ; cuyos certificados recogidos en un *album* se ponen de manifiesto , de cerca ó de léjos , segun que el Dulcamara está ó no seguro del estado de la instruccion elemental en el villorrio en que opera. Es





de observar , sin embargo , que las principales virtudes del elixir obran mas directamente sobre la parte moral de la humanidad que sobre la física.

¿Hay en el pueblo alguna niña que no encuentra novio?... Elixir al canto.

¿Hay algun mancebo que aspira á la mano de una rica heredera?... Elixir tambien.

¿Hay algun marido á quien le cosquillee la frente?... Elixir á pasto.

¿Hay alguna mujer que quiere asegurarse de la fidelidad de su esposo?... Elixir y mas elixir.

Y como la humanidad es flaca en todos los paises del globo , de ahí que haya un consumo de elixir continuo , del cual , á prolongarse la permanencia del propinante , se resentirian hasta los cosecheros de vino.

Las citas que el Dulcamara trae á cuento , son capaces de producir efecto en la imaginacion menos propensa á desvarios. En el Cáucaso , una indígena habituada á guardar rebaños de tigres y leones , bebió tres botellas de elixir , y casó con el príncipe Estragofftoflowloff , general ruso que habia ido á hacer la guerra á Schamyl. En las Indias , un pobre diablo que se enamoró de la hija de un nobilísimo gobernador inglés , en lugar de abrasarse los sesos de un pistoletazo , tomó cuatro frascos del precioso licor , y en seguida resultó ser hijo directo y heredero forzoso del sol y de la luna y hermano de todas las estrellas fijas y errantes. En las Californias , un buen padre de familia , tan pobre como honrado , que como muchos fué por oro y encontró peladillas y adoquines , empleó su último real en comprar una copita de la portentosa composicion , y cata ahí que al dia siguiente se le venian ¿qué es arenas de oro?... las enteras de onzas mejicanas.

Con tales antecedentes , ¿quién resiste á la tentacion de comprar unos frascos de aquel manantial inagotable de todas las dulzuras del cuerpo y del alma , mayormente cuando el dispensador de tantas gracias lo espende al módico precio de una peseta?

Dudar de su veracidad..... ¿á quién se le ocurriria?... Un hombre que tiene criados de todos colores y lleva peluca á lo Lafontaine..... Además , ¿son papeles mojados tantos certificados en regla , que nadie ha leído?

Pues , ¿y las cartas del Gran Turco?

¿Y el billete autógrafo del emperador de la China?

¿Y el diploma expedido por los camellos del Cairo?

Y no digo nada de las condecoraciones que por modestia no ostenta algunas veces. El emperador de Marruecos le colgó por su propia mano las tres colas de caballo que garantizan la profunda ciencia de sus ministros ; el Kan de Tartaria le hizo gracia de la gran medalla de los rinocerontes ; y el Pontífice , si bien no le condecoró como tantos otros soberanos , fué porque quiso hacerle presente de su caja de rapé , de la cual , á vista del público , toma prosopopeicamente un polvo.



Terminada la arenga y la primera espendicion de los frascos , se retira el Dulcamara al meson del villorrio, en el cual anuncia recibirá en consulta gratuitamente.

La concurrencia suele ser numerosa : separarse del charlatan sin comprar una botella de elixir , es tan difícil como revolcarse en el fuego sin recibir quemadura : además , si por fortuna del consultante , no padece éste dolencia alguna ni rastro ó prelude de ella , siempre querrá tener un licor que quite toda suerte de manchas, ó sí es mujer un agua que borre la huella de los años, á todo lo cual se presta el elixir con la misma eficacia y buena voluntad.

El Dulcamara permanece poco tiempo en un mismo sitio : es raro que haga noche donde ha pasado el dia. Las esperiencias suelen serle fatales , y su elixir no es un antídoto bastante seguro contra las palizas que pudieran aplicarle los desauiciados. Mas si, por acaso , alguno de estos intentase desacreditar la eficacia de la pócima , pretestando el ningun efecto de sus esperimentos particulares, el Dulcamara en lugar de declararse vencido , asegura al incrédulo que el contra-tiempo no tiene otra causa que la falta de fé en el enfermo y el poco consumo de la medicina. De suerte , que tal fué con intento de cobrarse en denuestos el desembolso verificado , y terminó la visita comprando otro frasco, que engulle como si fuera néctar vertido del jarro de Ganimedes.

La raza del charlatan Dulcamara se estingue rápidamente en Europa , ni mas ni menos que la de los animales dañinos : los restos se han guarecido principalmente en Francia , y las muestras de su especie se hallan espuestas, como hemos dicho , en París, junto á los puentes del Sena , no muy léjos del jardin de plantas, donde se guardan por cuenta del Estado los monos y los hipopótamos. Dia vendrá en que, desterrado de los pueblos el fanatismo que emana de la ignorancia, se enseñe la calavera de un Dulcamara con esa misma estrañeza con que se espone la osamenta de un gran megaterio, ú otro cualquier animal anti-diluviano. Entonces el *cicerone* que haga la esplicacion de aquella entidad escepcional de la raza humana , se espresará probablemente en estos términos:

—Esto es un charlatan , especie que en la antigua sociedad traficaba con el candor de las gentes sencillas : esta raza perjudicial desapareció á impulsos de la ilustracion difundida en los pueblos , y es de esperar que no reaparezca , á menos que haya una nueva irrupcion de los bárbaros. Observen ustedes que á pesar de todo , su configuracion es bastante parecida á la del hombre.»

¡Triste necrolojía por cierto!

Y sin embargo , en medio de los perjuicios causados á la humanidad , el charlatan tiene, cuando menos, dos títulos á la gratitud de los artistas.

Haber inspirado á Gerardo Dow un cuadro , y á Donizetti el *Elixir d'amore*.